Ana Enriqueta Terán

PIEDRA DE HABLA

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

El resultado es una nueva forma de enciclopedia que hemos denominado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente, como conjunto apto para la transformación social, política y cultural.

Las ediciones de la Colección Clásica, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas y con el apoyo de cronologías y bibliografías, hacen posible que los autores y textos fundamentales, comprendidos en un lapso que abarca desde las manifestaciones de los pobladores originarios hasta el presente, estén al alcance de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diferentes temáticas latinoamericanas y caribeñas, como medios de conocimiento y disfrute que proporcionan sólidos fundamentos para nuestra integración.

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

PIEDRA DE HABLA

Ana Enriqueta Terán

PIEDRA DE HABLA

252

PRÓLOGO, CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Patricia Guzmán

República Bolivariana de Venezuela

Fundación

Biblioteca Ayacucho

© Ana Enriqueta Terán
© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2014
Derechos exclusivos de esta edición
Colección Clásica, Nº 252

Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf50120148001443
ISBN 978-980-276-516-4
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Corrección: Nora López

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRÓLOGO

ANA ENRIQUETA TERÁN VOZ RELAMPAGUEANTE DE MISTERIO Y BELLEZA

ANA ENRIQUETA Terán, tal ave sagrada, alza vuelo junto a su soledad y despliega el raro artificio que se desprende de ella hacia la profecía[1] y, reverente cae, se postra, se hinca y besa con las rodillas el óvalo celeste en el que se gesta el pájaro, la rosa, el girasol y el verbo. El verbo que empuña para dictar su legado "Con humildad, creyendo, hablando de la rosa y su levitado sarcasmo. / (…) despojada de méritos frente a impávidos dioses"[2].

Impávidos nos dejan sus versos nacidos, como apreciara apenas los leyese la gran poeta uruguaya Juana de Ibarbourou, por esa "furia lírica", propia de quien como ella, mientras intenta asir lo que la llama, traspasa límites y entra en trance, sintiéndose entonces "como una vestal poseída por el culto del dios". Exaltada, concluye Ibarbourou que de allí que la voz de Ana Enriqueta Terán tenga "tal esplendente emoción", que posea "tal acierto intuitivo, manejando el idioma como quien lo inventa para sí, en combinaciones de palabras e imágenes que encantan y aterran. ¡Sibila misteriosa!"[3].

Sibila misteriosa, diosa, sacerdotisa, vestal de la palabra y del fuego, guardiana de la casa, de la cueva, de los animales, de los alimentos, madre-hija, hija-madre, madre-loba, hija-ave… que señala "oficio, salud" y que

1. Ana Enriqueta Terán, "El nombre", *Libro de los oficios*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1975, p. 47.
2. *Idem*, "Preguntas y legado final", *Música con pie de salmo*, Ramón Palomares; present., Mérida, Venezuela, Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1985, p. 85.
3. Juana de Ibarbourou, "Poderosa aventura [prólogo]", *Verdor secreto*, A.E. Terán, Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949.

se adentra "en la escena del comienzo: Místico Tráfico: acercar el ave a la sombra del corazón"[4].

Ungida de esas facultades, apenas publicase unos pocos poemas, su nombre y su voz estremecieron el horizonte de la poesía venezolana y continental, a más de atravesar el umbral de la poesía escrita en las primera décadas del siglo XX. Su libro primigenio, *Al norte de la sangre*, suscitó, entre los críticos, lectores y poetas, una atención teñida de asombro no solo por la magistral perfección que hiciera del mejor legado de la tradición clásica española, el impacto provenía sobre todo del arrebatado aliento espiritual con el que entretejía lo mítico y lo místico en el nombre por ser –confesó la poetisa– "esencia, punto central de un infinito imponderable, el verbo es Dios y los adverbios matizan la fatiga de ambos"[5].

José Napoleón Oropeza vislumbra que "El alma de la poeta toma como suya la voz amiga de Garcilaso, de San Juan, en pos de un recodo innominado, de una memoria, y nos entrega nuevas visiones de imágenes clásicas"[6]. Y confirma la poetisa: "Garcilaso me acompaña en las derrotas amorosas; Santa Teresa me enseña cómo desear a Dios, Góngora se vuelve licor de libertad en mis liras, tercetos y sonetos. El verso es una rayadura perfecta en lámina de oro"[7].

En virtud de las figuras a las que se consagra con inmensa devoción, en la historiografía de la literatura venezolana Ana Enriqueta Terán resulta un *ave raris*, un nombre difícil de ser integrado o sumado a un grupo o movimiento literario de los conformados en los albores del siglo XX. Rafael Arráiz Lucca resalta como Terán "Cultiva el verso endecasílabo, y hace evidente su formación clásica castellana y el manejo, según la crítica, perfecto del soneto y de otras fundadas sobre el rigor estructural"[8].

---

4. A.E. Terán, "Escena del comienzo", *Libro de los oficios*, p. 17.
5. *Idem*, "De oficios y de nombres [Discurso en ocasión del Doctorado Honoris Causa en Educación que le fuera otorgado por la Universidad de Carabobo (Venezuela) en noviembre de 1989]", *Casa de hablas. Obra poética, 1946-1989*, José Napoleón Oropeza; pról., selec. y cronol., Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 271.
6. José Napoleón Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, p. 8.
7. A.E. Terán,"De oficios y de nombres…", *ibid.*, p. 271.
8. Rafael Arráiz Lucca, *El coro de voces solitarias. Una historia de la poesía venezolana*, Caracas, Eclepsidra, 2004, pp. 190-191.

Pero el destacado sitial que va a ocupar la poetisa lo erige Juan Liscano al insistir en que "lo fundamental en Ana Enriqueta Terán es la pureza, la calidad de su lenguaje, que siendo en todo momento compuesto, logra transmitir no obstante, un fervor de intimidad rico en matices y sorpresas. Su obra toda tiene una noble calidad arquitectónica, excepcional en nuestro medio". Y con inocultable emoción prosigue:

> Hay poemas suyos que hacen pensar en una conjunción inexplicable del mayor dominio formal y lingüístico y de una capacidad vehemente de extroversión sensual y sensorial. Admirable poeta, alejado de capillas y tertulias, de alianzas y complicidades de eso que llaman la vida literaria, y cuya percepción poética, quizá por eso mismo, tiene una penetrante mirada, es decir, una esclarecida conciencia de la creación.[9]

Liscano inicia sus anotaciones sobre Ana Enriqueta Terán acotando que:

> empezó siendo neoclásica como Sara Ibáñez que pudo haberla influenciado y brindó en liras, sonetos, tercetos de impecable factura, su largo monólogo, su meditación sobre sí misma. Melancolía pausada, pasión retenida, orden clásico, sensualidad serena y noble, ardimiento secreto.[10]

La presunción de Liscano de la influencia de Sara Ibáñez en la poesía de Terán no es del todo equívoca, más habría que aclarar que cuando la poeta venezolana va tras las aguas de sus ríos y exclama: "¡En vos quiero seguir a toda vida!", y se sumerge en "Otros ríos del alma" en su *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, dando brazadas en su memoria se devuelve hasta sus días del Sur y ve derramarse en ella al Paraná y al Plata. En Montevideo, las "grandes del Sur": Juana de Ibarbourou "el más cercano" de los nombres amados; Sara de Ibáñez "pavorosa lumbre de excesos"; Dora Isella Rusell "que delira en su

9. Juan Liscano, *Panorama de la literatura venezolana actual*, Caracas, Alfadil Editores, 1984, pp. 224-225.
10. *Ibid.*, p. 224.

esmeralda"; "y sobre todas estas grandes del Sur, la sombra de DELMIRA [Agustini]"[11].

Cuánta memoria refulge en los ríos del alma, en las aguas que la llevaron hasta el Sur, pero con el corazón centrado al norte de [su] sangre, para actuar como agregada cultural de la Embajada de Venezuela en Montevideo, ciudad/escenario de múltiples indagaciones en los matices que adquiere un mismo idioma –y un espíritu como el de la poetisa– expuesto a otro clima –geográfico, emocional, estético– y que la condujera a definir más y más el timbre de su voz interior: "de íngrima admiración, y ciertos viajes / por la palabra exacta, sin desvíos, / siendo flecha, candor, lumbre, virajes // de sonido y final en prados míos" (p. 270) .

Oigamos lo que dice en conversación con los poetas Reynaldo Pérez-Só, Adhely Rivero y Pedro Velásquez Aparicio, en su casa de Jajó:

> Siempre he sido fiel a mi idioma y a la poesía castellana. Creo que poca gente se ha sentido en su lengua como me he sentido yo. No tengo ninguna nostalgia por otro idioma. No sé si es bueno o malo pero es así. El castellano de mi familia se convirtió en una lengua del clan. El clan familiar y en él estoy circunscripta.[12]

Acepta la poetisa que le interesaron los poetas franceses, y que significó todo un descubrimiento encontrarse con las voces de Rimbaud, Lautremont, así como con los alemanes Hörderlin y Novalis. "Todos, con el placer de la lectura, no en búsqueda de influencias"[13], imposibles por lo demás porque es hasta 1936 cuando el grupo literario Viernes, de inclinación universalista, abrió las puertas de la poesía venezolana a dichas obras y a las de otros románticos alemanes –Rilke y Blake incluidos–; a la de los

11. A.E. Terán, "Otros ríos del alma", *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, pp. 56-57. En esta edición p. 269. En adelante, cuando se haga referencia a algún poema que forme parte del presente volumen, se indicará en el texto y entre paréntesis la página donde puede ser localizado.
12. Reynaldo Pérez-Só, Adhely Rivero y Pedro Velásquez Aparicio, "Encuentro [Entrevista realizada a Ana Enriqueta Terán]", *Poesía* (Valencia, Venezuela), Nº 79 (1989), p. 8.
13. *Ibid.*, p. 9.

lakistas ingleses –como William Wordsworth y Samuel Tayler Coleridge–; incluso, a la de los poetas contemporáneos españoles –Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Pedro Salinas–; a la de los surrealistas –Breton sobre todo–; y a los creacionistas, así como a la de los latinoamericanos Neruda y Huidobro; y la de los integrantes de los grupos: Mandrágora y Caballo de fuego, de Chile; Piedra y Cielo, de Colombia; y Taller, de México. Para entonces ya Ana Enriqueta Terán había escogido un camino propio y, como lo ratifican las opiniones de Juana de Ibarbourou, Oropeza, Liscano y Arráiz Lucca antes citadas, muy bien definido.

El poeta en quien sí se reconoce y a quien profesa profunda admiración es Andrés Eloy Blanco, con el que además la vincula su historia familiar. Volvamos a citar a la poetisa para entender la razón de tanta devoción:

> Con la intensidad y el magnetismo de Andrés Eloy Blanco nunca he visto a nadie. Era impresionante, con una voz maravillosa, especialmente cuando recitaba poesía. Es extraño. La oía, y cuando llegaba a la casa y buscaba el poema, me decía "pero éste no es el mismo poema". Es que no he conocido a nadie, tantos grandes poetas, Alberti, entre otros, con la fuerza de Andrés Eloy Blanco. Un poeta que me salva.[14]

Sentiría Ana Enriqueta Terán un impacto y una igualmente similar sensación de extrañeza cuando leyó a Saint-John Perse, pues turbada quedaría ante la inmensa fuerza sugestiva de las imágenes con las que el poeta francés, tan afecto a las Antillas inglesas, ausculta y celebra y elogia la presencia del hombre que esparce su sombra y su luz dentro del ámbito del territorio sagrado. Recuerda de manera muy vívida, aún hoy, después de varias décadas, la experiencia: "Cuando leí a Perse en Morrocoy y después de escribir un libro, un canto al mar, me quedé aterrada. Una cosa espantosa, pareciera que hubiera hecho con él una imitación y rompí todo"[15].

Y si prestamos la debida atención a lo que Ana Enriqueta Terán ha dejado escuchar, podemos atisbar a divisarle en el linaje en el que ella se aceptaría. Advierte la poetisa que leía a Blanco aun y cuando

14. *Ibid.*, p. 8.
15. *Ibid.*, p. 9.

resulta que tenía los clásicos, los poetas modernistas, los colombianos. Todos válidos y a quienes no les quito su valor, pero pudieron llevarme por otro camino. Fue cuando el Dr. Blanco da como un tajo y me entrega a Juan José Tablada, el mexicano. "Esto es lo que debe leer". En una carta que remite a mi madre escribe: "deseo que los lea bien Ana y se penetre bastante de la manera de hacer la imagen nueva, breve, rápida".[16]

Deja saber Terán que se siente cercana a los poetas venezolanos:

Todavía me emocionan muchísimo Lazo Martí, de una manera legítima y honda, Andrés Bello, con su "Zona Tórrida", Pérez Bonalde, Planchart, Andrés Eloy Blanco, José Antonio Ramos Sucre, aunque no estoy en su línea, Enriqueta Arvelo. No los niego y siento que tengo eslabones con ellos.[17]

Desafiante y extraordinario reto supone indagar en la compleja obra que ha logrado esculpir, que ha logrado hacer encarnar, prefigurar y sostener en lo más alto de lo alto, Ana Enriqueta Terán. Su obra es extraña a categorías, y muchas veces al orden de lo real. Se entreteje con lo inasible y lo abismal, dialoga con lo que palpita en las raíces de la tierra y del tiempo. Su obra es profana y sagrada a un tiempo, está religada a lo esencial, peregrina sedienta de fuego, de piedras, de mar, de aves que se posan en su entrecejo y la coronan con sus plumajes como sacerdotisa que engendra en su voz lo increado con el fulgor de lo primigenio.

Coronada como sacerdotisa guarda con celo sus secretos y conocimientos sobre el poder de la naturaleza y el poder espiritual de ciertas criaturas. Como sacerdotisa luce una corona de aquilatado plumajes de aves engendradas entre las constelaciones celestes, a la sombra de girasoles, y hállase tal deidad apolínea, desvelada por honrar y acceder con el verbo a la belleza, "ardor purísimo" en ella.

Será el amor apasionado, que palpita en el cuerpo de la poetisa y la afiebra para que vierta en poesía, en los cauces de la métrica, con el rigor formal al que se entregaría, aprovechando el legado de la tradición clásica española, pero ajena a la retórica y versificaciones "melifluas" o "almibara-

16. *Ibid.*, p. 9.
17. *Ibid.*, p. 10.

das", el que se erigirá como línea argumental que signa *Al norte de la sangre* (1946), primer libro que publicase Ana Enriqueta Terán y que sorprendió por la deslumbrante perfección formal de sus sonetos, en los que se asomaba la poco común estirpe de su voz para oficiar la poesía.

La pasión e incluso algunos matices eróticos que infunde la poetisa a su primer libro, y en los que concentra esta indagación amorosa, no se reducen a su cuerpo, y como vislumbrase José Ramón Fernández de Cano:

> son unas veces de orden espacial (la casa y el cuerpo) y otras veces de carácter temporal (la memoria convertida en venero de argumentos literarios); pero siempre están implicados en un entorno natural que, bellamente descrito por la autora, presenta la Naturaleza como un ámbito inseparablemente unido a su propia existencia.[18]

Y desde ese ámbito suyo, íntimo, dice:

Alzo mi oscura voz y te presento
copas de sal, lebreles de dulzura;
son mis huesos la tibia arquitectura
que sostiene mi sangre y mi lamento.

¿A qué llorar, a qué reír, si siento
encendidos planetas, espesura
de humana savia, campos de pavura
donde se torna cruel mi pensamiento?

Son mis cabellos de color cautiva,
mi opaca lumbre, mi dulzor primero
por el que muero tierna y rediviva.

Son el fuego, la piedra, la saliva,
es mi dolor gemido hasta el acero,
¿A qué llorar, si vivo en roca viva? (p. 12).

18. José Ramón Fernández de Cano, "Ana Enriqueta Terán (1918)", *La web de las biografías* [en línea], Madrid, Micronet, <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=teran-ana-enriqueta>, [consultada: 28 de febrero de 2013].

La poetisa alza su voz porque en voz alta es como se ofician las ceremonias, los ritos, los gestos de carácter sagrado y más cuando como en el caso de Terán su voz rinde tributo a las formas clásicas, y fiel a Góngora se preocupa por la expresión, por pulir/esculpir las palabras y disponerlas en armonía con la naturaleza, con su sangre.

Con su oscura voz "presenta" lebreles de dulzura, lebreles –perros de caza– estilizados, estilizados tanto como la escritura que requiere el arte de componer un soneto.

Son sus "huesos la tibia arquitectura / que sostiene mi sangre y mi lamento", porque a la poetisa se erige con su sangre y su dolor, y configura esa tibia arquitectura que se asemeja a una caverna, quizá a "las profundas cavernas del sentido" que cantó san Juan de la Cruz –de quien Terán se confesó en deuda y reconoció que la inspirara– en su poema "Llama de amor viva".

La llama sanjuaniana refléjase en "la piedra, la saliva", en el "doble gemido, hasta el acero" que profiere la poetisa, preguntándose "¿A qué llorar, si vivo en roca viva?", pregunta que sentimos viene a ser el eco de esas líneas fulgurantes de la "Coplas del alma que pena por ver a Dios": "Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero"[19].

La inclinación de Ana Enriqueta Terán por las formas clásicas hispanas, patente en el cultivo del soneto y del terceto, y en su actitud de entrega amorosa y confianza absoluta en la capacidad expresiva del español, no la hizo excluir opciones más herméticas o arcanas, advierte Margara Russotto, y pasa a juntar su nombre con el de Ida Gramcko para revelarnos que, "consumidas por las pasiones de la poesía mística (la Biblia, san Juan de la Cruz y también Garcilaso, Dostoievski), tanto una como otra desarrollan una línea más elaboradora y barroca, que acepta por igual rígidos arcaísmos y eruditas referencias mitológicas"[20]. Pero aclara Russotto que en Terán la actitud predominante es la "tolerancia", que halla su mejor expresión en la "aceptación del nombre":

19. Juan de la Cruz, "Coplas del alma que pena por ver a Dios", *Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991, pp. 78-79.
20. Márgara Russotto, "La dama que no era inmóvil. Identidad femenina en la poesía venezolana moderna", *Nueva Sociedad* (Caracas), Nº 135 (1995), p. 11.

No la firma, sino el nombre, completo en los calveros del poema:

ANA TERÁN.
ANA TERÁN MADRID.
ANA ENRIQUETA TERÁN.

Me gusta este nombre. Esta soledad y raro artificio que se desprende de mí hacia la profecía. (…) (p. 95).

Acepta su nombre, acepta su lengua y su identidad femenina, todo –enfatiza Russotto– "en una atmósfera de consagración celebratoria (…) bebiendo de las raíces profundas del lenguaje como de las de su ascendencia familiar (abuela/madre/hija)"[21]. Bebe al unísono la poetisa del aire que rememora y desafía

todo aquel sollozar y aquella ausencia.
.....
Recobrada pasión que no se fía
de la engañosa fuerza de su esencia;
muro de rebeldía su presencia
me guía paso a paso y me extasía.

¡Ay! si la rosa siempre rosa fuera
y no mancha profunda y sometida
desde la parda tierra al manso cielo,

¡ay! ¡si la rosa siempre rosa fuera
y no brisa de sangre suspendida
desde la savia hasta su rojo vuelo! (p. 7).

Llevada por la "brisa de sangre suspendida" Ana Enriqueta Terán abre la puerta hacia otro mundo, el de los sueños, que en la "antigüedad –señala Valmore Muñoz Arteaga– era observado como una vía expedita hacia la divinidad"[22], o para suspenderse en la rosa, "ay! si la rosa siempre rosa fue-

21. *Ibid.*
22. Valmore Muñoz Arteaga, "Notas sobre literatura venezolana. 1. Entre poetas (Antonio Arráiz, Ángel Miguel Queremel y Ana Enriqueta Terán)", *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* [en línea] (Madrid), Nº 26 (2006), <http://www.ucm.es/info/especulo/número26/livenez.html/27septiembre2006>, [consultada: 2 de abril de 2013].

ra", y así "poder celebrar su intimismo, su hermetismo poético", tal alcor creado tras el cual desplegar sus experiencias, según escribió Fernando Paz Castillo al leer *Al norte de la sangre*[23].

Aún con mayor vigor poético tras los insondables misterios de la tierra prosigue Ana Enriqueta Terán en *Verdor secreto* y *Presencia terrena*, títulos publicados casi simultáneamente en 1949, en Uruguay, país donde en 1946 comenzaría su labor en el servicio diplomático venezolano y en el que estableció estrecha amistad con intelectuales y artistas; en particular, como se mencionara al inicio de estas páginas, con Juana de Ibarbourou, quien prologó *Verdor secreto* (Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949), mientras que con un soneto, titulado "Díptico de Ana Enriqueta Terán", el poeta Juvenal Ortiz Saralegui prologaría *Presencia terrena* (Montevideo, Alfar, 1949). Para la fecha la poetisa ocupa el cargo diplomático de agregado cultural en la Embajada de Venezuela en Argentina. Allí conoció al presidente Juan Perón y a Eva Perón, y trabó amistad con el poeta español, entonces exiliado, Rafael Alberti, quien se convirtió en su compañero de las formas clásicas de la poesía castellana, así como en compañero de tertulias y recitales.

El árbol plantado, en medio del cosmos, y cuyas raíces se entrelazan con sus venas y su canto, convierten a *Verdor secreto* en otro hito de la interiorización del paisaje en la poesía venezolana, porque como revela Douglas Bohórquez, en los versos de Terán la naturaleza se expresa "como un cuerpo íntimo, 'secreto', gozoso en su oscura enunciación femenina (…). La naturaleza pensada y descrita por nuestra poesía, habla, se interroga ahora desde el cuerpo, desde una oscura intimidad del deseo"[24].

La naturaleza, la tierra, el entorno natural de la poetisa fluyen en su torrente sanguíneo y con ese ritmo compone los sonetos que conforman así tanto *Al norte de la sangre* como *Verdor secreto*, imbuida en los confines religiosos y místicos del alma, pulsando misterios en la contemplación extática de los paisajes que la rodean y que se inscriben incluso en sus sienes.

23. *Ibid.*
24. Douglas Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, Trujillo, Venezuela, Coordinación Trujillana de Cultura, Fondo de Publicaciones Arturo Cardozo (Col. Cuadernos de la Memoria), 2003, p. 7.

Asida "A un árbol", da inicio a *Verdor secreto* Ana Enriqueta Terán, un árbol que es el "embrión" del mundo:

El embrión solitario
de tu semilla guarda lumbre mansa;
.....
¿Estuvo la penumbra
del jazmín en las sienes levantadas
de la palmera? ¿alumbra
tus pálidas moradas
un rumor de azucenas desveladas?
.....
Es el rostro más hondo
el que suspira en tu verdor secreto,
bosque a bosque respondo
en el lenguaje escueto
que ignora el alba gris de tu esqueleto.
.....
Vegetales recintos
para la rosa de ámbitos dichosos
rescatados jacintos
para los ardorosos
cauces de la manzana y mis sollozos (pp. 31-32).

La poetisa se nos presenta aquí como sacerdotisa, como un ser religado a la tierra, que engendra: un embrión solitario –el hombre–, de latido primario –que se aviene bien con lo natural, con lo primigenio–; una semilla que guarda lumbre para disipar la penumbra del jazmín cuyo perfume recorre las pálidas moradas donde yacen azucenas desveladas, tal y como si siguiésemos el transitar de santa Teresa de Jesús a quien Terán atribuye el haberle enseñado cómo desear a Dios, o incluso, en lo formal, acota Bohórquez, yendo "más allá de la palabra desgastada por el uso (…), ajena a toda posición feminista [más adscrita] a esa tradición lírica femenina, que tiene antecedentes fundamentales en la poesía de sor Juana Inés de la Cruz"[25].

25. *Ibid.*, p. 8.

La palabra poética en Ana Enriqueta Terán se torna por momentos hermética, se quiere ambigua para espejear tanto el paisaje exuberante y las misteriosas manifestaciones animales y vegetales, como las figuraciones del sueño y del deseo, las pulsiones del inconsciente, "las experiencias psíquicas se hacen escuchar en las rupturas del sentido, en las figuras elípticas o metafóricas, y en general a través del sentido plural del texto"[26]. Cuánto de misterio y de orden psíquico condensa la poetisa en estos versos: "Es el rostro más hondo / el que suspira en tu verdor secreto / bosque a bosque respondo / en el lenguaje escueto / que ignora el alba gris de tu esqueleto" (pp. 31-32).

Este extenso poema al árbol que sirve de umbral al libro *Verdor secreto* –y en el que "el rostro más hondo" "suspira en tu verdor secreto"– y en lenguaje escueto –el del asombro–, se inscribe según Fernández de Cano "dentro de la particular 'teología de lo natural' que dominaba por aquel entonces la espiritualidad de la autora"[27], preocupada por restituir el ejemplo de simpleza y tenacidad que brinda el árbol frente a los afanes por destruir y la maldad de la vida moderna.

Se le quema el alma a la poetisa cuando se quema el árbol y "La ceniza golpea / en tu corteza de honda quemadura, / allí donde rodea / la frente más oscura / extraña cal en alta arboladura / (…) / El hálito primero / que atraviesa tus pulsos conmovidos / recobra el lastimero / fuego de mis oídos / y en hosca paz devora mis gemidos" (pp. 32-33).

Y, penando, orando, prosigue su amoroso y luctuoso canto: "¿Regresarás un día / o serás leve peso de mis ojos, / junto al ave sombría / de la sangre y despojos / serán mis huesos a tus zumos rojos? //¿Serán tus ramazones / ¡oh! vegetal el día que demora? / Escuchas mis razones / terrenales o implora / tu savia el vuelo de lo que se ignora?" (p. 36).

Respira con fuerza en los intersticios de los versos de este poema de Terán el aliento inspirador de Garcilaso de la Vega, cuya obra inauguró el Renacimiento literario en las letras hispánicas y quien además adaptó el endecasílabo italiano a la métrica castellana. El de don Luis de Góngora,

26. *Ibid.*, p. 9.
27. J.R. Fernández de Cano, *loc. cit.*

máximo exponente de la corriente literaria conocida, más tarde y con simplificación perpetuada a lo largo de siglos, como culteranismo o gongorismo, cuya obra será imitada tanto en su siglo como en los siglos posteriores en Europa y América, a más del de san Juan de la Cruz.

Como ambos españoles, en sus sonetos, Terán prima el uso de imágenes que, como caracteriza a la poesía heredera de Petrarca, propone al paisaje natural como correlato de sus sentimientos, alcanzando a imbricarse en la naturaleza, a plantarse en ella y a dolerse, inmolarse y renacer, florecer, en ella. Sumergida en la naturaleza, haya enigmas, misterios de los que se apropia tornándoles llama y goce, experiencias vívidas, experiencias de un orden supranatural, frutos del misterio. Dolida y gozosa al unísono advierte: "Retrocede mi paso / con lentitud de yerba innumerable; / tu cuerpo en el ocaso / ignora la mudable / esencia de tu llanto perdurable" (p. 32).

Hállase la poetisa en el ocaso y entre la yerba, ignorando lo mudable [que es] esencia del llanto perdurable… Porque pensar, peregrinar es sino humano. Pero la poetisa no desfallece y ausculta con su mirada el cielo, ausculta el horizonte, y hasta "Las sustancias lunares / ¡oh! vegetal que ciñen tus memorias, / son ávidos lugares / de muertes transitorias / sobre la amarga flor de tus memorias" (p. 33).

El árbol, cuando erguido estaba, en vez de cal lucía sustancias lunares en sus memorias, en plural, porque el árbol es inmemorial, porque los árboles nos preceden y resucitan de "muertes transitorias", o porque la poetisa vuelve a recordar y reza algunos versos de las "Coplas del alma que pena para ver a Dios" de san Juan de la Cruz: "Mil muertes se me hará, / pues mi misma vida espero, / muriendo porque no muero"[28].

Estos versos que nos llegan henchidos de múltiples sonidos, figuras e imágenes cargadas de rupturas del sentido, y que hacen escuchar inéditas figuras elípticas o metafóricas, y otorgan un carácter excepcional a lo nombrado, configuran la rúbrica de sangre, oro e indeleble de Ana Enriqueta Terán.

Quienes con más dedicación se han consagrado a la lectura atenta de la poesía escrita por Terán coinciden en señalar el uso de imágenes de ins-

28. J. de la Cruz, *op. cit.*, p. 78.

piración mística, también bíblica, una preocupación teológica, un gravitar entre el mito y lo sagrado, y también lo que José Lezama Lima llamaría una teleología de lo insular[29], que en el caso de la poesía de Terán sería una teleología de los ámbitos en los que ha transcurrido su escritura y su vivir, su tránsito por los acantilados del existir. Como ya hemos referido, Fernández de Cano identifica en los tres primeros libros que escribiese Terán una "teología de lo natural", es decir, un deseo de palpar las manifestaciones de Dios, las de lo inefable en la naturaleza, y viene a completar la idea José Napoleón Oropeza cuando afirma que en dichos libros "el alma mítica dormía y despertaba en nueva alma: la poeta aprendía a cantar, a crear mitos con los paisajes y figuras que configuraban su universo"[30].

Por ser tan determinante la naturaleza, el paisaje, en los versos de la poetisa nos atrevimos a adelantar la idea de "teleología" que desde el punto de vista aristotélico –y posteriormente también de santo Tomás– insiste

> en la defensa de la existencia de finalidad en todo objeto natural y en los cambios o movimientos naturales (…) [dado que] cada ser natural tiene una finalidad que está determinada por su forma o esencia y a la cual aspira y de la que se dice que está en potencia. Incluso los seres inorgánicos manifiestan fines en sus movimientos pues aspiran a situarse en su lugar natural (cuando una piedra cae se mueve con la finalidad de estar en el suelo, que es su lugar natural, cuando el humo asciende lo hace para situarse arriba, que es su lugar natural…).[31]

Lo teológico se transfigura en teleológico cuando es la poetisa la que silabea la naturaleza. Y con los versos de san Juan dialoga en sorprendente

29. La teleología de Lezama está fundada en la imagen de la insularidad, a la que inviste de la esencia de la cubanidad, cubanidad de proyección universal, que deviene en una sensibilidad insular, en un "mirar a la lontananza", como apuntase en el "Coloquio con Juan Ramón Jiménez", según reseña José Manuel González Álvarez en: "Insularismo, literatura y cubanidad en la poética de José Lezama Lima", *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* [en línea] (Madrid), Nº 21 (2002), <http://www.ucm.es/info/especulo/numero21/insulari.html>, [consultada: 3 de abril de 2013].
30. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, p. 8.
31. "Filosofía griega. Aristóteles. Teleología", *Torre de Babel Ediciones* [en línea], Javier Echegoyen e Isabel Blanco Administradores, <http://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiagriega/Aristoteles/Teleologia.htm>, [consultada: 2 de abril de 2013].

y hermosa armonía: la poetisa nos dice "He de hallar los momentos / ¡oh! vegetal que encienden tus aromas, / he de buscar los lentos / ardores de tus pomas / que en mansedumbre hundosa, tierno domas" (p. 33). Y en las "Coplas del mismo hechas en éxtasis de harta contemplación"[32] de san Juan leemos: "Estaba tan embebido, / tan absorto y enajenado, / que se quedó mi sentido / de todo sentir privado, / y el espíritu dotado / de un entender no entendiendo, / toda ciencia trascendido".

Cabe arriesgarse a señalar otro correlato entre este conjunto de versos de Terán y otro de san Juan. Pregunta la poetisa: "¿Qué noche te sostiene / en tu inerme vigilia levantado? / ¿qué día te contiene / cuando gimes anclado / en la corteza, tierno desgarrado?" (p. 35). San Juan exclama: "Cuando me pienso aliviar / de verte en el Sacramento, / háceme más sentimiento / el no te poder gozar; / todo es para más pensar / por no verte como quiero, / y muero porque no muero".

Para alcanzar a apreciar el secreto verdor y la savia y la sangre que emana del árbol plantado por Ana Enriqueta Terán en medio del cosmos, como hito importante de la experiencia de la interiorización del paisaje en la poesía venezolana nos vemos obligados a evocar la voz de Octavio Paz cuando asevera, según refiere Antonio Deltoro, a propósito del Discurso de recepción del Premio Octavio Paz 2004, otorgado al poeta valenciano Eugenio Montejo, que "la poesía es la resurrección de las presencias" y, a más, a evocar la riquísima noción de "terredad", que Montejo cifrase para transparentar "la comunión de todo lo que comparte este milagro de estar en ella a bordo, casi a la deriva (…) en el misterio"[33].

Cuánto privilegio distingue a la poesía venezolana si asumimos la noción de terredad que nos legase Montejo como una poética y desde allí podemos proceder a leer, a la luz del segundo conjunto de versos de "La terredad de un pájaro" los versos finales de "A un árbol [Canto I]" de Ana Enriqueta Terán:

32. J. de la Cruz, "Coplas del mismo hechas en éxtasis de harta contemplación", *op. cit.*, p. 81.
33. Antonio Deltoro, "Civilidad y terredad (Convivio)", *Letras Libres* [en línea] (México), Nº 82 (2005), <www.letraslibres.com/revista/convivio/civilidad-y-terredad>, [consultada: 2 de abril de 2013].

Su terredad es el sueño de encontrarse
en los ausentes,
de repetir hasta el final la melodía
mientras crucen abiertas los aires
sus alas pasajeras;

aunque no sepa a quién le canta
ni por qué,
ni si podrá escucharse en otros algún día
como cada minuto quiso ser:
más inocente.[34]

Y/o "más inocente" quizá hállase el árbol de Ana Enriqueta Terán, implorando entre sus ramazones la savia de "el vuelo de lo que se ignora" (p. 36). Es probable que la poetisa más que "ignorar", a fuerza de insistir en nombrarse en y con las cosas, les haya restituido su condición eterna, condición que perdida en el acontecer natural de estas, ahora recobrada se mimetizan con lo incógnito reconocible en los intersticios donde se debate el espíritu y la humanidad de Terán.

Y no solo se debate el espíritu y la humanidad de Terán y confluyen en los intersticios de los versos de *Verdor secreto*; confluyen además una delicada sensibilidad y un delicado erotismo, destaca Bohórquez, "como un cuerpo íntimo, 'secreto', gozoso en su enunciación femenina"[35].

Ese sutil erotismo, que impregnase su primer libro, *Al norte de la sangre*, palpita en cada una de las palabras con las que Terán escribió "Joven del espejo" (p. 48). Antes de descorrer el velo de las palabras en las que Terán cifra la intencionalidad de lo que se propuso expresar en el poema, importa destacar la acertada selección del adjetivo sutil por el que optase Bohórquez para acompañar la palabra erotismo, dado que ello revela que el crítico quiere destacar que en la poesía de Terán el erotismo alude antes que al deseo puramente sexual, a la sensualidad, y a lo que tiene que ver con lo que va más allá de lo físico, es decir, a lo que compromete al alma.

34. Eugenio Montejo, "La terredad de un pájaro", *Geometría de las horas. Una lección antológica*, Adolfo Castañón; pról., selec. y notas, México, Universidad Veracruzana, 2006, p. 57.
35. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 7.

Ese ángulo que hace coincidir la pasión física con los apetitos del alma y que alude al erotismo como exaltación del amor físico, se evidencia en los textos místicos de san Juan de la Cruz y puede reconocerse en el ámbito de lo artístico, especialmente en la literatura, la pintura y la escultura –también en el cine y el teatro pero con menos asiduidad–.

El espejo aparece en el primer verso del poema, imagen muy utilizada en las representaciones de la Virgen María, la Madre de Dios, en alusión a la victoria plena de la belleza de la gracia en una persona creada y a su Misterio virginal tal y como la muestran pintores de la talla de Murillo, Zurbarán y Rafael. De allí que como símbolo de la Virginidad perpetua se le represente como "Fuente sellada (…) Espejo sin mancha, Templo de Dios (…), Lirios blancos (…) Huerto cerrado y todos los árboles que conservan su verdor"[36].

Ese espejo sin mancha –inmaculado– es en el que la poetisa ve devuelta la figura de la joven, como una flor –lirios blancos– prendida en la brisa –el paisaje biblico, bucólico, primaveral en el que transcurren dos grandes textos de la poesía que evocan al amor a la luz del amor a Dios: el *Cantar de los cantares* y el *Cántico espiritual*–, que rodea la clara vestidura –porque clara, blanca, es la vestidura, el manto virginal de toda joven…

En el último verso de la estrofa con la que prosigue el poema, revela la poetisa que la joven ha pasado a ser insumisa, aludiendo con sutileza a la transformación sensual de la joven que ha dejado de ser virgen y descubre en el espejo los atributos físicos que comienzan a aflorar en su cuerpo: "La mano" de la joven "viaja desde la sonrisa", se desliza desde sus labios sonrientes, agradados por lo que sienten, "hasta el cabello de encrespado aroma", se avivan los sentidos, el tacto, la caricia por el cabello de encrespado aroma u olor fuerte, intenso.

Y vuelve, como en otros poemas, a entretejerse el aliento de Ana Enriqueta Terán con el de san Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual* a través del bíblico árbol de manzano. Y nos ha dicho san Juan en la Canción 23 del

36. "Símbolos, alegorías e iconografía cristiana (El lenguaje secreto de los símbolos y alegorías)", *Arte, fe y cultura: evangelizarconelarte.com* [en línea], <http://www.evangelizarconelarte.com/el-lenguaje-secreto-de-los-s%C3%ADmbolos/s%C3%ADmbolos-y-alegor%C3%ADas/>, [consultada: 3 de abril de 2013].

Cántico que: "Debajo del manzano, / allí conmigo fuiste desposada; / allí te di la mano". Según se advierte en la edición crítica de las *Obras completas* de san Juan de la Cruz, "Debajo del manzano, esto es, debajo del favor del árbol de la Cruz, que aquí, es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios redimió, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguientemente a cada alma, dándola Él gracia y prendas para ello en la cruz"[37].

La poetisa, en diálogo callado con el santo, incorpora la imagen del manzano: "Recuerda la cadera dulce poma / y el pecho aguza sensitiva nieve / y calladas distancias de paloma" (p. 48). La cadera de la joven comienza a redondearse como una manzana dulce, la tentadora manzana que llevó a Adán y a Eva a cometer Pecado Original pero que Jesús, como se aclara en la cita anterior, redimió. Y en el pecho de la joven comienzan a crecer –aguzar, a hacerse más definidos en las puntas, en los pezones– sus blancos senos (sensitiva nieve).

En el verso que completa este conjunto puede identificarse la capacidad inimitable y única de Ana Enriqueta Terán para con su pulcrísima sintaxis resguardar el enigma, dejar palpitar un no sé que balbuciente, hacer escuchar la "música callada": "y calladas distancias de paloma". Las palomas (y/o tórtolas), dada su reputación de tener un solo compañero a los que le son fieles de por vida, son un símbolo de la fidelidad cristiana y desde la mitología antigua están presentes en el simbolismo cristiano como representación de sencillez y pudor. La poetisa posa a la paloma en medio del pecho de la joven para, como en el *Cantar* y en el *Cántico*, aludir a la pureza.

Y nos devuelve al espejo, y a los primeros versos del poema, para insistir en la flor que como antes refiriéramos alude a la belleza del misterio virginal: "La imagen de la flor es aire breve / cruzando el aire de la niña triste. / Ella es la flor, el llanto, el tiempo leve" (p. 48). Ahora la flor es aire breve –antes brisa– que cruza el rostro de la niña triste. ¿Acaso sugiere Terán que evoquemos la rima interior de esa pequeña joya, "Sonatina", con la que Rubén Darío aproximó a los poetas del continente al Modernismo? Y

37. J. de la Cruz, "Cántico espiritual", *op. cit.*, p. 830.

aflora el llanto, el tiempo leve. Mientras, la poetisa en alba pura, en medio de la primera y más diáfana luz del día, y a viva voz, le dice al espejo que la joven no es un reflejo: "Sé que existe".

Y existe plenamente Ana Enriqueta Terán cuando en voz alta evade toda sensiblería, y desde su más honda condición femenina nombra su extraña e íntima relación con la naturaleza. El propio cuerpo de la poetisa se enuncia, nace, del espesor oscuro de su femenina sexualidad y de su presencia terrena en la "Oda VI" (p. 55).

Ana Enriqueta Terán recibe a los mensajeros de llanto que le envía la soledad, en medio de la noche, y de los mares nocturnos, con el agua creciendo de sus hombros a sus sienes y en el oscuro limo de la entraña y del beso.

Los cuatro primeros versos de esta "Oda VI" están impregnados de nocturnidad, de oscuridad. Quizá porque como observara Hanni Ossott la imagen de la noche está muy presente en la poesía contemporánea: "La noche como ámbito, espacio y fuerza interior que doblega lo diurno, la luz, la lucidez"[38]. Y ámbitos, antes que espacios, es lo que reivindica la poetisa cuando debe hablar sobre su poesía. Y fuerza, interior, de sus entrañas y del hondón de su alma, es lo que ha sostenido su andar y su poetizar:

> La poesía –aclara Ossott– no pertenece necesariamente al reino de la noche, pero ella es su referente, el gran paradigma no mencionado (…). Los poetas se ejercitan en la noche (…) ella, la reina negra toma posesión de su centro [el del poeta]: el corazón. Entonces como una daga, lacera, abre fuentes y aguas, toma posesión del alma, la enciende.[39]

La reina negra tomó posesión de la poetisa y la laceró, abrió aguas, oscureció el limo y ya en el segundo y tercer conjunto de versos de la "Oda VI" camina la poetisa con las olas y el árbol dado cuya corteza muda la golpea, la enciende, y camina con la tierra, herida, lastimada por un entreabierto

38. Hanni Ossott, "La imagen de la noche", *Imágenes, voces y visiones. Ensayos sobre el habla poética*, Caracas, Academia Nacional de la Historia (Col. El Libro Menor, 120), 1987, p. 21.
39. *Ibid.*, p. 22.

goce, y escucha a las bestias taciturnas de los mares y tinieblas que azotan su rostro (escenario bíblico: génesis del mundo, germen de la poesía, del ámbito al que la soledad envía mensajeros de llanto a Ana Enriqueta Terán). Ámbito en el que la poetisa proclama: "Existo. Me detengo para escuchar mi muerte / que viene por mi sangre como un hondo latido / mi muerte tiene en mí, cantos de mansedumbre / y secretas constancias del amor y el olvido" (léase versión completa en p. 55).

La poetisa se detiene para escuchar su muerte, muerte que tiene en ella cantos de mansedumbre y secretas constancias del amor y el olvido, que de igual forma, podemos justificar en el citado ensayo de Ossott:

> También es el cántico de un animal atado, una bestia doliente y febril (…). A ella pertenece lo indiferenciado y entre lo indiferenciado de la noche debemos aprender a ver, debemos encender allí una luz especial (…). Y en su ámbito nos volvemos ardientes y fervorosos. "Las tinieblas traen devoción" dice Dionisos en *Las Bacantes* de Eurípides. Llevamos la noche en nosotros (…). La noche es irregular. Ella se instala, ferviente, para decir sus propios e incognoscibles códigos. Ante ella sólo ilumina la lámpara de la fuerza instintiva.[40]

La poetisa, como sacerdotisa, porta la lámpara, el fuego, la fuerza instintiva que emana de su sangre como un hondo latido. Esa fuerza instintiva le permite percibir la debilidad de ciertas criaturas, debilidad que ella se afana en defender en especial bajo un árbol y en la belleza virginal de una joven frente al espejo en su libro *Verdor secreto* y, con "Oda VI", entre otros poemas, en *Presencia terrena*.

Cuando Ana Enriqueta Terán dice "Me detengo para escuchar mi muerte" nos atraviesa una llamarada enceguecedora que se convierte en salmodia al añadir: "Existo por mi muerte, para mi muerte y amo / libremente mi vida, libremente mi muerte". Escuchamos luego a Terán desgranar sus incognoscibles códigos: "(…) la mar echada / a la orilla de un árbol limpio como la vida; / el sueño con mesetas minerales (…) / (…), la mar a ciegas por la orilla". Haciendo la noche en ella, depurando con fuego las palabras, amando su muerte y su vida, Terán alcanza a "deponer el lenguaje

40. *Ibid.*, p. 24.

para que éste se vuelva más hablante, para que de él surja decantada la palabra diurna, la palabra resurrecta"[41]. Y por el poder de resurrección y de purificación de la palabra para que se vuelva más expresiva –"hablante", la llama Ossott– divisamos el caballo blanco sobre el que cabalgan los ojos y el alma extasiada de la poetisa, la poetisa que convierte todo lo que nombra "en fuente, en atisbo del absoluto, en saber universal" señala Enrique Mujica[42], es decir, en un hallazgo.

Ana Enriqueta Terán, quien optó por el soneto, enamorada de la música, de la rima que esta forma suscita, da inicio al poema "A un caballo blanco" (p. 57) celebrando el fragor, el sonido estrepitoso, profundo que se desprende de las crines del caballo y que se le asemeja a un lamento que atraviesa al animal del cuello hasta los belfos, hasta los labios mientras al unísono y por virtud del poder analógico de ciertas palabras, se produce –apuntala Mujica– "un hallazgo de luminosa descripción: 'resbaladas llanuras el costado'"[43].

En adelante, sobre ese caballo cabalgarán las palabras e imágenes de Terán, que se ha hecho una con el caballo, y admira como copian sus ojos el paisaje lento y al árbol que en el fondo gime anclado, y entre el azul y el morado –de las venas de la poetisa, de las del caballo y del árbol– trepan sus ancas, remontan, siguen en el viento. Luego se le escucha balbucear, como dolida: "huye de mí como una racha oscura / y blanco desde el pecho a la garganta / en el fondo de mí canta su albura" (p. 57).

El caballo que en el fondo de la poetisa canta, huye como una racha oscura, envuelto quizá en las tinieblas, que amenazan a la poetisa en su peregrinar tras la palabra perdida, esa que, según reflexiones de María Zambrano que conviene citar en extenso:

> lo que necesita es la vida vivificante, aurora no interrumpida por ese Sol que enuncia todos los Imperios, comprendido el de la poderosa Razón. La auro-

41. *Ibid.*, pp. 27-28.
42. Enrique Mujica, "Prólogo", *Antología poética*, A.E. Terán, Enrique Mujica; pról., Enrique Hernández D'Jesús; cronol., Caracas, Monte Ávila Editores (Biblioteca Básica de Autores Venezolanos), 2005, p. XIV.
43. *Ibid.*, p. XV.

> ra y antes el alba anuncian algo que débilmente se insinúa, indeleblemente también: lo intacto. Anuncio no de lo que sigue, el imperio del Sol, sino de la claridad, si la claridad es, que se ha quedado remota: una especie de balbuceo, una apenas sombra de luz. Y un fuego sutil que da frío, la gota de rocío de la virtud única que de tan concentrado fuego da señal. Y de ahí la belleza y el error que en la mirada prendida que de ella suscita; por ese no creer que inhibe el respirar en el momento privilegiado. Y así se pierde el aliento que sólo da el respiro, aunque sea cosa de un instante, en el fuego frío del alba todavía indecisa antes de que aparezca la raya de la aurora. Una raya que traza el abismo entre luz y tinieblas, que arroja las tinieblas hacia el abismo de donde, por fuerza, habrían de resurgir. Mas antes, antes de la separación, está el alba, sombra primera de la luz, y con ella, andando en ella, envuelta por ella, la palabra que se perdió y que volverá en cada alba.[44]

Al alba, anuncio de la primera luz del día antes de salir el sol –momento en el que san Juan eligió irse al cielo para cantar maitines–, la poetisa nos ha confiado ya que el caballo que huyó "en el fondo de [sí] canta su albura".

Y como si suscribiese lo que piensa Zambrano sobre la palabra perdida, Ana Enriqueta Terán escribe que el caballo que huyó "se pierde en la verdura / de las yerbas crecidas (…)" como el verbo divino se sembró para nacer y las semillas florecieron, por el fuego, por la luz de la aurora "que se multiplica sin fin"[45], como el caballo que perdido en la verdura "de las yerbas crecidas, adelanta / su pecho hasta el poniente y la espesura".

El poniente y la espesura que acogieron a Ana Enriqueta Terán mientras salían a la luz sus libros *Presencia terrena* y *Verdor secreto* fueron los de Montevideo, ciudad donde –como ya se ha referido– ocupó el cargo de agregada cultural de la Embajada de Venezuela. Pero el Sur la impactaría más hondamente, al trasladarse a la Argentina para asumir en Buenos Aires la misma misión diplomática que cumpliría en Montevideo. En una sola noche y sin detenerse, escribe en 1951, frente al Nauhel Huapi, Neuquén, uno de los más imponentes lagos de la Patagonia, también conocidos como

44. María Zambrano, "La aurora de la palabra, tres fragmentos", *La musa inquietante* [en línea], [Argentina] Paulina Movsichoff, blog, 30 de noviembre de 2009, <lamusainquietante.blogspot.com/2009/11/la-aurora-de-la-palabra-maria-zambrano.html>, [consultada: 2 de abril de 2013].
45. *Ibid.*

Lagos del Sur de Argentina, el poema *Testimonio*. Este poema está envuelto en circunstancias excepcionales desde su origen –la poetisa ha confesado que lo escribió a lo largo de una noche como raptada, sin pausas– y fue editado por el Ateneo de Valencia, en el primer número de Cuadernos Cabriales, colección dirigida por el poeta Felipe Herrera Vial, a manera de obsequio de bienvenida a Terán.

La portada la ocupa una figura abstracta, el número 1 y el título del poema: *Testimonio*. Y en la primera página, a manera de editorial, fechada en Valencia, el 31 de mayo de 1954, el poeta y editor Herrera Vial escribe:

> Ana Enriqueta Terán es huésped de la ciudad lírica, Gran Capital del Sueño, con su oscuro río, ondulante como una serpiente. Los mangos y samanes de nuestros grandes patios le dan su sombra grata. Está aquí Ana Enriqueta, nuevamente.
>
> .....
>
> Ahora, a su paso por estos paisajes provincianos de Venezuela, tan de su amor, y al regreso de grandes capitales: París, Buenos Aires, Uruguay, donde editó *Verdor Secreto* en los Cuadernos de Julio Herrera y Reissig, con prólogo de J. de Ibarbouru, y su *Presencia Terrena*, con un hermoso díptico de Juvenal Ortiz Saralegui, que alza el "antiguo verso de montaña", "naciente de poesía desbordada", nos deja Ana Enriqueta Terán, este *Testimonio*, escrito en Nahuel Huapi, Neuquén, frente a los Lagos del Sur.[46]

El poema, otro hito en la obra de Terán, fue publicado únicamente en ese primer ejemplar de Cuadernos Cabriales, hoy disponible –solo para consulta– en la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela, entre otras pocas. Al leer dicha obra, escuchamos el eco de la naturaleza americana, la que evoca Andrés Bello en "Silva a la agricultura de la zona tórrida" –obra que Terán ha reconocido le suscitase gran emoción, "de una manera legítima y honda"[47].

Dicha composición poética suele ser inscrita en el neoclasicismo que se desarrolló desde mediados del siglo XVIII hasta las primeras décadas del

46. Felipe Herrera Vial, ["Presentación"], *Testimonio*, A.E. Terán, Valencia, Venezuela, Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, 1), 1954, 7 p.
47. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*

siglo XIX y se caracterizó por abordar asuntos bíblicos, y por expresar el amor a la naturaleza, a la flora y a la fauna, escenario en el que el autor libera su dolor, el del atropello que sufre la naturaleza y cuán inmensa se torna entonces la soledad del hombre.

El nombre de Bello también suele ubicarse en la encrucijada entre el neoclasicismo y el romanticismo y, afirma Julio Miranda: "Todo está en Bello, todo remite a él (…) Bello inicia –inventa– la historia venezolana de la luz"[48]. Y en *Testimonio* la poetisa va tras esa luz y, según advierte Herrera Vial en el prólogo:

> Una tremenda ansia de vuelo la acompaña. Detenida en sus álamos, frutas, playas. Encantada en sus araucarias, oyendo la flautas primitivas de un pastor de torso vegetal moviendo la campiña con una caravana de bisontes. Soñando, lo dice el *Testimonio*, con los claros pedestales de los niños, huyéndole a las irascibles campanas, tomándoles el peso a las amapolas con su lebrel de cantos y manzanas y los labios abiertos a los vientos.[49]

Como un río de piedras, en canto, canto rodado, mana y corren los ciento cuarenta y cuatro versos que juntó la poetisa, como en una escena bíblica, la del día marcado, "cuando el acallamiento de todos los decires permite sentir su palpitar. El inextinguible palpitar de lo vivo de verdad", como anotara María Zambrano en su intento de procurar "la completa aurora de la palabra", es decir, "la aparición de esa palabra única llamada 'palabra perdida'"[50].

Ana Enriqueta Terán llamada por su raza, por el mestizaje que con fervor reivindica, declara/declama:

> Soy yo, soy yo quien ama, dadme paso
> y no toquéis mi sangre, mis cabellos
> .....
> han dudado de mí los tiernos álamos
> qué dijo el eco abierto de las playas,
> el desolado gris de la ceniza;

48. Julio Miranda, *Poesía, paisaje y política*, Caracas, Fundarte, 1992, p. 7.
49. F. Herrera Vial, *op. cit.*, p. 1.
50. M. Zambrano, "La aurora de la palabra…", *loc. cit.*

.....
Me negaron acaso los espejos?
¡Ay! cualquier arboleda me conoce
porque vengo de pulsos primigenios,
.....
Conozco el sitio de las araucarias,
el agua triste de sus direcciones,
sus veinte pisos de ángeles silvestres.
.....
Decidme, cuando deje los extraños
huracanes orgánicos y fuegos
donde batalla el hoy que me sustenta;
¿quién mirará por mí tiempos de acero?
.....
perseguiré mis ojos tercamente,
perseguiré mis manos por el tiempo,
por tierras abonadas por mis zumos;
haré preguntas vegetales y hondas:
Dónde han ido mis ojos y mis sienes
.....
Dadme mis manos para asir la llama,
quiero mi piel, mi vientre, mis rodillas,
mis médulas extrañas, reciedumbre
de soledad en soledad ardida.
Estoy sobre mí misma; digo: existo
.....
Quitadme las palabras; soy la tierra.
Solo conservo recios panoramas,
latigazos de América en los flancos,
silentes muchedumbres arboladas
con algo del mandato que obedezco.
.....
No soy, ya sé como la noche quiso
.....
No soy, ya sé, como la muerte quiso:
.....
No soy, ya sé, como la vida quiso,
.....
Por eso en fuego desde el fuego digo:

os doy el testimonio de mi sangre;
americana noche me circunda
ordeno golfos, bosques, soledades,
itinerarios de raíces hondas
ida y retorno casto de los pájaros.
.....
No llegaré jamás a los manzanos
hasta no castigar la piedra amiga,
porque la estatua daña mi secreto,
sí, la estatua me hiere, me persigue,
sabe mi nombre, grita mi estatura
y me caigo en la noche y me consigo
desdoblando su mármol junto al mar
extendiendo su luna junto al mar
ya que en el mar, solo en la mar existo (pp. 67-72).

Como el mismo título revela, la poetisa ha declarado y declamado, a viva voz, y ante la inmensidad de una noche del Sur y de uno de sus más imponentes lagos –a más de dejar sentado en negro sobre blanco su *Testimonio*, el testimonio de quién es y cómo es y dónde se siente menos ausente, menos errante.

Destila aquí el intenso deseo de Ana Enriqueta Terán de ser mujer barro, mujer árbol, mujer de fuego, mujer de agua, palpable encarnación de la naturaleza americana. Ella ha concatenado su ser y estar en el mundo, su perfil de criatura humana, con el paisaje, en especial, con el paisaje americano. Y en los versos citados la poetisa aprehende en la unidad de su significado lo que se ha apellidado "mundo americano", un mundo de raíces

> no iguales en su exterioridad, pero que en lo profundo proceden de distintos orígenes, separados por milenios en el tiempo y por signos de procedencia ora asiáticos y polinésicos en un caso, ora europeos en el otro, vale decir, dando virtualmente la vuelta completa a la Tierra, que es una solamente para nuestra trajinada especie.[51]

51. Julio Molina Müller, "Naturaleza americana y estilo en Gabriela Mistral", *Anales de la Universidad de Chile* [en línea] (Santiago), Nº 106 (1957), p. 109, <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewArticle/1891>, [consultada: 17 de abril de 2013].

La naturaleza americana es la de la raza mestiza que tanto reivindica como fuente de riqueza espiritual, a más de cultural, Terán. Y al reunir los versos en los que la poetisa se describe, se torna obvio que ella se nombra a través de elementos del paisaje.

A lo largo de esta lectura emprendida con el propósito de resaltar el valor y la trascendencia de la obra de Terán, con cierta recurrencia se ha mencionado como uno de los rasgos que la distinguen la presencia de la Naturaleza. Los ensayistas Douglas Bohórquez, José Napoleón Oropeza, entre otros, destacan la relación con el paisaje y los distintos ámbitos en los que la poetisa ha vivido, develando "la geografía íntima, sensual o melancólica que expresa todo su imaginario poético" y el recorrido de su voz por "los laberintos afectivos, emotivos de un universo vegetal y animal"[52], a más de la visión mítica, dionisíaca, incluso su anhelo de "envolver la imagen en un hálito misterioso, enigmático", y es que "Ana Enriqueta Terán se ha mantenido en el trabajo del verso tras aliento cósmico, fundido alquímico de lo real y de lo mítico como único refugio posible"[53].

Resulta esencial prestar atención a la manera como el poeta Reynaldo Pérez-Só, tal si portase entre las manos una antorcha, ilumina –con reverencia de devoto y atentísimo lector– una palabra de la definición de la poética de Ana Enriqueta Terán (que hiciera Juan Liscano): "cuando escribe que Ana sustenta sus versos en un lenguaje arquitectónico. (…) En ella la arquitectura lingüística se da en diferentes direcciones: una arquitectura de catedrales, góticas, misteriosas, con frisos de oropeles en piedra, deslumbrantes"[54].

De versos labrados, repujados en esa arquitectura donde "cada detalle forma un conjunto de sugerencias nuevas y antiguas a un mismo tiempo" está conformado *De bosque a bosque*: "Catedrales que no son únicamente arquitectura, simple, de cada palabra, sino también arquitectura del sonido que llena el espacio enorme impuesto por las formas espaciales otorgadas por la disposición verbal"[55].

52. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 9.
53. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, pp. 9 y 22.
54. R. Pérez-Só, "Campana de piel", *La piedra alzada en junio (Antología mínima)*, A.E. Terán, Valencia, Venezuela, Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, 50), 1989, pp. 5-6.
55. *Ibid.*

En *De bosque a bosque* encontramos el paisaje propio del reino marino y, destaca Douglas Bohórquez, se torna reconocible la concepción de la poesía "como una luminosa forma de conocimiento de sí y del mundo. Conocimiento desde el propio cuerpo, desde el vientre a los labios, desde el tacto a la piel. Transfiguración del deseo en paisaje onírico interior"[56].

Mas, el paisaje que envuelve a la poetisa, de regreso al país, es el de Morrocoy, donde el alma mítica de Terán "despertaba en nueva alma; la poeta aprendía a cantar, a crear mitos con los paisajes y figuras que conformaban su universo (…) [*De bosque a bosque* es] tallado en el ámbito de una exuberante geografía que entregó, por igual, la luz, el anhelo de belleza de formas marinas"[57]. No deja de insistir Terán en hablar desde el cuerpo y el deseo, recubiertos de misterio y "vinculados ahora a una fina y disimulada erotización del miedo, de la naturaleza y la noche"[58]. La noche es el manto en que la poetisa vierte piedras, joyas, vegetales y todo cuanto destilan sus sentidos encendidos.

En "Soneto del deseo más alto" (p. 75) encontramos cifrado un mundo taciturno, acuático, con rebaños, bisontes, algas, ecos minerales y una mesa donde está dispuesta proféticamente la muerte. La estructura del soneto sigue sosteniendo su decir pero ahora la marea, los sueños, el miedo de la poetisa ocupan más el espacio de la página y refulgen como joyas pulidas sus rimas.

En *De bosque a bosque* todo refiere un espacio. Y una especie de espacio encantado cargado de esplendorosas imágenes es el que por momentos representa Ana Enriqueta Terán ante los ojos del lector, tal y como nos sucede con el poema "A un vendedor de ostras" (p. 80). Terán reproduce la escena que la ha deslumbrado. Mientras la poetisa contempla al niño que al borde del mar y bajo un sol incandescente vende ostras, y lo detalla con sus pupilas dilatadas, transmitiéndonos la conmoción que le suscita "la imperfección de la belleza" del niño, belleza que es tal que la poetisa, en el leve esbozo que alcanza a divisar, reconoce "mucho de la locura". Ana En-

56. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 11.
57. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, pp. 8-9.
58. *Ibid.*, p. 10.

riqueta Terán al estar hechizada por la belleza del niño siente las pulsiones de la locura que conectan una y otra. Porque desde Platón, la belleza y la locura estuvieron emparentadas por vía del amor.

En *Fedro, o de la belleza*, Platón divide a la locura en cuatro: la de Apolo o adivinadora; la de Dionisio o mística; la poética o inspiración de Musas, y la de Venus y Eros, madre e hijo, locura a la que otorga supremacía:

> La tercera forma de posesión y de locura –dice Sócrates a Fedro– es la que procede de las Musas, al ocupar el alma tierna y pura, la despierta y lanza a transportes báquicos que se expresan en odas y en todas las formas de la poesía, y, celebrando miles de gestas antiguas, educa a la posteridad. Pero cualquiera que, sin la locura de las Musas, accede a las puertas de la Poesía, confiando en que su habilidad bastará para hacerle poeta, ése es él mismo fracasado, de la misma manera que la poesía de los locos eclipsa a la de los sensatos.[59]

Resplandece tanto el joven en la mirada de la poetisa que identifica la cabellera rojiza por el sol como "Tiniebla en llamaradas la cabeza, / el rostro pedigüeño y generoso", rostro de niño pobre e inocente. Añade que él tiene "Algo de libre y súbita belleza / trepando la color y el porte ocioso", aludiendo a que el niño es ligero, delgado y de color y que está en actitud que evidencia que no tiene el hábito de vender y que además es de linaje mestizo: "herencia y ritmos de un pasado ansioso"; e insiste la poetisa: "y con la imperfección de la belleza", la que, como comenta Sócrates a Fedro:

> podemos verla en todo su esplendor cuando, con el coro bienaventurado y siguiendo nosotros a Zeus, y otros a otro dios, contemplamos la visión beatífica y divina iniciándonos en la iniciación que es justo considerar como la más bienaventurada, y celebramos ese misterio en nuestra integridad y sin haber experimentado todos los males que posteriormente hemos sufrido, siendo a la vez simples, íntegras, inmóviles y beatíficas las visiones que durante nuestra iniciación y al término de ella contemplábamos en un resplandor puro, puros nosotros.[60]

59. Platón, *Fedro, o de la belleza*, Madrid, Aguilar, 1992, p. 74.
60. *Ibid*., p. 86.

La poetisa se siente como en iniciación: "Yo me presiento más y más oscura"; y con integridad y gran pureza: "y a fuerza de humildad, madre dolida / frente al hijo indefenso y con destino", ha tenido una visión beatífica. Agradecida por la experiencia deparada por el niño no le señala "tiempo ni camino; / me basta ser trasfondo de agua pura, / de inmóvil soledad también herida".

Herida de amor por la belleza y por la gracia de la locura. Herida por la rosa que dice y la transfigura y la convierte "de creatura perenne y entreabierta / en ave fija de enlutado trazo" en el "Soneto cincuenta" (p. 86), soneto con el que culmina el libro *De bosque a bosque*, publicado en 1971, con cuatro dibujos de la autora, por el Congreso de la República, como homenaje al Sesquicentenario de Valera, su ciudad natal.

En ese ambiente solar y marino, pleno de enigmas, la poetisa entretejió, como antes se indicase, el poemario. José Napoleón Oropeza, en algún recodo del prólogo a la antología *Casa de hablas* advierte: "Hemos hablado de mitos, de arquetipos, de oficios. La escritura de este hermoso libro *De bosque a bosque*, resolvió el primer enigma. Volver cascada lo cotidiano, convertir en espejo llagado el oro de un instante"[61]. Y en cascada de sentimientos puros y temblorosa derrama en la página lo que intuye le ha sido revelado de la existencia cotidiana al través de la escritura en el "Soneto intuitivo" (p. 78).

Ana Enriqueta Terán siempre reivindica su interés por la gente sencilla y su lugar, por ello advierte que al estarse en su vivir "(…) como sabiendo / el destino de gentes y ciudades, / las hoscas gentes de mis soledades", en el secreto ayer de la poetisa, esas gentes, esas ciudades "van padeciendo".

La cascada en la que Terán ha vertido experiencias cotidianas y de su propia contextura emocional incluye el reflejo de la imagen de la poetisa siguiendo su "despojada sombra" entre elementos misteriosos como "números, puertas y ebriedades" "ceñida a las edades". ¿A cuál de los períodos que los historiadores han establecido para dividir el tiempo y poder estudiar mejor la evolución del ser humano desde su aparición hasta la actualidad?, ¿la Edad de la Piedra tallada, o la Edad de la Piedra pulida

61. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, p. 13.

o la Edad de los Metales? O quizá la poetisa las junta todas convirtiéndolas en "el oro de un instante" del que diese cuenta Oropeza y que persistirá a lo largo de "las edades / inconsoladas de algo persistiendo", que persistirá sin remedio alguno, inconsolablemente, en el poema y en el vivir de Terán.

Raptada por el sueño, advierte que "algo de (…) [sí se le] cruza, se atraviesa, / se vuelve silla azul, tacta el aroma / donde estuvo el color y hace la rosa", componiendo así una escena onírica de aire surrealista únicamente en cuanto que depara un deslumbrante escenario.

Y erguida, sosteniendo "La rosa de [sus] huesos que no cesa", Ana Enriqueta Terán como sibila misteriosa y sabia, "exacta, tumultuosa", se haya "prediciendo / algo de [sí] que besa a quien no besa", dejándonos deslumbrados por la manera en que, como nos hiciese descubrir Pérez-Só:

> el verso discurre, nos acompaña, siendo contemporáneo, por el mismo aire antiguo que presume al andar, silenciosos, entre las naves de iglesias pretéritas, o simplemente entre viejos caserones con patios asoleados, puertas y ventanas que asoman a florestas sonoras con igual dejo poético al de Gonzalo de Berceo en su famosa Introducción a los *Milagros* [*de nuestra Señora*]. Quizá sea así, sin embargo su verso se ha atemperado en la gracia de un lenguaje, de un idioma, muy particular, proclive al estallido metafórico, inventario de sensaciones escudriñadas y puestas en la hechura de cada sustantivo, verbo, adjetivo. Versos clásicos.[62]

Ana Enriqueta Terán le seguirá siendo fiel al verso clásico pero ha confesado, según refiere Alberto Hernández: "el verso libre me solicita y voy con él con respeto y autenticidad. Sin embargo no abandono las formas clásicas; no las abandonaré nunca. Sonetos y tercetos me serán fieles y andaré por ellos con distintas penumbras pero con un mismo trazo de libertad y honestidad"[63].

La poetisa sintió el llamado del verso libre bajo el impacto que le causara descubrir en el ejemplar de la Biblia que le regalase "un primo minus-

62. R. Pérez-Só, "Campana de piel", *La piedra alzada…*, A.E. Terán, p. 5.
63. Palabras citadas por Alberto Hernández, "Ana Enriqueta Terán: presencia de lo inasible (Crónica del olvido)", *Ciudad Letralia* [en línea], Cagua, Venezuela, 23 de octubre de 2012, <www.letralia.com/ciudad/hernandez/090211.htm>, [consultada: 17 de abril de 2013].

válido (…) un versículo extraño del Salmo 109: 'En su camino beberá del torrente, por eso levantará la cabeza'"[64].

El enigmático versículo condujo a la poetisa a componer *Música con pie de salmo*, libro que comenzara a escribir en 1953, en París, ciudad donde, –advierte Fernández de Cano– descubre "los epígonos de la Vanguardia"[65] mientras vive en casa de su amiga la pintora venezolana Aimée Battistini[66].

El cosmos que Ana Enriqueta Terán procrea con su aliento poético y que torna imagen "para el encuentro del ser con lo mítico, del objeto cotidiano que se vuelve sagrado al yuxtaponer imágenes, objeto e historia"[67], ese itinerario, se sostiene ahora en *Música con pie de salmo*:

Intempestivo alcance de la tiniebla;
fino animal que emerge de las alabanzas y los salmos.
Así la profecía, semejante al oscuro, desmesurado
porte de la extranjera y su más alta música.
Sombrío, enjoyado silencio de reina en el palco fastuoso.
Y los trémulos labios de locura
                como animalejos súbitos
                entre máscaras y niños furtivos.
Alguien guía sus aves y pide tregua al desprecio.
Alguien pues inevitable entre el primogénito y la nodriza enlutada.
Manto y grieta vivísimos responsables del girasol cuesta abajo
de la negra nupcial cuyas tetas se coronan de avispas
y fugases siseos. Intempestivo alcance de la tiniebla,
fino animal que emerge de alabanzas y los salmos.

64. A.E. Terán, "De oficios y nombres", *Casa de hablas…*, p. 265.
65. J.F. Fernández de Cano, *op. cit.*
66. En el apartamento de Battistini conocería Terán a Oswaldo Vigas, Víctor Valera y Pascual Navarro, que integraban, entre otros pintores venezolanos y personalidades ligadas a las artes plásticas, un movimiento llamado Los Disidentes, grupo al que se le atribuye el inicio de las experimentaciones del arte neofigurativo, del abstracto y de otras corrientes del arte contemporáneo; la ruptura con el figurativismo, la intención de renovar la pintura venezolana y el cuestionamiento del Círculo de Bellas Artes y de la Escuela Paisajista de Caracas.
67. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, p. 20.

En este poema titulado "Manto y grieta vivísimos"[68], la poetisa se vale de la imagen para acercarnos a lo mítico –primario, natural, sobrenatural, "encantatorio"– echando mano de la profecía y aproximándonos, en medio del "Intempestivo alcance de la tiniebla", a animalejos súbitos, aves, mantos y grieta, a lo sagrado que se revela entre salmos y alabanzas.

Y para poder apreciar un poco más todo cuanto entre alabanzas y cantos emerge de este poema, resulta de gran ayuda retomar lo que apuntase Douglas Bohórquez sobre la poesía de Ana Enriqueta Terán en el prólogo a la edición de la antología que preparara: "La voz y el cuerpo que escriben, tejen una escritura (…) habitada de nuevas resonancias, texturas, formas musicales (…) que se hacen escuchar en las rupturas del sentido, en las figuras elípticas o metafóricas, y en general a través del sentido plural del texto"[69]. Dichas rupturas del sentido no son un dique que enrarece la comprensión del poema, por el contrario, resultan enriquecedoras de la atmósfera que crea la poetisa en este y en particular en los siguientes versos de "Manto y grieta vivísimos":

> Manto y grieta vivísimos responsables del girasol cuesta abajo
> de la negra nupcial cuyas tetas se coronan de avispas
> y fugaces siseos. (…)

El girasol es flor constitutiva de la poesía de Terán. "La poeta ha sabido 'usar del girasol la delicada reverencia' para lograr en su palabra 'el girasol personal milagrosamente enhiesto'", reseña María Antonieta Flores y, además, avanza en argumentar cuál es el vínculo de la referida flor con la poetisa:

> planta de origen americano, hay una travesía escritural que delata la experiencia abisal de lo poético, pues más allá de las resonancias que en su psiquis individual ha producido la amarilla flor, están las que provienen del inconsciente colectivo. Símbolo solar en la cultura incaica, se ha constituido, según Manfred Lurker, en un símbolo moderno que data de la segunda mitad de

68. A.E. Terán, "Manto y grieta vivísimos", *Música con pie de salmo*, p. 47.
69. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 9.

este siglo. El girasol "pasa a ser el emblema (la más de las veces secular) de la vida, la resurrección y la salud" (Bies, citado por Lurker).[70]

Ana Enriqueta Terán se aferra tanto al girasol que lo insertó en uno de los poemas que más tiene de ella, "El nombre", con la intención de poder alcanzar a decir:

> Sí, como quien escribe una oración y pide en ella mucha humildad y comprende tiempos después que poesía y profecía pueden andar juntas, no tan sólo en los espacios bíblicos, sino también en los secreteos de la luz frente a la respetuosa pero digna reverencia del girasol. Nombro el girasol, porque para mí el girasol es símbolo de mi poesía y del Continente Sur, amo el Sur, Venezuela y Argentina, desde esta punta a la otra.[71]

Ese girasol que aparece "cuesta abajo" en "Manto y grieta vivísimos" le pertenece a la "negra nupcial cuyas tetas se coronan de avispas / y fugases siseos". Imagen henchida de enigmas que produce la ruptura del sentido.

Terán trae a la escena a una mujer que en vez de senos tiene tetas que están coronadas de "avispas que se mueven como fugaces siseos", siendo que sisear es el sonido que emiten las serpientes mientras que la avispas zumban. Los elementos animados e inanimados reunidos por Terán resultan extraños y juntos provocan un gran contrasentido, una explosión de elipsis y metáforas.

El reparto del poema "Manto y grieta vivísimos" incluye también a una "extranjera y su más alta música", una "reina en el palco fastuoso", aves y desprecio entre "el primogénito y la nodriza enlutada". La mención a una extranjera que según la profecía tiene un oscuro y desmesurado porte, elípticamente puede aludir a la muerte; recordemos que entre las manifes-

70. María Antonieta Flores, "Girasol nocturno (epifitas)", *El Cautivo* [en línea] (Caracas), Nº 28 (2007), <www.elcautivo.org/070531/V6/Pag_V6.htm>, [consultada: 23 de abril de 2013].

71. A.E. Terán, [Intervención de A.E. Terán], Acto con motivo del apoyo al proceso revolucionario por parte de intelectuales, artistas y trabajadores de la cultura. Presidente Hugo Chávez Frías. Teatro Teresa Carreño. Caracas, 26 de julio del 2004, pp. 7-8, <http://www.urru.org/videosbolibananos/discursos/Acto_Apoyo_alProceso_Intelectuales_Artistas_26jul2004.pdf>, [consultada: 23 de marzo de 2013].

taciones del arte la más común de las alegorías de esta divinidad entre los romanos fue un genio triste e inmóvil con una antorcha apagada y vuelta del revés. Lo desmesurado, alude a lo terrible de la apariencia y la antorcha apagada, alude a lo oscuro, rasgos comúnmente atribuibles a la muerte. Y las rupturas de sentidos prosiguen: la extranjera de porte desmesurado y oscuro, se desplaza con "su más alta música", que no ha de ser la que interprete un coro angelical, quizá sí la de un coro de almas penitentes. Junto a la negra de tetas coronadas de avispas y la tenebrosa extranjera, hallamos a una reina sentada en un palco fastuoso con los labios temblorosos de locura, que asemejan a animalejos que aparecen bruscamente, entre máscaras y niños que yacían escondidos y a una nodriza enlutada pues ha de velar por un despreciado primogénito.

A no dudar, como lo expresa Douglas Bohórquez, Terán:

> nos instala así en el ámbito de una suprarrealidad a la que ha accedido la poeta a partir de un trabajo de escritura que ha implicado el descenso a una cierta materialidad incandescente de la lengua, a un cierto infierno-límite de la lengua en el que una dolorosa realidad deviene especulum, refracción y reflexión del yo, metáfora, "matrimonio del cielo y del infierno" como diría de la poesía William Blake.[72]

Ana Enriqueta Terán no solo desciende a "un infierno-límite de la lengua" en la que la realidad dolorosa deviene gran metáfora del matrimonio entre el cielo y el infierno que le adeudamos a Blake, la palabra poética en el territorio sagrado de *Música con pie de salmo*, como añade Bohórquez:

> le sirve, el territorio de un cuerpo y de una historia de múltiples resonancias y significados: personales, familiares, sociales. La palabra poética es aquí un lugar de evocación y de reencuentro con un tiempo y un espacio que ya no nos pertenecen. Cuerpo de memoria y cuerpo del deseo, la poesía de Ana Enriqueta Terán es esta posibilidad de restaurar el diálogo con una cierta lejanía, con el despojo.[73]

72. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, p. 12.
73. *Ibid.*

Facultada, a no dudar, con la capacidad de evocar espacios y tiempos idos, que pueden ser rastreados en el texto testimonial "De oficios y de nombres" en el que la poetisa rememora el período en el que la familia tuviese que instalarse en Puerto Cabello, da cuenta de uno de los poemas medulares de este, su primer libro en verso libre:

> Aprendemos nuevos sabores, nuevos olores, y el sonido indestructible y constante de las mareas. (…). Cajas de transparencia los meses de junio y julio cuando llegaban Luis Daniel y Diego, internos en el Colegio San José, en Mérida. (…). Resumen de ese tiempo es un poema del libro *Música con pie de salmo*. Se titula, "Recados al hermano mayor", Luis Daniel Terán.[74]

En "Recados al hermano mayor" (p. 114) las personas, recuerdos y espacios son desplazados por Terán hacia una dimensión de lo poético "en la cual existen y habitan para el lector" acota Bohórquez, existen y habitan vívidamente. Porque entre los miembros de su familia, enfatiza Terán, "nadie existe que recuerde frívolo, ni en mujeres ni en hombres… Sin embargo, tengo recuerdos de figuras de hombres perdiéndose en la niebla, de espaldas, nunca de frente, siempre yéndose"[75].

Esas figuras de hombres perdiéndose en la niebla pudieran ser los enlutados, que dicen adiós con manos dobles, manos vueltas ecos en medio de la noche y de la niebla que también proyecta las aún bellas sombras de ella y de sus hermanas:

II

Compraron la noche, los errantes, ligeros trajes del sueño;
la visita de piedra negra, sin lágrimas
cuando le dejaron eterno en su joven muerte.
Alguien compraba. Compraron fechas, nombres, rozaduras de plantas
sobre el pecho tan dulcemente expresivo de las niñas.
Compraron la casa, el árbol mío, muros, ladrillos,
puertas de cedro. También padre y madre. También nosotros

74. A.E. Terán, "De oficios y de nombres", *Casa de hablas…*, pp. 269-270.
75. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, p. 3.

gente toda realmente hermosa, profunda, libre
afirmando el mismo fuego
la misma gracia de David
contra la torre anillada.[76]

Aquí, en este otro poema de "Recados… ", Terán evoca la errancia familiar resultante de la enemistad entre las familias Terán Madrid y la del general Gómez, para traer de vuelta a su gente, a los que integran su clan familiar, "gente realmente hermosa, profunda, libre" que al perder su propiedad, la casa, el lugar donde convergen la luz y las sombras, los miedos y los sueños, los secretos, las oraciones y el eco de los sonidos de los tíos,

> hombres de a caballo, el sonar de las espuelas que reconocía cuando venía por el zaguán, no por sus pasos sino por la forma peculiar de cada una de ellas, cuando las escuchaba. Mi gente era gente hermosa, muy sana y profunda. Nada superficial, había sí unos más inteligentes que otros, pero con profundidad siempre, tanto para amar como para odiar.[77]

Despojado de lo suyo, su padre "hizo una casa en Valera que todavía está allí, y sembraron un samán y me lo nombraron a mí"[78] porque en casa de los Terán Madrid sembraban un árbol cuando nacía un niño.

Despojados de lo suyo, su padre y su madre reinician los oficios y la rutina cotidiana familiar frente al mar, en el malecón de Puerto Cabello. Ante el despojo y la errancia, la poetisa erige como escudo protector una palabra que alude a una transacción de orden material: compra. Y conjuga el verbo en pretérito y lo diluye en un plural ajeno a su gente: "Compraron".

Una vez perdida la hacienda de caña heredada de sus ancestros, asiento de la casa, la casa ha de ser comprada y así los ladrillos, los muros, las puertas de cedro. Su árbol, el samán que nombraron como ella, y bajo el que vivió una experiencia "terrible", que la condujo a la poesía: "Yo creo

76. A.E. Terán, *Música con pie de salmo*, p. 57.
77. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, pp. 1-2.
78. Hugo Prieto, "Ana Enriqueta Terán: 'Gozo mi poesía como si la hubiese escrito otra persona'", *El Diario de Los Andes* [en línea] (Valera), (8 de mayo de 2008), <http://diariodelosandes.com/content/view/37713/>, [consultada: 1 de marzo de 2013].

que en ese momento fue que la poesía me poseyó, me agarró para toda la vida"[79]; también lo sintió perdido, y por ello lo incluye en "Compraron".

Mas, la gran pérdida familiar provino de la rama materna de la poetisa, los Madrid Carrasquero. Dos de los hermanos de doña Rosa sufrieron presidio en el castillo Libertador, ubicado frente a la casa que ocuparían los Terán Madrid en la calle Mercado de Puerto Cabello, por su participación en la Gabaldonera de 1929. Y como ha mencionado varias veces Terán allí fallecieron: "murieron en las horribles prisiones de aquella época". El mayor, Miguel Antonio, había muerto peleando en Sierra Córdoba: "Mi tío Miguel Antonio Madrid, fue lugarteniente del 'Indio Montilla', del 'Tigre de Guaitó'"[80].

Muerto el general Gómez, en 1935, los padres de Ana Enriqueta deciden trasladarse, con sus hijos, a Caracas. El general Mario Terán Labastida, tío de la poetisa, retorna a Valera, después de más de veinte años de exilio. A sus familiares caídos en la contienda o privados de libertad por negarse a aceptar patrones dictatoriales, Terán los reúne a la luz de "ligeros trajes del sueño", y al ausente lo evoca "eterno en su joven muerte". Y ante esas escenas de despojo, trashumancia y privaciones, Ana Enriqueta Terán erige con altivez la hermosura, profundidad y libertad de espíritu que distinguía a su gente y les coloca frente al templo que levantó el Rey David para agradar a su Señor y comunicarse con él en meditación profunda. Allí, en ese templo que David quiso anillado de conocimiento humano y vacío de todo egoísmo, la poetisa junta las manos de su gente para que "afirmando el mismo fuego", beban de la gracia del Señor y guarden tanto el recuerdo del joven tempranamente donado a la muerte como su espíritu en la torre de Dios.

Asidos al texto que escribiese el poeta Ramón Palomares como umbral a *Música con pie de salmo*, llegamos a la tercera estancia, conjunto de versos en los que Ana Enriqueta Terán prosigue el relato, a su hermano mayor, de episodios, estancias y parientes redivivos por la fuerza de su mirada:

79. *Ibid.*

80. Alexis Blanco, "Ana Enriqueta Terán: 'soy una poeta mestiza'. [Entrevista]", *Talento venezolano.blogspot.com* [en línea] (Caracas), (12 de enero de 2009), <http://talentovenezolano.blogspot.com/2009/01/ana-enriqueta-tern-soy-una-poeta.html>, [consultada: 28 de febrero de 2013].

Mira hacia su abismo interior y atisba con luz penumbrosa (…) sus ojos revierten la infancia y vuelve a ser la niña sorprendida de voces ocultas y relámpagos, pero al instante se remonta al espíritu más remoto y deambula y averigua para recoger como en palmas benditas las imágenes terribles y sagradas de un acontecer extraño, suyo tan sólo en la memoria de la especie (…). Allí, a medida que entreteje sus versos, viajan con ellos sus familiares y sus mitos, perdidas y nostálgicas constelaciones, historias llenas de sorpresa pero sobre todo de un sentimiento que ha encontrado el misterio afín a sus don de gran reina mística.[81]

III

Casa mía, casa nuestra tantas veces pálida.
Semejante a esa flor que se hace oscura en la memoria
para luego volverse con otro rostro
desconociendo el sabor de las águilas
del pabellón solo belleza,
todo de un golpe en el pecho del aire.
Y en este desprecio, hermano mío, en este desprecio.
Mi casa, nuestra casa de espalda a los bellos nombres,
majestuosa y sombría como a través de un mismo sueño;
reconocida y casi perfecta en núbiles rechazos
en novia con un gajo de caña dulce
su pie desnudo, degollado sobre el césped floral.
La casa, la vieja casa del orgullo y la violencia.[82]

El tono de esta III parte de "Recados…" es más reposado, de respiración más contenida y suave que el precedente –nudo, centro de la trama–. La nostalgia atraviesa la garganta y la escritura de la poetisa y quizá por ello ve pálida su casa, una palidez que siente "semejante a esa flor [blanca y pura] que se hace oscura en la memoria" y que se vuelve hacia nosotros con otro rostro, ajeno al "pabellón de la belleza", y "desconociendo el sabor de las águilas", imágenes engendradas en la penumbra, sorprendentes y solo posibles en la mirada, en los labios y en los versos de Ana

81. Ramón Palomares, "La música sagrada de Ana Enriqueta Terán", *Música con pie de salmo*, A.E. Terán, p. 7.
82. A.E Terán "Recados…", *ibid.*, p. 59.

Enriqueta Terán gracias a sus dones de gran reina mística, que destacase Palomares.

Portando esos dones Terán alcanza a condensar el sabor de las águilas, la palidez de su casa, en una finísima metáfora, henchida de tan alta poesía y sentido de lo bello, que nos punza los ojos y el alma: "todo de un golpe en el pecho del aire". Pasa a repetir, como salmodia, y para recuperar fuerzas: "Y en este desprecio, hermano mío, en este desprecio".

Durante su averiguación de lo remoto, Ana Enriqueta Terán da con la imagen de la casa que, mientras la recorre y reconoce, conforma "un espacio alterno, extra-territorial diría George Steiner, de la pureza, de la hierofanía, de la revelación abismal del ser"[83]. La casa, nombrada con acento mítico, se torna hierofanía: "reconocida y casi perfecta en núbiles rechazos / en novia con su gajo de caña dulce / su pie desnudo, degollado sobre el césped floral". Y antes, la poetisa, dialogando con una suprarrealidad impregnada de lo onírico, dice: "Mi casa, nuestra casa de espalda a los bellos nombres / majestuosa y sombría como a través de un mismo sueño".

Concluye la poetisa, habiendo recogido sus espacios y gente "como en palmas benditas", al decir de Palomares, ratificando y reivindicando la casa impregnada del carácter de los suyos: "La casa, la vieja casa del orgullo y la violencia".

La violencia enunciada desde lo oscuro que impregna las imágenes en las que recién hurgásemos, signa los cinco versos de la cuarta y última estancia del poema:

IV

Hubo perros como agujeros más oscuros en la sombra.
Inmensa extendida sobre el muro dibujaron el águila.
También números, perfiles, contorno de una mano izquierda.
Espuelas silenciadas
altas estrechas rodillas de los capitanes agrarios.

83. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 12.

El águila, de sombra inmensa, que se extiende sobre el muro, se dibuja en el entrecejo de la poetisa, y se extiende sobre el poema todo para que plasmada, tal ave majestuosa, "que ella igualmente vierte como Patria –observa Palomares– pase[e]n en su emblema tocado de sangre con especialísimo y terrible énfasis aleccionándonos y pidiendo nuestra atención"[84].

La vida y sobre todo los primeros libros de Ana Enriqueta Terán están signados por la épica de la lucha contra la dictadura del general Gómez, por la épica de los de su sangre y de todos los que defendían a su amadísima patria, Venezuela. Los episodios de guerras y batallas le provocaron "un dolor grande, de mujer venezolana, de madre, de pachamama"[85]. Y de su permanencia en el Sur, entre 1949 y 1951, revela haber aprendido:

> El potencial inmenso de América. Cuando conocí a Augusto Sandino, conocí el sentido del gran mestizaje que nos caracteriza. Aprendí a amar las grandes masas indígenas. Soy una poeta mestiza. Y me siento muy orgullosa de eso. El gran poeta español, Rafael Alberti, amigo, a quien conocí en el 46, me llamaba "La guaricha número uno".[86]

Embriagada con la fuerza del Sur, decide descubrir horizontes lejanos: "Era la década del 60. Venía de París, de Buenos Aires y Nueva York. Esos viajes por las grandes capitales del mundo me alimentaron muchísimo. Pero sentí un gran deseo de saber si mi poesía emanaba, verdaderamente, de mi sangre, de mi vida, o era que estaba influenciada por el entorno literario"[87]. Y para saciar ese deseo de saber si su poesía emanaba verdaderamente de su sangre se entrega a una especie de ejercicio ascético, de

84. R. Palomares, "La música sagrada…", *Música con pie de salmo*, A.E. Terán, p. 9.
85. "Creencia religiosa usada en pueblos autóctonos andinos. Pachamama o más usualmente pacha (del aymara y quechua pacha: tierra y, por posterior extensión bastante moderna "mundo", "cosmos"; mama: madre -es decir "Madre Tierra") es la gran deidad, entre los pueblos indígenas de los Andes Centrales de América del Sur. (…). No es una divinidad creadora sino protectora y proveedora; cobija a los hombres, posibilita la vida y favorece la fecundidad y la fertilidad". "La adoración a Inti (Los dioses incas)", *viracocharey.blogspot.com* [en línea], 27 de mayo de 2010, <http://viracocharey.blogspot.com/2010/05/los-dioses-incas_27.html>, [consultada: 8 de mayo de 2013].
86. A. Blanco, *loc. cit.*
87. *Ibid.*

averiguación interior al que da inicio con la mirada puesta en el océano, desde Morrocoy y mientras enhebra el *Libro de los oficios*, "una de las obras más importantes de su producción, punto de llegada y de partida en su poesía (…) y uno de los textos claves en la historia de la poesía venezolana", según aseveración de José Napoleón Oropeza[88] con la que ha coincidido la mayoría de la crítica especializada nacional e internacional.

El *Libro de los oficios*, escrito en 1967, fue publicado por Monte Ávila Editores en 1975, antes que *Música con pie de salmo*, cuya data de redacción es 1954-1964; publicado en 1985, incluye tal y como sucediera con *De bosque a bosque* (1970), poemas en los que se revelan las claves temáticas e incluso formales del conjunto de sus libros precedentes. Pero ahora Ana Enriqueta Terán nos confronta con "otros enigmas", nos ofrece "otro revés luminoso" porque la poeta, puntualiza Oropeza, "construye este libro como un diálogo con los signos del oficio del día"[89], mientras Fernández de Cano enfatiza que en este libro –que estima como "pieza maestra" de Terán– "la temática hogareña se adensa y depura aún más (…) y la voz femenina goza con los objetos cotidianos del utillaje doméstico [en alternancia] con la propia voz parlante de las cosas que conforman su vivir rutinario"[90].

Importa citar nuevamente a Fernández de Cano por lo que aporta a la valoración de la mencionada obra el argumento que sostiene que "la crudeza objetiva de la voz lírica de la autora no pierde un ápice de coraje y decisión, plasmados a veces en expresiones coloquiales directamente tomadas de registros malsonantes del lenguaje coloquial, como fácilmente pueden apreciarse en estos versos: 'Hijos de perra clamando tan dulcemente por el verbo, / implorando cómo llegar a la santa su lenguaje de neblina. // Anoche hubo piedras en la espalda de una nación; / carbón mucho frotado en mejillas de aldea lejana'"[91].

Esos versos y el resto de los que integran el poema "La poetisa cuenta hasta cien y se retira", nos enfrentan incluso a su "necesidad de encontrar

88. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, pp. 13-14.
89. *Ibid.*, p. 14.
90. J.F. Fernández de Cano, *loc. cit.*
91. *Ibid.*

lo que este pueblo había sufrido". Y agrega Ana Enriqueta Terán que en este libro, "hay cantos a los guerrilleros. A Zazárida, donde hubo una mítica escaramuza. Un canto a mi primo, Argimiro Gabaldón"[92].

Ese poema y algunos otros versos de *Libro de los oficios* los sobrevuela el águila que Palomares contemplase extender sus alas y que en el umbral de *Música con pie de salmo* señala que Terán la coloca junto a la palabra Patria y el cielo Patria para que el águila "que ella igualmente vierte como Patria –repetimos aquí lo que el poeta escribiera y citásemos anteriormente– paseen su emblema tocado de sangre con especialísimo y terrible énfasis aleccionándonos y pidiendo nuestra atención"[93].

En el poema "Zazárida" (p. 100), la poetisa pide que prestemos atención a "el llanto" que frecuenta la ciudad de Zazárida, así como a "los perros agudos meando el aire y trágicas pertenencias". Y la poetisa, ofreciendo "otro revés luminoso" de las cosas y situaciones, emblematiza a Zazárida: "Ciudad como águila, un instante, amortajada en lo profundo", dibujando así a no dudar una imagen enigmática y terrible: el águila amortajada en lo profundo.

El diálogo con los oficios del día con el que construyese este libro posibilitan visualizar a la poetisa hilvanando la pieza de tela, la mortaja, la vestidura digna para enterrar al águila, en lo más hondo y oculto de las colinas "que pespuntea (…) con su báculo de regio araguaney" "la vieja dama negra" de su amistad, figura que en el poema "Manto y grieta vivísimos", que comentáramos antes íntegramente, Terán menciona como "la negra nupcial cuyas tetas se coronan de avispas" y que cual "nodriza enlutada" amamantase y velase por aquel despreciado primogénito y ahora por Zazárida, ciudad que convierte en espejo de un país –el suyo, Venezuela– minado por "lóbregos sucesos", nación que en su corazón se refleja con "párpados de nación muy poco amada".

Su dolor, que ha descrito como "un dolor grande, de mujer venezolana, de madre, de pachamama"[94] y su duelo, vertido en un emblema con la

92. A. Blanco, *loc. cit.*
93. R. Palomares, "La música sagrada…", *Música con pie de salmo*, A.E. Terán, p. 9.
94. A. Blanco, *loc. cit.*

figura de un águila y en la palabra Patria, e impregnado de sangre, emerge con idénticas resonancias en el poema "A la gente de El Amparo", incluido en el Libro de Jajó (publicado en *Casa de hablas*), escrito en la localidad del mismo nombre a su retorno a los Andes en 1980, luego de haber aprendido en Morrocoy "ásperas formas del vivir diario" de "inventarse oficios duros" y de enfrentarse "al más duro de todos, el de la poesía", como le revelara al poeta Rafael José Muñoz en un diálogo abierto que este suscitase[95].

El poema alude a la llamada Masacre de El Amparo,

> El 29 de octubre de 1988 un grupo de 16 personas navegaban en dirección al Caño La Colorada, a través del río Arauca en el Distrito Páez del estado Apure, durante un paseo de pesca. A las 11 y 20 de la mañana, aproximadamente, fueron interceptados sin voz de alto por un comando integrado por efectivos policiales y militares, pertenecientes al Comando Específico José Antonio Páez, dando muerte a 14 personas. La versión oficial fue la de un enfrentamiento con un grupo guerrillero, la cual fue desmentida por el testimonio de los dos sobrevivientes (…). La actuación posterior de los integrantes de los tribunales, consejos de guerra y cortes marciales que conocieron el caso, se orientó al claro propósito de producir impunidad.[96]

Ana Enriqueta Terán, con estos versos respirados en tono de réquiem, rinde honor a los sencillos pescadores masacrados (p. 177). Y "una medida de infinito para trasvasar mi silencio", clama la poetisa, adolorida por ellos, a quienes siente suyos: "míos, míos, tierra de andar a pie", de andar a pie entre los caños de los ríos, de las aguas a las que se acercaban para pescar, y en las que "quizá vistos de espaldas", "bajo sombreros del país", "padres, amantes, hijos erguidos sobre calzados humildes", fueron masacrados injusta e impunemente.

95. Rafael José Muñoz, "Ana Enriqueta Terán: 'Aprendí a envejecer con nostalgia y sin amarguras'", *El Nacional* (Caracas), (3 de agosto de 2012), Edición aniversaria: Un país de preguntas y respuestas /Aniversario 69, Cuerpo PL 40, p. 4.
96. "Sobrevivientes de la Masacre de El Amparo solicitan en la Fiscalía fin de la impunidad", *provea.blogspot.com* [en línea], Caracas, 20 de agosto de 2008, <http://provea.blogspot.com/2008/08/caracas-sobrevivientes-de-la-masacre-de.html>, [consultada: 2 de mayo de 2013].

Ante esos cuerpos humildes, hijos de esta tierra, se inclina Ana Enriqueta Terán para ampararlos en su regazo materno, que deseaba pleno de hondura y espesor, y ser atravesada por un dolor muy vivo, "dolor joven" / "fulgurante de amor", resplandeciente de amor. La poeta acuna en su seno y en su voz a la gente de El Amparo. Entonces Ana Enriqueta Terán, compensa su necesidad de saciar las criaturas, de alimentar, tal pachamama, como gran madre. Todo con su ímpetu de sentirse mestiza y mujer amantísima de su pueblo, a más de su familia.

Y el amor, concebido como mito cotidiano, prosigue, desafiando al tiempo, en medio de los avatares del día, en el *Libro de los oficios* y prosigue la poetisa en su hacer casa, como se trasluce en el poema "Tercer intento de casa materna" (p. 102), en la que amanece "entre girasoles y culebras" y "avanza la iguana muy despacio" porque "el enigma se impone como sustancia del poema", señala Oropeza[97].

Entre el plumaje y la rosa intenta alzar casa, "casa materna", que abriga, que nutre, que protege, que resguarda lo puro. El plumaje, lo exhiben de las aves que sobrevuelan la isla y que pueblan los manglares, y el más hermoso plumaje es el del águila, ave que Terán corona de nobleza y majestuosidad, a más de imprimirle la facultad de resguardar lo más legítimo de su patria. Avanza y revela el "buen plumaje y entrecejo de amanecer" que había "cuando se fueron". No olvida la poetisa hacer "recomendaciones", profetizar, indicar, cual sacerdotisa, diosa, *mater natura*. Sus recomendaciones, además de enigmáticas, están revestidas de formalidad a través del empleo del "usted": "Usted, isla; usted mangle; usted, reina macaurel".

La poetisa habla desde una isla, rodeada de manglares, en una zona en la que se desplaza la macaurel, "reina", en palabras de Terán, reptil tanto terrestre como arbóreo con una atractiva coloración que consiste en superficies dorsales de tonos rojizos que quedan dentro de un fondo que puede ser blanco, rosado, marrón o dorado. Las recomendaciones de la poetisa se tornan más enigmáticas en virtud de lo que es aludido: isla, mangle, reina macaurel, que debe reptar "muy despacio y siempre con el girasol a la diestra".

97. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, p. 17.

El "girasol", reaparece porque, como se indicase en referencia a un poema de *Música con pie de salmo*, es "flor constitutiva de la poesía de Terán", y esta vez debe erguirse y portarse "a la diestra", que recuerda la frase bíblica donde se alude a la ascensión de Jesucristo al cielo, luego de ser crucificado, y se halla "'sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, imagen extraída de una práctica antigua por la cual el rey honraba a una persona ofreciéndoles un sitial junto a él, a su derecha'"[98].

Insiste, como en gran parte de este libro, en repetir, imbuida en la música cifrada en el ojo de cada letra con la que compone palabras y versos. Repite sus "recomendaciones": "Usted, isla; usted mangle; usted, reina macaurel". Luego, de seguidas, acota: "Y ella que revisa todo, que zurce las roturas del cielo". Ella –probablemente la poetisa misma– zurce las roturas del cielo, rotura original porque el hombre una vez que tomó conciencia de la necesidad de estar-se, erigió un lugar propio sobre el espacio. Y como logró frasearlo María Zambrano, a la luz de la razón poética:

> Mas la primera aparición del espacio es no como extensión que se ofrece sino como distancia que separa. Y aun antes, como lugar donde reside algo para ser incorporado o para ser añadido o recobrado, por haberse separado ya. El espacio surge de la separación, de la pérdida: de no tener ya y de haber perdido el lugar del ser. De una situación posterior a la caída.[99]

Caído el hombre –idea que se desprende del texto de Zambrano–, ansioso por tanta separación, visualiza el horizonte que lo habrá de orientar hacia el lugar, que lo irá ayudando a zurcir el espacio de la caída. ¿Y no es precisamente desde el amanecer, divisando el horizonte, que Ana Enriqueta Terán concibe el *Libro de los oficios* y se entrega por "tercera vez y tiempo para conseguir la casa"?

98. James Montgomery Boice, "18 Ascendió al cielo (Fundamentos de la fe cristiana, Tomo II, Parte IV-18, p. 2)", *Iglesia reformada.com* [en línea], Santa Ana, California, USA, Iglesia del Señor Viviente de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa, <http://www.iglesiareformada.com/Boice2.18.pdf>, [consultada: 24 de abril de 2013].
99. M. Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Mondadori (Col. Enfoques, 7), 1999, p. 35.

Y pareciera que Zambrano, para respaldar a Terán, hubiese escrito que "para ver poéticamente la cosa, es necesario renunciar a aislarla de la otras, integrarla al horizonte"[100]. Eso es lo que hizo Ana Enriqueta Terán, en términos literales –y hasta fenomenológicos– al dar cuerpo al *Libro de los oficios*, escrito, como se ha dicho, inmersa en el paisaje de Morrocoy y del islote de masas coralinas Soisola, frente al océano, divisando el horizonte, ese allá indeleble en el que convergen o se separan el inicio y el fin del mundo, ese infinito/continuo que sentimos no cesa de interrogar nuestro destino y al que no podemos eludir ni negar. Y en términos formales y de estilo, se puede apreciar que en el intento de erigir casa, Terán junta las aguas con el cielo: junta isla, mangle y macaurel, a más de zurcir las roturas del cielo para que permanezcan –añade en otro verso– "buscando quedarse, hacer fuego, quitar hollines de tiempo anterior".

Hollines de la leña dejados en el horno fabricado con topias en el que se hacía el pan y por las ollas de barro en las que se cocinaba, práctica vital que, ha confesado la poetisa, la condujera a una comunicación primitiva con las cosas, mientras que –acota Oropeza– despojaba al verbo: "la palabra es piedra y sequía"[101]. La palabra es piedra que Ana Enriqueta Terán esculpirá y sequía que tornará fértil para que florezca la Rosa y por ello ha quitado "hollines de tiempo anterior" sedienta de "reducir la flor al tamaño eterno".

La misión de "reducir la flor al tamaño eterno", podríamos especular que deriva de lo que aporta el reconocido especialista en literatura mística y teosofía persas Hossein Elahi Ghomshei, en relación con la imaginería de los poetas sufíes persas quienes deseosos de establecer un punto de apoyo metafísico acerca de la creación, aludían que:

> un rayo de Belleza Eterna hirió a la Rosa, y la Rosa reflejó esta Belleza hacia el Ruiseñor, llenando al afligido pájaro de melodía, frenesí y éxtasis. Este mito del génesis estético, si se puede llamar así, es expresado por Hafez en un renombrado verso:

100. *Ibid.*, p. 19.
101. J.N. Oropeza, "Elementos de vida y obra en Ana Enriqueta Terán", *Casa de hablas…*, A.E. Terán, p. 266.

Por gracia de la rosa
el ruiseñor aprendió
el arte del canto;
si no, con su esbelto pico
nunca habría entonado
tan amorosas rimas.
(Hafez, ghazal 272, v. 4).[102]

"El símbolo de la rosa, en la poesía sufí persa –agrega Ghomshei– contiene alusiones a conceptos tales como belleza, amor, Unidad divina, poesía, música y amabilidad"[103]. Y Jorge Luis Borges previó que "son más los caminos. Cada cosa / Es infinitas cosas. Eres música, / Firmamentos, palacios, ríos, ángeles, / Rosa profunda, ilimitada, íntima / Que el Señor mostrará a mis ojos muertos"[104]. Y aunque ciego, y ya sin distinguir claramente lo que lo circunda, Borges rescata en el poema "Una rosa y Milton" la rosa invisible soñada por Milton; que es para él imagen del mundo:

De las generaciones de las rosas
que en el fondo del tiempo se han perdido
quiero que una se salve del olvido,
una sin marca o signo entre las cosas

que fueron. El destino me depara
este don de nombrar por vez primera
esa flor silenciosa, la postrera
rosa que Milton acercó a su cara,

sin verla. Oh tú bermeja o amarilla
o blanca rosa de un jardín borrado,
deja mágicamente tu pasado

102. Hossein M. Elahi Ghomshei, "La poética y la estética en la tradición literaria sufí persa", *Sufí* [en línea] (Madrid), Nº 4 (2002), p. 13, <http://ibdigital.uib.es/greenstone/collect/sufi/import/2002/sufi_2002_n0004_p012.pdf>, [consultada: 10 de abril de 2013].
103. *Ibid.*, p. 14.
104. Jorge Luis Borges, *La rosa profunda*, Buenos Aires, Emecé, 1975.

inmemorial y en este verso brilla,
oro, sangre o marfil o tenebrosa
como en sus manos, invisible rosa.[105]

En el poema que nos ocupa, "Tercer intento de casa materna" (p. 102), se le aparece a Ana Enriqueta Terán la "rosa de tinieblas parada en la imagen del sueño", afín a la rosa tenebrosa e invisible de Milton, a la profunda, ilimitada e íntima que prevé Borges, el Señor mostrará a sus ojos muertos, a la rosa ante la que Rainer María Rilke exclama: "Rosa, oh pura contradicción, alegría / de ser sueño de nadie bajo tantos / párpados". "Contradicción pura", halla Rilke en la rosa en tanto que presenta un envoltorio espléndido para el vacío más fragante y perfecto. O para decirlo con sus versos en:

Una sola rosa es todas las rosas
y es ésta; el irremplazable,
el perfecto, el dócil vocablo
que encuadra el texto de las cosas.

Cómo decir alguna vez sin ella
lo que fueron nuestras esperanzas,
y las tiernas intermitencias
en nuestro continuo viaje.
("Una sola rosa…")

En ese continuo viaje, en el peregrinar tras paisajes y ámbitos en los que saciar la humana sed y las punzantes dudas que signan experimentar el dar con un espacio para estar, los germanistas de origen argentino Héctor Piccoli y Guillermo Colussi refieren que:

> significa en primer lugar desplegar un verbo vivo y hacerlo traducir a través de la tracería del poema, como a través de un rosetón, supone realizar la obra verbal misma: se poetiza, se hace el poema, en tanto se piensa el espacio. La rosa de Rilke simboliza este –por así decirlo– gótico impulso de la poesía

105. *Idem*, *Poesía completa*, Buenos Aires, Emecé, 1996, v. 2, p. 269.

alemana (…). Mas la "pura contradicción" de su esencia determina desde el principio la palabra del poeta:

> [¿]Dónde hay para este adentro
> un afuera? [¿]Sobre qué dolor
> se tiende un lienzo así?
> Qué cielos se reflejan allí
> dentro, en el lago interior
> de estas rosas abiertas,
> ("El interior de las rosas").[106]

Esa rosa rilkiana también determina "De qué nos libra el retorno", como interroga Terán al inicio del primer verso del poema "Hombre y mujer" que figura entre los textos iniciales del *Libro de los oficios*:

> De qué nos libra el retorno: ya estamos cerca, palpamos la rosa
> que debe guardarse y extenderse luego para alegría del aire.
> Hombre y mujer acercando el mediodía a las casas
> atravesando cortinajes muy llenos de brisa y buenas nuevas,
> portando regalos donde arden flores de fortaleza y silencio.[107]

"Ya estamos cerca", advierte la poetisa y con sus manos rodea a la rosa, la tantea para custodiarla, vigilarla, conservarla, porque "debe guardarse y extenderse", esparcirse, desparramando belleza "para alegría del aire". Mientras hombre y mujer acercan, zurcen el mediodía a sus casas, acercan el sol, el calor a sus casas, a sus moradas, y cruzan, atraviesan masas de aire, brisa y buenas nuevas, noticias buenas y obsequios "donde arden flores de fortaleza y silencio", donde las flores enceguecen, incendian los sentidos y esparcen fortaleza y silencio, esparcen con altivez tanta belleza y tantas buenas nuevas que no es posible pronunciar palabra.

106. Héctor Piccoli y Guillermo Colussi, "Friedrich Hölderlin y Rainer Maria Rilke: metafórica de lo íntimo y canto de la totalidad en 3 siglos de poesía alemana", *Biblioteca ele* [en línea], Argentina, Centro de Investigaciones Literarias Hipertextuales (C.I.L.H.T.), <http://www.bibliele.com/CILHT/total.html>, [consultada: 10 de abril de 2013].
107. A.E. Terán, "Hombre y mujer", *Libro de los oficio*s, p. 33.

Hombre y mujer insisten en seguir "acercando el mediodía a sus casas" y luego serán "entrelazados al vitral de la aurora" por la poetisa en el poema "La visita" (p. 93), donde advierte que "Hombre y mujer excluidos del tiempo" pero "entrelazados al vitral de la aurora" han de permanecer, lo que supone una gran unión y una innegable trascendencia más allá del tiempo, en el tiempo mismo, en ese instante, el de la aurora, que antecede a la aparición del sol, al comienzo, al origen de alguna cosa digna de nuestra atención.

Mencionar la aurora supone mencionar a María Zambrano por haber sido esta malagueña universal quizá quien reflexionara con mayor intensidad y mayor cercanía a la palabra creadora, sobre ese instante en el que se asoma la realidad y no se ve, apenas balbucea en el interior de quien contempla el firmamento, en el interior de los poetas, de los místicos o del "Hombre y mujer excluidos del tiempo" en el poema de Ana Enriqueta Terán.

Valioso testimonio aporta sobre lo auroral zambraniano la poeta Clara Janés, quien visitara con frecuencia la persona y la palabra de María Zambrano, testimonio que vertiese en "María Zambrano. Desde la sombra llameante", retrato y revisión atenta de lo que escribiera Zambrano y en el que leemos: "Ambas despertábamos espontáneamente movidas por la estrella del alba –María decía por su rumor, yo por su luz–. Esa llamada poderosa hizo que nuestra amistad fuera intensa"[108].

Janés intenta arrojar luz –más luz sobre la luz, a la lógica de María Zambrano– y cita estas líneas: "Fieles a las cosas, fieles a su primitiva admiración extática, no se decidieron jamás a desgarrarla; (…). Lo que el filósofo perseguía lo tenía ya dentro de sí, en cierto modo, el poeta". Y Janés prosigue preguntándose: "¿Y qué tiene el poeta, ese poeta zambraniano? Quizá una forma de mirar que le permite ver la Aurora"[109].

A los que miran con el corazón también les está dado ver la Aurora, y el hombre y la mujer que van acercando el mediodía a sus casas, van "Tra-

108. Palabras citadas por David López en "Clara Janés y María Zambrano ante la luz de la Aurora", *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), Nº 718 (2010), p. 17.
109. *Ibid.*

yendo plantas anaranjadas y gruesas semillas puestas al sol". Las gruesas semillas puestas al sol han de crecer como el resplandeciente y mágico girasol con el que la poetisa siembra sus textos y las plantas anaranjadas que llevarán a sus casas el hombre y la mujer que Terán excluyese del tiempo, pero que entrelazara a la aurora, conforman un jardín refulgente a decir por la gama de plantas anaranjadas que puedan traer con ellos: bugambilias, caléndulas, azucenas, trinitarias y amapolas al menos.

Adentro de sus casas se "contemplan los pies" que calzan el "desamparo" y el "silencio de los visitantes", las condiciones humildes en las que habitan y con las que se han decidido a estar, porque han colocado allí, en ese paisaje, en ese ámbito, "piedra de estar", "casa de estar", y allí en su morada están a resguardo y al calor de un "cafecito y alguna ropa" y "para disimular los trabajos", "algún trapo de buena seda" que sirve "para cubrir los rostros" y "alguna corona invisible" que dibuja la aurora en el sueño despierto del hombre y de la mujer excluidos del tiempo que Ana Enriqueta Terán acogiera en este poema.

En la aurora late, palpita el inicio, y la poetisa advertida la hace encarnar adentrándose en ella, tal y como lo revela:

> (…). Adentrarse en la escena del comienzo:
> Místico Tráfico: acercar el ave a la sombra del corazón.[110]

La escena del comienzo es una idea que remite tanto al terreno de la fe religiosa como al de la ciencia, y ha constituido un largo relato que lleva implícita la pregunta: ¿cuál es el fin del universo?

Ana Enriqueta Terán convoca a "adentrarse" en ella, es decir, sacar a la luz los argumentos de los que nos provee la ciencia y los que se fundan en el pensamiento religioso y en particular en el católico. Entre las fuentes de las que se dispone llama la atención la inclinación de Héctor L. Mancini y Carlos Pérez, investigadores del Departamento de Física de la Universidad de Navarra, que abordan lo científico, interrogándolo desde la filosofía y la religión.

110. A.E. Terán, "Escena de comienzo", *Libro de los oficios*, p. 17.

Mancini y Pérez apuntan:

> Ocupamos un lugar privilegiado en el Universo: el planeta Tierra. Muchos analizan desde la ciencia misma la causa y justificación de ese privilegio, tratando de calcular la probabilidad de aparición de vida inteligente en otros rincones del universo. Esa probabilidad, al parecer, es bastante baja. La Tierra es un planeta habitable, al borde de un brazo de una galaxia, parte de un universo con sus constantes cosmológicas finamente ajustadas para la vida. Y es a la vez, un atalaya que permite observar su sistema planetario, la forma de su galaxia y hasta "los bordes" del universo. Es decir, con las bases para formar en su inteligencia, una cosmovisión científica. Una visión bastante ajustada de la totalidad. [111]

De seguidas, enfatizan:

> Pero desde la perspectiva que estamos analizando aquí, la razón de ese privilegio trasciende lo físico y lo natural, porque este lugar donde vivimos, es el lugar del encuentro del hombre con su Creador. Aquí el Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros. Él establece nuestra dignidad como criaturas. Porque al principio, antes de la Creación, el Verbo ya era.[112]

"Porque al principio, antes de la Creación, el Verbo ya era", diríase que es una frase bíblica, una aseveración inspirada en las ideas del Génesis, fuente que proviene de la Sagrada Escritura, la tradición escrita en el Antiguo Testamento que recibimos del pueblo de Israel. En el primer versículo, del primer capítulo del primer libro de las Sagrada Escritura, el Génesis, leemos: "Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra estaba desierta y sin nada, y las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas"[113].

Y por el Génesis también sabemos que "Dijo Dios: 'Haya luz' y hubo luz. Dios vio que la luz era buena y la separó de las tinieblas. Dios llamó a la

111. Carlos Pérez y Héctor L. Mancini, "El origen del universo", *Grupo de Investigación Ciencia, Razón y Fe* [en línea], Pamplona, España, Universidad de Navarra, enero de 2006, <http://www.unav.es/cryf/origenuniverso.html >, [consultada: 10 de abril de 2013].
112. *Ibid.*
113. "Génesis", *La Biblia latinoamericana*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1972, p. 38.

luz 'Día' y a las tinieblas 'Noche'. Y atardeció y amaneció el día Primero"[114]. Según comentan Mancini y Pérez en su investigación, que tiene la virtud que destacásemos antes de abordar lo científico interrogándolo desde la religión,

> Dios es el Ser necesario, el que es por Sí Mismo, como le dirá luego a Moisés desde la zarza ardiendo, creó cuanto conocemos. Nadie en la Tierra podrá asignar a Dios un nombre humano, lo mejor que podemos decir de Él, nos lo ha revelado Él mismo: Soy el que soy (…).
> Él ha creado el "átomo primigenio". Ha creado la Tierra que estaba antes que nosotros, el Universo que estaba antes que la Tierra, y Él es antes que el Universo, el tiempo y el espacio. Esta idea de Dios, trascendente a toda idea, materia o energía que podamos pensar, está diseminada en toda la concepción bíblica vetero-testamentaria. Dios trasciende todo lo natural. Los textos de la revelación se multiplican: El Génesis II, 5-25, Los Salmos, 2 Macabeos VII, 28….
> .....
> Nos dice San Juan Evangelista en el siglo II (DC): En el Principio era el Verbo… [Jn. 1,1]. La palabra de Dios, el Cristo, era anterior al universo y Cristo es el prototipo del ser humano, el nuevo Adán. Esta revelación alcanza una dimensión que trasciende todo pensamiento: por una parte, Dios toma forma humana y asume esta naturaleza, pero por otra el hombre, encuentra su origen como naturaleza, antes de la creación.[115]

Durante años se ha discutido la relación fe y razón, el origen y fin del universo y el origen y fin del hombre. Y la poesía ha formado parte de esa indagación en tanto que ella está llamada a adentrar al poeta en su cosmovisión, y en tanto el concepto de Dios mismo proviene de una experiencia espiritual, "en cuyo inicio se sitúa Dios mismo", acotan Mancini y Pérez para proseguir diciendo:

> Y Dios no es una idea filosófica. Para todos los monoteístas es una Persona. Es el Ser por excelencia, el único Ser Necesario, según él mismo se nos ha revelado: Dios es el que Es, es decir, el único ser que Es por sí mismo. Los demás so-

114. *Ibid.*
115. C. Pérez y H.L. Mancini, *loc. cit.*

> mos seres contingentes, creados por Él (…) Sin este paso no podemos avanzar ni entender la nueva concepción del universo que nos plantea la fe. [116]

Con tono enfático declaran los dos físicos citados:

> La experiencia de la fe no es una experiencia fácil ni masiva. Se inicia personalmente, se desenvuelve persona a persona, a media luz y en voz baja. Dios se manifiesta mediante "un susurro" (Salmo 18, versículos 2-3), como una "leve brisa" (Elías) o se oculta "tras una nube" (Moisés)[117]

o "acerca el ave a la sombra del corazón", acercamiento que Ana Enriqueta Terán propicia que se alcance en Místico Tráfico.

Habiéndose adentrado en la escena del comienzo, la poetisa hállase imbuida en la luz auroral, límite, cegadora; y sedienta de vuelo procede a "acercar el ave a la sombra del corazón", el ave, especie emplumada que en los versos de Terán puede presentársenos como Águila, Loro –"Ramiro Cocó"–, Guacamayas, Albatros, todas aves de nube profunda ("Piedra de habla", p. 91), aves de sobrevuelo dorado ("Cena", p. 94), aves de plumaje encarnado[118]. Desea Terán proteger el ave, colocarla bajo reguardo, y qué mejor albergue que el de colocarla "a la sombra del corazón".

Pero tal desplazamiento del ave no le era posible realizarlo a Ana Enriqueta Terán sino en "Místico Tráfico", por virtud de su misteriosa y profundísima capacidad de mira, nacida de sus experiencias, plagadas de una plenitud y conocimientos tales, que pueden ser caracterizados como inefables y que bien pudiesen llamarse visiones o éxtasis místicos.

Importa recordar que Ana Enriqueta Terán alcanza a vivir dichas experiencias gracias a su entrega a una especie de ejercicio ascético, de averiguación interior al que diera inicio con la mirada puesta hacia el océano, en Morrocoy, necesitada de saber, a su regreso al país, si su poesía emanaba verdaderamente de su sangre, de su vida, o era que estaba influenciada por el entorno literario, como refiriésemos antes a propósito de la gestación del *Libro de los oficios* y de la culminación de *Música con pie de salmo*.

116. *Ibid.*
117. *Ibid.*
118. Como en el caso del poema "Nuestros signos". *Cfr. Libro de los oficios*, p. 59.

En ese mismo espacio de tiempo, entre 1962 y 1975, y esencialmente en ese mismo entorno, la poetisa da inicio a Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas, que adquirirá contextura en otra isla, en Margarita: "En Margarita la palabra es piedra y sequía. El entorno insular me afecta de manera profunda, acaso en beneficio del poema"[119].

Como subrayara José Napoleón Oropeza en relación con lo que Terán escribiese en Morrocoy, y que citásemos a propósito de *Música con pie de salmo*, en Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas "continúa el itinerario propuesto al tomar la imagen como cosmos para el encuentro del ser con lo mítico, del objeto cotidiano que se vuelve sagrado al yuxtaponer imágenes, objeto e historia"[120].

La poetisa ha insistido en aclarar que

> no tanto el paisaje, sino lo concreto, el entorno, mejor, que es decisivo en mi poesía, que me nutre, como si lo de afuera me hiciera aflorar lo de adentro. Tan es así que cuando estoy cerca del mar mi poesía está llena de lo que el mar significa (…). Es ser transparente al entorno, sí, hecho de las cosas grandes, de las menudas.[121]

En el poema "Frente ratificada en lo oscuro" (p. 135), que forma parte de Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas (Casa de hablas…), el texto es cifrado en carne viva, desprendido del adentro de la poetisa por el viento marino: "sacar rabias, fingimientos en torno a familias desposadas con la locura. / Nadie con piso donde afirmar decencia ni frente ratificada en lo oscuro".

A lo largo de Libro en cifra nueva… Ana Enriqueta Terán persevera, como observa Oropeza en el prólogo de *Casa de hablas…*, en intercambiar esencias, en proponer un encuentro de lo cotidiano con lo mítico, con lo sagrado,

119. A.E. Terán, "De oficios y de nombres", *Casa de hablas…*, p. 273.
120. J.N. Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, p. 20.
121. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, p. 5.

Piedras, palos no quieren oír. Tampoco piedra quiere oír
ni distrae pensamiento único,
redondea su fuego, su remolino de fijeza para irse a pique
sin ser más que el ave de veinte copetes entronizada en tiempo norte,
ave también desgajada de todo fuego, de pañuelos sumidos en tinieblas
para desguazos de luz mayor.
Alguna vez espejo sobrante, lugar manejado por quienes saben, conocen
un primer avance cubriendo sedas, plumajes de atavío, islas que también saben
que chochean de tanto aire enrollado como flor,
haciendo corona de un piso último
en tanto llueve.

En cada línea, en cada uno de los versos que integran este poema, "En tanto llueve"[122], puede sentirse que cuando se asoma lo cotidiano es imantado por lo mítico o lo sagrado, baste este ejemplo: "sin ser más que el ave de veinte copetes entronizada en tiempo norte, / ave también desgajada de todo fuego, de pañuelos sumidos en tinieblas / para desguazos de luz mayor"[123].

Pero en la isla no solo hay "desguazos de luz mayor", halla también la poetisa "Personas y ropas claras" (p. 133). Una vez consumado el intercambio entre el objeto cotidiano y lo mítico, la alquimia del proceso suscita una especie de cadencia musical, y el poema se torna torrente de naturaleza y el mar se levanta "con un sonido de aromáticas alas", como lo describe Oropeza en el mencionado prólogo a *Casa de hablas…*

Y las imágenes antes yuxtapuestas ahora girarán anilladas entre sí para que se erija la "Casa del alma". Casa colmada de recuerdos del Sur, del amado Sur en el que viviese la poetisa. Casa donde se hablan nuevas hablas acodadas en ventanales, en la que se escuchan risas que siluetean puntos de eternidad y se pasean personas de ropas claras. Casa bien plantada en la isla. Para que acontezca lo permanente y exacto. O para que se susciten "Sucesivos encantamientos".

Los encantamientos son sucesivos (p. 137) porque la poetisa tiene facultades de hechicera y los hace posible en más de un poema. El misterio,

122. A.E. Terán, *Casa de hablas…*, p. 222.
123. "Desguazos" ha de ser quizá una licencia en busca de alguna sonoridad que se permitió la poetisa con el verbo desguazar.

la profundidad y belleza con las que Ana Enriqueta Terán impregna los versos que frasea deja seducidos, maravillados, hechizados a quienes los leen.

Ella cautiva, somete a los lectores a sus poderes mágicos, mediante atractivos naturales, "cosas salidas del fondo, / escurridas al pie de árboles libres (…)". Y su sensible inteligencia creadora la ha dotado para construir ambientes, atmósferas mágicas, para acceder a lo inexplicable. Terán goza de la capacidad humana de modificar la realidad sin medios estrictamente causales, en tanto que la magia se refiere a las creencias metafísicas y lo mágico se emplea para referirse a fenómenos que no tienen una explicación racional.

"Sucesivos encantamientos" es al unísono escenario para que Terán a más de evidenciar su capacidad para invocar lo mágico, evidencie su capacidad para recrear lo mítico. Como en la Antigüedad, tal Diosa, advierte que las "(…) cosas salidas del fondo, / escurridas al pie de árboles libres (…)" fueron "guardadas luego en cuevas donde estuvieron y asaron bestezuelas / con leños oscuros de buena brasa.(…)".

Prosigue la sacerdotisa el rito y "Afila rostros, oficios nocturnos, sube gradas para final de hondo respiro". Los oficios nocturnos, suelen estar revestidos de secretos, de oscuridad y misterio. Y la poetisa, encarnada en sacerdotisa y diosa sube gradas, asciende en las construcciones levantadas para oficiar las ceremonias, y mientras remonta hacia lo alto, se torna su aliento en galopante jadeo "para final de hondo respiro".

La acompaña una corte de "jóvenes coronados de mirto negro", jóvenes a los que la poetisa coronara, a la manera de algunos de los dioses griegos, con la flor de mirto, pero "enlutada": el mirto negro es aquel que alterando su floración natural se oscurece como las bayas comestibles que ofrecen como frutos sus ramas, tal las bayas negras azuladas.

El mirto es una flor muy blanca y perfumada. Fue una planta mitológica, sagrada, relacionada con antiguas costumbres, hoy perdidas,

> para los judíos fue símbolo de la benevolencia divina así como de paz y alegría. En la Antigüedad el árbol de mirto estuvo consagrado a Afrodita y por tanto era símbolo del amor; al igual que todas las plantas de hoja perenne representaba también la inmortalidad.

> A diferencia del laurel, que ciñe las sienes de los vencedores en combates sangrientos, la corona de mirto distingue a los que han alcanzado victorias no cruentas; los judíos las usaron para coronar a las novias, en signo de alegría, y también griegos y romanos entretejieron mirtos y rosas en las fiestas esponsales, con alusión a la diosa del amor y el matrimonio, Afrodita. En la actualidad suele atribuirse a la corona nupcial de mirto el simbolismo de virginidad.[124]

Quizá la poetisa coronó con mirto negro a los jóvenes que la escoltan porque, como indica en el primer verso del poema: "Convierte caídas en descensos de / nobles desesperados propósitos". Y aunque nobles, son desesperados los propósitos y, para más, "Invita" a "SERES QUE NO HAN SIDO ALABADOS". A esos seres que no han sido dignos de alabanza, la sacerdotisa no les puede otorgar el mirto blanco de la pureza, del amor y de la inmortalidad. Amor, y en abundancia, le depara al Samán la poetisa, árbol sembrado por su padre en tierra de Valera para dar cuenta (y cantar) su nacimiento y bajo el que una tarde se descubriera poeta, como ella relata:

> El samán tendría siete años, ya era un árbol, y yo he tenido, desde niña, un gran amor por la vegetación. Me sentaba recostada en el tronco del samán, le contaba mis cuitas y lo que yo suponía eran injusticias; me recuerdo que me veo, descalza, con las piernitas estiradas y la cabeza recostada al tronco, contándole cosas. En ese momento perdí la identidad, no supe quien era yo; fue una cosa terrible, que no me ha vuelto a suceder y que se lo agradezco a Dios, porque es horroroso perder el nombre. No sabía quién era yo, quién era papá, quién era mamá, nada. Salí corriendo a la cocina, donde estaba una prima y me imagino cómo sería aquella cara cuando le pregunté: "¿Quién soy yo?". Ella me vio la cara de angustia, de horror, y me dijo, porque era sumamente humana e inteligente: "¿Usted?… Usted es hija de don Manuel María Terán Labastida, de doña Rosa Madrid de Terán, y usted se llama Ana Enriqueta Terán Madrid". Aquello fue como si me hubiese caído una fuente de sabiduría, de verdad. Yo creo que en ese momento fue que la poesía me poseyó, me agarró para toda la vida".[125]

124. Udo Becker, *Enciclopedia de los símbolos*, Barcelona, España, Swing, 2008, p. 284.
125. H. Prieto, "Ana Enriqueta Terán…", *loc. cit.*

Ese árbol bienamado de la poetisa es evocado en tono elegíaco en el libro *De bosque a bosque*: "Aún después de ti mismo sigue alerta / tu inmensa sombra de ángel desvestido, / tu verano, tu lámina despierta, // tu enmarañado traje florecido / como el umbral de un aire que presiento / avergonzado, fiel, sobrevivido;" (p. 83).

"Sobrevivido" apenas, y es que:

Solo la sombra o lado izquierdo de piedra alzada en Junio
(piedra de zanco largo puesto que memoriza dejos de héroes)
Samán, hermosura, han machacado tu niebla grande,
tu susto y aleteos de voces para estar en redondo,
ser causa justa, de bello trato y escalinatas sagradas.
Piedra que desvaría
piedra donde se queda,
escoge reverencias,
pide agua, saluda, da las gracias. Da las gracias. DA LAS GRACIAS.[126]

Las sombras, nieblas, dejos de héroes que poblasen el libro *Música con pie de salmo* son evocados ahora para consolar, para alabar, para redimir al hermoso Samán porque "han machacado tu niebla grande, / tu susto y aleteos de voces para estar en redondo".

El Samán de *De bosque a bosque* estaba coronado con una "urdimbre de colmena" y "Hubo patio interior y barandales / que traspasaste libre y encendido / con tu amarilla venda de turpiales"; además su "fragancia, suavísima redoma / labidental como lo verde ha sido / y vaciados zureos de paloma".

Las voces que aletean son las de la paloma, los turpiales y las abejas de la colmena que alzan vuelo para "ser causa justa, de bello trato y escalinatas / sagradas". Escalinatas por las que recién la poetisa encarnada en sacerdotisa ascendiese para cifrar alabanzas y escuchar, en su condición de maga, la confesión de las aguas y las piedras de las islas.

126. A.E. Terán, "Samán hermosura (Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas)", *Casa de hablas…*, p. 228.

Sobre piedras y/o rocas ha edificado varios de sus libros Ana Enriqueta Terán. Y es que la palabra piedra, de origen griego, alude tanto en lenguaje común como en cantería, arquitectura e ingeniería a un material de origen natural caracterizado por su elevada consistencia, tal y como elevada es la consistencia de la obra, en su forma y en su esencia, que ha escrito la poetisa.

Si se consulta la Biblia, roca entiéndese como verdad, la verdad que Pedro expresó cuando Cristo preguntó a sus discípulos: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy?" (Mateo 16:15). Entonces hizo Pedro una confesión noble de su fe: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"[127].

Hay que dar cuenta también de la existencia de las llamadas piedras sagradas:

> En muchas culturas encontramos piedras consideradas sagradas. Desde altares de templos religiosos, alineamientos como Stonehenge y Carnac, la Piedra del Sol Azteca, hasta talismanes provenientes de culturas lejanas. Su función es hacer de puente de comunicación entre la sabiduría de la fuente que las dejó y quien eventualmente la posee o encontró, motivo por el cual, a menudo, quien las encuentra siente el deber de protegerlas no revelando el emplazamiento hasta garantizarse su seguridad contra expolios, puesto que son legados de conocimiento patrimonio de la toda la Humanidad. Ciertamente existen piedras que parecen poseer una carga de energía (Energía Psíquica) capaz de abrir la mente de quien entra en contacto con ellas. Según algunas sabidurías tradicionales o ancestrales e incluso la moderna física cuántica y la teoría de cuerdas, todo en el universo está organizado en función de energías y frecuencias siguiendo patrones de información o leyes no tangibles.[128]

Y son sagradas las piedras de las escalinatas del poema "Samán hermosura", nos ha dicho la poeta. Hechas de "Piedra que desvaría / piedra don-

127. Perry B. Gothan, "¿Quién fundó la Iglesia de Cristo?", *Iglesia de Cristo* [en línea] Burley, Idaho (USA), Internet Ministries, <http:www.iglesia-decristo.org/ laverdadbiblica/iglesia2.html>, [consultada: 17 de abril de 2013].
128. D. Renet, "Piedras sagradas: piedras de especial significación", *Piedras de ica* [en línea], Barcelona, España, <http://www.piedrasdeica.es/piedras%20guia.html>, [consultada: 17 de abril de 2013].

de se queda, / escoge reverencias". Siguiendo la sabiduría ancestral, la poetisa da cuenta de la piedra: "pide agua, saluda, da las gracias. Da las gracias. DA LAS GRACIAS".

Ana Enriqueta Terán, la niña a quien se le reveló la poesía debajo del samán que sembró su padre para ella, da las gracias aquí a su árbol por su hermosura y le dice a viva voz que no olvida cuando *De bosque a bosque*: "del cielo fuiste desprendido / esparciendo tu cálido argumento / de follaje quebrado, malherido / ya para siempre en alto pensamiento".

En Jajó, pequeño pueblo colonial, uno de los más hermosos pueblos andinos, ubicado al sur del estado Trujillo, al que regresara en 1980, Ana Enriqueta Terán pudo rencontrarse con los suyos, desandar lo vivido avanzando nuevos títulos por la fuerza con la que fluye en su sangre la poesía. Anhelante, declara: "La montaña me devuelve suficiente menudo para la evocación y cómo fueron mis ancestros, cómo las haciendas perdidas, cómo los cultivos de caña, de café"[129].

Diríase que la epifanía de la infancia se hizo posible una vez más para Ana Enriqueta Terán y que los dones para la poesía le fueron renovados para escribir la trilogía de libros concebidos entre las montañas y la niebla: Casa de hablas, Libro de Jajó y Casa de pasos.

Destaca José Napoleón Oropeza que en Casa de hablas, "La imagen, la palabra, el poema, consignan universos convulsivos (…) la fuerza magnífica de lo sagrado y lo arquetípico"[130]:

La señora presenta su mejilla. Nadie la hiere;
tampoco reciben la flor que iba a ser dada.
Flor y mejilla inexistentes frente a la monedita miserable.
Señora y flor trasegando última fiebre,
último daño reflejado en la soltura del mediodía,
palabra que aún alcanza entrecejo de vuelo púrpura,
nombre como flagelo en toboganes de oído,
en trasteos de frase que consume escritura de seda viva.
Ella evita la trampa, inventa puentes y sondeos de frutas,

129. A.E. Terán, "De oficios…", *Casa de hablas…*, p. 273.
130. J.N. Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, p. 23.

descubre contras, cómo librarse, salir culebra
y no manojo de holgura para ser deshojado.
Para siempre ala de oro en la desnudez secular".[131]

Cada palabra de este poema "bucea y estalla en metáforas y las metáforas de nuestra poeta develan lo real y prosiguen en sueño"[132], acota Oropeza y continua señalando que en los versos de Terán proliferan imágenes que mantiene la indagación de la lengua en continuo espejeo: "el sueño de la imagen real transformada en mito, signa el despertar futuro, lejos de ecos devueltos, y marca el inicio de otra realidad; cuerpos que se buscan en la selva, se hablan para fijar mitos e historias"[133].

Y en Casa de hablas podemos alcanzar a aprehender la alianza entre los mitos y los arquetipos. Las imágenes que recrea Terán se nos presentan como símbolos y espejea/lega los significantes a las metáforas para finalmente recubrir los significados como arquetipos porque como oficiante de lo extraño y secreto sabe que solo en ellos puede cifrarse la realidad misteriosa y oculta aludida. Y es que el arquetipo pertenece en su esencia a un extremo invisible, inaprensible desde nuestras facultades cognitivas.

Convalida lo expresado Carl Gustav Jung, psicólogo y psiquiatra suizo fundador de la Psicología Analítica, al resaltar que:

> el arquetipo es una fuente de energía que irradia en todas las direcciones psíquicas, y después de servir a la recopilación, ordenamiento y consideración de la información, y de alentar a ello, convoca al acto, a través de la motivación conductual. Se produce así un reflujo que avanza desde lo físico a lo espiritual, para luego regresar a lo físico de nuevo. Convoca así, igualmente, a la abstracción espiritual y al impulso actuante en el mundo.[134]

Pasemos a rastrear en "Toboganes de oído" ese reflujo que avanza desde lo físico a lo espiritual: "Señora y flor trasegando última fiebre", imagen

131. A.E. Terán, "Toboganes de oído (Casa de hablas)", *ibid.*, p. 233.
132. J.N. Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, p. 23.
133. *Ibid.*, p. 24.
134. "Arquetipos (Glosario)", *Odisea* [en línea], <www.odiseajung.com/psicologia-analitica…/glosa.php?tit=arquetipos>, [consultada: 3 de abril de 2013].

que la poetisa siluetea, señalándonos antes que "La señora presenta su mejilla" y "Nadie la hiere". Con "Señora" Terán alude al término utilizado para referirse a una persona que ya no es joven y sobre todo al término de cortesía que se aplica a una mujer, aunque sea de igual o inferior condición, especialmente en los pequeños poblados y luego enrarece su comprensión literal al mencionar "Flor" como si fuese alguien –otra persona– con la que se ejecuta el oficio de trasegar. La acción, el flujo está pautado por la poetisa en un lentísimo presente continuo para provocar el extravío del sentido real y verterlo como fuente de energía arquetipal, que hace que los lectores sientan y sufran la última fiebre.

En el simbolismo general de la flor se hallan dos estructuras diversas: la flor en su esencia y la flor en su forma. Por su naturaleza –en su esencia– es símbolo de la fugacidad de las cosas, de la primavera y de la belleza. Por su forma, la flor es una imagen del "centro", y por consiguiente, una imagen arquetípica del alma. ¿Será entonces que la flor por su fugacidad y sobre todo porque "presenta su mejilla" puede afiebrar a la Señora sin herirla, "Nadie la hiere"? –en el versículo 39 de la Biblia, San Mateo asienta "preséntale la mejilla izquierda al que te abofetea la derecha"[135]–.

Sigue avanzando Terán desde lo físico hacia el terreno de lo espiritual portando una "palabra que aún alcanza entrecejo de vuelo púrpura". La palabra en labios de la poetisa surge imantada por elementos de un orden próximo a lo mágico y al mismo tiempo a lo sagrado y es esa condición la que posibilita que la palabra alcance entrecejo de vuelo, para que la palabra devenga en águila particularmente por ser el ave que se ha constituido en símbolo de la majestad y de la victoria a lo largo de la historia.

Para afianzar el carácter mítico y simbólico de la imagen que ha compuesto, Terán añade el color púrpura que representa el misterio y se asocia con la intuición y la espiritualidad, así como con la sabiduría, la realeza y el poder.

Acotamos al margen que, si se observa con atención el rostro de Ana Enriqueta Terán, impresiona la solemnidad de su expresión, la fuerza de su mirada y lo marcado de su entrecejo, que entre las bien delineadas cejas, se asemeja al de una sibila, incluso a un águila.

135. "Mateo", *La Biblia latinoamericana*, p. 15.

En el flujo del poema citado cobran peso además referencias a elementos, términos y acciones propias de las prácticas mágicas. "Ella [¿la Señora?] evita la trampa, inventa puentes y sondeos de frutas, / descubre contras, cómo librarse, salir culebra". Ella usa sus poderes para evitar el engaño, el ardid con el que puedan burlarla, y se inventa puentes como vía de paso a otro lado, a otro extremo de la escena, o quizá se inventa puentes evocando la simbología de estos –muchos pueblos los ven como lo que liga lo sensible con lo suprasensible–, a más de explorar en las frutas, cuyo centro simboliza los deseos terrestres.

Así Ella, ¿la Señora?, descubre contras –las llamadas prácticas para vencer el poder de las brujerías–; cómo librarse, salir culebra. Si sale una culebra, por pertenecer a la familia de la serpiente, está cargada de la simbólica de la energía, de la fuerza pura y sola. Entonces, la Señora se libra de brujerías, de cargas negativas.

La poetisa a lo largo de este poema ha descifrado símbolos y ha conjurado trampas, mientras hilvana con pañuelos y retazos de banderas las alas de las aves y las flores que pueblan su entorno, porque como dijera: "En mí hablan intuición y conocimiento ante el hecho-poema. Idea y lenguaje forman una misma esencia para ocasionar lo inmediato del verso. Una misma transparencia mezcla tiniebla y luz en latidos del lenguaje"[136].

De esa mezcla de tiniebla y luz emerge "Para siempre ala de oro en la desnudez secular", sentencia en el último verso. Ala de oro porque este simboliza todo lo superior, la iluminación suprema, según reseña Juan Eduardo Cirlot, quien comienza relatando, al abordar el oro en su *Diccionario de símbolos*:

> Jung transcribe la bella explicación del alquimista Michel Majer, en *De Circulo Physico cuadrato*, para la cual, a consecuencia de los millones de rotaciones en torno a la Tierra (o inversamente), el sol ha hilado el oro en ella. El oro es la imagen de la luz solar y por consiguiente de la inteligencia divina. El corazón es la imagen del sol en el hombre, como el oro lo es de la Tierra.[137]

136. A.E. Terán, "De oficios y de nombres…", *Casa de hablas*…, p. 272.
137. Juan Eduardo Cirlot, "Oro", *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Labor, 1992, p. 344.

Ana Enriqueta Terán altiva, no cesa de sobrellevar cargas insostenibles del verbo ante la pureza de los objetos y recubre de oro el ala, para insistir en insuflar sacralidad a los entornos, y así convertir el ala en símbolo doblemente sagrado, ligado al ascenso, a los cielos, a lo alto de las cumbres y las montañas que la rodean, en una ceremonia purísima que posibilite que el ala de oro sobrevuele para siempre "en la desnudez secular", que trascienda en el tiempo, por siglos y siglos.

La poetisa no solo extiende sobre Casa de hablas el ala de la luz y la belleza, también la sobrevuela el recuerdo doloroso que menciona, entre otros, en el epígrafe "*Recados a mi hija Rosa Francisca*", mientras siluetea los versos que integran "Círculo anillando el verbo" (p. 162).

La Patria amada y defendida y reivindicada por Ana Enriqueta Terán en muchos de sus libros, esa Patria que está imbricada en su historia familiar y que ahora de regreso a las montañas trujillanas evoca en "Círculo anillando el verbo" en los espejos, en las casas, en las piedras, en el trasfondo de los sueños, en las láminas de humo, está sajada, rajada, herida, así como los que no llegaron "para lo justo: decir lo justo", pues "todo cuanto dijeron" fue tirado al fondo y vencido.

Mas, la poetisa siempre afanosa de irradiar luz, le confía a su hija Rosa Francisca "Alguna queja singular"… Le sugiere, la invita, le dice: "ACEPTA TU CONDICIÓN DE LABIA MATERNA", le obsequia el privilegio de ser heredera de elocuencia y gracia para hablar.

Y como madre dadivosa le ha otorgado un nombre sonoro, que envuelve "La suavidad extrema del círculo anillando el verbo", el círculo dorado que no cesará de girar en torno al verbo, para que su existencia sea luminosa, plena de armonía y dicha. Su hija Rosa Francisca arrastrará su luz hasta la casa de Jajó[138]. Y en medio de la niebla y de las transparencias del paisaje de páramos y valles que distinguen al pueblo, la poetisa goza del beneficio de encontrarse a 1.800 metros de altura para estarse más cerca

138. Al respecto acota José Napoleón Oropeza que en 1980, año en el que la poetisa se residencia en Jajó, coinciden la muerte de su hermano Luis Daniel en el mes de julio ("a su lado quiero envejecer") y el regreso desde Londres de Rosa Francisca, quien estudiará y se graduará de arquitecto en la Universidad de Los Andes en Mérida. Véase: J.N. Oropeza, "Elementos de vida y obra…", *Casa de hablas…*, p. 267.

de las aves y lejos del bullicio. Terán además acompasará como siempre la escritura con el dibujo, y especialmente con coser y bordar, y para ejecutar estos dos oficios fundará un taller, motivada sobre todo por enseñar "a las jóvenes moradoras", jóvenes que sugiere Oropeza "evocan los rasgos de quienes fueron ancestros de haciendas perdidas"[139].

La poetisa labra el Libro de Jajó mientras despeja la niebla en las mañanas para oficiar la ceremonia sagrada de evocar a sus ancestros, los bellos rostros de su familia, despedazada como las haciendas y durante las guerras, más viva y llameante en sus labios, en el verbo, en los versos que ella concita de su infancia, frente a "Padre y madre" (p. 169).

Ana Enriqueta Terán honra sin desmayo y con vívida emoción la memoria de su casa:

> Yo soy lo que era mi casa. Soy lo que era mi gente. Mi madre nos leía *El Quijote* en voz alta y mi padre le decía: "¡Pero si no entienden!", y contestaba mi madre: "Si entienden y si no se les hace el gusto". Se leía literatura romántica, a Rubén Darío que fue como el pan nuestro. Había una devoción por gente, poetas, como Alfredo Arvelo. Enriqueta, su hermana, muy amiga de mis tías. Era la admiración, culto por las cosas del espíritu, el intelecto. Nunca faltó la literatura colombiana, tampoco los modernistas. Y yo crecí en ese caldo, el de mi bisabuelo, don Juan Manuel Carrasquero "el hombre de las letras trujillanas" según dijera Cecilio Acosta. Existía correspondencia de Martí, entre otros. Es increíble la cultura que tienen estos lugares. De don Juan Manuel recuerdo sus cartas de amor, su finura, su calidad extraordinaria.[140]

A su madre también le adeuda agradecida los modales en la mesa, los trajes y demás atuendos de niñas y luego de señoritas de la casa, el haberla recibido con los brazos abiertos para consolarla cuando ya adulta volvió afligida, acontecimiento que ha narrado así: "1954. Tercer intento de casa materna. Vuelvo a mi casa. Madre dice: 'regresan como muñecas quebradas'. Vengo de París"[141].

139. *Ibid.*, p. 266.
140. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, p. 4.
141. A.E. Terán, "De oficios y de nombres…", *Casa de hablas…*, p. 272.

Otro legado que agradece la poetisa es el hecho de haberle enfatizado, cuando apenas ella tenía siete años, la importancia de que Venezuela fuera parte del Sur y lo bueno de haber sabido aprovechar el mestizaje, ese inmenso potencial que nos caracteriza. Esa apreciación la sintió cierta, cuando entre 1946 y 1952 la poetisa se asienta en el Sur. Primero Uruguay y luego Argentina. En ese entonces su poesía:

> usa contornos de sombra en vez de las ágiles sandalias del primer tiempo. Porque el Sur es otro tiempo. (…). Me planto con mi juventud a cuestas frente a las culebras del reino. Son las poetisas del Sur. Amo al Sur. Amo el Uruguay. El Uruguay ama a sus poetisas; se me cuenta entre ellas; se respeta mi poesía. Podría ser uruguaya… Pero Venezuela es una con mi ser; late desasistida y soterrada en mis pulsos de siempre; "sus párpados de nación muy poco amada" son mis párpados…[142]

Los sabores y olores, la práctica amorosa y alquímica de cocinar en topias, en leña, carbón o gas formarán parte de la identidad de la poetisa, que prepara así manjares como platos sencillos.

En este poema "Padre y madre", la madre vierte vino en una jarra, imagen que nos traslada a la mesa familiar, además recuerda que ella siempre se sitúa en espacios de aliento para recibirla, para acobijarla, infundirle fuerzas, imagen que torna visible en el verso "Madre acogida a signos mayores", a palabras, verbos aseguradores como Estar y Ser. La madre, hállase incluso desgarrada por dolores de diversa índole: "¡Oh! desgarrada". Así la madre, vientre y ámbito engendrador de vida –como la Virgen María, símbolo de la feminidad y maternidad de Dios– pero a la vez como una Piedad, y el ícono por excelencia de ese sentimiento y cualidad es *La Piedad* de Miguel Ángel que expresa magistralmente, sobre el refulgente mármol rosado en el que está esculpida, el significado de esta alegoría: María, joven bella y piadosa cuyas vestiduras se expanden con numerosos pliegues, sostiene a Cristo muerto e, intencionadamente, además, aparenta mayor edad que la madre, en una composición triangular sosegada y llena de ternura.

142. *Ibid.*, pp. 271-272.

A su padre, Ana Enriqueta Terán le honra y recuerda por su carácter protector, a más de por su porte de señor y caballero digno de respeto y admiración. La poetisa, para recrear la imagen altiva de su padre, recurre una vez más al ave más majestuosa y respetada en las cumbres: el águila. Establece un símil con esta: "Padre, su cabeza crestada de niebla", como si su padre llevase sobre la cabeza una cresta, un conjunto de plumas levantadas, impregnadas de niebla.

Desde el último verso de este poema, Ana Enriqueta Terán alude a la elegancia de su padre con una flor. Una flor que les ofrece, a ella y a sus hermanas, "a cambio de su fino, inenarrable silencio". Un silencio que aunque inentendible, paradójicamente las haría sentir a salvo de peligros y desgracias.

Los versos que escribe la poetisa en el Libro de Jajó reverberan entre las cumbres, parecen condensarse y a la vez estallar al fondo de los acantilados, haciendo que la memoria sea otra vez –acota Oropeza– "como sucedía en los poemas de San Juan de la Cruz, de Garcilaso, 'noche tenebrosa, oscura'; [y] cada uno de los significantes del poema se torna piel de serpiente y ofrece sus sagrados despojos, el instante de morir tras la eterna persecución de ese angustiado goce de desmorir, morir"[143].

Con despojos sagrados y henchidos de memoria, entre el morir y el "desmorir", ensamblaría Ana Enriqueta Terán el poema "Así era. Así es" (p. 170), donde los árboles son parte esencial del núcleo familiar de la poetisa. Como antes citásemos –y aquí importa repetir la cita– ella cuenta que en su casa "sembraban un árbol cuando nacía un niño. Después de que ya eran enemigas las familias Terán Madrid y la del general Gómez, perdimos la hacienda de caña; entonces mi padre hizo una casa en Valera que todavía está allí, y sembraron un samán y me lo nombraron a mí"[144].

Por ello, para la poetisa designar un árbol es un rito con el propósito de asegurar que la familia sembrada sobre la tierra coseche buenos frutos. Designar, señalar "Este es vuestro árbol" es echar raíces en la tierra mientras "Pájaros tejen en su aliento coronas de éxtasis", celebrando, dando la bienvenida, y "Brisas aseguran siseos para el acecho del halcón", pues si

143. J.N. Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, pp. 22-23.
144. H. Prieto, "Ana Enriqueta Terán…", *loc. cit.*

el viento convierte en eco el siseo de las serpientes, el halcón hallará presa segura, y para mayor estremecimiento y turbación en "Aires enhebran pálidos huevecillos de miedo", es decir, futuros y raros especímenes que saldrán de una desvaída cáscara.

"Así era. Así es" es el vivir en el Libro de Jajó, senda de retorno a los orígenes de la poetisa, al mundo primigenio, al primitivo mundo de la cueva: "Ella se oculta en propia cueva donde permanece niña" y "Allí rememora encajes, participaciones y requerimientos maternos", allí recuerda el blancor de los encajes de la mantelería de la casa, de los trajes muy femeninos y sencillos con que era vestida y el de las cintas con las que adornaba su cabellera, allí recuerda tanto los acontecimientos y/o hechos de los que le diera cuenta su madre, como las exigencias de esta.

"Luego vuelve a su estatura de anciana / cuya sombra se funde con perspectivas de soledad y nieblas", en la experiencia de ese angustiado goce de "desmorir" y morir, a la manera sanjuaniana. La niña que entrara a la cueva, "vuelve a su estatura de anciana", altiva y espigada, fundiendo su sombra en la niebla y habitando soledades.

Habitando soledades y "con sus párpados [tatuados] de nación muy poco amada", Ana Enriqueta Terán se impregna las manos con la sangre derramada por la gente de El Amparo y, en tono de réquiem respira en el Libro de Jajó los versos con los que se duele por los pobres pescadores masacrados en el pequeño pueblo del estado Apure, fronterizo con Colombia, y que analizáramos –cuando abordamos el *Libro de los oficios*– junto al poema "Zázarida", un canto a los guerrilleros, a la mítica escaramuza librada en ese puerto falconiano durante la Guerra Federal.

En el poema "A la gente de El Amparo" retumba el plañir de la poetisa por esos seres "bajo sombreros del país", por los "padres, amantes, hijos erguidos sobre calzados humildes" masacrados no solo injusta sino impunemente. Ana Enriqueta Terán clama desde las alturas de Jajó "una medida de infinito para trasvasar mi silencio".

Desde esas mismas alturas, las del pueblo de Jajó, la poetisa hace escuchar otro conjunto de textos allí concebidos, titulado Casa de pasos, casa erigida igualmente a fuerza de la evocación sutil, que alcanza a transfigurar lo cotidiano en mítico, e incluso "reduce la imagen a un estado de desnudez

genésica que la equipara al trabajo del verbo revelado en el Libro de Job, en el *Cantar de los cantares*. Convierte, así, la vida cotidiana en motivo para el canto amoroso, para la oración secreta, para el himno sagrado"[145].

La oración secreta la pronuncia la poetisa y suena como "un salmo con sajaduras de oro" en el poema "Desvío de la tarde"[146], poema en el que pareciera hablar consigo misma, con tal solemnidad ritual que termina escuchándose como un himno sagrado:

> Tu silencio establece espacios entre aves de vuelo oficioso,
> aves como figuraciones de tu ascenso en desvío de la tarde.
> Pero escuchas los tonos que resbalan del satinado Sur,
> haces de tu potrillo un salmo con sajaduras de oro
> arrancas paños para darle a los días su libertad.
> Aires, con grosura de aves, desencadenas y saludas.

Casa de pasos, como toda casa, es ámbito protector, refugio, regazo al que la poetisa le otorga una naturaleza acuática y a la vez de fuego en el título del poema "Regazo mar, regazo llama" (p. 182). En la exclamación "¡Qué me le hicieron!", con la que inicia y finaliza este poema, donde entre líneas es posible visualizar el perfil de la madre de Ana Enriqueta Terán; madre a quien honra con emoción y gratitud cuando resuena la voz de la poetisa proclamando "Madre acogida a signos mayores: 'Estoy'. 'Soy'. ¡Oh! desgarrada", en el poema "Padre y madre" del Libro de Jajó.

La poetisa señala que su madre "se sitúa en espacios de aliento para recibirnos", para darle amoroso albergue, y ha puntualizado al respecto que en un momento de su vida en el que estuvo muy afligida, su madre no demoró entonces en recibirla en su regazo. Extremando la admirable maestría en el uso del idioma que ha distinguido a Ana Enriqueta Terán, diseña ahora una escena de honda tensión dramática hablando del modo y el tiempo del verbo decir, y del tiempo mismo[147].

145. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, p. 18.
146. A.E. Terán, "Desvío de la tarde (Casa de pasos)", *Casa de hablas…*, p. 250.
147. Nos permitimos introducir aquí, por la similitud de espíritu que lo anima, un fragmento del poema "Decir" de Reyna Rivas, que forma parte del libro *Infinitos verbales* (2002): "Decir: ¡Qué nunca es este siempre! / Invocar para que el tiempo / se nos convierta en sed / y empezar a balbucear el verbo".

Antes de visualizar la escena, importa citar íntegramente lo que ha escrito Rafael Arráiz Lucca al respecto:

> La palabra poética de Terán es precisa en busca de su propia elegancia, pero esta precisión es altiva, goza de la altivez de cierto orgullo magistral en el uso de un instrumento privilegiado: la palabra, el verso, el poema, la lengua, todo ello como en medio de una atmósfera de raíz hispana, de orgullo español, de cierta severidad imponente de la palabra.

y continúa Arráiz:

> Por ello es que muchos vocablos de su lírica cobran de pronto otro sentido etimológico, como salvados por la alquimia de esta conocedora a fondo del idioma. Su poesía es pues rigor y epifanía del idioma, en pleno trance de recreación de los espacios personales o domésticos, siempre desde un trabajo enfático con el ego del poeta. El centro de sus visiones poéticas es ella misma, directora del teatro de su propia existencia. Pero tanto lo escenográfico como lo visceral se dan la mano en su verso altivo, perfectamente redondo.[148]

En torno a la exclamación/reclamo "¡Qué me le hicieron!" gira el poema y gira el personaje de la madre. Como si fuese un acto de una pieza del teatro griego la madre se aproxima al proscenio y alude a una acción pasada ocurrida con anterioridad a otra también pasada ("Hubiera dicho"), vinculándola enseguida con una acción inmediata y real ("dijo") y con una imagen altamente significativa: regazo, "regazo mar, regazo llama".

La imagen del regazo puede ser emparentada con lo genésico, con "la desnudez genésica" que, como citásemos, Oropeza atribuye a la imagen que Terán concita y que a su juicio "la equipara al trabajo del verbo revelado en el Libro de Job". Y basta recordar que el adjetivo genésico nos remite a la palabra Génesis y al primer libro de la Biblia, el Génesis, llamado así precisamente porque en él se narra cómo fue "engendrado" el mundo.

Y lo que le hicieron, la exclamación/reclamo es pronunciada en "Clave resplandeciente en altitud", en un código convenido para transmitir un

148. R. Arráiz Lucca, *op. cit.*, pp. 191-192.

mensaje que hay que resguardar, como deriva de la noción de clave, noción que está ligada a su origen etimológico, es decir al vocablo latino *clavis* que significa clave, ya que funciona como una llave para acceder a un mensaje secreto. Un mensaje secreto, enigmático, que brilla grandemente desde las alturas de Jajó, junto con un lamento: "¡Oh! desmemoriada premura".

Acalladas las voces del tiempo y las exclamaciones, la poetisa integra a la escena una silla, "Silla demasiado intensa para ser aceptada". Ese objeto forma parte del entorno psíquico de Ana Enriqueta Terán, de su constitución emocional y poética, como lo reconoce la propia poetisa al revelar que de la época de su niñez

> data un juego terrible: palabra-objeto repetida muchas, muchas veces, hasta desaparecer. Por ejemplo, silla, y quedarme solamente con una especie de vacío (digo ahora metafísico), que me producía gozo y terror al mismo tiempo. Pero me salvaba, y aún me salva de lo real. La silla existe, y después del desvarío vuelve a estar en su sitio.

y prosigue:

> Mi primer juguete es pues la palabra.
> Ella me llevará a lugares de sombrío esplendor, donde gozo o pena, ira o mansedumbre, o simplemente belleza, formarán la urdimbre de lo que ha de ser mi poesía.[149]

Quizá, como consecuencia de esa experiencia, en este poema al incorporar la silla acota que es "demasiado intensa para ser aceptada". Mas como "la silla (…) después del desvarío vuelve a estar en su sitio", Ana Enriqueta Terán la ocupa, y según Oropeza ha sugerido, "Se pasa el día sobre la silla abandonada sobre la nube de una colina reducida al tamaño de una flor", colina donde "ha sido siempre el Día de Todos los Santos"[150], así como en labios de Ana Enriqueta Terán. Ella es una creyente de excepcional devoción, a diferencia de la mayoría de quienes se llaman creyentes

149. A.E. Terán, "De oficios y de nombres…", *Casa de hablas…*, p. 269.
150. J.N. Oropeza, "Prólogo", *ibid.*, p. 17.

pero no suelen pedir todos los días su intercesión por ellos y por el mundo entero ante el Padre, olvidando que la intercesión de los santos significa que estos, al estar íntimamente unidos con Cristo, pueden interceder por nosotros ante él, y es por ello que la Iglesia ha querido que un día del año sea dedicado especialmente a rezar a los santos para pedir su intercesión, escogiendo para tal fin el primero de noviembre.

Asida a la silla, en el siguiente verso de "Regazo mar, regazo llama" proclama "Ver desde allí ondeaduras de pastos, niñez de tela blanca sin mezcla". Ver/contemplar cómo ondea el viento entre los pastos, en los verdes sembradíos de la montaña, acompasado con el ondular de la tela blanca, inmaculada, pura –sin mezcla– que revisten la niñez de la poetisa.

En ese ondular entre las montañas, entre los cañaverales, se dan "pasos de no caerse, casi llegar haciendo gestos de procura o quedarse / en letra gruesa de trazo basto para leerla noche futura, / vigilia futura cuando ella diga, dice: ¡Qué me le hicieron!". Esos "pasos de no caerse" son dubitativos como los gestos de ofrecer algo y seguir o permanecer, pero permanecer con actitud firme, "en letra gruesa de trazo basto", para descifrar –si es que es posible– la noche que vendrá, y que ha de esperarse estando despiertos o en vela, privándose del sueño, hasta que Ella tanteando los tiempos quizá atisbe lo que habrá de venir y diga, dice: "¡Qué me le hicieron!" y el tiempo gire y giren las palabras y se cierre el círculo para aproximar al Tiempo y al Hombre, para juntar el mar y el fuego, en el regazo de la tierra.

Entre "Zureos y rasos de mejilla" la poetisa avanza otro poema, engendrado en Casa de pasos:

> Rodillas dobladas pero no se cansan.
> Extienden linos ya trabajados por zaherir la ventisca.
> Son crueles y exacerban hollejos de tacto en suavidades de aire.
> Ella se aferra a la palabra, sobrevive con la palabra.
> Busca cuchillos y tasajea cantos de pájaros. Zureos y rasos de mejilla.
> Solo que la sombra de un ave atraviesa, ennoblece la página.[151]

151. A.E. Terán, "Zureos y rasos de mejilla (Casa de pasos)", *ibid.*, p. 250.

Como en el resto de los poemas labrados en Jajó, en este se respira una atmósfera ceremonial que conduciría al poeta Ramón Palomares a asegurar que Ana Enriqueta Terán impregna todo de un "sentimiento que ha encontrado el misterio afín a sus dones de gran reina mística" y "la experiencia [por ella desencadenada y/o encarnada] asume condición alucinada y trágica", que queda "plasmada [en] una vida profundamente nuestra"[152].

La ceremonia de "Zureos y rasos de mejilla" comienza de rodillas: "Rodillas dobladas, pero no se cansan", rodillas en tierra para sembrar, para orar –y hasta para apuntar con fuego al batallón enemigo, como aconteciera en más de una ocasión, en esos parajes andinos–. Rodillas que "no se cansan" por virtud del amor a la tierra que desean hacer fértil así como del amor que les compromete con la Patria, y especialmente por virtud de la inconmensurable fe que yace entre las gentes del humilde pueblo de Jajó.

Incorpora la poetisa otro cuadro/episodio: "Extienden linos ya trabajados para zaherir la ventisca", despliegan tela muy bien cotizada que se revaloriza por estar ya trabajada, dibujada, tejida, bordada para enfrentar y vencer el viento fuerte, a los ventarrones que "Son crueles y exacerban hollejos de tacto en suavidades de aire", hieren la piel de las frutas y de algunas verduras que se desplazan en el aire con suavidad.

Para no ser zaherida por el ventarrón, "Ella se aferra a la palabra; sobrevive con la palabra", porque, como antes citáramos, la poetisa ha afirmado que la palabra la trasladaría a ámbitos "de sombrío esplendor donde gozo o pena, ira o mansedumbre, o simplemente belleza (…) formarán la urdimbre de lo que ha de ser [su] poesía"[153].

Cabe repetir ahora la impresión que dejase Ana Enriqueta Terán en la gran Juana de Ibarbourou, mientras estuvo en Montevideo. Ibarbourou, al prologar *Verdor secreto*, exaltó el manejo del idioma que hace nuestra poetisa "como quien lo inventa para sí"[154]. Otros poetas y la misma poetisa han reconfirmado que "se aferra a la palabra; sobrevive con la palabra". Y entre otras referencias de esa entrega devocional citadas en las primeras

152. R. Palomares, "La música sagrada…", *Música con pie de salmo*, p. 7.
153. A.E. Terán, "De oficios y de nombres…", *Casa de hablas…*, p. 269.
154. J. de Ibarbourou, "Poderosa aventura", *Verdor secreto*, s.p.

páginas de este trabajo indagatorio en la obra poética de Terán, vale la pena dar cuenta de los versos iniciales del poema "El nombre", incluido en *Libro de los oficios*: "Como quien escribe una oración y pide en la oración mucha humildad / y un extenso aliento para resistir brillo y cercanía de la PALABRA". Y también vale la pena dar cuenta, por todo cuanto resplandece en la frase cuando ella revela: "El verso es una rayadura perfecta en lámina de oro"[155].

Habiendo revelado su absoluta –y agradecida– dependencia de la palabra, levanta sus manos y "Busca cuchillos y tasajea cantos de pájaros. Zureos y / rasos de mejilla". La poetisa no arremete contra los pájaros, actúa embebida en el misterio, y en estado de rapto místico, al atasajar el canto de los pájaros los multiplica, los hace infinitos e inagotables. Ese atasajar que resulta violento (por los zureos) y a la vez suave (por haber recibido rasos), queda plasmado debajo de los ojos, en el rostro –¿de Ella?–.

En éxtasis absoluto, la poetisa con voz queda y jadeante dicta: "Solo que la sombra de un ave atraviesa, ennoblece la página", como suele hacerlo Ana Enriqueta Terán, quien por necesidades de su propia naturaleza interior imprime reciedumbre y belleza y exalta con máxima nobleza todo cuanto mira, todo cuanto la circunda.

A la poetisa la circundan hilos y estambres de una variada gama de colores, agujas para bordar, tejer y coser de distintos formatos y data, y de retazos de telas y de encajes de distinta y selecta procedencia, con los que acompasa el latido de su corazón y la escritura de la poesía.

Como si fuese una parca[156], Ana Enriqueta Terán, al sujetar la tela y la aguja para bordar, desencadena recuerdos que son parte esencial de su destino vital, como da cuenta en el poema "La bordadora" (p. 188).

Los cascos de los caballos montados por los hombres de la familia, que al desmontar reconocería por el sonido de las espuelas –las espuelas de plata– que llevan en las botas. A los que se les invitaría a tomar asiento y se

155. A.E. Terán, "De oficios y de nombres…", *Casa de hablas…*, p. 271.
156. La poetisa encarnaría a Nona, figura que lleva un ovillo de lana en una rueca e hila el destino de los hombres, una de las tres estatuas con las que se representa a las parcas en el Foro Romano, según definición de Pierre Grimal, en el *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 407-408.

les ofrece café cosechado en esos valles. Y ellos la contemplarían bordando y para asir en sus poemas el tramado de uno de sus bordados, un nuevo sonido, rescatado de la niebla que entra y sale de la aguja en material tenso, cargado de vivencias plenas y terribles. El bordado se asemeja a un dibujo en que los hombres de espuelas de plata reposan sobre colores planos, y le pasan las manos en gesto afectivo a las aves de la poetisa, todo sostenido con aguja, y trazos y el sobresalto por "Quién se va".

Montan nuevamente sobre sus bestias y se despiden. Ellos –los hombres de la familia– se despiden hasta los meses de junio y julio cuando habrían de regresar sobre los empedrados de grises duros de la hacienda familiar.

Suele vérsele aún hoy a la poetisa sentada en una mecedora de su residencia en Valencia, en la casa de la urbanización El Trigal que lleva por nombre Casa de Hablas, bordando pequeños trozos de encajes para vestir las muñecas de porcelana que colecciona con un gusto exquisito. Sus manos se mueven como alas de pájaros de las que surgen verdaderas joyas, que asombran por la capacidad de enhebrar piezas diminutas con tanta perfección y belleza, a esta altura de su vida. Y junto con José Napoleón Oropeza, decimos:

> Nadie imagina a Ana Enriqueta Terán de otra manera. Del día a la noche, la inicial espaciosa de una vocal y un hilo que prolonga en la hebra los muchos años de un milenario oficio. Se asume el riesgo de enhebrar de nuevo, de palpar el hueco que aprisiona, de tomar el pulso de ese momento sin que haya otra tarea que sea más importante: la pura sangre frente al espejo forma el hueco de la aguja y su luz.[157]

Y es también un hueco el que abre en el cielo el albatros, ave marina, símbolo de la ascensión como la recrea Charles Baudelaire en el poema homónimo, de la que se prende Ana Enriqueta Terán para saciar su deseo de alcanzar la imagen de la más alta belleza. A más, esa ave le permitiría a la poetisa remontar mares para cifrar en los confines del cielo los misterios que le han sido dados conocer.

157. J.N. Oropeza, "Prólogo", *Casa de hablas…*, p. 13.

El libro homónimo, *Albatros* (1992), al decir de Víctor Bravo, prologuista y encargado de la edición,

> es una vertiginosa reescritura del poema de Baudelaire. Los hallazgos de este universo confluyen para postular una poética donde el albatros, a la vez poeta y poema, realiza sobre la página-del cielo la posibilidad de la expresión estética. Cielo y mar se convierten en los extremos de la sintaxis poética.[158]

Así, con una mano sujetando un extremo del cielo y con la otra un extremo del mar, Ana Enriqueta Terán comienza revelándonos que los albatros:

> Os piden dibujarlos en aires nuevos. Duermen en el aire.
> Levitan en aires, acrecentados de humedad y pavura.
> Abajo mares voltean sus fardos espesos,
> su linfa gruesa de alevines y esporas,
> su retorno a principios con densidad y textura de amor… (p. 191).

En el mar, con el ave, en el trazado de aires nuevos y en la piel del amor, sigue gravitando la voz y el universo que funda con su aliento la poetisa. Mas Bravo introduce una reflexión con la que apuntala el enriquecimiento del ángulo de mira a la obra de Ana Enriqueta Terán:

> Si el poema es la posibilidad del lenguaje esencial, es por tanto lenguaje superior que, al recuperar lo vivido, es legajo, que se expresa a la vez como oscuridad y transparencia, en la misma tradición heredada por Lezama, para quien el poema debía ser, de manera paradojal, una claridad oscura y una oscura claridad: revelación y enigma, intuición y densidad, apertura y resistencia; así dirá la poetisa: "Se pagan alturas, zonas de transparencias, legajos. / Oscuridad de quien traspasa límites acortados a vuelos…".[159]

Y es que el calado del hermetismo que distingue la poesía de Ana Enriqueta Terán antes que incomunicación suscita esplendorosas revelaciones

158. Víctor Bravo, "Las figuraciones de luz de la utopía: *Albatros*, de Ana Enriqueta Terán", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela) Nos 5-6 (1997), p. 35.
159. *Ibid.*, p. 37.

de lo oculto, lo extraño, lo oscuro, las sombras, el enigma, la umbría, el misterio. Los entornos en los que acontecen sus poemas están poblados de historias familiares plagadas de dolores, de crueldad y miserias, de pérdidas y muertes, pero también de goces y plenitud, de respeto y orgullo de pertenencia a un clan ilustrado, respetable y decente, de las que da cuenta mientras sostiene "el hilo que nos traba del comienzo del frío, la indagación permanente sobre el ser y su esencialidad, el lustre y la miseria del vivir"[160], según asevera la ensayista María Ángeles Pérez López.

Es por ello que debemos insistir en que cuando Terán nombra trasciende la circunstancia inmediata, la trasciende por el impresionante don que tiene para manejar las formas de la palabra y, en particular, el castellano, y que además, como dijera el poeta Ramón Palomares, su escritura deviene "música sagrada".

Agrega Pérez López que la poesía de Terán "se halla lejos (…) de la desmitificación antipoética y el cuestionamiento escéptico de la palabra lírica de las última décadas de la literatura hispanoamericana, y por el contrario acristala en una forma que reclama su don, su dimensión oracular"[161].

Como una sibila, por la voz de Ana Enriqueta Terán alguna deidad marina exclama:

> Para vuestra paz os ofrezco hoja rebrillando en lo oscuro;
> sitio acodado en tarde humilde a mi espejo
> a mis hombros severamente anochecidos,
> poblados de aves que pertenecen a luz distante: TAMBIÉN VUESTRA LUZ.
> Luz poderosa usada en meses vivos, en tactos vivos,
> en sequías de oficio áspero sobre cotoperices y xerófilas,
> sobre quietos cúmulos de aliento, no consolando,
> solamente NO HERIR.[162]

160. María Ángeles Pérez López, "La poesía de Ana Enriqueta Terán: género y tradición", *Arrabal* (Barcelona, España), Nos 5-6 (2007), pp. 163-171.
161. *Ibid.*
162. A.E. Terán, "Oficio áspero", *Albatros*, Víctor Bravo; pról., Mérida, Universidad de Los Andes (Col. Actual, Serie Poesía), 1992, p. 43.

Portando sobre sus hombros aves que pertenecen a luz distante (quizá las águilas de las cumbres de Jajó) y esparciendo mucha luz, llega la profetiza/poetisa para ofrecer paz y más que para consolar, para no herir, creando lo que Douglas Bohórquez ha denominado, una "suerte de sagrado artesanado de códigos"[163], que también se nutre de lo terreno y vincula al universo de la casa la resonancia de un mundo ancestral. "Caída y ascenso, oscuridad y 'reciedumbre de lo blanco' [agrega Bohórquez] configuran ese enrejado del sentido y de la voz, actos de la letra, entre cuyo 'punto doble y curvada vigilia' asoma el ave, el albatros, que es como decir, la refulgencia del Ángel"[164].

Refulgencia de

un día más consagrado a sólo imagen de vuelo dual
en oscura, perfecta insinuación (p. 203).

Vuelo dual, vuelo del albatros/del Ángel. Vuelo en que el albatros se insinúa como Ángel. Y el Ángel se insinúa no solo en el aire, la poetisa lo hace corpóreo, le da carnalidad:

Duelen las alas en ceremonias de amor.
Hembra en tinieblas como te ajustas a peldaños de luz.
(Mucho de seda a fuerza de niebla alta,
de pulmones cimbrados de altura
no en recuerdo, sino hoy, aquí mismo).[165]

Ana Enriqueta Terán favorecerá otras transfiguraciones sobre la tierra, entre el cielo y el mar, en el aire y las aguas y las hará palpables trascendidas desde el sueño en "Aves nunca vistas" (p. 204). Del citado poema se valdría Douglas Bohórquez para declarar a *Albatros* como uno de los "pocos libros en nuestra literatura [que] se nos entregan fundados en tan radical ambición de espacio, con tanto vigor y necesidad de cielo"[166].

163. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 14.
164. *Ibid.*
165. A.E. Terán, "Peldaños de luz", *Albatros*, p. 107.
166. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 13.

Vigor y necesidad de cielo propias de quien es "dueña de la profecía", como ha "retratado" a Ana Enriqueta Terán Víctor Bravo, quien concluye el prólogo de *Albatros* advirtiendo que:

> Ana Enriqueta Terán, en su poesía, después de hacernos habitar la casa de la infancia y de los oficios, y de revelarnos en la naturaleza la extensión de la sensibilidad poética, inicia el vuelo con alas de albatros, por los cielos límpidos de su estremecido corazón de diosa, para regalarnos el testimonio más profundo de un poeta, cuando es heredero de las religiones del mundo: la integración de lo humano y lo estelar.[167]

Para refrendar la importancia de este libro, citamos nuevamente unas líneas del ensayo de Bohórquez:

> Poesía de abismos el *Albatros* de Ana Enriqueta Terán despliega sus alas desde la carencia y la dificultad de ser. Y una vez más impulsada al vuelo desde la más alta cresta del mar está también la palabra de su desolación, su riesgo de la imposibilidad de ser en la extensión y el roce de la vida.[168]

La extensión y roce de la vida de Terán los hallaremos trabados en tercetos con apoyos y descansos en don Luis de Góngora en su *Autobiografía* (2007)[169]. Con este libro Ana Enriqueta Terán traspasa el brillo del idioma, el oro de las formas y acrecienta la altura de su ya alta poesía al entrabar más de quinientos tercetos, con sangre y savia propias, en arte propio de los grandes del Siglo de Oro. Una autobiografía en tercetos sí, mas en la que la poetisa se muestra ávida por "desentrañar oscura data".

Para desentrañar eso oscuro que yace, Ana Enriqueta Terán invoca una vez más la palabra y desnuda sus virtudes, delineando al unísono su *ars* poética:

167. V. Bravo, "Sólo alas entre envergaduras de viento", *Albatros*, A.E. Terán, p. [10].
168. D. Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, p. 14.
169. El análisis de *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora* será realizado a partir de una versión del prólogo a dicho libro que escribiese, a petición de la poetisa, en ocasión de su publicación en el año 2007.

A este idioma seguro no lo ata
ninguna indecisión, pues lanza fino
dardo de libertad. Así rescata

parte de sombra y parte de destino.
Es difícil decir algo que oprime
y no salirse un tanto del camino

de ser. El verbo clave no me exime
de estar. Estoy aquí. Punto y extremo
de ave, que me dispara y me redime (p. 255).

Ave disparada y redimida viene a ser Ana Enriqueta Terán gracias –como confiesa– al idioma sin ataduras que le depara divisar su propia sombra y, al correr el riesgo de exhalar lo que la oprime, antes que extraviarse del camino, alcanza a aprovechar la ruptura, el súbito quiebre de sentido al que el ritmo escogido conduce. Méritos, propiedades del decir en tercetos por el que se inclinara Terán para aproximarse hasta la Puerta Final y "aliviar el destino en misma boca" (p. 310) y, como san Atanasio, vigilar los desplazamientos de su yo, tomar nota de sí misma, para prefigurar su estarse en el universo.

Ana Enriqueta Terán es y se sabe presencia engastada en la poesía y en la belleza, presencia engastada en cada una de las páginas confesionales que hoy pesan entre nuestras manos evidenciando el cuidadoso y desafiante trabajo de hilar derramando un canto sagrado, despejando el horizonte sin temor ni temblor.

Y privilegio y estremecimiento mayor para la literatura venezolana ha sido el poder acceder hasta "parte de sombra y parte de destino" (p. 251) de Ana Enriqueta Terán, en virtud de haberse decidido la poeta a publicar en el año 2007 su *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, de la que fuese dando aviso que estaba enhebrando a lo largo de su vivir y entre los calveros de sus poemas.

Y aviso dio al poeta Pérez-Só, en septiembre de 1989, en su casa de Jajó. Le explicaría que escribía todas las mañanas y que entre lo que escribía todos los días figuraba

una autobiografía en tercetos que empezara como una cosa pequeña y ya va de largo. Es toda una especie de inventario de lo que he visto, amé con mis cinco sentidos, lleno de nostalgia. Que sea como vi las cosas y teniendo ya muy presente la muerte, teniendo muy presente que no voy a estar y que esa visión y esa versión es mía, lo que va a quedar de mí.[170]

Esa obra –joya poética que retribuye al castellano las infinitas posibilidades expresivas que nos brinda–, ratifica, reconfirma y rebautiza a Ana Enriqueta Terán como una elegida que impenitente ha de "cruzar en llamas" hasta que su cuerpo quede "desglosado en mitos", como relata en la última página de su espléndido tejido autobiográfico:

"Caduco alfojar, pero alfojar bello"
signan mi cuerpo desglosado en mitos.

Desglosado en la rosa, como sello
de principio y final, y se rehace
en coplas de avidez y de resuello (p. 324).

Diríase que la autobiografía de Ana Enriqueta Terán ha llegado para fecundar en nuestra alma, a medida que trama, enhebra la tormenta del primer día y la última oscuridad. En quince estancias está fraguado este poético discurrir, a saber: "Invocación a la madre", "Ríos de infancia", "Otros ríos", "Ríos del llano", "El gran río", "Otros ríos del alma", "Venezuela", "Estancia de las frutas", "Primera casa", "Estancia de los míos", "Estancia de las flores", "Estancia de los árboles", "Estancia de las casas vividas", "Estancia de protecciones y ánimos", y "Estancia de cortesías y reparos ante puerta final".

Discurrir concéntrico, consustanciado y de incalculable dimensión de un ser elegido por la palabra que elige, entre ellas, para aseverar desde sus entrañas: "¡En vos quiero seguir a toda vida!" (p. 267), frase-deseo que se le escucha gritar a Terán antes de sumergirse en los ríos, estancias y casas que la han nutrido y están sembrados en el hondón de su alma y la

170. R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, p. 11.

acompañan en su tránsito hacia zonas límites (quizá donde late lo improbable).

Ella recita salmos y cánticos redentores, ella recita conjuros, su poesía está poblada de símbolos, de claves, de acertijos, su poesía mantiene a resguardo lo esencial. Nada es obvio. Nada sobra. Nada falta. Mas, luego de leer los poemas de Ana Enriqueta Terán no somos los mismos, quedamos marcados por lo que nos muestra.

Como ella misma ha confesado antes, los entornos, las estancias son el umbral de iniciación de cada poema y o libro que comienza y su estancia nativa es la que más la reclama, y a ella, a Venezuela, con ritmo suplicante pero en lo hondo ya certeza, pide: "… foja sombría / que alivie y establezca mi escritura // en tu fauna, tu flora en ardentía. / Tu mangle aconsejado en copia fina / con respaldos de mar, lenta ataujía / de estar y ser (…)" (pp. 272-273) para nombrar guanábana o Catuche como si fundase el Paraíso.

Llegada la "Estancia de las frutas" (pp. 275-280) gusta mameyes y zapotes "con paladar de silabario antiguo", con paladar de sibilina que convierte en cáliz el vientre de los árboles y el vientre del poema "para hallar la clave / del cielo" y darla en herencia: "Hija mía. Mi ROSA, frutas tuve // y en bandejas de amor TE las entrego".

En bandejas de amor llegó al mundo y en bandejas de amor pastó su caballo blanco, bajo "vecina fronda de Samán airosa / tachonada de pájaros…" en su "Primera casa" (pp. 281-285), y amor se refleja en bandejas de plata-espejos que se descubren al pasar la primera página de la estancia "Mi gente" (pp. 286-292) y hallar "Criolla blancura pálida…".

Anillada a sus manos está la "Casa de Pasos, recia tributaria / de exagerada lumbre…" (p. 291), reino de sus animales domésticos, jardín perfumado del colibrí, "CASA-GIRASOL, en duermevela" (p. 292). Y despertando al Paraíso, Ana Enriqueta Terán riega la "Estancia de las flores" y abona la "Estancia de los árboles": "¿Árbol, o solo lumbre que interroga / hoscos racimos de tiniebla, asida / a paños más oscuros donde aboga // poquita muerte, indescifrable vida?" (p. 304).

Vida, vidas y muertes deambulan en la "Estancia de las casas vividas", siempre "¡Casa del alma, casa desvelada!" (p. 309) por nuestros jadeos, latidos, para conjurar la tiniebla en la "Estancia de protección y de ánimos",

ánimo de "metal bruñido" (p. 320) para acceder a la "Estancia de cortesías y reparos ante puerta final": "HACER, pues se descubre idolatría / en cosas a sentir: hechura breve / de jazmín en perpetua jerarquía" (p. 323).

Cientos de tercetos entrabados "… como mesura / de propia firma, firma que rehízo // rosa abismal en cuidos de escritura. / Rosa que sobrepasa dulce mando / de aliento como escala de soltura // y trepa, libre …" (pp. 322-323), libre y en lo blanco de lo blanco, anidándose en el aire –porque todo yace pulcro, liviano, aire sobre el aire de lo más alto de la cumbre desde donde descienden sus ancestros, y desde donde ella divisa lo recóndito, su mirada expía el drama original y sus manos sostienen la corona de espinas que los pájaros alimentados con sus labios levantan del corazón de cada ser que puebla el cosmos–.

Y al cosmos se aproxima aún más Ana Enriqueta Terán con los poemas que hace anidar entre las *Construcciones sobre basamentos de niebla* (2006), libro impactante por cuanto la poetisa radicaliza la exploración de su subjetividad y de la búsqueda de esa dimensión otra de la palabra "que sea igualmente revelación de ese lado oscuro de lo sagrado que nos habita" y reconociendo que incluso "en este registro de la intimidad, del narcisismo, una suerte de carácter ritual que acerca su poesía y particularmente este libro (…) a la voz y escena de la gran poesía trágica antigua"[171].

Desde el prólogo de *Construcciones…* el poeta Ramón Palomares anuncia a los lectores "un magnífico regalo, un bello enigma", cuya arquitectura

> se inscribe en la verdad; y ésta en el monólogo de quien se resiste hasta el último aliento a desfallecer (…). La protagonista se retira a un lugar solo y único reconocido por ella –torre de poesía– , y en su sala secreta levanta una hoguera de niebla y se contempla. A su conjuro, en ese ámbito vaporoso, se advierte y espejea como alguien que se levanta opaco en la niebla.[172]

171. D. Bohórquez, "Cruzar un puente. (En torno al poemario *Construcciones sobre basamentos de niebla*)", *Cifra Nueva* (Mérida, Venezuela), Nos 5-6 (2009), p. 27.
172. R. Palomares, "*Construcciones sobre basamentos de niebla*, un nuevo libro de Ana Enriqueta Terán", *Construcciones sobre basamentos de niebla*, A.E. Terán, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006, p. VII.

Agrega Palomares, que la poetisa formula "las consultas y proposiciones (…) como si se tratara de rituales antiquísimos"[173] rituales que condujeran a Bohórquez a sentir en *Construcciones…* sobre basamentos de niebla resonancias propias de "la voz y escena de la gran poesía trágica antigua".

Tragedia que como lo atestiguan las grandes obras escritas en dicho género están ligadas a la caída, al derrumbe de los héroes, de los personajes principales, atados a sombras y oscuridades de orden familiar, que suelen ser protagonizadas por la madre y/o el padre, los hermanos y/o hermanas, demás parientes y diatribas morales.

Las voces de sus ancestros, las voces del clan familiar de la poetisa la persiguen, pero, en este libro, Ana Enriqueta Terán opta por lo que Bohórquez identifica como una "ceremonia de expiación" y ahora ya no se trata de recuerdos de visiones del pasado: "Sus poemas son destellos, figuraciones de un tiempo anterior, que deviene mítico. Estructuran un lugar imaginario, alterno, asediado por el esplendor y la sensualidad, pero también (…) por la conciencia de la muerte"[174].

Terán emerge opaca en su propio pedestal y prosigue en "vigilia removiendo su holografía hechizada, registrándose y asumiéndose ardorosamente". Y en vigilia se busca "ella misma en un hermoso borroso retrato familiar y como al frente de una gran casa andina se confunden piedra y niebla"[175].

La melancolía es una de las pulsiones que gravita en estos poemas con los que la poetisa intenta restituir la luz –valiéndose de la metáfora del vuelo– en el seno de la casa materna ("Otra cueva y querer salvarse", p. 239), casa mancillada por despojos, mutilaciones y por la muerte.

Querer salvarse y hallar otra cueva son deseos que recorren este poema y la poetisa lo logrará gracias a la fuerza sacralizadora de su palabra: recubiertos de niebla permanecerán intactos y a resguardo no en la cueva sino en la catedral de piedras (p. 242) que construye a base de versos:

173. *Ibid.*
174. D. Bohórquez, "Cruzar un puente …", *loc. cit.*, p. 30.
175. R. Palomares, "*Construcciones…*", *Construcciones sobre basamentos…*, A.E. Terán, pp. VIII y IX.

Hubo puntaje en todo sitio alto, en toda neblina acomodada en hechos
que fueron tierra de rendimiento y grosura,
tierra para el buen deleitarse en paso sereno
dejando huellas de equilibrado espesor. Botines civiles.
Paso como adelanto de aire contenido en polainas tersas,
como desangre de sol sobre plantíos de girasoles reverente y exactos.

Girasoles reverentes y exactos consagra a la memoria de sus ancestros la poetisa, y hace "Nudos de fuego" (p. 223) para acceder a la rosa:

Resuelve, increpa anillos de luz entrelazados en follajes.
Oculta mallas que pueden ser discretos, inaccesibles nudos de fuego.
Lugares para asir letras en cabelleras oscuras;
brillos opacos cubriendo rostros en espejos anteriores.
Humo: quieto poder de ascenso en la humedad de la rosa.

La rosa húmeda y protegida por un manto de humo quieto. Humo de pebetero, humo para consagrar, que asciende tras la rosa, la rosa eterna, esbelta y majestuosa. Asciende el humo tras la rosa mientras anillos de luz se entrelazan a los follajes y se multiplican lugares para asir letras, para asir rostros en espejos anteriores, para asir vuestro secreto con "Mano y rosa"[176]:

Vuestro secreto, altura y medianería de vuestra mano
finalizando en ecos, exactitud de rosa única,
espaciada en sangre, decidida a ser fuego,
costumbre de ocio en frente anterior.
Descanso. Solicitan miradas (mano y rosa)
en vastedades de otra fuga,
otra desasistida membranza.

Desasistida membranza, sí, porque la poetisa "repasa tantas respiraciones con sobresaltos, contemplaciones y deslumbramientos, desasistida en su penumbroso oficio de sabiduría" y se somete "a requerimientos de sus afectos y sensaciones que se resuelven como pulsiones de un dolor

176. A.E. Terán, "Mano y rosa", *Construcciones sobre basamentos de niebla*, p. 19.

denso y profundo, comprensible en un recuentro de tan severa condición existencial[177].

La reciedumbre de su carácter proviene de la privilegiada inteligencia y profunda espiritualidad de Ana Enriqueta Terán que en este libro encarna y torna visible ante el lector una especie de desposesión vital que deriva hacia los abismos interiores de la poetisa. Pero al unísono, Terán cruza el puente y muestra la deslumbrante arquitectura de imágenes y la elaborada sintaxis del idioma, del castellano y de ese otro que se alcanza por medio de una entrega casi mística a la experiencia de la escritura, en las que funda sus poemas. Ante esta realidad, con admiración y gozo decimos con Palomares:

> Saberse en la vida y tratar de sacudirse y resistir con máxima nobleza ante lo inevitable, ya consumado o por suceder, en esto se advierte su bien logrado esfuerzo de transparencia, y el resultado es un trazado limpio y honesto, hermoso hasta lo sublime: la belleza en instantes supremos.[178]

Patricia Guzmán

177. R. Palomares, "*Construcciones…*", *ibid.*, p. VII.
178. *Ibid.*, p. IX.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Los poemas agrupados en el volumen que ahora presentamos a nuestros lectores corresponden a la obra lírica escrita por Ana Enriqueta Terán y que se dieron a conocer o, en su defecto, fueron compilados en obras antológicas de su propia autoría. Hasta ahora la poetisa ha editado una decena de libros, de los cuales se ha preparado una selección de los poemas que recoge cada uno de ellos. En tal sentido, fueron revisadas y tomadas como base las ediciones de los poemarios: *Al norte de la sangre* (1946) (Caracas: Ediciones Suma); *Verdor secreto* (1949) (Montevideo: Cuadernos Julio Herrera y Reissig); *Presencia terrena. Poemas* (1949) (Montevideo: Alfar); *Testimonio* (1954) (Valencia, Venezuela: Ateneo de Valencia); *De bosque a bosque* (1970) (Caracas: Congreso de la República); *Libro de los oficios. Poemas 1967* (1975) (Caracas: Monte Ávila Editores); *Música con pie de salmo* (1985) (Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes); *Casa de hablas: obra poética, 1946-1989* (1991) (Caracas: Monte Ávila Editores); *Albatros* (1992) (Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes); *Construcciones sobre basamentos de niebla* (2006) (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana), y *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora* (2007) (Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana). En lo que respecta a los poemas que integraron el último de los mencionados, fueron reproducidos íntegramente, así como también el largo poema que constituye *Testimonio*. Por otro lado, de *Casa de hablas* se reprodujo solo una selección de los poemas inéditos que fueron reunidos bajo los nombres de: Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas, Sonetos de todos mis tiempos, Casa de hablas, Libro de Jajó, y Casa de

pasos, puesto que *Casa de hablas* aglutinó todos los otros libros publicados por Terán hasta ese momento.

Durante la preparación y revisión de este volumen se contó con el apoyo de la poetisa Ana Enriqueta Terán y de la prologuista Patricia Guzmán; y fueron actualizados los aspectos ortotipográficos, específicamente los relativos al uso de los signos de admiración e interrogación.

Los libros contenidos se organizaron respondiendo al orden cronológico de publicación y no a la secuencia en que fueron redactados o escritos los poemas, o en su defecto, los propios libros.

B.A.

AL NORTE DE LA SANGRE
(1946)
(SELECCIÓN)

SONETOS DEL AMOR PERENNE Y DEL AMOR FUGITIVO*

I

Aquella "sin razón" que desafiaba
y que negaba fuerza a mi alegría;
naturaleza firme que vivía
en amorosos tintes que ignoraba.

Aquella lumbre que necesitaba
y que en mi propia sangre relucía,
en este día la he sabido mía
cuando mi sangre ya no la esperaba.

Porque para saber lo que he sabido
mi corazón estuvo prisionero
y en amargas pasiones sumergido;

porque para vivir como he vivido
no basta la pasión, no basta el fiero
amor que mi esperanza ha consumido.

* Ana Enriqueta Terán, *Al norte de la sangre*, Caracas, Ediciones Suma, 1946, 75 p.

II

Alta niebla circunda mi cabeza
desde que puse en ti mi pensamiento,
amador del azul conocimiento
y de la flor de amor y ligereza.

He saltado tu muro y tu dureza
y los surcos profundos del lamento;
para buscar la fe de aquel momento,
cuánta pasión y cuánta gentileza.

¿Qué ciego pensamiento desafía
mi lumbre que en amor fuera tu lumbre,
mi campo que en amor te pertenece?

¡Ay! del fuego que pierdes en la vía.
¡Ay! de aquel sollozar en mansedumbre.
¡Ay! de la oscura sangre que perece.

III

Hoy te recuerdo puro y acerado,
ardido en tus ocultas agonías,
laurel de llanto, dulce te me hacías
por tu saber oscuro y arbolado.

Me duelo en firme hiel por tu costado,
en mi ceniza cruel, y desconfías
no ya del llanto, sí de la alegría,
¡oh! sembrador de campos alabados.

Zozobra mi pasión en campo inerte.
Ya no recuerdo, lanzo mis gemidos
a la mar desolada que quisiste.

Para buscar el aire de tu muerte
izan mis ojos límites ardidos.
¡Oh! soñador de sal y zumo triste.

IV

Aquí, donde tu ausencia desafía
los aromados pulsos de tu ausencia.
Aquí, donde doblega tu presencia
el recuerdo que gime noche y día.

Aquí, donde tu ausencia es menos mía,
el amarillo niega tu existencia.
Tierra vencida por tu vana ciencia;
aquí, donde agoniza mi alegría.

Con este fuego hiéreme tu fuego,
aquí de mar y noche siempre alzadas
y de inocentes astros detenido.

Aquí, donde perdiste tu sosiego;
donde tu lumbre niega tus espadas:
aquí, tierno amador de bien perdido.

VIII

Ciega intención de mármol desafía
todo aquel sollozar y aquella ausencia.
¡Si el día retornara a su inocencia,
qué fatiga de bien la de ese día!

Recobrada pasión que no se fía
de la engañosa fuerza de su esencia;
muro de rebeldía su presencia
me guía paso a paso y me extasía.

¡Ay! si la rosa siempre rosa fuera
y no mancha profunda y sometida
desde la parda tierra al manso cielo,

¡ay! ¡si la rosa siempre rosa fuera
y no brisa de sangre suspendida
desde la savia hasta su rojo vuelo!

X

Que no resisto mi vivir, que muero.
Casi lindaba con los ruiseñores,
dado a la brisa de los amadores,
mi corazón de zumo verdadero.

Que no resisto mi vivir, que muero,
y desespero en lentos ruiseñores;
el acero de falsos amadores
hirió mi pecho en campo verdadero.

Casi lindaba con los ruiseñores
mi corazón de zumo verdadero,
dado a la brisa de los amadores.

Hirió mi pecho en campo verdadero
el acero de falsos amadores.
¡Que no resisto mi vivir, que muero!

XI

Yo que en la vida solo he conocido
la rosa de presencia fugitiva;
yo que busqué la eterna siempreviva
del amor y su fuego defendido.

Yo que en el cauce de lo ya vivido
puse a gemir mi carne pensativa;
yo que ignoro la causa primitiva
de mi vivir y mi naciente olvido,

alabo el soplo de la primavera,
la incierta lumbre que en secreto admira
el despojado corazón que espera.

Alabo mi vivir humilde y denso,
mi corazón de tintes indefensos,
que es más oscuro cuanto más se mira.

XII

En presencia del aire y de la fuente
este fiel recordar de densa flor;
la musgada presencia del amor,
aroma al desolado combatiente.

Arcángel de la pálida simiente
hundido bajo el trigo del rumor;
de la cadera oscura surtidor
en soledad y nardo resurgente.

Entre duros cristales se desvela
y menuda labor erguido alcanza
de profundos marfiles poderosos.

Apenas se levanta la esperanza,
hiela la muerte témpanos gozosos
y en torno todo gime y se rebela.

XV

Esta malla fugaz por la que muero;
humilde tierra izada en la demora
de la muerte, que viene hora tras hora
tratando de vencer su prisionero.

De esta tierna hermosura desespero,
de esta sangre dolida que me azora,
de este mi corazón que se enamora
de la nube que pasa y del lucero.

Y como sangra llanto mi figura,
y como va mi sombra en banderolas
con tu delgada sombra; cruce fiero

el de mi savia con tu savia oscura,
del melodioso cauce desespero
y alargo sin piedad mi desventura.

XVI

Alzo mi oscura voz y te presento
copas de sal, lebreles de dulzura;
son mis huesos la tibia arquitectura
que sostiene mi sangre y mi lamento.

¿A qué llorar, a qué reír, si siento
encendidos planetas, espesura
de humana savia, campos de pavura
donde se torna cruel mi pensamiento?

Son mis cabellos de color cautiva,
mi opaca lumbre, mi dulzor primero
por el que muero tierna y rediviva.

Son el fuego, la piedra, la saliva,
es mi dolor gemido hasta el acero.
¿A qué llorar, si vivo en roca viva?

XXV

A mi perra loba

De canela, hermosura y alegría
de insobornable pecho silencioso;
la sutil alameda de mi gozo
con su tierna alegría desafía.

Dulce trigo en los ojos y ufanía
de serafines en su tierno gozo;
sedosa piel de olvido melodioso,
húmedo aliento por el claro día.

Ella toda de brisa y de canela,
toda de azúcar fiel y ruiseñores,
caudalosa de amor bajo el cerezo.

Su corazón aflora y me consuela
y remordida escucho sus clamores
y a comprender no alcanzo su embeleso.

XXVI

A la adormidera

flor de las adormideras
engáñame y no me quieras.

Alfonso Reyes

De golondrina y de violenta rosa
de falso surtidor y movimiento;
piélago del amor que afila el viento,
profunda flor de esencia mentirosa.

Gacela del saber; cumbre deseosa
coronada de aciago pensamiento;
prolongada beldad en el momento
de la tarde y la extinta mariposa.

Cuánto laurel trasformas en encinas,
falaz alondra de mentido vuelo,
espejismo de amor y mar vecina.

Engañosos azores por tu cielo
persiguen las abiertas golondrinas
de mi torre de amor y desconsuelo.

LIRAS

CANTO A LA MADRE EN LA PAZ

Trigo de la agonía,
confinado sabor, poma furiosa,
a los aires confía,
gacela rumorosa,
la hiel que gira turbia y cautelosa.

Del hijo fuente pura,
alzada hasta la luz de la colina.
Contenida dulzura,
sobre la hierba fina,
el ausente que gime y que domina.

No ver su sangre alerta,
su poderosa brisa y paso leve;
su cadera despierta
que a la tierra conmueve,
puesto que ayer fue lumbre y hoy es nieve.

No ver su manso pecho
que fue llama y paisaje retenido;
el pie casto y estrecho,
el costado ofendido
de amorosos aceros bien herido.

No ver su cabellera
enlutada o madura con el día,
su frente prisionera
de la luz que encendía
praderas y colinas a porfía.

Desposeída rosa
del indefenso pecho que la guiaba;
poseída gozosa
del dolor que extasiaba,
al borde mismo de la miel que amaba.

Las tinieblas cayeron
y una profunda aurora se levanta;
las simientes volvieron
y ella se yergue y canta
al hijo dulce de perdida planta.

Escuchad el lamento
que surge de su entraña sensitiva,
piedra de dolor cruento
lanzada al agua viva
del hijo, como selva pensativa.

El árbol se contiene
y esquiva dulcemente sus furores;
enajenada viene,
alza sus ruiseñores
y solo encuentra bosques gemidores.

¿Dónde su voz entrega
los mágicos ardores que cruzaron
su tierno pecho en brega?
¿Dónde el mar que poblaron,
de viajes y de puertos que soñaron?

¿Dónde todo su fuego
y la cruel armadura de su llanto?
¿Aquel aire de ciego,
cuando de amor y canto
sobre sus hombros reposaba el manto?

El jazmín se avecina
por el túnel secreto de su aroma;
la rosa se domina
y tiernamente asoma,
también por la frescura del aroma.

En la tarde dichosa
los claveles sus tintes anudaron;
con savia cautelosa,
alhelíes cruzaron
y en todos los morados se asomaron.

Solo su llanto pesa
oprimiendo los trigos quebradizos.
Del alba torna ilesa,
lastimada de rizos
como anillos de oro, movedizos.

De soledad se llena
y de muros y ruinas enlazados;
acalla la azucena,
acalla los granados
y la caña de azúcares nevados.

Delgados minerales
atraviesan el humo de su frente;
fronteras terrenales
cercar su paso siente,
allí donde del hijo la corriente.

Nada, nada consuela
su deslumbrada entraña misteriosa;
en el hijo desvela,
lastimada y umbrosa,
como el derrumbe de la blanca rosa.

Fue el pecho con su frío,
fue la embozada flor de la cadera,
fue el arcángel sombrío
de la boca severa,
aquel de melodía y sal guerrera.

Laurel hasta su nieve
y ceniza y olvido hasta su aliento.
La rosa se conmueve
y por su cauce lento
se desangra la rosa del momento.

Que mi voz la acompañe
y no ceda a la boca que consuela;
que mi lengua no dañe
el círculo que hiela:
allí donde la madre se rebela.

AL TIEMPO QUE REZUMA…

Al tiempo que rezuma
soledades y azúcares sombríos,
ciñe delgada bruma;
por los campos vacíos
de la memoria surgen sembradíos…

Los bueyes taciturnos,
olvidos y granizos desataron.
Violentos y nocturnos
los corceles llegaron,
y las sordas tinieblas conquistaron.

La montaña caía
desde la nube hasta las mansas flores.
La sombra deshacía
nieblas y miradores,
y el pecho de los mágicos cantores.

El mineral llegaba
con sus peces agudos y azulados.
La abeja demoraba
su miel, y los ganados
de dulce aliento levantaban prados.

Musgadas soledades
defendían el tinte de la rosa.
Alzaban las ciudades
la savia luminosa
del amor y su limpia mariposa.

La sonrisa perdida
por las finas abejas de la nieve.
Frutal y defendida
la pasión con su leve
ramaje de razón que no se atreve.

Despeñada y sombría
la cabellera daba noche oscura.
La sangre desistía
de la batalla pura,
y caía otra vez en su negrura.

Se llagaba en su dueño
todo aquel río de cintura ciega.
Dulce boca de sueño,
esperaba la entrega
del corazón final que no se niega.

Salobre hasta la rama
de la garganta convencida y pura.
Salobre hasta la llama
que enlaza la cintura,
cuando la flor de sal está madura.

¿Quién después del rocío?
¿Algún ángel de llama o de sediento
bosque o de rostro umbrío?
¿Quién después del momento
de la rosa dañada por el viento?

Volver hasta la espuma
de la mar levantada y melodiosa.
Desconcertar la bruma
y en la sal misteriosa,
alzar de nuevo la temida rosa.

Desafiar la penumbra,
con la espada del ángel poderoso.
Se engaña y se deslumbra
el corazón ganoso
de los esquivos valles del reposo.

Cuando la lluvia sea
dueña del paso gris y la sonrisa;
cuando la tierra sea,
lecho para la prisa,
del cuerpo con su cálida divisa.

Entonces sí la roca
y la hormiga y la sombra desatada
que la mejilla toca.
Esclava silenciada,
la boca de sus hieles liberada.

Vaso de visión pura,
gobierno de la nieve y de la pena,
umbral de la blancura,
emerge la azucena
y transita heroica y serena.

Sus encendidas pomas
el Universo niega y la frontera
sutil de sus aromas.
¡El pecho desespera
y lo imposible retener quisiera!

TERCETOS DE ÉL Y DE LA TIERRA

I

Espesa voy por tierras encontradas.
Pez y medusa van por mi dolida
fuente que es luna y sangre arrebatada.

En montañas de gozo voy erguida;
viaje de mar y cielo tu cabeza;
iré vagando por tu faz dormida.

Espigas en dolor y ligereza
de verde agradecido donde afilas
tu corazón, que daña mi tristeza.

Velas de plomo izan tus pupilas.
En pasionaria va mi voz clavada
y tú por aguas verdes y tranquilas.

Amo la tierra yerma y desolada,
en aves, en cristal, en enarcados
tallos gigantes de la edad pasada.

En montaña tenaz, en erizados
juncos perdidos en la luz, sabiendo
vetas de mineral, peces anclados

en cortezas hundidas. Reluciendo
va mi voz por colinas y montañas
por valles frescos de color ardiendo.

¡Oh! madre del verdor en las entrañas;
¡oh! siembra horizontal de hombres perdidos
sobre tu faz de vientos y guadañas.

Florece de mis ojos el olvido.
Pálido sol me lleva por inerte
campo donde los míos se han dormido.

Herí mi corazón para tenerte
y pie ligero y flor atormentada
y manos en la hoguera de no verte.

Te buscó mi pasión en desatada
lucha que por tu sangre fue mi guía.
De sol a sol gocé tu luz hallada.

En el comienzo verde parecía,
más el morado de tus ojos siento
y el amarillo en peces me dolía.

¡Oh! clara voz en que mi voz presiento.
Yo voy en tu dolor amanecida:
¡oscuras rosas dicen que no miento!…

¿De quién es el color que da la vida?

ODAS

PRESENCIA TERRENA

I

Agonizo en mi canto y en mi sustancia eterna
y gimo por los bueyes menudos de la harina.
Sueño con ardorosas batallas y destrenza
mi corazón su luna de agua recién nacida.

Soy yo la reservada con señales de trigo,
yo, de tibia corteza con matices de hierba;
caracol de penumbra rozaba mis oídos
y melazas ocultas me cercaban la tierra.

Traigo lentas y oscuras noticias vegetales
y ya sueña mi carne con raíces y zumos;
no resisto, me lleno de lucientes alardes
pero esquivas, oh muerte, tus aceros nocturnos.

¡Ay! yo sé que sollozo sobre el tiempo, cautiva
de cerradas tinieblas y lucientes espejos,
aquí, donde mi sangre es dulce y perseguida
por los hombres que ofrecen anillos y pañuelos.

Aquel aire profundo todavía me llena
de límites y rosas sobrehumanos y limpios.
Es el comienzo, el hálito tibio de la madera
es el lento derrumbe de mis cálices fijos.

De vergüenza doblego mis entrañas y canto,
tu poderoso torso y tu arbolada siembra,
tu desafiante pecho de tímidos manzanos
tu desnudo florido de trigos y malezas.

Sin norte, sin morados ni amarillos latentes,
en oquedades turbias y ciudades vencidas,
reconozco y aliento tus erguidos laureles
¡oh! ser de mis azules y mis lentas espigas.

II

A mi cuerpo

Te mueves, enarbolas tu sangre y tus cabellos,
bestia mía dorada que fluyes en la sombra.
¿Qué palidez obliga tus pesados corales
y llena de presagios tu limitada forma?

Te mueves anegado en tu propia espesura,
de la madre a la muerte y del pez a la llama.
¡Qué lentitud de calles y de luna redonda
arboriza tu llanto y el humo de tu casa!

El agua detenida en morenas vasijas
copia los pasajeros tintes de tu materia,
te escuchas en el denso fuego de tus rodillas
y en la luna creciente de tu vientre de cera.

Ignoras la pequeña vertiente de tu espalda
y persigues tu piel en todos los espejos;
te buscas en la inmóvil sonrisa del retrato
y te palpas la cal modelada del hueso.

Te he visto recoger amapolas y arenas
debajo del bramido y del árbol insomne;
te he visto revivir antiguas madreselvas
y retener paisajes de música en la noche.

¡Qué misteriosa lumbre cruzas para mirarte
en el hijo rizado de otra sangre y penumbra!
El amado te llena de tibios universos
por el aire silvestre que ronda tu cintura.

Vuelve sobre tus pasos de corazón y doma
los altos ruiseñores que gimen en tu pecho.
Te ignoras y te llenas de profundos rumores,
bestia mía dorada que fluyes en la sombra.

III

En la hora de la agonía

Mi corazón espiga niños sobre la arena
y todas las ciudades alzan tu desamparo;
¡oh! viajero cautivo de perennes barreras
donde la piedra calza su gran toro de nardo.

Noche de moribundos y de secos relojes,
de sensibles pisadas y tibias caracolas,
de tapadas mujeres que tornan ruiseñores
en pequeñas ciudades arboladas de sombra.

Levantaba el insomnio duras cumbres de ausencia
y la lengua vertía oscuras alabanzas;
¿qué pasaje de fuerza, de sustancia olorosa
aliviaba el recuerdo y la rosa más alta?

Aquí estoy frente a un cuerpo que se desploma, un cuerpo
que no recuerda orillas ni límites quebrados;
aquí estoy frente a un cuerpo lleno de mansedumbre
de dormidas llanuras y resignados pastos.

¿Qué vendaval aciago corría a prima noche
despertando ganados y gallos de amargura?
¡Oh! viajero del tiempo opuesto a los colores,
olvidado del pan y ansiado de la lluvia.

¿Para qué revivir fustas ni madreselvas,
si ya avanza la tierra por los miembros helados
si ya surcan su boca impacientes falenas,
si banderines turbios de nieblas abren gajos?

Porque la noche entera conocía su muerte
sus pequeños jazmines pisaban agonía,
porque el cielo perdía mansas aguas celestes
conocimos su cuerpo y sus altas espinas.

Ciega noche de adelfas y corceles domados,
de turbios litorales y de bestias secretas;
agonizante noche de cristales amargos
donde ciñe el silencio sus tres flautas bermejas.

¿Qué lengua desataba sauces y ventisqueros
a la orilla del lecho y la sangre en reposo?
¡Qué de ríos oscuros azotaban el denso
perfil! ¡Qué dulces gradas de azul para su antojo!

Aquí estoy frente a frente de la plaza del llanto,
frente al pórtico claro del trigo misterioso.

VERDOR SECRETO
(1949)
(SELECCIÓN)

CANTO I*

A UN ÁRBOL

El embrión solitario
de tu semilla guarda lumbre mansa;
el latido primario
de tus pomas alcanza
hasta la miel que en palidez avanza.

¿Estuvo la penumbra
del jazmín en las sienes levantadas
de la palmera? ¿alumbra
tus pálidas moradas
un rumor de azucenas desveladas?

¡Oh! savias transitorias,
alondras ascendentes del nocturno
fuego de las memorias,
piélago taciturno
busca en tus altas médulas su turno.

Es el rostro más hondo
el que suspira en tu verdor secreto,
bosque a bosque respondo

* Ana Enriqueta Terán, *Verdor secreto*, Juana de Ibarbourou; pról., Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949, 52 p.

en el lenguaje escueto
que ignora el alba gris de tu esqueleto.

¡Altamar impasible
de furtivo licor que aroma el llanto,
lugar incognoscible
por las huellas del canto,
por el náufrago azul del amaranto!

Vegetales recintos
para la rosa de ámbitos dichosos
rescatados jacintos
para los ardorosos
cauces de la manzana y mis sollozos.

La ceniza golpea
en tu corteza de honda quemadura,
allí donde rodea
la frente más oscura
extraña cal en alta arboladura.

Retrocede mi paso
con lentitud de yerba innumerable;
tu cuerpo en el ocaso
ignora la mudable
esencia de tu llanto perdurable.

Dejaré la celeste
punzada que atraviesa el "no-me-olvides"
y las islas del este
que a mis sienes impides
¿serán lugar, oh fiel, donde resides?

¿Qué ausencias enarbola
el transido fulgor de los jazmines,
derramados en ola
de líquidos confines
donde nievan sin fin los serafines?

Las sustancias lunares
¡oh! vegetal que ciñen tus memorias,
son ávidos lugares
de muertes transitorias
sobre la amarga flor de tus memorias.

El hálito primero
que atraviesa tus pulsos conmovidos
recobra el lastimero
fuego de mis oídos
y en hosca paz devora mis gemidos.

He de hallar los momentos
¡oh! vegetal que encienden tus aromas,
he de buscar los lentos
ardores de tus pomas
que en mansedumbre hundosa, tierno domas.

Dame la noche acerva
que ha de cantar en ti y en los diamantes,
ofréceme la cierva
clavada en los instantes
más hondos de tus mieles delirantes.

Su torso recibiste
en un tiempo de sombra y piel ligera
y la flor que resiste,
ansia perecedera
líbida transitó por tu madera.

¿Alzaste los olvidos
entre zumos inmensos y furores
de remajes nacidos
en noche y ruiseñores
heridos en sus íntimos fulgores?

¿Detuviste el silencio
de los claveles, diste lumbre vana
al alhelí? ¡Presencio
en la feble campana
lugares de la alondra y la manzana!

¡Aquí el alba fecunda
que alguna vez detúvose en mi frente,
aquí la sal profunda
que ignora el balbuciente
aroma de tu cálida simiente!

Por detener la rosa
supe de tus delfines sigilosos
¡oh tulipán! Dichosa,
contuve presurosos
paraísos de tintes silenciosos.

A través de mi llanto
pude mirar tu flor invulnerable
y mis ojos levanto
en pos de la mudable
historia de tu linfa perdurable.

Al íntimo mancebo
que sostiene los álamos contuve,
a sus labios elevo
el zumo de la nube
y el este de la tierra que retuve.

¿Recordarás el vago
lebrel del heliotropo y la finura?
¡Oh, vegetal aciago!
tu mágica escritura
rodea la azucena y la clausura.

Por el llanto y el fuego
supe de tu melaza conmovida
y tiernamente llego
a tu desconocida
vertiente derramada y contenida.

El peso de los ríos,
el de la nube ya de niña intensa
fueron, en tus umbríos
tactos, hoguera inmensa,
fueron sustancia clara, sombra densa.

¿Qué noche te sostiene
en tu inerme vigilia levantado?
¿qué día te contiene
cuando gimes anclado
en la corteza, tierno desgarrado?

¿Sabes tú de la densa
sombra de la cadera, reconoces
en el rostro la inmensa
hoguera de los goces,
la entreabierta dulzura desconoces?

¿Olvidaste sustancias
detenidas en ángeles remotos,
desechaste fragancias
orgánicas, y rotos
matices en los ámbitos ignotos?

¿Sabes de la premura
el labio conmovido, de la llama
orgánica insegura?
La tierra te reclama
y en la simiente lenta te derrama.

¿Regresarás un día
o serás leve peso de mis ojos,
junto al ave sombría
de la sangre y despojos
serán mis huesos de tus zumos rojos?

¿Serán tus ramazones
¡oh! vegetal el día que demora?
¿Escuchas mis razones
terrenales o imploras
tu savia el vuelo de lo que se ignora?

CANTO III

Niña que fui, dichosa
visitante nocturna de mis sienes;
la espuma silenciosa
de la ausencia sostienes
y por la alondra consumida vienes.

La tierra recibía
el leve peso de frutal dulzura,
que la joven movía
con paso de alba pura
con silenciosa llama de hermosura.

¡Ay, por la orilla esquiva
desataba sus cálidos jazmines
de niña fugitiva!
Dormitaban confines
en las linfas de glaucos serafines.

Doncella bienamada
del trébol de la límpida amapola;
levísima y callada
memoria de la ola,
niña del sueño y de la brisa sola.

Recordar es llevarte
en joven claridad de manso lirio,
es, humilde, clavarte
en distante martirio
de ya mujer silvestre y en delirio.

Regresas en el viento
y un árbol verde-joven te acompaña;
llevas por pensamiento
la nube y la montaña,
por flor inclinas la sonrisa extraña.

Ausente, ausente mía
vas con aroma de laurel y olvido;
aire tuyo movía
el celeste latido
del melodioso valle desvestido.

El valle de la infancia
esbelto en el saucedo indiferente,
tendido en la fragancia
del arroyo inocente
donde el ángel es pálido y fluyente.

El ardor del instante
ya de aroma, de junco cristalino,
me devuelve el distante
joven de sauce fino,
de rostro alzado en temeroso vino.

¿Qué hiciste con la lluvia
que trizaba las sienes de la rosa?
¿Qué de la tarde rubia
que en hosca mariposa
iba tornando su color hermosa?

¿Qué hiciste de la cima
coronada de límpidos glaciares?
¡El alba de otro clima
abrasa los pinares
extraños a tus lentos azahares!

Niña del tiempo, pura
rama florida del jardín celeste;
vaso de la finura
memoriza tu veste
más de laurel que de jazmín al este.

Innumerable espuma
de golondrina por su frente gira;
escapa bajo pluma
de rubor y la lira
pulsa con llanto. Sola se retira

con un aire de nube,
de flor liberta. Férvida blancura
escala el pecho, sube
a la llamada pura
que en el instante de la flor perdura.

El samán escondía
móviles sombras para darte amparo;
desataba la umbría
su monedero claro
y al muslo daba su dibujo raro.

Aromaba tu paso
el silencio florido de los vuelos,
y el aire del ocaso
desdoblaba sus cielos
llenos de abiertas aves y arroyuelos.

Este dolido verte
es la ceniza de no haberte visto,
este cruel retenerte
que en mi llama resisto
es vena azul de arcángel imprevisto.

Donde el amor dejaba
los no-me-olvides de rizado llanto,
el viento desgarraba
su delicado manto
y era verdad en ella solo el canto.

Feble el torso crecía
en insistente delgadez alada,
y la sien recibía
inquieta marejada
de pensamiento y de color nevada.

¿Oscura mía amaste
al diáfano mancebo del sollozo?
¡Desde entonces llegaste
a su cáliz umbroso
y fue para tu sangre deleitoso!

Es difícil Profunda,
dejar la orilla de tu melodía
pues tu recuerdo inunda
el armonioso día
de tus cabellos contra la alegría.

CANTO IV

Amo la soledad delante de mi espejo.

M.B.

¡Ah! qué fuego, qué altiva,
pesadumbre en el gesto detenido;
qué soledad esquiva
en el ámbito asido,
a la sonrisa y a su cruel latido.

Estatuas infinitas
al este del aroma levantaron
soledades escritas
en la sien revelaron
los signos de la lumbre que alcanzaron.

Escuchad el diamante,
que pulsa azul en la profunda entraña;
¡Oh! sombra delirante
que el costado restaña:
la madre en su fulgor de roca extraña.

Las memorias del vino
recorren las miradas entreabiertas,
y un morado divino
inaugura desiertas
ojeras de violetas inexpertas.

Demora la sonrisa
en el ausente rostro de la bruma,
y cruza en insumisa
golondrina de espuma
todo el celeste gesto que rezuma.

Un árbol taciturno
sombrea el seno de clamante nieve
y del potro nocturno
de los cabellos, llueve
aroma oscuro, confidencia leve.

Clavada en la espesura
de la amatista pura y delirante,
zumo de noche oscura
en el cerco distante,
que a la mirada da su cruel diamante.

¡Ay! que anémonas hondas
circundan la cintura florecida.
¡Ay! qué tímidas rondas
en la entraña dan vida
a zumos llenos que la noche olvida.

La oscura flor en vuelo
de los hombros, el fuego sumergido
del muslo y el desvelo
del mármol detenido
en el torso, desbordan del olvido.

Extraña mansedumbre
de niño azul en el fugaz jacinto
y rara pesadumbre
en el ciego y distinto
tallo del gesto en pálido recinto.

La garganta entre fuegos
de mariposas hondas y sollozos;
la palabra entre ciegos
alabastros brumosos,
los gritos en silencios poderosos.

Aquesta flor retiene
los aromas más hondos del latido,
y la sangre contiene
su luciente gemido
para la flor de vuelo sumergido.

Calza el pie lejanía
de cardo azul, de flor invulnerable,
el lirio se extasía
en la savia mutable
que rodea su gracia perdurable.

El tobillo encadena
ardida brisa, cervatillo leve;
ofrece la azucena
su ponderada nieve
al paso en vuelo que a la flor conmueve.

¡Qué radiosa armonía
en los cabellos de ámbitos dichosos!
¡Qué entreabierta agonía
de cálices umbrosos!
¡Qué tajantes corceles melodiosos!

A la savia remota
abre la sal su arcángel impreciso,
y viene por ignota
corriente el indeciso
fuego del torso en mármol insumiso.

Flamea la rodilla
en arduos tonos en ingenua bruma
y la alabada arcilla
de su frente rezuma
extraños cantos de encendida espuma.

No llega hasta el oído
el apagado vuelo incandescente
de la rosa; inasido
el halo de la frente
y en soledades la color naciente.

CANTO V

II
HOMBRE

La frente en claros vinos se doblega,
¡Ay! qué radiante arcángel melodioso
se levanta en la sangre a donde llega.

Él escucha el latido poderoso
que pulsa en la fragancia desvestida
del torso y en el fuego misterioso

de la joven terrena, por ardida,
la de los lentos cielos circulares,
la de saucedos por la frente herida.

Él desata los puros azahares
de la cintura; él, dulce y violento
enarbola el aroma de los mares.

¡Oscuras rosas dicen que no miento!

IV
ADOLESCENTE

Mirad la fuerza azul que se adelanta
del contenido torso, se diría
mármol que en dulce canto se levanta.

Mirad el pie, la flor de cada día,
y la cabeza altiva sosteniendo
de los cabellos la contienda umbría.

Mirad las sienes palidez gimiendo,
el muslo henchido, la silente nieve
del costado y los hombros padeciendo,

de juventud y cincelado leve.
Mirad el jazminero de la pura
cintura que el adiós hace tan breve.

VI
JOVEN INVÁLIDO

Son tus miradas líquidos momentos
de mar, de tierno bosque contenido,
tan de laurel como los más violentos,

corceles que atraviesan el olvido.
Él, amante celeste y sollozado
entre el cielo y la tierra suspendido.

Un fino ruiseñor maravillado
ondea en los cabellos, silencioso
el rostro en verso puro cincelado,

sostiene el gesto. Mármol victorioso,
le da a los hombros sutil aroma
de abril trizado y de jazmín umbroso.

VII
JOVEN DEL ESPEJO

El espejo devuelve la figura
con una flor prendida de la brisa
que rodea la clara vestidura.

La mano viaja desde la sonrisa
hasta el cabello de encrespado aroma
de la reciente joven insumisa.

Recuerda la cadera dulce poma
y el pecho aguza sensitiva nieve
y calladas distancias de paloma.

La imagen de la flor es aire breve
cruzando el aire de la niña triste.
Ella es la flor, el llanto, el tiempo leve.

Y digo en alba pura: “Sé que existe”.

PRESENCIA TERRENA
(1949)
(SELECCIÓN)

INFANCIA*

Apenas rosa, apenas tallo leve
de buen vivir, apenas mariposa
por la corriente del samán umbrosa
o por la rosa de tranquila nieve.

Jazmín en la cintura por lo breve
y en los ojos comarca silenciosa
y derramado cuervo en la espaciosa
cabellera que el hálito conmueve.

Luminosa presencia sustituida
por desatados ámbitos vitales,
ausente al verde oscuro sometida,

el frágil pecho de incipiente nieve,
el pie con su pequeña flor lejana
y la sonrisa por el aire leve.

* Ana Enriqueta Terán, *Presencia terrena*, Juvenal Ortiz Saralegui; díptico [presentación], Montevideo, Alfar, 1949, 51 p.

ADOLESCENCIA

Asomos de manzana en la cintura,
y por los ojos líquidas yeguadas
de pesadumbre, sienes lastimadas
y el claro corazón a la ventura.

Palidece una sierva en la insegura
delgadez del tobillo, contenida
la llanura del vientre desvestida
y el claro corazón a la ventura.

Un oírse la vida, un escucharse
la sangre en la penumbra de la entraña,
la sangre por las sienes y alejarse

del amor y acercarse a su espesura:
estar lejos o cerca ¡vana ciencia!
y el claro corazón a la ventura.

JUNIO

Se podía llegar si se pensaba en algo
hasta las ondas puras del trigal y la noche;
la niebla recostaba sus amorosos gajos
sobre la quieta casa sumida en tiernas voces.

Crecía la frescura lentamente en el musgo
y rezumaba verdes para el pecho sediento
rosaledas profundas mecía el mes de Junio.
Junio sobre las niñas cercadas de silencio.

La madre sobre el tiempo y sobre todo apenas
débil fuerza terrestre sus labios agobiaba,
nos decía de un árbol, un poco de violetas
que en morados ardientes recordaban su casa.

La madre atardecía con un claror inmenso
de poniente y de niñas signadas por la bruma,
la madre con lentísimas aguas por el recuerdo
fluye en tierra labrada entreabierta y fecunda.

El río rumoroso partía en dos la noche
y se elevaba fino por vertical aroma
de lirios y las sombras que los perros recogen
las dejaban al borde de la sala espaciosa.

Que los trigos mecían blandamente la casa
y la niebla cercaba sus serenas fronteras
nos lo decía Junio con sus voces de agua;
Junio sobre los hombros del padre y de la ausencia.

El huracán nocturno nos llevaba tan lejos
que acariciar pudimos los potros de la bruma,
y los amaneceres nos traían de nuevo
a la suave colina naciente en luz fecunda.

Crecíamos en fuegos de profundos metales
en floraciones hondas, en lejanos impulsos,
donde el árbol tremía dulcemente en la sangre
y copiaba en el fruto la redondez del mundo.

Lenta humedad seguía los pasos de la hierba
hasta un verde tiernísimo de jardín por el este;
la niebla nos dejaba sus extrañas doncellas
sobre los torsos ávidos de los adolescentes.

ODA VI

La soledad me envía mensajeros de llanto,
los recibo en los mares nocturnos de mi pecho,
en los hombros del agua que crece hasta mis sienes
y en el oscuro limo de la entraña y del beso.

Camino con las olas y con el árbol dado
a la corteza muda que me hiere y enciende,
camino con la tierra y un entreabierto goce
me lastima y conduce más desnuda la frente.

Alguien me dijo algo de bestias taciturnas,
de mares y tinieblas que azotaban mi rostro,
escuchaba su voz y buscaba su cuerpo
por altos corredores sin llegar a su lodo.

Existo. Me detengo para escuchar mi muerte
que viene por mi sangre como un hondo latido
mi muerte tiene en mí, cantos de mansedumbre
y secretas constancias del amor y el olvido.

Existo por mi muerte, para mi muerte y amo
libremente mi vida, libremente mi muerte
con su silencio en alas de ardientes mariposas
escucho, me detengo en sus frágiles sienes.

Y recuerdo la mar, siempre la mar echada
a la orilla de un árbol limpio como la vida;
el sueño con mesetas minerales y espumas
de soledad, la mar a ciegas por la orilla.

Puedo decir: “las rosas” y decir “estas rosas
son de umbrales nocturnos de secretas fogatas
abiertas en los llanos, o son rosas marinas
de sentidos azules, sin rumbos ni distancias”.

Yo escuchaba las rosas porque si desde el sueño
descontanto matices y savias verdaderas,
el olvido me daba con su primer recuerdo,
memorias en la gracia de la sal y la tierra.

Que la ciudad entera viene de lo salobre
lo digo, por mis sienes y por mi voz primera.

A UN CABALLO BLANCO

Qué fragor en las crines, qué lamento
de cuello hasta los belfos conquistado,
resbaladas llanuras el costado:
¡caballo blanco por mi solo intento!

Copian sus ojos el paisaje lento
y un árbol en el fondo gime anclado,
los tintes del azul y del morado,
trepan sus ancas, siguen en el viento.

Huye de mí, se pierde en la verdura
de las yerbas crecidas, adelanta
su pecho hasta el poniente y la espesura,

huye de mí como una racha oscura
y blanco desde el pecho a la garganta
en el fondo de mí canta su albura.

ODA

Quiero dejar constancia de mi sangre, mi sangre
que ama las tierras altas y las tierras dormidas;
quiero dejar constancia de mi cuerpo en las sales
de los futuros cuerpos erguidos en la brisa.

Toda la sinfonía vital que me circunda
asciende en lento fuego hasta llenar mi oído
de caracoles albos y de manchas fecundas,
que son como de amor, o de muerte, o de olvido.

En esta playa sola, aquí donde mis manos
sienten el leve roce de lo perecedero,
aquí gimo por algo de esta roca impasible,
o por toda esta mar para llegar más lejos.

Yo sé que alguien un día levantará mis voces
hasta el laurel altísimo, pero ¿dónde mi cuerpo
volverá a ser el todo que sostengo esta tarde
a fuerza de saberme desceñida y salobre?

Me palpo, me sostengo, misteriosa y compacta,
y vivo con el viejo corazón de mis muertos;
al borde de mis ojos comienzan las distancias
y los mares más tristes reposan en mi sueño.

Es esto lo que quiero; aquí estoy y medito
a puro cuerpo, a pura sangre reconquistada
para lo eterno, sangre pasajera en el hijo
y eternizada en mí por mis voces más altas.

Nada es como esto, nada como saberse toda
a flor de labios, toda en las mansas rodillas;
como escucharse tibia y vital en la sombra
o en el rendido tinte del verano en la espiga.

Lanzo a todos mi nombre, me lo digo a mí misma
para saberlo bien, el nombre de mi cuerpo,
recordaré la oscura simiente que me alivia
y el oasis profundo del orgánico fuego.

Quiero llevarme todas las presencias humildes:
la tamizada luz del aceite; la gracia
de los manteles blancos y sus blancos jardines
–albos alemaniscos para la sal y el agua–;

los poderosos hombros de la mar y sus diáfanas
comarcas saturadas de pulsos submarinos.
Color de brisa triste ondea en las mejillas
de los hombres caídos en la noche y el vino.

¡Oh! la noche, la noche con su tibia corteza
de parejas erguidas por vitales aromas;
la noche con su espuma de pálidas mujeres,
con sus bestias jadeantes, desgarrando la sombra.

Estar triste es buscarse la noche en los cabellos,
o pensar con dulzura en una tiernamente;
es olvidarse niña al pie de aquel saucedo,
o recordar sus hombros cual si estuviera ausente.

Y me digo: la rosa es la estatua del fuego
y la yerba la alfombra candente del ocaso
la campana es el cáliz invertido del tiempo
y el coral es el último matiz de algún naufragio.

Escucho: la montaña se desnuda en la niebla,
el sauz es el arpa transparente del viento,
o el vegetal más niño que cruza por la tierra
o el ventanal más alto de algún muro de cielo.

Mancebos taciturnos llevan sus corazones
por los muelles vacíos de los atardeceres;
nadie escucha en el fruto antiguas floraciones,
nadie sino los niños ciegos de los ponientes.

Todo gime y se calza sus sandalias de llanto,
mas yo apoyo mis sienes sobre el pecho del mundo,
para sentirme aún doblemente en el canto
y escuchar el orgánico rumor de lo profundo.

AL RÍO MOMBOY

I

En vitales rumores te sostienes
conocedor de savias y riberas
pero con arduos climas y praderas
de sinsabor cercándote las sienes.

Inaccesible por el sueño vienes,
en las vigilias alzo marineras
visiones y simientes pasajeras
de amor en donde apenas te detienes.

Tu limpio cuerpo sírveme de escudo
y los tiernos silencios resbalados,
allí donde se duerme tu corriente,

me llevan a mirarte tan desnudo,
que sabiéndome ardida en altos prados
siempre en mi corazón estás presente.

II

Como un arcángel pálido y fecundo
fiel azulaba tierras y ganado,
cristalino vigía de aquel prado,
guerrero, con el día te confundo.

La terrenal frontera de tu mundo
llorabas en tu pecho limitado
por las riberas, tierno desgarrado
conocedor en ti mi planta hundo.

Los azúcares lentos extasiaban
tu diferente y claro cuerpo asido
a las aves, la nube, el cielo inerte;

recordar debes la secreta niña
que en los brazos llevaba la campiña
para un solo momento retenerte.

CANTO

No basta hablar del fuego para tener su boca;
hay que escuchar el río, la raíz, la simiente,
el crepitar del árbol en la verde penumbra:
hay que saber del ancho pulmón de lo terrestre.

Lleva en los tibios brazos ríos de mansedumbre
y en los senos guirnaldas de leche sumergida,
una marina antigua en la piel de la espalda,
que suaves litorales sus caderas avivan.

Es la belleza apenas un punto por sus sienes
porque es hembra tendida fluyente por los prados;
apenas en el pecho lleva luces celestes
y latitudes tibias como espejos cercanos.

Ella se mira en todo y se mira en el hombre,
el sembrador, el "uno" sobre la sal terrena;
se sabe dominada por su simiente oculta
pero también se sabe con dignidad de tierra.

Aunque el hombre esté lleno de vital espesor,
de fulgores erguidos de brumosas corrientes,
nunca llega como ella a los intactos nombres
de la tierra, la vida, el amor y la muerte.

No basta hablar del fuego para tener su boca;
hay que saber del río, la raíz, la simiente,
del crepitar del árbol en la verde penumbra,
hay que saber del ancho pulmón de lo terrestre.

TESTIMONIO
(1954)

TESTIMONIO*

Soy yo, soy yo quien ama, dadme paso
y no toqueis mi sangre, mis cabellos.
Nadie puede decir con este llanto
el final ardoroso de un espejo
ni las punzadas de las mariposas
ni el eco mineral de los veranos
porque soy la terrena, la transida
en tanto comenzar de árbol descalzo
que ya no puedo andar entre miradas
sin recordar mis nortes insaciados,
sin aliviar el eco de la piedra;
han dudado de mí los tiernos álamos
qué dijo el eco abierto de las playas,
el desolado gris de la ceniza;
qué dijeron las flautas, qué dijeron
los labios de la espuma cuando alzaron
mi torso vegetal, mi tierra herida.
¿Me negaron acaso los espejos?
¡Ay! cualquier arboleda me conoce
porque vengo de pulsos primigenios,
de soterradas y profundas bocas,

* Ana Enriqueta Terán, *Testimonio*, Felipe Herrera Vial; present., Valencia, Venezuela, Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, 1), 1954, 7 p.

donde comienzan a viajar las nieblas.
Conozco el sitio de las araucarias,
el agua triste de sus direcciones,
sus veinte pisos de ángeles silvestres.
Recuerdo las señales más secretas
por este sordo pulso de bisontes.

Decídme, cuando deje los extraños
huracanes orgánicos y fuegos
donde batalla el hoy que me sustenta;
¿quién mirará por mis tiempos de acero?
¿Quién besará los labios del que espera
pálido y fiel en todos los follajes?
¿Quén abrirá sus ojos con un puro
tacto de sal? Escuchará los mares
densos de sus purísimas simientes,
será puntual como sus propios huesos
ella la eterna, la viviente y única
y yo entre tanto buscaré mi sangre
perseguiré mis ojos tercamente,
perseguiré mis manos por el tiempo,
por tierras abonadas por mis zumos;
haré preguntas vegetales y hondas:
Dónde han ido mis ojos y mis sienes
Dadme mis tibios, calcinados huesos
que quiero alzarme en vida delirante
otra vez contra vientos y bahías
contra irascibles pechos inclementes.
¿En qué puerto de olvido buscó forma
la castigada lumbre de mis ojos?
Dadme mis ojos, quiero ver los niños
alzados en sus claros pedestales,
quiero pulsar los hombres de la noche
la adolescente amanecida en sangre.

Dadme mis manos para asir la llama,
quiero mi piel, mi vientre, mis rodillas,
mis médulas extrañas, reciedumbre
de soledad en soledad ardida.
Estoy sobre mí misma; digo: existo
y voy pisando savias clandestinas
geografías de venas en acecho,
corporales sustancias maltratadas,
como de bosques, madres, nacimientos.
Quién besará los labios venideros
con este beso orgánico y desnudo,
con esta fiel punzada submarina
que vive cerca de las cabelleras,
porque son hondas, sí, las cabelleras
aunque la noche ofrezca sus ganados
sus ciudades, sus perros sitibundos.
Dadme mis labios, quiero alzar mis labios
con brumas vegetales y extensiones
hasta los labios de las grandes aguas;
quiero tocar la soledad del hombre
con lentos labios de raíces sordas
para hacerme un lugar de ángel inmenso
donde pregunte a todos por mi nombre,
mi nombre de hoy, el mismo donde clamo
ahora y aquí, cintura, fémur, ola.

Quitadme las palabras; soy la tierra.
Solo conservo recios panoramas,
latigazos de América en los flancos,
silentes muchedumbres arboladas
con algo del mandato que obedezco.
Me han olvidado noches vegetales.
¿No creyó en mí la mano que sostiene
un desgarrado tallo de silencio

frente a los muros de un adolescente?
Hacia donde y en sombra me dirijo
con certidumbre de agua y de raíces.
Campanas irascibles me saludan
si me acerco a lugares conocidos
acaso un sí de piedra me vigila
y me espera en la mar, cerca del mar,
por haber dominado las edades
del mármol, de la piel, por haber sido
la gota ardiente de ciprés inmóvil
fugada así de un pedestal de tiempo.
No soy, ya sé como la noche quiso
pero la noche yace en las ciudades
cada vez que mi mano se incorpora
en lujosos vocablos sumergidos
porque mi mano alivia las esquinas
y rescata los yertos girasoles
abiertos en las hembras de los puertos.
No soy, ya sé como la muerte quiso:
sobre distancias óseas amanezco,
sobre mis huesos crezco noche arriba
y no he podido conocer mi muerte
ni revelar sus golfos somnolientos.
No soy ya sé, como la vida quiso,
la vida quema fémures y en humo
convierte el peso de las amapolas;
la vida escala lluvias y gemidos
para alcanzar la joven taciturna,
enhebrar su profunda cabellera
y bordar con su miel el viejo otoño
por haber visto el ciego, la parida,
las insumisas, húmedas, tajantes,
la ciudad carcomida, los fecundos.
Por eso en fuego desde el fuego digo:

os doy el testimonio de mi sangre;
americana noche me circunda
ordeno golfos, bosques, soledades,
itinerarios de raíces hondas
ida y retorno casto de los pájaros.
Recuerdo sí la mano que me funda
sobre muslos y torsos alabados;
recuerdo el huracán que me derriba
sobre mis propios ojos y batallo
por rescatar el curso de la piedra
y volver a caer en primerizas
intenciones de plantas entreabiertas.
Alguien sembró su piel inútilmente;
alguien trajo noticias minerales
y esta roca fugaz en la que existo
¿no es un poco del ángel sin salida
donde me espero gris y me levanto
con una sola muerte por testigo?
Es hora ya de castigar los bosques
de abatir los hundidos minerales
porque suspira un musgo repentino
amargo, corporal entre mis voces,
y mi cuerpo presente y sin memoria
es la nueva razón para los lirios
un cuerpo siempre llega desde lejos,
es extensión, distancia transitoria,
un agudo lebrel a borbotones
con lugares de labios sumergidos.
Sin embargo, la mar me desconoce
en este cuerpo donde me vigilo
extraña y hosca, donde me vigilo
y me añoro, me canto y compadezco.
Otra vez, otro tiempo, otra espesura.
No llegaré jamás a los manzanos

hasta no castigar la piedra amiga,
porque la estatua daña mi secreto,
sí, la estatua me hiere, me persigue,
sabe mi nombre, grita mi estatura
y me caigo en la noche y me consigo
desdoblando su mármol junto al mar
extendiendo su luna junto al mar
ya que en el mar, solo en la mar existo.

Nahuel Huapi, Neuquén, 1950

DE BOSQUE A BOSQUE
(1970)
(SELECCIÓN)

SONETO DEL DESEO MÁS ALTO*

Necesito un anillo delirante
para la oculta sombra de mi mano,
un archivo de mar para el verano
y documentos de agua suplicante.

Para mi mano un riguroso guante
de piel de tiempo y pensamiento vano
y la mesa de juego donde gano
contra la muerte mi color menguante.

Una sortija de algas con países
y lenguas diferentes, con nocturnos
bisontes y cuadernos vegetales;

para mi mano los rebaños grises,
las edades de tactos taciturnos
y el pulso de los secos minerales.

* Ana Enriqueta Terán, *De bosque a bosque*, José A. Pérez-Díaz; pórtico, Caracas, Congreso de la República, 1970, 117 p.

ENDIMIÓN Y DOS TIEMPOS

I

Abrí todas las puertas inefables
para mirar la altura de los días
florecidos en labios insaciables.

En el bosque rondaban las jaurías
azules de los jueces; yo tomaba
mi parte en las confusas alegrías

de los rebaños cálidos y amaba
extraño recental, en su blancura
mi frente de mi frente descansaba.

Despeñado color de mi estatura.
Admirados le daban los ancianos
estrechas cuentas de mi veste pura.

Desvestía la noche con mis manos.

II

Qué dichoso mi torso y la silente
bravura de los muslos, qué dichoso
el altísimo fuego de mi frente.

De menudo jacinto venturoso
era mi lecho, de escritura fina
el gesto de mis manos en reposo.

La soledad conmigo en la colina;
abajo el gran caballo taciturno,
la soledad mi esposa cristalina.

Digo que estuve intacto en el nocturno
clima de las esposas suplicantes.
Nueve donceles esperaban turno

para alabar mis sueños dialogantes;
nueve donceles de espigada espuma
de vestes y sonrisas claudicantes.

III

Nueve donceles de espigada espuma.
En el bosque rondaban las jaurías
azules de los jueces y la bruma

velaba las recientes agonías
de las que son de tiempo ilimitado
y bebí sus oscuras alegrías.

Qué dichoso lo azul aprisionado
en mis axilas, qué dichoso el vuelo
de mi profunda mano sin cuidado.

Con pie descalzo en el ardiente suelo,
con música de hoy nada desdigo
de lo que fui: jacinto y asfódelo.

Luna de ayer me sirve de testigo.

SONETO INTUITIVO

Estoy en mi vivir como sabiendo
el destino de gentes y ciudades,
las hoscas gentes de mis soledades
que en mi secreto ayer van padeciendo.

Mi despojada sombra voy siguiendo
sobre números, puertas y ebriedades
de anaconda ceñida a las edades
inconsoladas de algo persistiendo.

Algo de mí que cruza, se atraviesa,
se vuelve silla azul, tacta el aroma
donde estuvo el color y hace la rosa.

La rosa de mis huesos que no cesa;
exacta, tumultuosa, prediciendo
algo de mí que besa a quien no besa.

LA PLAYA AZUL DE LA PERSONA MÍA

D. Luis de Góngora

Un armonioso bronce de alegría
caía de sus hombros victorioso
y se hundía en el mar al rumoroso
tinte de la frescura y de la umbría.

Umbría de la mar que desafía
las arrogantes islas con su brioso
rojo orquestal opuesto a un deleitoso
y extenso verde que de allí surgía.

Sobre la arena, por el agua sola
me interroga la faz de lo olvidado
y, en el país donde esto sucedía

quedó la recatada caracola.
Quedó también y allí me he demorado
"*la playa azul de la persona mía*".

A UN VENDEDOR DE OSTRAS

Tiniebla en llamaradas la cabeza,
el rostro pedigüeño y generoso;
mucho de la locura en leve esbozo
y con la imperfección de la belleza.

Algo de libre y súbita grandeza
trepando la color y el porte ocioso,
herencia y ritmos de un pasado ansioso
y con la imperfección de la belleza.

Yo me presiento más y más oscura
y a fuerza de humildad, madre dolida
frente al hijo indefenso y con destino.

No le señalo tiempos ni camino;
me basta ser trasfondo de agua pura,
de inmóvil soledad también herida.

ELLA ES LETRA INICIAL EN CADA MANO

Si las flautas recogen la dichosa
huella del colibrí; si del lamento
nacen cabellos de agua sigilosa
y rostros hondos que apacigua el viento;

si crece hasta tocar el pensamiento
el apretado cauce de la rosa
y cabe en las esquinas todo un lento
semblante y una frente silenciosa;

si la noche modula en el manzano
su redondez más libre y encendida:
allí la flor es oro taciturno;

dejadla con la gracia concedida.
Ella es letra inicial en cada mano
y pulso abierto del panal nocturno.

ELEGÍA A UN SAMÁN

Recuerdo cómo fuiste y dónde fuiste
mezcla de viento y cielo enfurecido
y entresoñado silabario triste.

Tu musical urdimbre de colmena
era a la niña tiempo desceñido
y monedero de la luna llena.

Hubo patio interior y barandales
que traspasaste libre y encendido
con tu amarilla venda de turpiales.

Hubo gente de amor y la hermosura
rescató tu silencio del urgido
memorizar de la simiente oscura.

A más tiempo se acorta la distancia
entre el hoy y un ayer como de olvido
construyendo tu noche y tu fragancia.

Tu fragancia, suavísima redoma
labidental como lo verde ha sido
y vaciados zureos de paloma.

Corteza abajo penetraste el suelo
húmedo, lentamente acontecido
por tu raíz avizorando cielo.

Aún después de ti mismo sigue alerta
tu inmensa sombra de ángel desvestido,
tu verano, tu lámina despierta,

tu enmarañado traje florecido
como el umbral de un aire que presiento
avergonzado, fiel, sobrevivido;

suerte de ausencia, copa en movimiento
cuando del cielo fuiste desprendido
esparciendo tu cálido argumento

de follaje quebrado, malherido
ya para siempre en alto pensamiento.

DÉCIMAS

Tanto la vida es en mí
que de vida moriré.
Vida es todo cuanto hallé
y vida lo que sufrí;
vida también lo que di
y al "muero porque no muero"
le opongo este humilde y fiero
"estoy" con peso y medida.
Ahora mismo palpo vida
en mi frontal prisionero.

Ser no es estar, pero siento
que estoy en cada latido
del instante que presido
con pulso de este momento;
ni me estorba el pensamiento
para verme y escucharme
y a pura sangre dejarme
frente al espejo y su luz:
estoy, y ser es la cruz
de saber y sonsacarme.

Lo concreto, actual, cercano
del hueso propio y segura

fe de estar sin quemadura
en la palma de la mano;
por eso toco el verano
del girasol que padece
sus amarillos y crece
hasta hacerme comprender
su sombra que he de beber
y el silencio que obedece.

El ser y el estar recibo
como afirmación violenta
de mi cuerpo, de su lenta
palidez de oro cautivo;
sin embargo sufro y vivo
de nuevo mi antiguo llanto
y, si me ofreciérais tanto
o más de lo que he deseado,
siempre un espejo llagado
os devolvería mi canto.

SONETO CINCUENTA

Definitivamente estoy despierta
en un claro de patria donde abrazo
mis dos casas terribles y rechazo
planchada luz de página desierta.

Digo y lo dicho me asegura el paso
que atraviese la rosa y la convierta
de creatura perenne y entreabierta
en ave fija de enlutado trazo;

digo como una planta que obedece
en sueños y en seguida restablece
bestia tupida, sorda, desligada,

inútilmente libre, enmarañada.
Sobre lo escrito, girasol o nada.
Sin embargo lo escrito permanece.

LIBRO DE LOS OFICIOS
(1975)
(SELECCIÓN)

La mujer tomó posesión de su sitio
sin que nadie le brindase acogida.
Como si en ella existiese, oscuramente,
el propósito de la no-renuncia.

Antonia Palacios, *Los insulares*

PIEDRA DE HABLA*

La poetisa cumple medida y riesgo de la piedra de habla.
Se comporta como a través de otras edades de otros litigios.
Ausculta el día y solo descubre la noche en el plumaje del otoño.
Irrumpe en la sala de las congregaciones vestida del más simple acto.
Se arrodilla con sus riquezas en la madriguera de la iguana…

Una vez todo listo regresa al lugar de origen. Lugar de improperios.
Se niegan sus aves sagradas, su cueva con poca luz, modo y rareza.
Cobardía y extraño arrojo frente a la edad y sus puntos de oro macizo.
La poetisa responde de cada fuego, de toda quimera, entrecejo, altura
que se repite en igual tristeza, en igual forcejeo por más sombra
por una poquita de más dulzura para el envejecido rango.

La poetisa ofrece sus águilas. Resplandece en sus aves de nube profunda.
Se hace dueña de las estaciones, las cuatro perras del buen y mal tiempo.
Se hace dueña de rocallas y peladeros escogidos con toda intención.
Clava una guacamaya donde ha de arrodillarse.
La poetisa cumple medida y riesgo de la piedra de habla.

* Ana Enriqueta Terán, *Libro de los oficios. Poemas 1967*, Caracas, Monte Ávila Editores (Col. Altazor), 1975, 76 p.

COMPROMISO CON LA ALEGRÍA

Cuánta dulzura para adrizar la noche, y este ramo de actinias
hacia piedras lamidas, de consolación;
piedras, fondeaderos de tiempo sur.
De mujer que atestigua vaivén de cefeidas
por entre relampagueos de mangles.
De mujer que ofrece cimófanas, clemátides
solo para restablecer, Islas, el compromiso con la alegría.

LA VISITA

Muy cerca, al nivel de los ojos las palabras
que sirven para el remiendo y contemplar candela y filo
y modo de ofrecer el tizón a la visita: hombre y mujer en el umbral.
HOMBRE Y MUJER SACANDO EL AVE DEL FONDO DEL AÑO.
Mostrando hojas de vidrio entre la puerta y los cobertores rojos.
Dejando en el suelo un charco de océano, mangle virutas dulces.
Hombre y mujer excluidos del tiempo,
entrelazados al vitral de la aurora.
Trayendo plantas anaranjadas y gruesas semillas puestas al sol.
Hombre y mujer acercando el mediodía a las casas.
Se contemplan los pies: desamparo y silencio de los visitantes,
piedra de estar, casa de estar, cafecito y alguna ropa
algún trapo de buena seda para disimular los trabajos,
para cubrir los rostros y alguna corona invisible.

CENA

A Ernesto Guevara

Se trae pan, sal, otras cosas gratas a vuestra lejanía.
Se extienden manteles blancos hacia el lado de los jóvenes.
Antes limpiaron la mesa, muy limpia, muy limpia.
Se ponen cubiertos que alguna vez fueron de plata.
Alguien se acerca con pobreza, dignidad. Con mucha juventud.
Se piensa en su timidez: estrecho modo de dar cuentas en el recuerdo.
Se piensa en los trajes que limitaron un bello porte sin arrogancia,
en los gestos de quien anduvo entre montañas oprimido por la lealtad,
que anduvo entre islas aclamado por aves de sobrevuelo dorado.
Se usan servilletas con las iniciales del océano en este verano
que soporta el año y la foto donde yace terrible y solo
y dispuesto para el despliegue del caballo
en el resplandor de los MITOS.

EL NOMBRE

Como quien escribe una oración y pide en la oración mucha humildad
y un extenso aliento para resistir brillo y cercanía de la PALABRA.
Es mi oficio y la frase resulta de arena negra con pespuntes de oro.
Y pide en la oración mucha obediencia y la aceptación del nombre.
No la firma, sino el nombre completo en los calveros de poema:
ANA TERÁN.
ANA TERÁN MADRID.
ANA ENRIQUETA TERÁN.
Me gusta este nombre. Esta soledad y raro artificio que se desprende
de mí hacia la profecía. Que es yo misma recorriendo las islas,
el espacio comprendido entre mi desamparo y las escamas, anillos
y mordeduras del CLIMA.

SE ALABA ESTA CASA

Se alaba esta casa plena de recursos seculares: se hace el pan.
Se hacen manteles, sábanas. La mesa servida. Se ocultan fechas,
malas horas, ciertas plantas, ciertas plantas. Pesadumbre:
fogón con rescoldos de días anteriores, banderas, banderas.
Se ausculta el cielo, hombres que conversan debajo de los árboles,
se tiñen las botas del primogénito con jugos de acanto.
Se alaba esta casa visitada por la humildad
Y CORONADA DE BUENOS DESEOS.

LAS CULEBRAS DEL REINO

Estas son las culebras del reino. Las grandes damas que hacen mandados.
Señoras delicadas y muy libres hacia las ceremonias futuras.
Las damas que amanecen con nuevos nombres unidos al tabaco verde;
que agitan huesos de ídolos y se encuevan en sus palacios de oro,
—"Queremos agujas, hilo, tela blanca. Cenizas para el despido y la luz".
¡Oh! las damas, viejas damas que hacen mandados.
ESTAS SON LAS CULEBRAS DEL REINO.

SACRIFICIO

La caparazón del sacrificio: guisar el ave entre colores
sobre diversas capas de tiempo, nombre y presencia de ríos.
Estar en casa: ropa suelta, calzado puro de los que salen,
lugar para extender lienzos libres, linos, lilailas.
Lugar donde la mujer asoma rostro y pañuelo de otro fuego
a través del santo, sus acomodos, hollines, maneras de cumplir.
Santo de palo desde lo alto del humo, negro él mismo.
Negro, mutilado y presidiendo el parto.

LA POETISA CUENTA HASTA CIEN Y SE RETIRA

La poetisa recoge hierba de entretiempo,
pan viejo, ceniza especial de cuchillo;
hierbas para el suceso y las iniciaciones.
Le gusta acaso la herencia que asumen los fuertes,
el grupo estudioso, libre de mano y cerrado de corazón.
Quién, él o ella, juramentados, destinados al futuro.
Hijos de perra clamando tan dulcemente por el verbo,
implorando cómo llegar a la santa a su lenguaje de neblina.
Anoche hubo piedras en la espalda de una nación,
carbón mucho frotado en mejillas de aldea lejana.
Pero después dieron las gracias, juntaron, desmintieron,
retiraron junio y julio para el hambre. Que hubiese hambre.
La niña buena cuenta hasta cien y se retira.
La niña mala cuenta hasta cien y se retira.
La poetisa cuenta hasta cien y se retira.

ZAZÁRIDA

Zazárida es una ciudad frecuentada por el llanto.
Ciudad con estatura y manejos de sueño.
Ciudad como águila, un instante, amortajada en lo profundo.
Ciudad con perros agudos meando el aire y trágicas pertenencias:
la historia como sartas de coral sobre el balanceo de los viajes.
Un poco también humildad, párpados de nación muy poco amada.
Y también nuevo deleite para las grande señoras negras,
especialmente para la vieja dama negra de mi amistad,
que pespuntea colinas con su báculo de regio araguaney,
escenificando viejos tratos, restituciones, lóbregos sucesos.
Zazárida, ciudad de habla mayor difícilmente nuestra
en su oficio de FUTURO.

COMEDOR DE EFIGIES

Antiguo homenaje, ¡oh! cortesía, buena forma de inscribirse y no protestar,
abrirse paso no lastimando, ni destrozar lenguaje, ni poquitos de madera,
porque han de llegar vestidos a usanza anterior, muy llenos de ofensas,
clasificando espuelas, rabias menores, algún vestigio de nave secreta,
clasificando joyas como labios en la tersura del drama. Aquí se apoyan.
Aquí, junto a porcelanas familiares los muy jóvenes. Casi un niño
aquel que responde a vida anterior y recobra punto y habla
y buenas, dulces maneras de un verdadero comedor de efigies.

TERCER INTENTO DE CASA MATERNA

Tercera medida, tercera entrega y tiempo para conseguir la casa.
Su plumaje que cubre el mes, que ensombrece muslo y cadera del año,
buen plumaje y entrecejo de amanecer cuando se fueron.
Recomendaciones: "Usted, isla; usted, mangle; usted, reina macaurel,
muy despacio y siempre con el girasol a la diestra".
Recomendaciones: "Usted, isla; usted, mangle; usted, reina macaurel".
Y ella que revisa todo, que zurce las roturas del cielo,
los desperfectos de la iguana y avanza muy despacio
por entre cortinajes de cera virgen claveteados en el otoño.

Tercer tiempo, tercera salida de las páginas
espantando el caballo blanco, orillando huesos de nube
brazos abiertos para no caerse. Y se distribuye el tiempo.
Se hacen paquetes y se colocan en los comercios humildes.
De tres en tres la tela, de tres en tres los metros de tela
con dibujos en el vientre, con labrantíos estampados sobre los muslos.

Por tercera vez (tercer intento de casa materna) se avanza, se avanza,
buscando quedarse, hacer fuego, quitar hollines de tiempo anterior,
reducir la flor al tamaño de lo eterno. Empeño solitario:
USAR EL ESPEJO PARA ENCERRAR EL ÁGUILA. ¡Oh! rosa de tinieblas
parada en la imagen del sueño.

MÚSICA CON PIE DE SALMO
(1985)
(SELECCIÓN)

MÚSICA CON PIE DE SALMO*

Distante bella lobezna desprendida de los bosques;
inmensa y sombría como el descenso de las águilas
en la soledad de los salmos;
guardadora de verdades y máscaras opuestas
al rostro común señalado de infinito;
sensorial y eterna como el paso de las razas
sobre la brillantez oscura de las piedras;
miserable y a veces púdica
cuando la adolescencia razona el otoño
frente a las naciones fugitivas;
indestructible y casi perfecta
donde el hombre eleva sus ramos fúnebres
sus tazas ojerosas definitivamente castas,
donde los que se amaron ilustran la avenida de cada recuerdo,
de cada estación construyendo su casa fresca,
oscura en las riberas del poniente.
Inacabada espléndida mía que ordena y fija sus aves
en las sagradas visiones, que azuza enormes ligeras flores
contra la locura, su implacable vigilia,
que anda en sueños como la primavera en las alturas de la patria,
que hace oscura la fragancia del mar

* Ana Enriqueta Terán, *Música con pie de salmo*, Ramón Palomares; present., Mérida, Venezuela, Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1985, 85 p.

de la noche sobre el reposo de los hartos.
Esta es tu casa tu fogón de hierba húmeda
sobre las brasas de mi carne,
tu casa aún no mancillada por la gloria.
Roe pues tu creencia, tu madero interno,
tu sobriedad y antiguo paño sobre el relampagueo de mis huesos
y deja que irrumpa una vez más tu girasol
para regresar a mi rostro
para develar y bruñir aún más la puerta sombría de mis actos,
la sagacidad de los mármoles espaciados en el futuro.
Inacabada espléndida mía que anda en sueños
como la primavera en las alturas de la patria.

SALUDABLE VISIÓN DE ESTE LADO OSCURO

Es la hija del platero
trae mensajes de los dioses
y ofrenda a ningún dios.

Reconocidos sombra y porte de águila
ceniza, pan en las alforjas salobres,
circunstancia y nueva de futuros éxodos.

Recios merecimientos
como harapos de otoño
sobre su erguida tiniebla.

Es la hija del platero, sus tramos de especias dulces,
sus joyas esenciales olorosas a continentes inmersos,
a doncella de ubres metálicas y cabellera de herrumbre.

Ella será en la noche
lo que es el girasol
en el recinto de los libres.

Hará memoria de reinos y heredades primigenias.
Calzada con lenguas vivas tomará para sí
las anunciaciones y los símbolos. Es la hija del platero.
Saludable visión de este lado oscuro.

LOS SUEÑOS

II

Esta vez, hicimos el trecho con máscaras ajustadas
a la más pura delicia, al más puro, solitario ademán
de la doncella y su costumbre de planta enlutada.
Alguien de rodillas
                imitando
                un girasol.
Polifónica abundancia; rítmico ascenso:
el mar con sus millares de sexos azules,
el mar por debajo de la piel del agua.
Esta vez escuchamos los más extraños colores.
Los perfumes
                entraban
                por los ojos.
Los perfumes olían a música y cabeceos de selva,
a pianos muy jóvenes sobre la desnudez de las islas.
Entonces por qué volver el rostro y acurrucarse de nuevo
en la cegadora, despiadada vigilia.

IX

San Marcos:
Capítulo 14.
Versículos 51 y 52

En manos de ellos la vergüenza, el destino inconcluso.
Él huyó desnudo. Vívida tangente,
sesgo expresado y súbito
entre formas y vocablos eternos.
Alguna luz, alguna nación expresamente de rodillas.
Un solo Adiós: el último, solitario ademán.
Mano espacial y en alto para siempre.

XI

El joyero dormía cuando la octava niña retiró el anillo de bronce.
Ambos caballos buscaban jinete alrededor de la plaza;
otro caballo se alimentaba de crines bajo el árbol central.
Yo vaciaba mariposas negras para el extenso manto.
El caballero aceptó la espada y el perro ofrecidos por mí.
A no ser por la noche y mi propio canto hubiese quedado ciega.
Mi madre me llamó desde un balcón del sur.
Yo regresé con el pelo húmedo y los zapatos en la mano.

XIII

Alguna vez estaré en la ventana desconocida y seré la hija.
Pasará el acróbata largamente vestido de uno a otro cascabel;
de uno a otro cascabel cerrada de negro llevaré mi llanto.
La niña estará siempre en la montaña de muslos azules.
(Rescatad la Nación,
hacedle casa,
de su vientre han nacido los pájaros
también la destrucción que llega a las altas mandíbulas).
Haré la ronda con los niños tatuados: esa es mi espalda;
pasará el hombre impulsado por su propia jauría: ese es mi rostro.
Allí donde su cabellera le dé muerte será la cita.

IREMOS.

SOMOS PRIMOS

—"Somos primos", –nos dice el bello loco
emergiendo de sus catedrales azules
de antiguos diálogos como señales en la niebla.
¡Ay! El desperezo de la noche en las galleras abandonadas.
El sombrío galope de los vencidos caballeros.
La confidencia de las ancianas vírgenes:

—"Nos entregaron polainas y espuelas de oro".

POEMA ANTERIOR

La envidia
esa doncella castamente llagada
me conduce y destierra.
Y miro a todo ver el cervatillo ovalado y distante.
Miro los huevos pesados de la fecunda, la estática.
La que no indaga en lenguas porque reduce, estracta,
hace redondo, crea de lo dado. La envidia
esa doncella castamente llagada.

RECADOS AL HERMANO MAYOR

A Luis Daniel Terán

I

Los enlutados
que sonríen y pasan
dicen adiós con manos dobles.
Se apoyan en la frase del viejo prestigio familiar.
Para no avergonzarse, para no avergonzarse.
Pero se discute, se recuerda.
Hermanas mías, qué bellas fuimos.
Aún son bellas nuestras sombras.

LAS ÁGUILAS

El águila
su espléndida costumbre
de sombra absoluta.
La original la nutricia sobre el cielo de los éxodos.
La que respira en las islas amadas.
El águila cerrada del corazón.
El águila abierta y consumada
en el entrecejo de la patria.
Y aquella fija y muy distante, pura miseria
que intuye bordes de Dios, harapos míos y de Dios
y eso TAN LIBRE Y SOLITARIO que se expande en la noche.

QUEJA Y NOSTALGIA DEL PROPIO CANTO

El mar respira hondo en la casa abandonada.
Nuestra infancia alma mía
como el aroma
de una provincia desnuda.
Tan lunes y mi perro al relieve frente a tinajas lúgubres.
¡Oh! la solemne despedida el confuso adiós de lo que permanece.
Sin embargo
echo de menos otra nave
otros mares con pestañas de música.
El mar sobre esta playa abre y cierra sus abanicos eternos.
Él hunde su constancia en los muslos taciturnos.
Descubre en las axilas de la patria
algún olor de ciudad entrañable.
Deja a otros la queja múltiple: el águila ese hecho celeste
para humillación del torso desnudo. El mar respira hondo
en la casa abandonada. Crea sin regocijo nuevas formas
de silencio para el espectro nupcial que fluye y refluye
en el mármol sin belleza. El mar y yo alma mía
desconocemos este canto
esta bandera
inobjetable en su ritmo
alabada en su inmóvil libertad que a su vez desconoce
la involuntaria reverencia del jorobado al can del prostíbulo.
Más aún: vaciados en yeso los ojos de la prostituta ciega.

Y la paralizante lucidez de esta mar
de este fuego siniestro
en la palma de la mano.

COMPROBACIÓN INAUDITA

Entonces, revelación o codicia, estuvo entre vosotros
levemente inclinada bajo el peso de sus collares oscuros;
revestida de memorias y costumbres florales
según la primera y más bella patria que se desprende del verano.

Entonces, contribución o logrado sueño, anduvo entre vosotros
extraña y silábica como un árbol único
advertida y coincidencial en los asuntos de la hartura
salvo Dios, la privación de Dios: antigua sed,
circunstancia eterna empañando la sencillez de los astros.

Entonces os asustaron sus bellas liebres grises,
sus aproximaciones de piedra que mejor siente,
sus análisis de bestia mayor, cósmica,
su inocencia de mujer que se peina
que hace música del fondo al final de sus cabellos.

Entonces la dejásteis partir
olvidando su intolerable extensión verbal
su pávido lunes. ¡Oh lunes diario!:
casa, comida y ropa limpia para el hombre,
el innumerable que construye su propio Dios
con su inmóvil, crucificada sombra
sobre las estaciones errabundas.

Sin embargo es ella quien restituye vuestras semblanzas,
cuenta vuestros días
y volverá a sus principios de árbol radiante fechado en la noche.

POEMA DIDÁCTICO

Cuánto daría por ser esta, mi reina;
mi reina negra e inexpresada frente a palacios móviles.
Doncella negra besadora de lámparas.
Matriz sin mezcla para el color de la nueva grandeza.
Nodriza desnuda del más perfecto.
Alumna del hombre consagrado a la imagen
de un dios jubiloso.
Negra dulce y desmemoriada empujada por el viento.
Enhebradora de cocuyos para la enamorada nocturna.
Bordadora de girasoles en el éxtasis de los cantantes.
Muchacha ligera por entre maderos oscuros.
Muchacha olorosa a mazo de llaves
destilando agua de lluvia.
Joven negra que huye hacia un fondo de jirafas.
Mujer con nombre de estación
que arrastra
su manto de semillas sombrías.
Cuánto daría por ser ésta, mi reina,
Mi reina negra, semejante a la noche
cuando la primavera se adhiere a la estatura de la Patria.

ANA HERMANA MÍA

Ana, hermana mía, algún anillo y esa cadena de concesiones oscuras.
Aceptaron los exvotos de la extranjera: hiena, tablillas de oro.
Caballero, se alaban, se reconstruyen sus manos en la más alta memoria.
Rosa hija mía y la poquita de ceniza el pan mordido
                las tres gotas de cera.
Levantaron cercos de fuego entre la desposada y su antiguo orgullo.
Alzaron espadas entre el deseo y su nocturna semejanza.
Ana, hermana mía, no ves a nadie en la égloga de florido espinazo
que conduce la noble por los desiertos y las páginas.
Caballero para qué devolverse girar sobre documentos
de haciendas perdidas, encuadernaciones, y lujosos signos.
Representáis acaso el silencio, vigilia, de malhechores y santos.
Sois el escuchador que define vuelos, pisadas de talle oscuro
lámparas, ritmo de bahías olorosas a estrellas fugaces
a botellones de limpia mirada verde
                vaciados en la garganta de la noche.
Rosa, hija mía, alguna sed, algo que se desprenda y avance
del fondo de los palacios, fondo mismo de nuestras catedrales
con huesos de humo y carnadura de piedra.
Ana, hermana mía, también con hambre con habla y raros sueños
                como una gran bestia humillada.

FRISO Y ANATEMA DE LA SUPLICANTE

Dificultáis ensordecéis mi gozo ¡oh! columnas.
El animal repasa su pan come su pan sin otro abismo.
El hombre a ratos interfiere en su hueso central único
confiesa partículas intemperies nieves absolutas.
Pero nunca he tenido tablas de salvación
nunca he tenido puentes para llegar o partir
el estallido sí el estallido sin lucidez adentro.
A veces la palabra incorpora persigue
otras la luz persigue incorpora un pelícano ardiente.
Palabra: aceite, noche manando tropa de bisotes:
pozo negro rebasando los muslos.
A mí, solo me dieron las estatuas
me negaron el yo empuñado en las tardes de multitud
me dieron una túnica orlada de becerros de oro
no creí en los becerros suntuosos
el miedo apenas erizó mis costillas
sepulté viernes santos en sagrados vasos de ámbar
en colinas de tiempo en tiempo sangrantes.
Pero quién asesinó los ángeles. La culpa mía es otra.
Voy detrás del cortejo recogiendo guardando lo que cae.
Olvidé morder ante los innumerables castillos de naipes.
¡Ah! mis perros dolidos y los otros
                ya no sabemos más.
Nos refugiamos en la propia orilla desvalida

en la mínima sombra de la estatua
la estatua en sí es otro rumbo, crece de noche, crece crece arriba.
No me quejo no os pido el arpa ni los números
ni contribución ni dádiva infinita.
Eso sí velad por lo poco y por lo mucho
no olvidéis que yo tengo inmensos cementerios de cal viva y sedienta.

UNA ISLA

Recuerdo una isla fundada sobre acordeones marinos.
Necesaria a los días de mi abundancia.
Lejana, silenciosamente construida como toda ave en reposo.
Una isla con pechos heráldicos, ojerosa y con huesos azules
como una bandera que insiste en la noche.
Recuerdo una culebra justo abandonando su antigua piel
quedando en seda, en marcha ritual, en pura lazada y místico impulso
hacia mi isla, mi coronada y siempre lúcida
como esa voz que nos alerta en el sueño.

PREGUNTAS Y LEGADO FINAL

Con humildad, creyendo, hablando de la rosa y su levitado sarcasmo.
Quién despojada de méritos frente a impávidos dioses.
Nunca ella hito de tiempo, señal de algo en la suprema expansión.
Siempre cercado íntimo niebla que se deshace en regazos de ángel.
Ritmo, bostezo genésico al margen de las catedrales y los himnos.
Jamás corroborada en atrios ni en torno de injustas hogueras.
Solo medida, rasero unánime para su sed estatuaria.
Me quejo o justifico manos puras, silla pura a la intemperie
o distancia de águila como anuncio de enrarecidas visiones.
Me quejo o justifico aplauso, alabanzas, místico ensueño de guerreros y
[santos.
Huiré del espejo inconsolado donde se mira la hembra sin reino
sin lenguaje, sin aves de estirpe dulce y huellas solemnes.
Rosa, hija mía, este mi legado, mi crueldad,
mi comportamiento de bella ciega
frente a los súbitos palacios que se desprenden de la noche.

CASA DE HABLAS
(1991)
(SELECCIÓN)

LIBRO EN CIFRA NUEVA PARA ALABANZA Y CONFESIÓN DE ISLAS [1967-1975]*

PLUMAJES DE AGOBIO

Con la memoria en forma amplia hacia el último y lo que sueña,
lo que reviste de alientos la veste pura del último y lo que sueña,
así desquicia costumbres, rayaduras y buenos gestos,
planta espinosa con resonancias en antigua señal,
viejo, profundo signo bajo plumajes de agobio.
Con la memoria puesta en casas de rechazo
alejadas de cuanto sueña en lugarejos de tierra viva,
asentadas en blanco puro como la espera en balcones del Sur.
Casas ligeras por entre pocillos de bruma.

ASÍ LA MEMORIA.

* Ana Enriqueta Terán, *Casa de hablas. Obra poética 1946-1989*, José Napoleón Oropeza; comp., pról. y cronol., Caracas, Monte Ávila Editores (Col. Altazor), 1991, 274 p.

CIRCUNSTANCIAS DEL NOMBRE

La joven construye su casa con dedicatorias, hojarascas y marejadas de
[otoño.
Construye su casa nombrando renglones dulces, experiencias de hilo muy
[fino
torcido sobre el muslo, hilo y mano, figura entera en el umbral,
figura que recuerda cuanto esperó, cuantas lluvias, techos de lluvia sobre
[el desamparo.
Nombrando piedras, unas de intento: hacer llover otras de sombra:
[piedras de suerte
que no alzaron previendo lazos, ataduras a nuevos gestos; piedras quedadas
hundidas en trechos para descansos, puesto de estar
siguiendo rojos, sajaduras, viejos maltratos… Pero no vieron
no levantaron peso, textura única dentro de la hornacina y circunstancia
[del nombre.

LABIADOS DE FUEGO

Para Argimiro Gabaldón

Existen, no desguazando rabias, ni tan hermosos, ni siquiera labrados en
[metal puro.
Fijan papeles sobre roturas de hambre centrada en proyectos y dádivas.
Nadie recibe, nadie toma plumajes de alto respaldo humedecidos de luz
[futura.
Otro resguarda fechas para ser desplegadas sobre arboledas felices.
Alguien descifra paños, escoge madero como sabiendo hora y atavío final.
Existen, labiados de fuego, impuestas las manos sobre algunos de más
[extenso sacrificio
que obedecieron y se mancharon, luego temidos por su corona de
[iniquidad
sus diademas de monte, sus tobillos librados al más pavoroso regreso.

PEDIMENTOS DE NIEBLA

Para Antonia Palacios

Una y otra primeras en gracia. Una establecida en un primer canto.
Otra afincada en rocas y pedimento de niebla.
Ambas adheridas a labia final sin atender vaivén y acoso de lengua
[extranjera,
sin apartar lugar y tiempo para el cabello, su cuido
su relativa verdad que señala lo invisible,
que da una idea de cuatro pinos en aire anterior donde estuvo el guerrero,
su afortunado comienzo.
Una y otra justificando adarces, provincias como flores instruidas a la
[intemperie.
Provincias sumadas al manoteo de la luz frente a la joven, sus cartillas
[doradas,
su casa de tres altos para alusión de nombres expresamente negados.
¡Oh! transitoria elección que no significa ocio sino brillo, aseo de rostro
para el oficio y culta escogencia.

PERSONAS Y ROPAS CLARAS

Se distingue entre todas. Casa del alma.
Casa bermeja revolando en lo oscuro, lanzando retos
sopesando odios: la rabia grande y burladeros de la dicha.
Casa de pasos resguardada por alientos del Sur. Ama el Sur.
Escoge trapos de lustre para inicio y doblaje de nuevos usos,
nuevas hablas acodadas en ventanales de bruma. Casa de hablas.
Casa con latigazos de monte en piso y risas
como puntos de eternidad entre personas y ropas claras.
Casa y plantaje de dureza. Último modo para lo permanente y exacto.

MEDICIONES

Desdice de quién se apoya en columnatas de ceniza y mediciones de arena
[sur.
Obedece ciudades por no maldecir ni quejarse ni enhebrar agujas con otro
[signo, otra hartura.
Escoge lo más fino del lado opuesto, que respire semejante a buen trecho
[de luz.
Todo para ennegrecer lo escrito: torre, ciudad oscurecida en cuanto
[piedra
casi labrada. Ciudad con amarres y soltura de piso como en el sueño
o siseo de personaje que forcejea por una más clara medición, un más puro
[deslinde,
especie de raya viva muy cerca del porte, enmarcando porte y sucesos en
[día y hora.

FRENTE RATIFICADA EN LO OSCURO

Quién admite dichos conforme a modos o tiempos más lúcidos
a pesar de resentimientos, tramas, viejos modos de ensalzar,
de herir con ramajes perfumados rostro y moderna altura.
Quién sobrelleva entusiasmos, ceremonias ha tiempo muertas,
revisiones, piedras de algarabía para enjugarse mejor,
secar rabias, fingimientos en torno a familias desposadas con la locura.
Nadie con piso donde afirmar decencia ni frente ratificada en lo oscuro.

DESPEJES INTERIORES

Aquí gobiernan la soledad y la paciencia hacia despejos interiores.
Se ocultan retos, compromisos libremente escogidos.
Se aligera la suerte con ramajes de vuelo puro.
Dice: "os damos pequeños objetos que desconciertan el ánimo,
esferas y rodajas ennegrecidas por lejanía de gente joven,
techos futuros a lomo de ángel según lectura de augures,
pequeños objetos empujados con pie de seda hacia lo firme y venturoso".
Pero también gobiernan desgano y pesadumbre como en tiempos de
[desprecio.

SUCESIVOS ENCANTAMIENTOS

Convierte caídas en descensos de nobles desesperados propósitos.
Invita a seres que no han sido alabados. SERES QUE NO HAN SIDO
[ALABADOS.
Consulta piedras, aves sabiendo que mienten, oyendo claro cuando han
[de caer
cómo y dónde el descenso de raso muy bien aireado,
de cuello que no se destruye a pesar de intemperies y sucesivos
[encantamientos.
A pesar del que pasa distribuyendo cosas salidas del fondo,
escurridas al pie de árboles libres: samanes, jabillos y la ardiente júbara;
guardadas luego en cuevas donde estuvieron y asaron bestezuelas
con leños duros de buenas brasa. LEÑOS DUROS DE BUENA BRASA.
Ella repasa guiones para altura de los recios del día.
Afila rostros, oficios nocturnos, sube gradas para final de hondo respiro,
llegada y vuelta a salir en compañía de jóvenes coronados de mirto negro.

HUIDA RETÓRICA

Palabra en desuso cerca del rostro y cómo daña: Alma mía, alma mía.
Orilla libre para resolver huida entre sotas, reyes de bastos…
Huida retórica.
Campo de sueño no queriendo dejar a pesar de irse. Dejar trajes
ni siquiera paz.
Puños sucios que estrujaron hasta romperlos; traje de infancia también
[roto.
Sumido en follajes muy superior a rojos o impedimentos de niebla,
a redondeos de pulso como trecho o señal en espera de un nuevo signo.

INCLINACIÓN O SALUDO LEVE

Despejaron signos, utilizaron colores dispuestos en orden mítico.
Visible el juego; notorios ocasión y desgarre con saldo de caseríos
y vuelos mudos.
Confuso diseño, mano de antiguo ajuste recibiendo con solo palabra
sin más papel o testigo que apacigüe salida, inclinación o saludo leve.
Dejando atrás propia figura, engarces de humo, alma y lozanía principales
en homenaje a quien se describe como rama de esplendidez
sobre la presencia sagrada.

AVANCE EN LO OSCURO

Sin llorar ni quejarse, perdiendo puntos en el extrañísimo juego.
Oyendo propia habla que empuja, destruye florecillas de agobio.
Acusa y luego se arrastra para disfrute de nuevo avance
sin cuadernos, real puramente vacíos. También sombra,
avance en lo oscuro para entregar carta, dulce despego,
olvidar costumbre, techo mejor, camas, armarios, valsecitos de aquella gente,
pasiones y rangos de aquella gente,
mientras el niño vuela su papagayo dorado.

PERSONAJE ORILLADO DE TINTA NEGRA

Lleva consigo indecisiones, remoloneos de quién debe irse trepando agostos, luciendo junios de poco o ningún aprecio para la del sueño, los delirios, a quién dieron llaves, telas de viento, una que otra memoria y ella cumplió.
Hizo trizas quincenas, años, desguazos de años en cuentas muy bien llevadas usando escritos con personaje orillado de tinta negra
enmarcado en tiempo libre, costumbres y voceríos,
en suciedad proclamada según la belleza, según costos, burladeros y farsas
[de la belleza.
Distintos, diferentes miedos: de pasos, de hocico, de perneras que tiemblan
[en el avance.
Miedo puro de animal hembra frente a engaños y desolados propósitos.

ALTURA CONFORME AL AIRE

Gente bajo los árboles: columnatas de respiración y neblina.
Son los enmacollados del gesto, los que fueron puros y ahora resplandecen.
Órdenes: obedeced mareas, espacios libres para alimento, decisión de
[pulso.
Color seco en telas de doble faz ganosas de sobresalto y enojo.
Asisten, conocen virajes agrarios, semestres de orillo duro, fuegos,
quemazones en torno al muslo, texto de buenas maneras en mes propicio
solo para aumentar figura, desproporción, soledad, esbozo violento
solo para acallar cuanto de héroe ciñe piernas y altura conforme al aire.

DELICADEZAS DEL NOMBRE

Qué representa, a quién sustituye o lanza a mitad de sala
entre joyas, tapices, perrillos eternos.
De ahí pasaría a tramos de gesta, sujeto a cambios y delicadezas de
[nombre.
Qué deshace, raja de punta a punta, olvida como tirado en una calle
[singular;
una calle que a veces ama y les esconde como en la cartilla de los sueños.
A quién recibe qué devuelve a orillas de un río que suena en la memoria.
Alguien pregunta, mientras la reina pone sus huevos en nidos de
[lapislázuli.
Grandes nidos de lapislázuli.

CONTAJE FINAL

Hundidos rostro y palmas con miras a plumaje mayor.
Fino el paso y balanceos de niebla en telas o fijezas de centros,
de tramo que aplasta el verbo, su cresta hembra sobrellevada en lo oscuro.
Acopio de cifras para el descarte: Una reciente,
excesiva calma en el contaje final.

XI

Tablas lavadas que la mar olvida
y alguna vez recoge para luego
dejar cerca del alma como ciego
resplandor acerado en la medida

que la materia deja de ser vida
y se vuelve de raso con sosiego
de ceniza cayendo en manso riego
sobre una luz humilde y extendida.

Luz que ciñe el espacio sin adrede
distorsión; luz perfecta, no centrada
por ave, nube o corazón disperso.

No llevar, no tener, y el mar no cede
su derecho de unir isla sagrada
al madero lavado de algún verso.

XVI

Se escribe y la escritura desenreda
madejas de lujosa semejanza;
barco que nunca llega y siempre alcanza
la medida del hambre y no conceda

puño de sombra a la reciente seda
del bolsillo; la seda a semejanza
de piso bien lustrado y alabanza
de quien debe sembrarse y no se queda.

Y no se borra del mural de viento
donde la confusión teje y desteje
al parecer un válido argumento.

Detenerse, buscarse algún despeje,
algo que abrigue o solo un pensamiento
que desguace la rosa o que la deje.

XVII

Cuánto de piedra memoriza el paso
de quien se sabe huésped de la piedra,
de quien escoge línea que no medra
en excesiva luz ni oscuro trazo.

De quien recibe misterioso abrazo
de futuro y el hoy ya no le arredra,
pues ha dejado condición de hiedra
para ser porvenir de piedra al raso.

Se describe el tablero, se describe
como figura en espiral o cierto
cuadrado que traspasa papel fino.

Cuadrado cuyo fondo, el desatino
hace aún más lejano y desconcierto
de piedra que en la mano se recibe.

XIX

Los moradores lanzan sus escritos
sobre pueblos, aldeas y ciudades.
Los moradores llevan sus crueldades
a destrozar la sombra de los mitos.

A ras de piso como en anteriores
hazañas y silbidos infinitos.
Documentos y pliegos manuscritos
a ras de piso por los corredores.

En la vigilia donde desempeña
el verbo amar su cometido puro,
los moradores hablan con alguna

muy precisa, buscando la reseña
de lo inaudito, hablando con alguna
que deslinda lo claro de lo obscuro.

XXI

No dónde querer ir. Tampoco unirse
a silla secular que se enajena
en pozas separadas como buena
sala de los mayores y decirse:

"Vienen con ramos" y después lucirse
con tanto mimo para luego llena
de mazucos sagrados y serena
cumbre de pasos, no querer rendirse.

Dejar campanas donde no hubo sueños.
Ni ¡adónde rosa! ni ¡hasta aquí, amaranto!
ni sin color o sí color la saña.

Se mueven se desatan los empeños
hacia un solo lugar. De tanto en tanto
llega el plumoso aroma de la caña.

XXIV
OBJETOS Y RODAJES DE ORACIÓN

Aquí gobierna la paciencia y cierta
avidez que atestigua la premura
del crecimiento, mínima dulzura
alargada en el tono de la oferta.

La voz rodea muros y desierta
ciudad para llegarse hasta la altura
necesaria y saber cuánto perdura
lo escrito y abisal en foja abierta

que se ofrece, reclama sin desdoro
los pequeños objetos y rodajas
de oración, como ritmo y lejanía.

Sonido y pauta con ribetes de oro
para escribir la música y migajas
de compasión en tiempos de agonía.

XXV

Una chenchena en el Suapure río
sombría y recamada desde el vuelo
hasta el tazón de oscuro terciopelo
que devuelve la imagen del vacío.

Amontonado verde en el bajío;
tronco vivo que aviva mi recelo:
caimán de niebla hueca tras un velo
de indiferencia y abisal hastío.

Todo se mueve, pasa, queda afuera
de la estación, del año, del momento;
todo se aparta sin dañar la hora,

del alto, enamorado pensamiento.
Todo se restituye de manera
que el río pasa sin tocar el viento.

XXVII
PRIMERA LLUVIA

Hacienda Peraza Viernes Santo del 61

Tierra anterior de sed y llamarada
que ofrece el rostro ansioso a la caricia
vertical de la lluvia, con delicia
de bestia núbil, limpia y enarcada.

Surge el instante libre y la mirada
de quien por ella tuvo sed y oficia,
el arte secular de hacer propicia
la errante nube, en la pradera amada.

Escuchar, escuchar como recibe
el gran rumor de ser y se convierte
en secreta punzada de semillas;

en estación, por joven, que concibe
y perfuma de oscuras maravillas
el inaudible paso de la muerte.

XXIX

Es un charco de sombra y en la cara
aire cruzaba almenas y cercados;
aire dejaba títulos morados
como si alguno en sueños se alejara.

Patria se enarca y lúcida se para
en sequías de Coro y arrancados
árboles que hemos visto arracimados
y a labores de viento dando cara.

Y a lo que fue y ha sido lo primero:
admirar equilibrio y mordedura
de verbo sin llegar; menos partida.

Verbo como de plomo en la bajura
del silábico modo que hace vida
en medio-tono gris del uno al cero.

XXXIV
LOS ÚNICOS REVISAN LAS ALDABAS

Los únicos revisan las aldabas
ponen candados donde viento hubo
paso a paso descubren donde estuvo
por no desmerecer el "dónde estabas".

Cada vez en la puerta demorabas
y más de un gran silencio te contuvo;
blanco y un poco rojo se detuvo
en umbrales de sueño y letras bravas.

Los únicos, las vallas, los sonidos
midiendo espaldas, hombros y gargantas
de pulso a pulso sin rigor ni miedo

y te pegas a cañas que son tantas
como dulzura en pegajoso enredo
de pie que nutre pasos y latidos.

Jajó 19/5/87

XXXVI

Las respuestas oscilan en un vano
asentir y la mano se dibuja
en la pared donde lo blanco empuja
y resuelve brilleces de verano.

Mucho le atañe afuera, con desgano,
pero aún así la flor se desdibuja
en estirada tela que repuja
aguja estable en inestable mano.

Acaso letras en arcano arribo
señalan arcos, rombos, animales
dulces al tacto como florecías

de espeso modo en ejemplar cultivo.
Abundancia de tintas y elegías
con hondo trecho de saberse vivo.

OTROS SONETOS A LA ROSA

IV

Escogida la rosa solo queda
hablar del aire y apagar el fuego
de lo vivido, singular sosiego
y en mostradores, desdoblar la seda.

Sedas de infancia que al silencio entrego,
paños de humo que la noche enreda;
y noches de ella donde no se exceda
al desgarrar las sábanas del ruego.

Estoy y soy como final de río
no libre pero en ancha fortaleza
empujando la luz hacia lo oscuro.

Me lleno de fealdad y de belleza
y ya no temo el impasible muro
hecho de sombra, soledad y frío.

VI

Los ánimos rompieron la cortina
y destrozaron tiempo y lejanía.
Luz sobre luz y el alma no se fía
de la forma del viento en la colina.

Los ánimos extienden la resina
sobre mesas de pánico y sequía.
El ave se desprende de la umbría
y lanza pliegos en la sombra fina.

La libertad espera tras un muro
de actos cumplidos donde el mar no llega.
Océano profundo y distraído.

Agua cuajada y múltiple en la entrega.
Aquella con la sed de mi latido.
Los ánimos se plantan en lo oscuro.

CASA DE HABLAS [1975-1980]

BALANCEOS DE DAMA OSCURA

Qué brisa o encendido fogón de conocimiento y maestría
incide en tus hábitos, costumbres, balanceos de dama oscura,
dama ciega a través de pasiones, rotura y conteo de copas,
inclinaciones y festejos.
Qué oficio o circular destreza (acaso gallos) puntean plaza mayor
para uso y fecha de próxima holgura: peleas y sederías abundantes.
Qué bestezuela de afecto se suma a trapos, fundas de apoyo,
sábanas orquestadas, luciendo junios en aposentos insomnes.
Qué preguntas a los que no te aman y gastas en ellos tu exigencia
por ser plumaje de quieto orgullo, ave quieta, abastecida de mitos,
lograda en luces y distorsiones del día,
señalada por los más nuevos como lenguaje tutelar
sin advertir fisuras, grietas de encono,
rostro breve en las alegorías del SILENCIO.

ENSAMBLAJES DE ORO MENUDO

Acepta. Limita lo que aceptas siguiendo contornos de niño rey.
Obedeciendo mandato simple orlado de humo.
(De la flor, lo que estuvo antes de ella;
del paso, la palabra o rumbo y el traspiés codicioso).

Escoge, pero no uses la mano de vuelo libre,
mano para clemátides y emparejar lo inexistente:
amor y desafíos crestados en aperturas de silencio.

Recibe. Acaricia copa de antiguo signo.
Haz de la lentitud ensamblajes de oro menudo.
Crestecillas, pliegues organizados en fallas de aliento,
espacios reducidos a claves y sondeos de altura. Pero no te devuelvas.
Encontrarías el fuego para desmedro de los TOBILLOS SAGRADOS.

ENOJO CIRCULAR

Os presento la perra de oro macizo
babeante de pedrerías en el enojo circular,
alerta a cambios, sutilezas y merodeos del silencio;
perra abismal surgida de cuanto se resiste a la dicha,
de cuanto, amenazante, extiende sábanas para la delicada vigilia.
Os presento perra de humo en latitudes de mármol griego,
deseosa de estatura final en lo ya respirado.
Perra blanca hasta el hueso de luz centrada.
Blanca, con listados de algo más blanco para el ceremonial inaudito.

MALTRATOS DE NIEBLA GRANDE

La señora esconde la niña.
(La recuerda tras los acantos
junto al puentecillo y el parcho de lirios).
La señora luce con maltratos de niebla grande;
ignora, desconoce quien sacrifica el ave sagrada,
quien se acerca sin nombre, sin frente, oscureciendo ramos de dicha,
clavando cuchillos de humo en la que aplaude y se despide.
La señora conoce sutileza y finura del hilo. Puede romperse.
Entonces será la niña; su puesto de niña entre los falaces y dorados
[acantos.

CÍRCULO ANILLANDO EL VERBO

Recados a mi hija Rosa Francisca

Tú que rebasas la piedra en el sentido del aire;
la piedra, su forma de vasija enclavada en atardeceres y visiones,
que rebasas el ave con sus años de viento absoluto,
(ave mencionada por jóvenes anunciadores de otras nieblas,
de otro, recatado sustento para la ufanía de los símbolos).
Tú, que respiras hondo en sequías de Patria con sajaduras de sed;
Patria tuya, no amada, ni llegaron para lo justo: decir lo justo,
aumentar su destino; usar del girasol la delicada reverencia.
Tú, de piedra audible como en el trasfondo de los sueños
(casa y espejos triangulares sometidos a nuevas luces,
a nuevas, acanaladas posteaduras con brisas de aumento),
piedra reconocida al tacto por planos o láminas de humo,
por todo cuanto dijeron, aplazaron; tierra de fondo,
manos de fondo venciendo trechos. Alguna queja singular:

ACEPTA TU CONDICIÓN DE LABIA MATERNA.

Tu nombre. La suavidad extrema del círculo anillando el verbo.

SOBRESALTOS DE SABOR

Escucha, recoge lo tuyo como ciudad absoluta, distante.
Escúdate en vacíos y sobresaltos de sabor
para conocimiento y rescate de lo invisible,
porque es tu Patria, tu Nación. Allí caes y te levantas,
tomas la fruta innominada para el no regreso,
la no urgencia, ni quedarse, tampoco la partida
en la inminencia del SUEÑO.

MANSEDUMBRE ANTERIOR

Los que se inclinan, parten de espaldas,
sumergidos en el saludo y mansedumbre anterior
inmersos en sueños de frutas, trasteos de frutas,
alacenas, peldaños, recostaderos de otros tiempos.
Los que levantaron el adiós a la altura de la nostalgia,
disponen cubiertas de aroma sobre el dorso de los montes,
acumulan ¡gracias!, ¡buenos días!, para secular escogencia…
Esos que nombra la hija para regocijo y tremar de hablas,
son, ya desligados, lo que vuela y taracea la noche.

MADRE MÍA, MADRE MÍA

Quién resiste, alarga la mano y toca el océano,
recuerda eco, maravilla en lazos, ondas profundas:
también anémonas unidas al color y palidez del mediodía,
unidas a la que respira en la nostalgia, (LA NOSTALGIA),
que algunos ven, otros se deslizan por ella
como por nieblas o habitaciones de los que fueron.
Quién resiste ofrece ramos, sabiendo tonos y meloserías del despojo.
Tanto silencio, harta dulzura en acomodarse, querer cosas,
franjas menudas que se revuelven, culebrean en el fondo de la artesa.
Franjas menudas
"MADRE MÍA, MADRE MÍA".

LA CERCANA AL ÁRBOL MAYOR

Quién desata lugar, urge la rama a moverse acariciando rostro y despejes
[de buen signo,
rama aún existente, rebosante de vuelos, direcciones, espacios diseñados
[en libertad,
espacios desprendidos del índice, reveladores de piel viva, urgencias de
[habla
y lo contamos exagerando color y movimiento del traje, único traje
color y movimiento de la cercana al árbol único, así la amaron
así descubrieron el picaflor del oído queriendo entrar en la campana del
[centro.

PONIENTE Y OSCURIDAD DE SU CARA

Poquita la rosa escondida detrás del rostro y la sumergieron y obligaron a
[mentir.
Izaron su traje hasta convertirlo en bandera. Enjugaron su cara, el poniente
[y oscuridad de su cara.
La hicieron caminar sobre piedras que apenas amó, piedras como legajos
[a la náusea.
No supo reír, ni celebrar dichos, ni escurrirse en la carcajada como en
[toboganes de oro.
Entonces quienes se acercan, saludan mientras la casa permanece lejos del
[sueño
y la presencia se une al círculo para desandar lo inagotable.
Entonces, quiénes. Por qué ellos.

LIBRO DE JAJÓ [1980-1987]

IR Y VENIR

Dejad que aparezca apoye su frente en borde sagrado.
Indague del árbol vuelo suelto y osadías de tonos;
penachos de jadeos, cabezadas de copa en alto
para encender respiros y casi lluvia por llegar
por asumir destino yendo a brumas, a colgajos de humo.
Todo visto, real al tacto, rasgado y nítido al oído.
Todo empalmado a bestias de antiguo, marcado modo.
Firma lujosa siguiendo alambre y fríos de libertad.
Firma para rodear el árbol con una esfera de sonido,
con una pajarada azul-negro y muchos hilos desmenuzados en el ir y venir.

PADRE Y MADRE

Madre escancia vinos de nueva altura,
se sitúa en espacios de aliento para recibirnos.
Padre, su cabeza crestada en niebla,
su entrecejo bordado en alto como despliegue y sabiduría.
Madre acogida a signos mayores: “Estoy”, “Soy”. ¡Oh! desgarrada.
Padre nos ofrece una flor a cambio de su fino, inenarrable silencio.

ASÍ ERA. ASÍ ES

Este es vuestro árbol. Así era. Así es.
Pájaros tejen en su aliento coronas de éxtasis.
Brisas aseguran siseos para el acecho del halcón.
Aires enhebran pálidos huevecillos de miedo.
Ella se oculta en propia cueva donde permanece niña.
Allí rememora encajes, participaciones y requerimientos maternos.
Luego vuelve a su estatura de anciana
cuya sombra se funde en perspectivas de soledad y de nieblas.

MODOS DE IRSE

Interrumpa la flor, deje su luz, (la de la flor), en lo afilado del verbo;
no sucumba a las nuevas dichas, abrace tan solo el árbol.
Aprenda del follaje modos de irse, seguir en ondas,
escalones, pisos de aves.
Instruya sus labios con frutas oscuras; úntelos de tinieblas.
Escoja de cada nube lo que perece y se ciñe al viento
y cubre días, pasos, sonoridades anteriores.

DESEMPEÑOS DE NIÑA

Se apacigua belleza de flor roja comparada en Junio
cuando cosechas valen de sobra hasta umbrales.
                Todo amarillo.
Demasías de tonos para encajar gris de recuerdo,
humo y costumbre en ciudad en propio paso conmovida.
Ciudad de seguro hacer en lo que fue, puso distancia,
se mantuvo en perfume, pliegos rosados, desempeños de niña
ni bella ni dulce
        solo que versos
                haciendo sombra
                en las dilatadas pupilas.

TRAMA DE MEDIODÍA

Os recuerda, utiliza vuestro recuerdo para deslizarse en músicas,
estrofas, vaivenes de rama descansando su peso en el verano,
rama como mejilla o seda de sueño hacia la reverencia final.
Os recuerda, inicia con vuestro recuerdo cortesías, bellos tratos,
aquel modo de retirarse haciendo vacíos de palma real contra el poniente;
imaginando vuestro recato zurcido a la trama del mediodía,
mientras adioses y pañuelos os revisten de fojas nítidamente expresadas.

DESPUÉS DEL SILENCIO

Lo cazaron. Abrieron en dos la esperanza;
libraron batalla por sus manos, sus pies calzados de cipa;
sus piernas con la moldura del caballo,
caballo invisible en toda postura,
caballo y deseo permanentes aún después del silencio.

SALIR DE NUEVO

A tono con follajes, espesor y alegorías de follajes
que sueltan pájaros hacia vacíos de afuera: lienzos de luz
ambos recogidos en dobleces: follajes, lienzos
acomodos de aguas distintas por sembrados, cañadas…
Todo para desgastes, salir de nuevo, entonar canciones
y tristes de América.

RIESGOS

Riesgos, vieja manera de penetrar bosques guardando el paso,
sabiendo cuánto se juega frente al objeto o mariposa de elogio.
Un ave anuncia verdad y fortaleza de nuevos nexos;
un ave aparece en sombras de árbol deshijado por hembra.
Hembra capaz de mordedura, escamas, labiajes de nuevos signos
estrechada por hojas de abuso, hojas de abuso. Ciertas hojas.

A LA GENTE DE EL AMPARO

Los mismos o quizás otros vistos de espaldas
o mismo ellos organizando única frase bajo sombreros del país.
Ojalá padres, amantes, hijos erguidos sobre calzados humildes.
Ojalá que pensaron, se indignaron y volcaduras de esperanza.
Duelen, nos duelen caños a se apercibir.
Duelen ellos, míos, míos, tierra de andar a pie;
hondura, espesor de regazo para ellos
que me aseguran dolor joven
capacidad fulgurante de amor
y una medida de infinito para trasvasar mi silencio.

ANUNCIOS Y RUEGOS

Nos iremos un día cualquiera, haremos falta,
nos seguirán, estrujadas por ventiscas, aves urgidas,
plenas de vuelos deshilachados en plumas mayores,
recostadas en ansias de vuelo y cielos altos
sin nubla o efectos de sol en crestas o redondeos de cola…
Seremos los que se van y nos miran buscando trechos de resuello
afirmaciones de cómo y dónde para no retractarse
imaginando gentes que no se conocen, de misma sangre
rostros impávidos penetrando uno en otro a poca distancia
saludos, genuflexiones silenciosas. Después ruegos,
no despedirse, volver pronto, apretarse el barboquejo
NO SE VUELE EL SOMBRERO

CASA DE PASOS [1981-1989]

SENTENCIA MAYOR

Rodea la palabra y vuelve a sentencia mayor:
el mar con sus encías
de claridad y de resuello,
con sus aglomerados de linfa viva, a medio hacer
ramificada en pulso instantáneo
en ciego recurso de buena nueva que alimenta grosura a mangle negro
recurso y franja de poder empujando hondo hacia la eclosión y surgir
repetir lo suficiente en mínimos infinitos derramados
en paladares de noche abierta
y no querer. No quiero digo, pero siguen trasplantes,
fuegos menudos sobre la endurecida piel azul.

VACÍO DE ROSTRO

De tantos finales ninguno regreso es. Nada frontal.
Semejante ocurre y dispara a cierto vacío de rostro,
propia expresión que debía ser él y prescribe, no se devuelve;
se extasía en plana ancha para saber fin.
Recuesta su mole en cuanto es modo diverso
o qué o nunca. Facilidades de irse ser preguntado
o no saber si hubo señalamientos de mareas
barco de adrede hechura como garganta de viaje.

DERECHO Y REVÉS DEL DÍA

De este lado heridas, despojos. Un bello ejemplar de paciencia
frente a lo que sucede: agresión a lo callado e inocente.
Con siete pasos la giganta llena la sala
repite, una a una, las palabras del desconsuelo;
cierra los ojos entre dos tinieblas: derecho y revés del día
y comienza de nuevo acosada por los olvidos.
Entonces clama por zonas que no existen: verdad, descanso.

REGAZO MAR, REGAZO LLAMA

¡Qué me le hicieron! Hubiera dicho, dijo regazo mar, regazo llama.
Clave resplandeciente en altitud. ¡Oh! desmemoriada premura.
Silla demasiado intensa para ser aceptada.
Ver desde allí ondeaduras de pastos, niñez de tela blanca sin mezcla,
pasos de no caerse, casi llegar haciendo gestos de procura o quedarse
en letra gruesa de trazo basto para leerla noche futura,
vigilia futura cuando ella diga, dice: ¡Qué me le hicieron!

RETAZOS

Escogiendo trapitos, agujas de distinto espesor;
telas anchas donde blanquea el infinito. Retazos.
Cositas remachadas por ambos lados para seguir a oscuras.
"Mis esmeraldas, mis topacios centrados en no querer ir. ¡No voy!"
Pero va, se desangra tan dulcemente confinada.

VENIAS DE ACEPTACIÓN

Os conjura de nuevo a esas sonrisas próximas a llorar,
a soltar aves de aquiescencia y ventas de aceptación.
Entonces se vuelven ángeles para alterar elogios, vuelcos de ánima
para dar la mano, levantarse, hurgar herida apenas sangrante.
Vuelcos de ánima para decir "Casi no duele" con frase y sonreír anteriores.

SANTIDAD DEL BERMEJO

A Luis Daniel Terán

Ni árboles bellos, ni casa ni recuerdos como perrillos del bermejo
ni sonreír despacio después de promesas que no se cumplen. Rabias.
No rabias. Más bien se mira pobreza y castidad del día.
Tres, cuatro palabras acomodadas en lugares de miedo.
Tres, cuatro palabras mientras lo desmesurado y exacto
mancha torso de padre y madre y derechura y santidad del bermejo.

PEQUEÑOS TRAMOS

Se piensa en vuestro trato, lejanía, finura de vuestro trato.
Vuestras comidas donde permanece flor inicial: semilla y carnadura de
[aroma.
Luego saludas el águila, te sumerges en sedas y soledades de sueño.
Buscas a tientas carta no recibida: estás en tu sitio.
Revisas pequeños tramos espaciados en claridades y vigilias.
Sojuzgas cuello de ave hasta clavar su cabeza en tierra.
Confrontas tu pecho con transparencias y forcejeos marinos.
Sales perdiendo.

APOSENTOS DULCEMENTE CENTRADOS

Criterio de vuestro paso. Escoges frutas.
Zurces el día con paños de indolencia y despego.
Libras el alma para entregarla a brisas de nueva altura.
Racionas lumbres en aposentos dulcemente centrados.
Balanceas ánimo entre collares y anillos ebrios.
Misma y distinta, ocasionada en frases como espesas culebras de oro.

LA BORDADORA

Suenan cascos sobre empedrados de grises duros.
Espuelas de los que han de llegar, toman asiento, agradecen café.
Contemplan la bordadora y apartan niebla para distinguir nuevo sonido:
entrar y salir de la aguja en material tenso.
Juegan se recuestan en colores planos; acarician aves que son de ella
todo a punta de aguja, de trazo y "Quién se va".
Son ellos. Se despiden. Retoman bestias y lejanías desiguales.

VESTIDURAS DE OSCURO PESO

Qué flor te saluda si te apoyas en trazos negros
para saber espacios, rezongos, saladuras de mar cuando te inclinas saludas
piensas en sitios crepusculares de morir, apagarse,
calzar botines, escoger vestiduras de oscuro peso,
sitios exactos sin mucho trasegar de palmeras ni rancherías inconclusas.
Tendrás tu pequeño cúmulo de pájaros. Ir y venir será tu oficio,
tu circular convivencia que afecta ríos y aquel girasol otrora pensado.

SED

Hojas roscadas aún verdes. Entorchadas aún verdes.
Verdes aún natas y chillerías de sed.
No gentes como dijeron. Mejor gente seca.
Animales empinados en rechinamientos y propio resuello.
Alguien dice: “Eso puede haber sido en Sicarigua”.

SEÑALAMIENTO ÚNICO

Oscurecías junto al ave de niebla, su señalamiento único,
sus umbrales de canto y viejos sotos de malicia.
Ave posada en ventanales de tiempo ido,
aislada en tema mayor que asiste a las revelaciones del ocaso.
Oscurecías sin pronunciar lo sagrado y múltiple:
tratos espaciosos de gran cauce en la garganta,
tratos para creer, no desconfiar, aceptar triunfos…
Volverse con rostros fugitivo para anunciar la partida.

ALBATROS
(1992)
(SELECCIÓN)

ALBATROS*

Os piden dibujarlos en aires nuevos. Duermen en el aire.
Levitan en aires, distancias, acrecentados de humedad y pavura.
Abajo mares voltean sus fardos espesos,
su linfa gruesa de alevines y esporas,
su retorno a principios con densidad y textura de amor,
con acceso a núcleos brillantes

de LATIDOS FUTUROS.

* Ana Enriqueta Terán, *Albatros*, Víctor Bravo; pról., Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1992, 139 p.

IMÁGENES, CARENCIAS

Altísima pareja ignorando bestias felices. OTRA LIBERTAD:
tropeles de caballos como espuma de sienes moviendo espacios
tal vez cercanos
pero imbuidos de solo impulso en distancia inicial, memorias y círculos.
Jamás duda. Jamás premonición de cuellos a designios adversos.
Jamás fuego azul de gato rozando mejilla expresada en lejanía y
[desamparo.
Carencia de imágenes para modelado y alegar pureza:
CURSO MAYOR DE BLANCURAS EN REMOTAS PRESTANCIAS.

PUNTO DOBLE, CURVADA VIGILIA

Os colmaron de roces, finos zumbidos
mismo en melado centro de corola
es despojarse, quedarse indefensos
con solo matiz anterior,
caña de osamenta dibujada en sed,
pañuelo como rostro dibujado en sequías.
Dejarse ir. Centrarse en espacio doble.
Pareja dulce en idéntico altor. En idéntica, curvada vigilia.

DE VUELOS Y VECINDAD DE PALABRA

Vuestra suavidad en mejillas de aliento.
Vuestra arrogancia que alimenta obediencia y humildad verdaderas.
Fiador de alturas, quién demarcó tu sitio único,
tu castidad en afueras de hembra sostenida en blanco leve,
hembra no perturbada dentro de círculos y fojas de viento.
Son albatros rescatados del propio nombre: ALBATROS.
Deseados como esencia y despeje de escueto signo.

VALENTÍAS DE TONO Y VUELO

Tiempo de luna para cuajar tiempo de ala,
quedarse suerte o nueva visión de frente inmóvil
como extensión labrada en vivo, frente viva
siguiendo en nube, única nube, desprendida de otro, desesperado
[comienzo,
de alguna comba sometida a pausas heladas donde permanecen fijos
unidos por sola latitud de leche de luna
sin presagios de urgidos descensos
y sí levedad de quienes, sin consumirse, se aman.

ASCENSOS Y AÚN DISTANCIAS

Os sometieron. Labraron vuestro rostro con innumerables redes de edad.
Irreconocible propio rostro.
Hicieron del albatros única seña en magnífica altura.
Oficiantes rehuían acercarse a obstinadas presencias.
Juventud y esplendor llevaban ánimos a desprendimiento absoluto.
Ahora se esquivan nuevos, engañosos lugares de sed
espejuras de entorno para retomar lo perecedero.

ALIGERARSE, MANDAR

Suaves aromas con apoyos harto felices,
apuntalados por años y gestos a través de aligerarse, mandar;
cubrir gestos con tatuajes de calma,
porque se dice, se nombran plumajes pulidos por la intemperie.
Pero están edad y despego. Este sabor de morir a trocitos.

SUMISIONES Y BARRO PÁLIDO

Es posible bajar rama florida hasta suelo, tal vez no amado,
ni limpio, ni dispuesto a recibir brazadas de quien sí reconoce,
palpa rostro de barro pálido como remedo de poniente, sin tregua ni aviso,
para borrarse (rostro) en luz apenas reconocida: Luz de dado. Uno solo.
¡Siquiera albatros abriendo puertas de aire, de soledad incorruptible!

DISPOSICIÓN A POZO LIMPIO

Qué os ofrece, Señor de vuestro propio sigilo
la piedra limpia en mitad de palma de mano,
piedra pulida por reverencia de tactar leve,
piedra seca, piedra a destajo en este seguro amanecer
de un día más consagrado a solo imagen de vuelo dual
en oscura, perfecta insinuación.

AVES NUNCA VISTAS

Persona se afirma bajo follaje impredecible.
Sabe de árboles, mariposas, bayas picantes.
Sabe de bestias ocurridas en pampas, ambas (bestias, pampas)
sosegadas en aguas de corazón.
Ambas (bestias, pampas) como bajuras de pensamiento cauto.
Pero está el vuelo de aves nunca vistas.
Aves que existen. Aves como mesura y sentencia de lo blanco.
Aves pronunciadas por aquella, acaso ya lejana en lados de acá
donde aún se señala profundidad de latido

TODAVÍA NO REPOSO

Últimos intentos de belleza.

R.B.F.

Reposar en no color, no aroma, tampoco caída o salvarse.
Iniciar descanso en ufanías de salud;
sufrimiento de rosa única vuelta hacia juventud, deseos, últimos intentos
[de belleza,
última, taciturna rosa-expresión ante un espejo recamado de propia
[imagen.
Imagen superpuesta a secuencia de escueto rango.
Rostro alguna vez cruzado por aves altísimas
como punto final de poema no escrito centrando la página

RAMO DE OFENSAS

Suplicio sin ofensa, sin ramo de ofensa como saludos y apresurados acasos:
Acaso pasto o trono de calamidad. Acaso desistir,
hundirse en tramos de desaliento. O caer.
Unirse a caída de vuelos…

VOLUNTAD DE GRITO RASGADO

Tienen voz. Rayan tormentas con ásperos trazos de sonido.
Envuelven tinieblas y eluden exhalaciones de fuego azul.
Gozan de tempestades como creaturas de linaje sagrado.
Sin embargo fragor de noche no logra desunirlos.
Vuelan inmersos en círculos de protección y delicia.
Ala contra ala. Furioso persistir contra el rayo, su escritura en página negra
y como los ata, los envuelve con hilos de otra luz,
de otro, cegador nudo, que restaña sangre caliente.
Sangre, mancha de sangre creciendo en rasos, no porosos, no libres,
solo alas entre envergaduras de viento.

EXULTACIÓN Y DIBUJO DE ALA

Escoges el juego. Te ocultas en plumones de axila insondable.
¡Cuánto cauce para la palabra no dicha!
¡Cuánta soledad en lienzos de tiempo!
Candelas corrigen trechos de incertidumbre.
Suena el agua. Llora un niño. Así se construye el instante.
ESTE INSTANTE.
Pero el ave, su estatuaria en el Hemisferio Sur…

DILIGENCIA DE TACTOS

Punzante dejo con diligencias de tacto:
cómo separar ave de su primera semejanza,
su primer extravío a brisote puro,
a puro cabeceo de también desgreñada en rumor circular.
Ocupada en deseos grandes: rosa de holganza
o cuidadosa sutura entre ayer y hoy
cuando ayer es velamen de retorno
y hoy, un pequeño nudo de indecisión y renuncia.

SECRETO MÍNIMO

Vinieron, pisaron hueso y dejaron tierra al vivo.
Concertaron citas donde muerte y destino fueron a consuno.
Casas y patios plenos de frases cortas, últimas.
Aposentos con altares, humos de santos, tapicerías desbordadas.
Zapatos (los de él, los de ella) envasando pasos de sombra,
alegorías de seda por encima de enfranque y pies simultáneos.
Recias pisadas en contrapunto de aleteo fino.
TODO A MANO Y EN PROFUNDIDAD DE ESCUCHAR.

RECIEDUMBRE DE LO BLANCO

Cada uno en su círculo de fecundidad inmóvil.
Alas de punta a punta como reciedumbre de lo blanco
de lo a constancias ávidas: estar,
abrir muñones esenciales para saberse en fortaleza.
De punta a punta acosos de si posible otro vuelo
otra dulce manera de gemir en divisa de tela abierta.

ÁMBITO DE COLLAR ROJO

Ámbito de collar rojo. Dolerse en collar rojo. Aquí, abajo.
Numerar primaveras, veranos, protegidos por misma niebla,
librados a vecindad igual y distinta. Un mismo vuelo.
Igual rozadura entre una y otra distancia.
Dos en avance y volver atrás.
NO CONFUNDIR ESTACIONES SECRETAS.

AFILADA CONTIENDA

Andadura sin línea recta es posible y cansa.
Cansan dados sobre tapetes deslucidos de tanta ofensa,
de tanto abastecer signos a espumas insomnes,
a toda palabra que afirma centro sin tener centro,
sin tener ave para vuelo de trazo invisible.
Entonces te escudas en flor sujeta a cambios:
(¡oh! la trastornada sonrisa de ahora).
Es pues, soledad o nada más usar pañuelos para despedirse
de NADIE?

ESPLENDIDEZ FIJA

Bandazos como raciones de luz para sondeos imposibles.
Tiniebla acusa certeza en zigzagueos y distantes encuentros.
Lluvias resbalan sobre rasos de alas inmóviles.
Lluvias que no deciden blancura golpean ojo, esplendidez fija,
vuelcos expresivos de quienes manejan suavidad
y no conocen lianas donde quedarse, asirse.

ALAS INMÓVILES.

CONSTRUCCIONES SOBRE BASAMENTOS DE NIEBLA (2006) (SELECCIÓN)

ATADA A INCERTIDUMBRES*

Alguien crece opaco en deslucido pedestal.
Otros rebasan casimires y se apoyan en lejanía de árbol presente.
De nuevo son ellos, recostados en salientes de calicanto.
Compactos y hermosos a quien no olvida, ni se exime de aquella piel
casi resuello en propia altura de puerta.

* Ana Enriqueta Terán, *Construcciones sobre basamentos de niebla*, Ramón Palomares; pról., Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana (Col. Altazor), 2006, 53 p.

DESENCAJE DE PASO Y HABLA

Andadura sin línea recta es posible y cansa.
Cansan dados sobre tapetes deslucidos de tanta ofensa,
de tanto abastecer signos a buena o mala fortuna,
de tanto añadir blanco a espumas insomnes,
a quedarse insegura en afilada contienda
en paso divorciado de lo que afirma centro sin tener centro,
sin tener ave para adivinaciones de trazo invisible.
Entonces te apoyas en ramajes desaparecidos.
Ocultas sonrisa (la trastornada sonrisa de ahora),
en flor sujeta a cambios de peso oscuro y breve: golondrina.
¿Es pues, soledad o nada más usar pañuelos para despedirse de nadie?

ESPIRAL DE GRACIA

Se escucha arrimo de bestia a saludos de otra despedida.
Lugares para medir con ademanes solitarios.
Sobornar mano a distancias. Medir distancias.
Cuánta riqueza en índice para señalar puesto de silla,
levantar casa, urdir fondo de río
                y ser dueña única
                de también cicatriz única.

BOCANADA DE VACÍO

Apariencia de mesa servida.
Sobre manteles inauditos, platos, copas voraces, señalando hambre final.
Hambre inmensa como bocanada de vacío.
Alas sin enredo posible en aire inmóvil.
¿Acaso, costumbre de iniquidad frente al vaso sagrado?

ARCADURA DE VIEJO PUENTE

Del lado de acá esperando.
Oyendo secreta música de vegetal también secreto.
Ojo lleno de malangas ante recuerdos del amigo.
(Peces recién abiertos garantizan continuidad.).
Alguna armadura de viejo puente. Un puente.
He de cruzarlo en llamas. Arribar al otro lado.
PERMANECER.

SUPLICIO SIN OFENSA

Suplicio sin ofensa, sin ramo de ofensa tatuando rostro;
alzando mano como vuelo en saludos y apresurados acasos.
Acaso nube o trono de calamidad. Acaso desistir,
cerrando el puño, en tramos de desaliento.
Caer de espalda. Solamente caer de espalda.

NUDOS DE FUEGO

Resuelve, increpa anillos de luz entrelazados a follajes.
Oculta mallas que pueden ser discretos, inaccesibles nudos de fuego.
Lugares para asir letras en cabelleras oscuras;
brillos opacos cubriendo rostros en espejos anteriores.
Humo: quieto poder de ascenso en la humedad de la rosa.

SABERSE EN DEUDA

Te apiadarás, flor en tinieblas, de esta presencia inextinguible,
copia fiel de pajarillo irritado, suspendido en mitad de vida,
pero deseándote y se te ruega no tardar, conocer cansancios,
deudas, irse sin pagos a uno ni otra. SABERSE EN DEUDA…

JUGADA LIMPIA

Aislada en quimeras. Ofrecida en pedrerías y faces de engaño.
Mucho decir a pesar de laberintos y abundancia doblada en tres.
Abundancia y tres círculos sobre punto único es desovar en sabiduría.
Sonrisa a descampado obliga a escalas de miedo.
Dice: "Tengo miedo" y se afinca en vieja timidez de psalmo
en nieblas y confusiones de psalmo.

QUÉ REPRESENTA JUNIO

Qué representa Junio en hombros de padre hundido en nostalgioso
[comienzo.
Qué haciendas deslizantes a fuerza de palmeras que llegan al mar.
Golpea (JUNIO) ventanales. Abre puertas a ciudades desconocidas por
[amadas.
Entre tanto espero mi Junio. Llegará o saldré a buscarlo
con mi vestido viejo de buena tela.

NAVEGACIÓN INEXISTENTE

Huir del elogio que asusta, hace desmañada la entrega.
Supone farsas de altos propósitos
cuando solo se intenta bajar la cerviz,
utilizar zapatos de punzante hosquedad
y hacer bonanza para la navegación inexistente,
retirar banderas, ocuparse de alguna fineza:
alivio de rencores en el más perseverante y dañado.
Es todo y apenas alcanza para ahogarse,
coger respiro y hacer venias a nadie.

ROSA ABISMAL

Vuestra seguridad, vuestro descenso
casi respiración o sumergida espejura
braceando en alto, oscureciendo palma de mano
pues no resiste empeño, exactitud de rosa abismal
secreta y fría, dividida en uno y otro lugar
de moderación y salvarse.

ASÍ DIJE. ASÍ HICE

Me absuelvo o aparecen de nuevo culpas. Así dije. Así hice.
Bien dulzuras. Bien sentirse torre aborrascada de nubes.
Bien persignarse ante miedos de no saber conducir propia alma.
Propio riesgo. ¡Oh! soledad de auriga en único señalado camino
que desconoces y sajas con toda impunidad.

RESPIRACIÓN A TONO CON LEJANÍA DE PASOS

Olvida flor por plaza pequeña de ciudad no aprendida,
ciudad que estuvo en vilo como alguno de frase hecha en recodo vivo,
en ciertos umbrales donde se recostó, camisa sucia, empalidecida de alba.
Entonces, los que dijeron algo, fueron muy pronto lejanía.

PUERTA FINAL

Como el sufrimiento de la rosa,
la dulce espaciada figura, llagadas con lentitud,
ofrecida como descanso y holocausto
en vertederos de inocencia. Os increpo,
hablo de pasos llevando a sitios labrados a consuno,
a escalas que se hunden en cielos castamente destruidos.
Solo para esconder ánimos, entendimientos
con puerta final:
"Debo pasar. PASO".

LUCIR DESPACIO

Cómo lucir con nieblas en perfumado entrecejo.
Cómo desangrar gestos quedarse blanca,
lucir despacio.
Hacer del arca suave manejo de aguas.
Andar leve de hembra para no ofender pisos
ni quietud de reflejo en brillantez pura. No ofender.
No congraciarse con quien exige reverencias.
Esconderse en única palabra que yo misma ignoro.

BOCAS FORMADAS A PUNTA DE PIEL

Estuve cerca de mis edades. Primavera entonó rosas a ras de suelo.
Veranos oficiaron tatuajes de bocas formadas a punta de piel.
Otoño anduvo escueto en cabalgatas sobre endurecidas arenas.
Invierno reconoce daños en fugaces deleites.

GRACIOSAS CEREMONIAS

Graciosas ceremonias para ser aceptadas frente a inmóvil sentencia de luz.
Poquita fuerza con entrabes de ceño duro. Propia culpa
sin saber culpa o bellos plumajes de omisión.
Sin acercarse, miedo inasible a desgastes de miel oscura,
a miradas que huyen y se encuevan en crueldades y negaciones de vacío.
Asirse a nada. No saber cómo sostener el espejo. Ni si lluvia
ni si águila ya extendida en muro profundamente deseado…

SOMBRAS MENORES

Deslices, suaves aromas incursos en espacios novísimos,
apuntalados por años y gestos imperfectos a través de aligerarse, mandar.
Cubrir piel con tatuajes de buen decir,
porque se dice, se nombran plumajes pulidos por la intemperie.
Pero están, edad, despego y este sabor de morir a trocitos.

ZAPATOS DE IR Y VENIR

Son olvidos. Pajarillos muertos que cubro con palma de mano.
Lluvias propician rescates de girasol en página aún viva.
Yo me escapo en una, otra noche despiadada y núbil.
Me escapo no sé por qué, no dónde, ni si ayer
o tal vez mañana con zapatos de ir y venir.

APACIBLE DISTANCIA

Se pierde piso. Mañana o pasado, cal o pensamiento dividido,
o solo absorber recuerdo grato, desestimado por plana de hoy.
No plasmar. No encender líneas para dibujos de bestia esencial;
dejarla libre, abrigada de luz para esconder tiniebla de fondo.

ALGÚN EXTRAVÍO DE FLOR

Algún extravío de flor todavía a piel abierta
acaso responsable de otro decir; regalar símbolos,
extasiarse en contemplación mínima
convertida luego en cortesías y saludos: Me saludo.
Me reservo decencia de taza limpia; tutoría y desgaste de venias,
tantas venias para aceptarse, condolerse
aún después de bueyes, vacas míticas que pasaron ayer,
que pasan hoy, gordas, SUMISAS al secular apetito.

OTRA CUEVA Y QUERER SALVARSE

Tropieza con heredad sometida a desgana múltiple.
Asume ropaje de sequía por no mostrar abastanza de mitos.
Riqueza de pesadumbre en ondas y brillos móviles,
lúdico ensueño como ángel enfrente de propio asombro
de un por ángel dejarse alcanzar…
De nuevo presa. De nuevo, tobillo con tobillo,
atada a incertidumbres
Otra cueva y querer salvarse.

A POCO LLUEVE

Seguro lluvia, seguro huevecillos humeantes entre balbuceos de nido.
Follajes, seguro, bebiendo gotas de aire y luz.
Un lagarto recibirá otro brillo sobre su brillo.
Rebosará copa viva el lirio morado.
Yo gritaré en este mismo poema: LLUEVE, LLUEVE.

RECLAMOS DE TIEMPO

Qué ramajes incluso sed nubla este instante
coronado de aves nunca vistas,
inobjetables en ritmos,
gracias menores, acompañadas de un no desear,
no acostumbrarse a premuras de viaje último.
Alguien se desliza bajo mantas de miedo.
Alguien quiere salir, asomarse a balcones de humo
y sobrevolar en lo escrito.

ENCUENTROS AMASADOS CON NUEVOS RUMBOS

Hubo puntaje en todo sitio alto, en toda neblina acomodada en hechos
que fueron tierra de rendimiento y grosura,
tierra para el buen deleitarse en paso sereno
dejando huellas de equilibrado espesor. Botines civiles.
Paso como adelanto de aire contenido en polainas tersas,
como desangre de sol sobre plantíos de girasoles reverentes y exactos.

ASOMBRO Y GLORIA DE SEDUCIR LABIOS OSCUROS

De nuevo triunfa la rosa. Bebe por toda ella quietud de aire;
se empina hasta lustrar sombra de acacia
o alcanzar brillo de colibrí, su invisible número,
su punto final (el colibrí) cada vez que perfora luz respirada,
cada vez que anuncia para ella señera plana de labios oscuros.

SAHUMERIOS Y PLAZA MAYOR

Es una poquita de muerte la muerte de un pájaro.
Piedra instantánea por si vuelos alguna vez.
O cactus. Su pecho aliviado de ir
hacia sanguazas de pulpa redonda.
Qué pulso barajando plaza mayor;
desvíos ya no dichosos tejiendo casas, veces más, veces menos,
casas asfixiadas de sahumerios para equilibrar paso de ambos:
extremos de gracia en trato igual; él, ella.
Ella, en voz alta desgaja ritmos. "Es una poquita de muerte
la muerte de un pájaro."

ACCESO A SECULAR PREFERENCIA

Por fin una máscara a gusto, manos a gusto
para expulsar frase preciosa, enlucida de cal mítica
descuartizada en fiebres de edad,
de invitado provocando a tormenta
para eludir macizo florido
de aquel que orina "muy alto y muy lejos
con el asentimiento de los grandes heliotropos".

SECRETO MÍNIMO

Vinieron. Pisaron hueso y dejaron tierra al vivo.
Concertaron citas donde muerte y designio fueran a consuno.
Casas y patios plenos de frases cortas, últimas.
Aposentos con altares, humos de santo, tapicerías desbordadas.
Zapatos (los de él, los de ella) envasando pasos de sombra,
alegorías de seda por encima de enfranque y pies simultáneos.
Recias pisadas en contrapunto de aleteo fino.

TODO A MANO Y EN PROFUNDIDAD DE ESCUCHAR.

EMPALME DE VARIOS SIGNOS

Si a vuestra exaltación suceden ofensa y desalme.
Si de tanto ufanarse, el traje huye crepuscular.
Si mano y pañuelo no despiden a nadie.
Entonces comedirse a ser fuego; mimar crueldades en trajines de hormiga.
Puede aplastarse. También leones. Macaureles. APLASTAR
[MACAURELES.
Pero y mi muerte. La mía. Este saber impávido frente a joyero irrecusable,
frente a mi propio balanceo de aún viva
de aún con ruegos de
NIEBLA ESPLÉNDIDA.

SOMETIMIENTO A OTROS ESPACIOS

Antes como riquezas alindadas a espacios nuevos.
Como abundancia y potestad de dueña entregada a contajes limpios.
Dueño y dueña midiendo casa con pasos de piedra viva;
con ramos, siempre ramos, para aminorar la ofensa,
conservar nombres de los animales de otra holgura,
de otra venta, porque se vende, SE VENDE.

ENSIMISMADA LUCIDEZ

Borra símbolos para hallar centro de luz en presencia fija.
Intuye presencia y nunca tanto caracol asfixiado en espirales de nada,
ideando modos, gesto o palabra, para ver, solamente ver…
Nunca tanto implorar por tactos que tropiecen en algo,
alguna señal de textura ardida
para ver, solamente ver.

AUTOBIOGRAFÍA EN TERCETOS TRABADOS CON APOYOS Y DESCANSOS EN DON LUIS DE GÓNGORA (2007)

INVOCACIÓN A LA MADRE*

Es tanta soledad, soledad tanta
como del ave que acrecienta altura
y traspasa la luz y la quebranta

para invocar respiración futura
y paso a paso sofrenar el grito
hasta hacer de la piedra, su andadura.

Endurecer el aire; lo finito
asirlo con firmeza, de manera
que lo uno ni lo otro formen mito

y sí la madre como voz primera,
audible, pero llena del momento
donde se unen el fuego y la madera.

Donde se unen defensa y pensamiento.
De piedra la andadura y saber fuerte
que, en sus brazos, la piedra fue lamento

* Ana Enriqueta Terán, *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, Patricia Guzmán; pról., Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, 192 p.

y recibe con ámbito de muerte
la que fue niña suya, sin descanso
y sigue siendo suya, de tal suerte

que jamás la dulzura hizo remanso
en trato igual, de dos que fueron una:
ambas de soledad y pliego canso.

Pliego donde dispuso la fortuna
estrellarse, llegar, hacer del grito
nube de tacto o clámide de luna.

Porque ella espera en el secreto rito
del saludo. La madre, su semilla,
su "defender" de cara al infinito.

Entonces, pues, recibirá sencilla
labia, para que el pecho donde crezca
sea como de trigo a la rodilla.

Y hará que con la luz desaparezca
todo temor, toda esperanza vana
que un dulce giro de salir, ofrezca.

O se lleve de frente la mañana
con su hervor de reseda, conseguida
a fuerza de ceñir cielo y campana.

(Porque no he de salir, enfebrecida,
a retomar la pálida congoja
de, sin bandera, atravesar la vida).

Mostrar el corazón, hoja por hoja,
para no ser mirado, pues lo nuevo,
ni quién lo escuche, o ruede, o lo recoja.

A tanta soledad pido relevo.
Ser libre al fondo, al lado, en primer plano.
O recostarse donde no me atrevo.

MADRE utiliza símbolos y en vano
quiero desentrañar oscura data
de quien invita y no me da la mano.

A este idioma seguro no lo ata
ninguna indecisión, pues lanza fino
dardo de libertad. Así rescata

parte de sombra y parte de destino.
Es difícil decir algo que oprime
y no salirse un tanto del camino

de ser. El verbo clave no me exime
de estar. Estoy aquí. Punto y extremo
de ave, que me dispara y me redime.

Ave MADRE. Poder. Impulso. Remo
en esta calma, sin rizada altura
y no por no saber, ni porque temo

como algún otro, ciega investidura
llamando desde clámide remota.
Es tu HIJA en su noche "siempre oscura".

Noche del alma que en silencio acota,
para seguir después en alta frente
ignorando desguazo y ala rota

que anotaré, mañana en nueva fuente.

RÍOS DE INFANCIA

RÍO MOMBOY
Río de la infancia

En su camino beberá del torrente
por eso levantará la cabeza.

Salmo 109

La floración con su abundante cita
vence gajos, y lámina retoma
para encender lo blanco que suscita.

Paloma enfila su pesado aroma
de vuelo, en el follaje que se afina
hasta ser hueco y silbo de paloma.

Clamo por algún aire que defina
contornos en espuma, palma, rosa:
pequeño adorno en frente cristalina.

Paso de ser a estar, como dichosa
que anda entre sueños o tal vez procura
probar en sueños fruta deliciosa,

viendo de lejos tallos de escritura
contra lo verde-azul, de arriba abajo,
asumidos colores y frescura.

Cuerpo enhebrado en oros, y trabajo
de socavar el fondo, sin perjuicio
de brillos y pulidos a destajo.

A cada instante ver el precipicio
de tu rumor y modos, con esmero
de quien se vierte en matinal oficio

de correr, aceptar rumbo primero.
Guárdame niña oh río de mi infancia.
Guarda este cetro donde vivo y muero.

Momboy asido a singular fragancia.

EL MOTATÁN

Es el poder del vuelco. Cesantía
de la dulzura. Pecho emancipado
con espacio de espuma en recia vía.

Desborda cauce, torso desgarrado.
Orillas yacen quietas y respiro
de arboledas profundas, con alado

canto, sulfilan el caliente giro
del follaje a consuno con umbroso
pulso de clima que, sumisa, admiro.

No de glareas puras el reposo
del fondo, sí madeja sumergida
de reflejos en rueda. Fiero acoso

del borbollón y linfa decidida
resbala muslo. Abajo con la traba
de pedruzcos y rama sumergida.

Escojo de tu pecho lo que hallaba
mano inocente en tu lujoso frío,
por si la luz, inmensa, me acercaba

a peligroso círculo bravío.
(Gritos y risas en creciente enojo,
del recuerdo por húmedo extravío).

Misma esa luz, asida a trino rojo
de pájaro… Esa luz con filo tanto
que hirió, sajante, limpidez del ojo,

para dejar grabada en calicanto
fuente dichosa, en hora y hermosura,
con volantes de brisa y palosanto.

Tu mismo nombre, Motatán, figura
es de tumbos, caídas, levantarse
sonando fuerte en tajo. Desmesura.

Lo escrito, reposado, ha de salvarse
junto a tu nombre secular de río,
dispuesto a obedecer hasta dejarse

caer de golpe en tremedal sombrío.
Juventud mía estuvo en tu corriente.
Escúdame en tu pecho. Tú en el mío.

Y dame ser eterna en tu presente.

OTROS RÍOS

Neverí, Manzanares, El Cabriales
de Braulio Salazar, pintor amigo
quieto en su nombre: ámbitos cabales

de grandeza, por ser fino testigo
del río moribundo, su poeta
en líneas y color. Apenas digo

de este río, sin oros y sin meta.
El que otrora feliz, hizo a destajo
inmenso cauce en la planicie neta.

Yo me vuelvo al Burate donde encajo
ya con vejez al hombro. Tenebrosa
de tanta luz, que sin moverme, atajo,

y devuelvo al aroma de la rosa.
Por nieblas y peñascos se avecina
Orlando Araujo, frente milagrosa

conocido de mí, por letra endrina
y espuma de sus ríos; cambio y grado
de nostalgia con piel de mandolina.

El Jimémez ahora. Su dictado
de tropicales giros. Su contienda
de pájaros, y bosque conquistado.

Castán de hoy. Secreto me defienda
de alguna púa ingente, pues la suma
de cuanto fui no quiero que se entienda

sino después de ser escueta ruma
de versos, de espirales a lo ignoto
como de río desguazando espuma.

El Chama, su sollozo gris anoto.
Aún con vida sus pulsos abisales.
El Chama, gran rumor de pecho roto,

cayendo en sucios canjes terrenales.
Sálvate río, sálvame y resiste
pues nuestras soledades son iguales.

¡Nunca tanta de amor ardido, viste!

RÍOS DEL LLANO

Anduve en ancas del Suapure río
embalsada mi pena, mis ribadas
de pensamiento en consecuente frío,

tan amplio como linfas ponderadas;
gran espesor de superficie a fondo
y transparencias libres y sagradas.

Nadie apresura lo que en mí respondo
a través de los ríos, por consejo
del alma misma y en el alma escondo.

Fueron y son el vesperal espejo
de cielo abierto y descansada vía
con aves en el cálido entrecejo.

Fueron y son caminos todavía;
son y serán caminos de la ausente
que por ellos anduvo y no se fía

del solo pensamiento pues, urgente,
pide el Arauca ser nombrado y vaya
escritura y rumor, de gente en gente.

Pongo mi corazón por atalaya
del río Apure y por su cauce quiero
(del río) simular oscura baya

a la deriva, y llegue donde espero.
Es demasiada sombra en tiempo vivo
tu abundancia y rebose. Me refiero

a tu sereno empuje, a tu cautivo
y lento embalse, como fuerza muda
empujando la página. Recibo

señales y la voz seca, desnuda
que afinca el hombro, hace transparencia
donde la linfa su grosor reanuda

y fluye docta con marcada ausencia
de oleaje, pues todo se reduce
a rebasar el cauce sin violencia.

Río Apure, tu lámina conduce
a diferentes rojos; alto cielo
en tu escamado lomo, fiel reluce.

Tus vegadas son ánimo y recelo
al mismo tiempo, tus vegadas, digo,
pretexto son de inigualable celo

echado en tus riberas. Río amigo
tu silencio es tu fuerza. Lejanía
también aquí, en memoria, y la persigo

aquí, sonando adentro, todavía.

EL GRAN RÍO

Nombrarte no me atrevo, ni siquiera
moldear tu nombre en página mezquina
con destino a lucir. Modo y manera

de avanzar ancho en copia vespertina
de lo que fuera amanecer ardido.
Distintas horas tu lisura atina

a reflejar, ya calmo, ya encendido
buco de atardecer, o ya dichosa
rizadura en la piel de tu latido.

Es amplitud serena lo que acosa
mi pensamiento. Ahora, en la montaña
con ímpetu veraz y faz hermosa,

recrear tu gobierno. Gracia extraña
para una hembra en la vejez y pobre
de toda suerte de artificio o maña

para cambiar el oro en sordo cobre,
en sorda pista de aire y cardenillo.
Oro es lo escrito y en lo escrito sobre

entorno singular, singular brillo
de oropeles, cegados en redondo.
Idioma siga siendo en el orillo

del fino material donde me escondo:
sosegada corpada de tu espejo
como reflejo sin color ni fondo.

Otra mujer de lírico entrecejo
pulió tus barcos, y ánimo historiado
tuvo para cantarte donde cejo

en mi empeño, pues nunca te he nombrado,
menos ahora, cuando se acrecienta
rumor de despedida en mi costado.

Río mayor, mi soledad intenta
unirse a tu caudal, marcha profunda,
abundancia sagrada, sombra lenta

en pos del movimiento, que redunda
en estrechez de abajo; copa abierta
hacia bordes de arriba. Y se confunda

con extensión caída, pulpa incierta
en tono verde-oscuro, asaz, mullida,
asaz, acompasada como cierta

lentitud, que asegura clara herida
para fluir de adentro, de manera
que inicien luces piel acontecida.

Cuerpo amasado en soledad. Primera
dejadez, en tus ámbitos se ampara
y acude, libre, en actitud señera.

Geografía excesiva le depara
entorno recio al ímpetu fragante
de tu extasiado rostro que dejara

copia de nubes, palidez errante
de garza, como fina rayadura
en azogado clima resonante

de vibraciones. ¡Ay! asir la dura
inclinación del verbo, destinado
a moverse en la entraña que asegura

curso perfecto al íntimo deseado.
Lectura igual a la corriente amiga
que al pecho dulcemente deletreado

es todo cuanto aspiro, y no me intriga
humano elogio, si despeje y plana
de buena letra donde llegue y siga

masa de transparencia con desgana
de premura, y recursos auditivos
haciendo hermosa plácida mañana

para ir dejando trechos sensitivos,
antes con otros nombres, hasta alzarse
único nombre en coros posesivos.

No puede andar más lejos y quejarse
ha mi palabra, con extraño miedo
de sucumbir y en nubes alejarse

de preciosa madeja. Más no cedo
y valiente restauro la medida
de la humildad que en fuegos me concedo.

¡En vos quiero seguir a toda vida!

OTROS RÍOS DEL ALMA

Geografía excesiva me depara
enmarañados cauces, linfa viva
trasvasada en lo pleno donde azara

el clima bella planta sensitiva;
dogal agrario junto a la querella
de ciudades que van a la deriva

de la nostalgia. La ciudad aquella
sometida a su luz, a su albedrío,
a su propia distancia, siempre bella

por solo estar a orilla de su río
y comprender la flor, espacio, vuelo:
Victoria Regia en el espacio mío.

Aquí de Buenos Aires el desvelo
se afinca recio, y pálida escritura
a fuerza de ponientes, tumba cielo

en mis llanos también de cepa dura.
Vi el Paraná y el Plata se derrama
ambos en la profunda quemadura

de haber vivido allá, tierra que ama
mi corazón. El Sur, dibujo fino
sobre el envés del alma, como llama

de sed, enarbolada de destino.
Camino traza amor cuando le veo
cenital en mi clámide de lino.

Así me vio y yo vi a Montevideo,
primera en el recuerdo, en la costumbre
de los nombres amados: Juana, creo,

el más cercano; Concepción en cumbre
cercanía de Sara, donde gira
cielo mayor y pavorosa lumbre

de excesos. Dora Isella que delira
en su esmeralda, y sobre todas estas
grandes del Sur, la sombra de DELMIRA.

Allí a la orilla de su río, enhiestas
están Paulina, Clara Silva, alguna
de más poder. Tú misma les contestas

pues te cuentas con ellas y ninguna
habrá de mezquinarte claros usos
de lenguaje y de mínima fortuna

en Venezuela. Retos inconclusos
te comparten en dos, como ramajes
agobiados de pájaros ilusos,

de íngrima admiración, y ciertos viajes
por la palabra exacta, sin desvíos,
siendo flecha, candor, lumbre, virajes

de sonido y final en prados míos.
Sedas oscuras que en el Sur agitan
sus enclaves de voz y desvaríos,

para caer de bruces. No suscitan
zureos de agua, no presteza fina
para encauces de miel. Sí resucitan

en el codo abismal; curva divina
de recuerdo, por ondas y destajo
a cielo incurso en copia de glicina.

Cuando digo "glicina" surge un gajo
de río azul, o pálido abanico
de Paraná, sumido en el trabajo

de hozar profundo, yacimiento rico
en pardos, verde-oscuro. (La grosura
de cardúmenes ebrios, magnifico).

Victoria Regia y gesto se apresura
a grandezas en círculos primarios.
Alguna vez la flor, otras, altura

de cantos y de márgenes agrarios
donde se desdibuja el asistido
jazminero de infancia. Tintes varios

allá en Mendoza, prado concedido
a bosquejos de sauce y ufanía
de perros cazadores, con olvido

del silencio en rebotes de alegría.
Después el Sur, la CRUZ DEL SUR, sosiego
en paños de labranza y lejanía.

Fuerza de estar: ¡oh!, pálido trasiego
de equinoccios urgidos, barajados
de norte a sur como encendido ruego

de líneas o de trazos espaciados.
El Sur. El SUR. La tierra y su grosura
en pastizales hondos, y ganados.

De música, la grave partitura
del Pampero, se suelta y adelgaza
hasta dejar en vilo la llanura,

y hacer inmenso lo que gime y pasa.
Ahora retiro página y me quedo
otra vez con los muros de mi casa:

VENEZUELA que en llanto me concedo.

VENEZUELA

Comenzando de a poco te dibujo
con materiales arduos, pues presento
plana azul y secreto desdibujo

de alma en vilo, que oprime lo sediento.
Tiene la piedra, sombra que se arrima,
cuando la sombra busca el pensamiento

de lúcida abundancia, con estima
de indefensa mujer, que solo intuye
PATRIA. Asumido en ámbitos de rima

el fuego, porque el clima se construye,
(despojados de verde sierra y llano)
con las mismas candelas que rehuye.

PATRIA MÍA no sé si lucho en vano
por dibujar tu máxima figura
más de la luz y menos de mi mano,

ya para siempre, en tu costado, oscura.
Déjame anticipar foja sombría
que alivie y establezca mi escritura

en tu fauna, tu flora en ardentía.
Tu mangle aconsejado en copia fina
con respaldos de mar, lenta ataujía

de estar y ser. Tu clámide divina
de manglar, sea cual es: sueño y descanso
en sosegada seda repentina.

Si no temprana huerta, sí remanso
escoge fondo, para que refleje
distancias de penacho. Cielo manso

sufre, manos unidas, el despeje
de agua empozada, donde azul inicia
la Patria su creyón, y que no ceje

foja crepuscular, asaz propicia
a fijezas de vuelo, con esmero
de alta deidad. ¡Oh! singular primicia

de lo oscuro, tatuado, donde quiero
cintas dejar de luz, recia amalgama
de verbo y tiempo en párrafo costero.

Porque así, boca a boca, te reclama,
costa, monte o llanura, quien se aflige
y anda despacio en desolada trama

de Nación, que sus ámbitos exige
para aliviar su gente, la osadía
de ver abismos donde el tiempo rige

y sucede el engaño a la agonía
de Patria deslucida, traicionada
por los alegres, hartos todavía

de cuantos da, tesoros la arrasada
pulpa latente; cuenco, laberinto
de tierra en hosco signo dibujada.

Pienso en la cascabel, como recinto
de defensa y sonido. Suave norma
de color cuesta arriba, que repinto

para hacerla valer; erguida forma
en espacios de amor, y de momento
también de odio, trasvasado en horma

abisal, de purísima esmeralda.
Cascabel-Venezuela, dame un alto
y acuna estas presencias, en tu falda.

YA VOLVERÉ A TU OSCURO SOBRESALTO.

ESTANCIA DE LAS FRUTAS

Panas y terciopelos averiguo
para gustar mameyes y zapotes
con paladar de silabario antiguo.

Con idioma de amor, saber y lotes
de mieles y blanduras, con resabios
de semillas brillantes y de brotes

antes de madurar, y dulces, sabios,
abundantes recursos: ardentía
de memorias tatuadas en los labios.

Forma de ser, el níspero desvía
tactos de bronce a claro mestizaje
de pulpa sazonada en verde umbría.

De pulpa con latidos de paisaje.
Sombra menor en círculos, transida,
copia insular de cóncavo viraje.

La mano lleva el gesto a la medida
del fruto y en redondos atesora
poma inicial, de desnudez, vestida.

Es el gozo de unir lo que demora
con lo inmediato de gustar. Trasiego
de tiempo y luz en palidez sonora.

En vértigos de ser, como sosiego
de los sentidos; íntima riqueza
de brasas que jamás culminan fuego.

Herrumbe sí, con húmeda certeza
de bien llegar, a quieto torbellino
de amor-sabor, en repentina mesa.

Mejor, honesta mesa: buen camino
de extender luz a cálidos manteles
como soportes de galope fino.

Néctares rubios informaron fieles
cantores, en la cúpula del mango,
organizada en centros y caireles

de follaje, sumido en alto rango.
Frutas acusan brillo de lo inerte,
por ser labiajes de encendido mango.

Árboles grandes todos, de tal suerte
que es poma-vuelo, para hallar la clave
del cielo que sus términos invierte

y ofrece de lo oscuro sacra llave,
asaz dulce, secreta, como inicio
de viajes libres en fulgente nave.

Recordar quiero lento precipicio
a favor de la sombra, donde acudo
sorbiendo juventud, al buen oficio

de probar una y otra para escudo
de la abundancia recia, con orillas
ácidas de gustar, otras con rudo

sabor para ofrecer sus escudillas
arduas en el pasar de gente en gente
por ensartados hilos de semillas.

En sorbos acudir, sobresaliente
el matiz que rodea tanto espacio
como tiempo, en lisura diligente.

Campos de amor en paladares sacio
y culmina en respiro, que traduce
un ayer, a dejar, siempre reacio.

Un no querer y sí que me conduce
a revivir ausencias; propia hazaña
de sucesivos cuerpos donde acuse

memoria singular la dulce caña,
plantío de mi gente bajo cielos
con mucha luz y estribos de montaña.

Mas de nuevo me acerco sin recelos
al catuche, espesado en mansa bruma
y grosor de ave en copia de pañuelos.

Escoge el corazón labios de espuma
para la guama, nube que rebosa
y al verde-oscuro, del estuche, suma

diligente vilano, niebla honrosa.
De cuantas frutas el amor intuye
ninguna tan de raso, silenciosa.

Hacia adentro el anón se constituye
en témpanos de azúcar y privanza
de amonedada piel, que restituye

a chirimoyas, trechos de alabanza:
fuego blanco de trópico; rechazo
de tinieblas en húmeda semblanza.

Hijas del viento. Hijas del abrazo
de la altura y la luz, tanto conviene
sol reflejado, en inocente trazo.

Nombrarlas quiero a todas y se atiene
memoria al gusto. Tacto se averigua
en sucesos de formas. Se retiene

rubio cotoperiz de miel contigua,
también árbol gigante que retoca
esmaltes vegetales, y atestigua

del maco, primo hermano, dulce soca
como segura dádiva del año
y a lentitud de gusto nos convoca.

De la tuna, por verde en verde escaño
la colorada poma, en especiales
reductos de frescura, sin el daño

de corteza espinosa y sí finales
en sagrados deleites. Solicito
contentos nuevos, cálidos, radiales,

y sabrosura ingénita repito,
en espesores y corriente mansa,
el secular orgullo del caimito.

Su poder tanto en la memoria alcanza,
que se derrama en miel como ninguna
y a cielo limpio surge su alabanza.

Cabe flotar en circular laguna
de agrados, y partidas de relevo
para el caimito en témpanos de luna.

Relevo de pasión y de oro nuevo,
la implorante querella del racimo
por no ser olvidado donde elevo

oración pura. Terrenal arrimo
al bananero, súbito, inmediato,
sumido en cremas de inocente limo

con amarillos de ave. Desacato
a lo alado-engreído que reposa
en cuajadas alburas y desato

témpanos, sojuzgados a la rosa:
probar esencias, resumir los tactos
de tanta umbría en clave deleitosa.

Después viene la piña, con exactos
rombos en espiral, y rociaduras
de abejas en las grietas. Recios pactos

de la espina con blandas meladuras.
Innúmeras coronas danle vida
a recios pomos y arduas esculturas.

Callando arribo a pálida medida
de parcha real, y concedidos bienes
para la infancia. Beso y despedida

a tus bayas humildes que sostienes
Ana Enriqueta niña en platicantes
diademas de sabor sobre tus sienes.

Puesto el higo reclama. No adelantes
avispa regia en el pezón de fuego.
Avispa que disputa miel rasante.

Del aguacate el inocente ruego
se afinca en los solares de mi casa
y surge variedad de escaso riego

llamada "Caja Seca" que entrelaza
cuenta a seguir en verde y amarillo
para cremosa del sabor, la brasa

invadir paladares y del brillo
hacer justicia, rescatar el nombre:
"Francisco Andrade" agricultor sencillo

hizo la especie para que se asombre
urgencia gustativa y haga vía
en persea brumosa, altor del hombre

con destino a buscar en la ambrosía
nuevo cauce y recurso de otro fuego
que reposa en lo verde todavía.

Hija mía. Mi ROSA, frutas tuve
y en bandejas de amor TE las entrego.

PRIMERA CASA

Venezuela me libre de este azaro
no por sencillo idioma, sí inaudito
pues de rodilla a su faz me encaro.

Estilo pido por de más bendito
en recamada página que aterra
y encandilados signos resucito

para enhebrar semillas donde encierra
el símbolo su esencia. Paso raso
me conduce y mis ánimos destierra

y a sonoros, y a secos como trazo
de soledad en recios almacenes.
Sonar oigo el café; suave retazo

de música en las sienes y convienes
en recordar sonidos con dispuesto
caballo atado al ventanal. Retienes

rumor de aguja en pálido contexto
de tenso lino en el telar. Cambiantes
notas asumen un pasado enhiesto.

Una patria de infancia y adelantes
extrema voluntad nunca dispersa
sobre páginas libres, reiterantes.

Página de saber corriente tersa
a fuerza de empuñar cálido mando
mismo en su palidez de luz inmersa.

Páginas floridades esperando
pero luciente hacia enlutadas galas
el dolor en las sombras alentando.

Paso a paso los ánimos escalan
y verte niña surge de repente
con brillo escueto en espaciosas salas,

en amplios aposentos con relentes
de lunares fragancias y personas
de alto porte y sereno continente.

Un canto dulce en la penumbra entonas
y surgen padre y madre con intensa
dignidad y con ramos los coronas

ramos son de hojas criollas como densa
alabanza que al aire restituía
bronce de labia pura, sin ofensa.

En elevado barandal había
vecina fronda de Samán airosa
tachonada de pájaros y vía

de móvil, encendida mariposa.
Caballo blanco por mi solo intento
émulo fue del lirio y de la rosa.

Casa tuve y viví claro portento
de sábanas de hilo en tendederos
alimentados por el sol y el viento.

Solo recuerdo dicha, monederos
de todo lo feliz como tesoro
de andar secreto en íntimo sendero.

Seguro hubo dolor y el alto coro
de familiar lamento fue la esencia
dispensadora de ámbito sonoro.

En traje negro singular presencia
organizada en gesto innumerable
impone al cielo retos de conciencia.

Todo escuchado, todo inalterable,
mismo frases rebeldes con el vario
lloro lanzado a límite insondable.

No me ciño a razón, ni si el salario
de la calamidad midió el insulto,
o justo el sacrificio innecesario.

Sobre mi corazón pesa inconsulto
mayal y sí de pena, nunca miedo
surge un clamor de cangilón inculto.

Surgen gentes, mi gente y me concedo
hermosa saga en ondas, apacible
a fuerza de pasado y llanto quedo.

Vuelve pausado trazo impredecible
y de la infancia el matinal retozo
espacio ofrece a páginas sensible,

a singular candela a deleitoso
punto de luz en historiada brecha
que a patio central da como dichoso

ir y venir de blanco. Lumbre estrecha
la del zaguán y oscura desacato
pureza del jazmín y la desecha

plana cayendo en húmedo mandato.
Samán del centro luce diferente
para congoja de inicial relato.

¿Qué piedra como círculo oferente
rebrilla en la memoria y adelanta
sombra cuajada a sombra diligente?

Peso exterior de pino y de garganta
empalmados en cantos sin orillas:
vastedad exclusiva de Amaranta

y puesto de mirar formas sencillas
de la belleza en nubes con profunda
versión sobre unas flores amarillas

justifica renombre donde abunda
miel pálida de bueyes y presume
jazmín inusitado la coyunda

en brazadas abiertas de perfume;
casa continua mi presente inmola
a lámina rural y mar asume.

También asume río. Casa sola
por ciudades de término confuso,
hablas conduce y hablas extrapola

a futuro más amplio de buen uso
para ceñirse mítica corola.

ESTANCIA DE LOS MÍOS

MI GENTE

En horas de alabar surge el portento
de espuelas de oro, rebrillando fino,
bajo voces de claro entendimiento.

Resto de voces en zaguán atino
a fijar y, del tiempo la hendidura,
da paso a la razón y al desatino.

¿Será sequía ramazón futura,
si no logro encarar página entera
con escuetos dibujos de hermosura?

De hermosura, ya en paz, como cimera
torre de plumas, y cimera hazaña
acongojando montes, de manera

que la quietud se bebe la montaña.
El mismo aire la conciencia anula
y mansa, pace grey, que no me engaña.

Sombras, nieblas, y páramo acumula
el recuerdo, y de platos al acecho,
ser reseñados, pide lenta gula.

Pero luego será, pues el deshecho
me acerca pronto a nombres, a destreza
de nombres, acogidos a mi pecho.

De fulgurantes nombres como reza
la saga familiar; espeso muro
de lumbre viva y matinal pereza.

Escoge rayaduras en lo oscuro
ánimo breve y todo lo rehízo
forma de ser de entonces, con seguro

espacio para estar. Luego indeciso
amenaza follaje, y lo seduce
con retazos de sombra por el piso.

Mi CASA, hacia la PATRIA me conduce.
Bajo avenidos techos me sosiega,
y, confinante en nubes me traduce

recién habida la misión. Entrega
confluye a la mirada. Hace combate
con el instinto: su quimera ciega.

Nombres recibo; nombres al rescate
de un descanso que llantos averigua.
De nostalgias y quejas el embate.

Amigo fiel presencias atestigua
de cómo fuimos, sin luciente engaño
de estatura y memorias apacigua

para ceñirse a la verdad, sin daño
de la belleza, y ánimo declara
andar seguro en elogiado paño.

Tusor y lino fueron fibra clara
de entendimiento, en corredor severo
con aledaña huerta que depara

verdes en sombra, a venia, y pasajero
reflejo, en los anillos, y desclaves
de tendidos de sol en el alero.

De familiares tonos el entrabe
de los cabellos rubios, al inicio,
después oscuros, como oscura nave

de abundancia, soltura, calmo indicio
de mestizaje y coronar el tema
con resbalados oros, al desquicio.

Criolla blancura pálida, es diadema
de un único perfil que se desliza
de una sangre a otra sangre con extrema

alternancia y arraigos sintetiza.
Disposición de hombros da reposo
al andar sin retardos y sin prisa.

Mujeres hubo de talante ocioso
en la hermosura, fina confidencia
de la piel y su rango portentoso.

Tobillos fueron tímida advertencia
de lo delgado-noble, hasta el extremo
de bonanza en el paso y la apariencia.

Bello lucir, llevado a tardo remo
hizo del continente buen traslade
de adelantado muslo con supremo

apartar telas, como fino jade
de combas contra el viento que fustiga
y ciñe espacio a quien pureza añade.

La color en sus hábitos abriga
sedas dormidas, resbalada seña
de encuentros en inicios, en amiga

expresión que lo recio no desdeña.
Erguido porte da su lucimiento
a mestizaje en pálida reseña.

La frente abreva lumbres y sediento
en ancha luz navega, oscuro barco
presto a volcar anuncio y cruzamiento

de sangres y en mis cálices abarco
igual medida que en mi ser declare
tanto de sombra o de alabastro parco.

Aceptación dichosa nos depare
armoniosa figura, buena traza
aparejada en tonos, y encontrare

voces tres; las vertientes de mi casa
y en trípode de sangre se traduce,
secreto verso, sobre plana rasa.

Acumulada labia me conduce
a trances, aluviones de la ruda
cita, gravosa al sueño. No desluce

luciérnaga abisal, cañada muda
sobre trechos de rumbos, al acoso
de cifrados motivos, con desnuda

palabra siempre fiel, a riguroso
modo de hablar, que en otros dificulto,
mayor vida o vislumbre poderoso.

Palomares lo dijo en verbo adulto.
Lo dijo y la verdad nunca me abruma
pues elogio es sincero y del más culto

origen es su verso, como suma
de lo expresado-oído, de la frase
esculpida en sucesos. No presuma

mi corazón grandezas, pues rehace
blanco en lo blanco, luz que no varía
ni permite minucias ni desfase.

Idioma cruza y hace travesía
por voces hondas de viril declive
mezcladas, en la mágica alcancía

de la primera infancia. No concibe
otro remar el aire, y como vibra
paso de hombre que en el aire escribe

descuidado adjetivo, recia fibra
de cuanto avanza limpio. Sobreviene
a condenas y, triunfos equilibra.

Único triunfo el de existir. Conviene
aclarar, no ambición, ni quien pretenda
hacer virtud de un dejo. No retiene

memoria, posiciones… Sí la ofrenda
de sustancia rural, en el relato
que la inglesa, en su idioma recomienda.

Memoria abarca tiempos y recato
de presencia viril, como la brasa
de posterior incendio, en dulce trato.

Memoria se detiene en cada casa
de cuantas fueron, y región aparte
singulariza caña y niebla rasa.

"Casa de Pasos"; a mi voz imparte
incorruptible idioma, y anaqueles
de vertical silencio y mejor parte

para guardar dechados, y manteles
recamados de luz mate y caudales
de rosas y finísimos laureles.

Todo bordado en círculos cabales.
Todo tendido sobre raya roja
de balaustrada, sueño e iniciales

de pañuelos, en íntima congoja
con esa misma luz, tenaz y varia
que la risa, más joven, desaloja.

Casa de Pasos, recia tributaria
de exagerada lumbre, como barco
entrando a puerto en alta luminaria.

Animales domésticos enmarco
(espacios anteriores dan legibles
signos de ausencia). Páginas remarco

donde aparecen libres y apacibles.
Suma y atemperada lejanía:
mis animales. Míos. Intransferibles.

En salas, donde el aire es correntía
del jardín asomado a la ventana,
con avances de aroma, como guía

de inmerso colibrí: así la plana
donde aparece el girasol, y honroso
culto comienza en tácita mañana.

El girasol trasciende y luminoso
se yergue en el aliento, pues, devela
gente, mi gente al instintivo acoso

de CASA-GIRASOL, en duermevela.

ESTANCIA DE LAS FLORES

Flores son y me obligan al desplace
de los oficios. Abre la alegría
con diez sonetos a la rosa. Place

tanto rumor de tonos y ufanía
de variedad y sufres, te desgarras
para ofrecer, primera, en mansa vía

respuesta azul-profundo de cigarras.
Del veraniego roce haces intento
con pétalos que aprietas y abigarras

en el botón sutil, como fragmento
de juventud, y mar, y nos enseña
(lejos de mi presente y ornamento)

los diseñados costos y la seña
de palabra propuesta: (rosa, creo)
de culta, de floral, ágil reseña

siguiendo americano deletreo
para no desdeñar el bello trueque:
hoja por flor en matinal paseo.

No de minucias el ingenio peque
cuando se trata de follaje alterno
en estrellado porte. No se ahueque

por cada florecilla. ¡Oh!, desgobierno
de aroma en el jazmín por donde entablo
audacias olfativas y gobierno

de este cuaderno en álgido venablo
de perfumes que en muchas se destaca
como aceite y aseo del retablo

avenido a la saga, y entresaca
las olorosas, mi recuerdo ardido:
Azahar de la India que sonsaca

de la Dama de Noche, el ritmo urgido,
y en borbollón de aromas la recreas
abierta en mazos, de aire restituido

a estrecha flor, que en tu silencio oreas.
Oh, pureza inicial, el aire envicia
pegajosa fragancia de ninfeas.

Olor de afuera surge y acaricia
extenuada avidez y me retrae
a sutiles mesuras de codicia,

viendo de la azucena cuanto cae
de la luz a la sombra, como fianza
de sobriedad y el alma se distrae

en los lirios morados, donde alcanza
Juana inmortal, insustituible modo
de lo eterno marcado en la esperanza.

Mirabilis jalapa, su acomodo
busca en la tarde y trabazón bermeja
con benévolas rachas forma un todo

de levantado aliento que despeja
otro envión de perfume desde el suelo:
jazmín-café cuyo blancor no ceja

a vehementes dobleces de pañuelo,
empapado en esencias y desciende
a flor de baile: cactus en deshielo.

Jacinto griego en mi memoria asciende
en el gran Buenos Aires. No varía
su quieto aroma, y lámina sorprende

como inmóvil relato o amnistía
entre fatales clámides. Estricto
surge el estefanotis y hace vía

rumbo a Madagascar, así, irrestricto
el nombre afirma punto rescatado
y en buena lid, permanecer invicto.

Enredaderas suman el recado
de ventanas ausentes, más no fíe
corazón a su ritmo confesado,

a través de corimbos pues se engríe
mi pecho en las thumbergias y el orillo
de hoya carnosa, o flor de cera, amplíe

las cobaeas escandins. El anillo
del año, su anular y se desvíe
de nombrar una a una, pues su brillo

puede cegar el ánimo, que asiste
cobertores de púrpura y blasona
de blancos confinantes, donde existe

brama de quieta espuma, sobre zona
de tendones agrarios, e intercalo
daturas olvidadas. Aprisiona

espacio dominado por sensalo
de parcial vestidura que resalta
oro marchito en el follaje ralo,

pero sí de perfumes sobresalta
por ser íntimo al muro, y avasalle
luz cocinada en la visión más alta.

Luz en racimos de fulgente talle.
Original instancia. Se revoca
sentencia leve. Provocada calle

este ondular del tiempo bajo toca
de magnolias. La calle que utilizo
en mucho blanco de turbada boca.

Victoria Regia inmensa, solemnizo
en descripción de Antonio de Undurraga,
pues yo nunca la vi, más se deshizo

ánimo en llanto, porque el llanto embriaga
a la belleza, ese ámbito ganoso
de vertical rumor en onda vaga.

Después, las crasulentas, con suntuoso
grosor y fijas leyes lobulares,
incidiendo en peñuzco laborioso.

Ahora de la astromelia los altares
de menudo esplendor y correntía
espumosa de tonos. No apesares

sin nombrar el hibiscus, regia vía
de forma, de color, de gracia mucha
y del tallo suprema jerarquía.

En esta misma página se escucha
padecer a la abeja, desatada
en honduras de amor, escueta lucha

con desgaste de sol. Oh, forma actuada
sobre el grano de polen, que enmudece
ya firmado, ya esencia programada,

ya resumen de ser. ¿ Se favorece
la anémona ojerosa porque exhibe
pacto de sombra y sérica anochece?

Apretado clavel se desinhibe
y revienta en color y se desfoga
sobre el rígido tallo que recibe

azul sumido en verdes y dialoga
también el gris, minúscula marea
de cuanto huele. Férvida se ahoga

en su azul castigado donde crea
amoratado azul, rosa confuso,
la alternada visión de la hidrangea.

La gloxínea sus pétalos dispuso
en sin igual clausura, que demarca
línea de luz y singular abuso

de felpas, asumidas como zarca
proximidad de sombra, pues semeja
paso blando el grosor de oscura marca

ya vinotinto o malva, ya bermeja
inclusión de la luz, en fina estría
de música y en bajos se refleja.

Conocer de las cannas arquería
es privilegio del color, buen modo
de alimentar secreta sedería

de flores que me piden su acomodo
en pecho libre, hasta el amor, desnudo.
Lobelias, impaciencias. En recodo

de la zebrina péndula, saludo
a la humedad. Oh, ceñidor agrario
de aliento doble y de concluir agudo

la orquídea. Su fulgor ardiente y vario.
Su remedo genésico, su data
sometida al más cálido inventario

de los sentidos, y a la vez acata
trenos de miel, do abeja señorea
y en rituales anuncios se recata.

De la thumbergia alata la marea
agobia cercas, humaniza pliego
de esclavitud, pues ánimo recrea

de africano esplendor: oscuro fuego
ensortijado en el bambú. Conciba
ipomeas mi frente, pues delego

sombra especial, con aire a la deriva
de esta sombra, mi sombra, con finales
de luz, a otra distancia pensativa

acodada en secretos ventanales.

ESTANCIA DE LOS ÁRBOLES

Bastante niebla, más lenguaje estable
necesito, y en páginas enclavo
lo extenso y quieto, unido a lo mudable.

En zurcidos de amor siembro y alabo
harto palo florido y se destaca
un amarillo sobrio, que recabo

para otros, muchos más, como resaca
del victorioso tono donde aduce
oro ser uno. Secular, opaca

la fronda del jabillo. Me traduce
cuánta masa de pájaros, anclaje
de pájaros alternos, como cruce

de sombra a sombra, tímido homenaje
a Hura Crepitans, ¡ay! por demasía
de belleza en extenso lontanaje.

Hura Crepitans busca geografía
plana, y en aire doble se desboca
lumbre mayor, en áspera sequía.

Pero el jabillo sequedad revoca
y en humedad dentada se insinúa
piso a piso y en verdes desemboca

que niegan el verano, pues sitúa
ricos follajes, como fina alhaja
que el entorno recama y acentúa.

Solo la sombra del jabillo ataja
luz cruda que en arribas señorea
y no atraviesa pulpa, ni la saja

con cuchillos de luz. Jamás verdea
brizna inicial, en ámbito moroso
de esplanada, que goza quién la vea.

Es bueno revivir samán umbroso
escapado del tiempo, y nos refleje
cuanto de la costumbre, hace dichoso

buscado sitio y al llegar no ceje
en goce igual, samán y se desvela,
y ánimos alertados aconseje

el buen decir en memorable tela
de consumo celeste, con estría
de rigor en la máxima cautela

adelantando pasos, pues había
señal infausta en matinal tropiezo
que amenaza y atenta todavía.

Pithecolobium pide algún receso
y señalar su copa en alta data,
que, de circunferencia, no es exceso

hablar de los cincuenta y se recata
de decir más en lengua peregrina
quien, en verdad ilustre, se hace grata.

Pithecolobium cielos adoctrina
con verdor de pecera y manso arribo
de bestias a esplanada que domina

tierras extensas, de especial cultivo:
caña de azúcar, pálido recuento
de tallos en tanteo fugitivo.

Ceiba pentandra en ánimo presento
admirativo, y a lanzar comienza
semillas deshicentes, como lento

caer plumoso en suelo donde trenza
sombra y luz, su contento y su maniobra
de silencio movible en ara intensa…

Ceiba pentandra, ceiba como sobra
de agrado por lo inmenso, que dibuja
un cielo en otro cielo sin zozobra.

Ahora, de lo florido, fina aguja
para bordar en aires, filigrana
de tonos y valores de burbuja

a pedicilos albos. Nadie gana
más en color o diálogo bermejo
que erythrinas, la glauca y poepigiana.

Dos clases de bucare con manejo
de zonas. En los Andes es umbría
y parquedad. En nieblas, gran cortejo

de estallidos en rojos, por la vía
de obediente caudal. Ninguna invoca
como yo, la profunda vecería

de señalar corrientes. Dulce soca
de frescor en la entraña. Paso noble
hace erythrina glauca y se retoca

con ondas del Caribe, masa noble
para saldar ausencias, pues, escudo
es de nostalgias el espacio doble

de regias tabebuias. Oh, el desnudo
fulgor del apamate, pentaphilla
morada o blanca entre el follaje rudo;

después araguaney, al fondo, brilla.
Tabebuia crysantha no hace injuria
al oro puro en lámina sencilla.

Rigurosos follajes hacen furia
de verdor, en jactancias del mijao:
Anacardium excelsum con penuria

de flores y sí sombra de ancho vaho
por correntadas de aire, y escabeles
de hojas secas, y de aves, dulce grao

donde posar el vuelo, con rondeles
de atraigos, y ninguno que amenace
gratos entendimientos. Pulsos fieles.

Cedrela angustifolia no adelgace
recuerdos de mi casa. Puerta amada
de cedro principal, como desface

de otra madera en rojos conjurada.
El cedro sube, esbelto, libre, ufano
presto a gozar la coincidencia alada.

Ceiba pentandra recupera mano
innumerable, y cálida recrea
porte gallardo en hábito mundano.

Excusa, corazón, fina presea
y miro en cada pétalo ligero,
suma ocasión de goce a quien me lea.

Sumo descanso, para ser, primero
en la escalada del verdor, y mía
con rutas y distingos de tempero,

la abrigada semilla: sacra vía
de posibles recatos donde trove
un dulce ser, de vuelo y profecía:

un pájaro, rumor leve desove,
a fuerza de espejarse en móvil rama,
mientras el árbol su vaivén innove,

mientras se agite misteriosa trama
de sucesos, y tímido dialoga
el azar, con solturas de alta fama…

¿Árbol, o solo lumbre que interroga
hoscos racimos de tiniebla, asida
a paños más oscuros donde aboga

poquita muerte, indescifrable vida?

ESTANCIA DE LAS CASAS VIVIDAS

Cuánto de casas, ánimo, fabula
a partir de la página. Insepulto
samán reclama puesto, y resta gula

a sabrosos despejes donde exulto
muros de cal. Presencias intercalo
de bien ceñido porte, sin insulto

a lo procero humilde con regalo
de tramas simples y conciencia agraria.
Umbríos aposentos intercalo

a corredores de soberbia varia
a fino paso, o esbeltez reseca
sobre patios ceñidos. Tributaria

la luz maneja cauces como seca
noción del esplendor, pero entorpece
destejidos de palma, que desfleca

también verdes oscuros. No establece
ninguna flor su rojo, pues desvía
hacia el perfume, y blancos favorece

la confidente sombra, con umbría
escalinata hacia el aroma. Toda
entereza, se afirma en galanía

de árbol central y pisos acomoda
a espesa luz, o circulo ojeroso
caído sobre el suelo. Recia poda

muñón desnuda en ámbito precioso
de thumbergias alatas, donde educo
del año, aquel pasado sigiloso,

puesto a brillar en vegetal caduco.
Así fueron de zinnias los lavados
argumentos del rojo, en manso truco

de unas por otras, flores. No situados
setos, veredas… ni verdor halaga
tanto de arena en tramos agitados.

Patios, MIS PATIOS, por hondura vaga,
imaginada, asida a realidades
extensas, son en mí lo que divaga

y hace razón a innúmeras ciudades.
Patios, MIS PATIOS, tantos, y uno solo
los representa a todos. Soledades

con holgura de sombras, acrisolo
en páginas que el ánimo sortea,
para así disponer de un árbol solo

con venia de follajes. Así sea
blondo samán. ¿ SAMÁN, te justifica
el desempeño de otra luz? Idea

de trasplantar a la confluencia rica
de climas, otros climas, donde dicto
tu follaje que en mí se multiplica

hasta borrar laurel, lineal, estricto,
y a puro aroma retomar la sabia
disposición de gloria, como estricto

acodarse a otro canto. Nueva labia
nuevo llegar a la espaciada rosa
hallada siempre donde no se agravia

ninguna geografía, ni se acosa
paso silvestre en senda inaccesible
ni en pureza de página dichosa.

La rosa, siempre en patio inamovible;
la rosa, siempre, en tímida cascada,
como iluminación insustituible;

(siendo rostro del viento, levantada
cara hacia el sol), que rumbos favorece
a mariposa en oros abrasada.

Niña que fui, tu frente se merece
vaivenes de cefeidas abisales
en brevedad teñidas. ¿Quién ofrece

salvar corona o trasvasar finales?
La noche inevitable; la orgulleza
de lo eterno y sus tímidas señales.

Aposentos de otrora dan certeza
de lamparilla en el altar, con viva
indecisión de llama, y sutileza

de verso en sombra que aves adjetiva
con redondez labrada en la caoba
de pesados armarios, donde altiva

fragancia, pulsos y actitud innova;
pulsos de lamparilla o deleitoso
llegar. Estuve en la temida alcoba

y hubo respuesta en surco valeroso,
no por afirmación, sí por arcano
del corazón, su dádiva, su acoso,

su estar alzado en rigurosa mano
de silvestre, nocturno abrigadero
y fugaz advertencia de verano.

Tomar quisiera de ánimo altanero
cuanto desguazo tardo, sobrevive
al fondo de mi casa, con esmero

de blanco sobre blanco. Se recibe
verde en luces de adentro. Movedizo
follaje, planos húmedos exhibe

y tatúa en el suelo raro hechizo
de sombra de petunias, y el empoce
del aroma secreto. Oh, claro aviso

de aquella, sí, mi casa: tierno goce
de cuando niña fui con demasía
de bienes en los hombros. Reconoce

pena librada a tímida alegría
de ser voluntariosa y desdichada.
Un árbol lanza su color umbría.

¡Casa del alma, casa desvelada!

ESTANCIA DE PROTECCIONES Y ÁNIMOS

En tercetos trabados, en estable
verso, día de hoy, firmo y enclavo
sin más rotura que ánimo mudable

en propio idioma, donde me desbravo
con humildad, y fina se destaca
reverencia del alma, o piso flavo

sosteniendo mi paso. Luce opaca
advertencia en mis tiempos con anclaje
de miedo inmemorial, más se destaca

no ya resignación, sí tutelaje
de apasionados giros. Demasía
de canto abierto a excesos de paisaje,

a todo exceso, susto o erronía
con alba grupa que la luz retoca
paso a paso, del raso gradería.

Porque del cuerpo lámina se invoca
y holgado clamoreo se insinúa
en, de amenazas, anhelante boca.

Porque noche-jadeo se sitúa
en centros, y latidos amortaja
a punta de los dedos y acentúa

cambios de mano, pertinaz baraja
de acentos, como cambio noticioso
de un gallo, que la noche, alivia y saja.

Noche, MI NOCHE. Portavoz sedoso
de cuanto aroma, altivo me seduce
y torna erial, en ámbito dichoso.

También la noche circular aduce
exceso de tiniebla, o primacía
de no color. Negando me conduce

a saber de la silla; su porfía
de estar donde es y su silencio evoca
punto de eternidad y valentía

de ser, porque lo oscuro me convoca
a desdecirme. Oh presencia muda
de columna clavada en pura roca.

Luego resisten hablas, con desnuda
fruta de ensoñación y me sitúo
en sosegados ritmos, donde escuda

rara paciencia, y nubes acentúo
para de ayer, lucir un porte vario
unido a un hoy gastado que insinúo

para dominio, a fondo, de lo agrario
sumergido, moviendo sus candelas
en único y primer abecedario.

De colmenar y flores van cautelas
de miel, no tanta, pero sí alegría
de lo hechizado y dulce en altas velas

de propio barco a nueva geografía
sin tropiezos del alma, sin tropiezos,
para salir, más alta, todavía.

Imperturbable, no resuelve yesos
de poca monta; mármoles, pues noble
reclama material a los accesos

de la belleza, su experiencia doble:
nombrar, NOMBRAR. El arte se conjuga
con sustantivos de especial redoble

para hacerse del alma. Luce en fuga
el alma cuando intenta del saludo
asir el gesto, que la mano enjuga

con pañuelos de entonces. Solo nudo
de la tiniebla. Acaso conjurada
la tiniebla y en ella tenue escudo

de latido; su esencia desfasada
a exquisiteces sordas de verano,
hasta bocas de niebla rezagada.

Las protecciones surgen en un vano
de piedad, como trozos de pavura
marcando hitos de imposible arcano.

Ánimos, protecciones, dan hartura
a manejos de sombras, a espejismo
de mano que recibe sombra pura,

(Mucho apreciar tropieza con abismo
de que el amor es uno y verdadero,
mas el engaño surge de sí mismo),

de mano pedigüeña por esmero,
o actitud, o purísima certeza
de abandono en el sitio donde espero

estar y relucir como cercana
estando lejos. Nueva vecería
de frutal escindido en un mañana

quejoso y dulce. Tierna alegoría
de instante vuelto piedra. Y la FALENA
haciendo oscuros de alta profecía.

Final propio, a tinieblas, se encadena.

ESTANCIA DE CORTESÍAS Y REPAROS ANTE PUERTA FINAL

PUERTA FINAL

Presencia de hoy, así fino desgaje
a delicado porte, a demasía
frente a oscuro, pequeño vasallaje.

Pequeña humillación o gradería
para bajar despacio y se revoca
del insular espacio, la erronía,

de aliviar el destino en misma boca.
Pero un pasado turbio se insinúa
y nunca luz ese pasado evoca.

A no ser cuando el ángel se sitúa
a medio paso de lucir alhaja
con brillos que la música acentúa

y libre clama en sota de baraja
o rey de bastos como señorea,
de punta a punta en página que saja

con, una, ayer, de austral, limpia presea
sin ni siquiera un beso, o un encaje
de timidez en manos; no recrea

ninguna hiel, ni furia. Sí abordaje
del alma que transita cuando mueve
dos sombras como altura del paisaje.

De mirada a mirada, nunca un leve
desdecir de pureza, o noticioso
espejo, convocado a rostro breve.

Rostro, que de un vivir en tibio acoso,
"su orgullo pierde y su memoria esconde"
puesto a lucir como saucedo umbroso

vario de formas; su verdor responde
abriendo cauce, sin perder aliento
en todavía lo oscuro: cuándo, dónde.

Sube de tono y en su voz resiento,
"ultraje milagroso a la hermosura"
secreta y dulce, de un fugaz momento

unido a foja de esencial blancura.
Ni siquiera epitafio, o cisne grave
a todo raso, en levedad segura.

Pues de Rubén y de Don Luis la nave
contemplo absorta. Leda se retira
para dar ocasión y hacer del ave

queja, que de lo blanco hace mentira.
Mi cuerpo verdad fue, pero ninguno
de la lealtad lo primordial admira.

Ningún otro, ni lejos, ni a consuno
de quien no supo de posible engaño
y sí de lustre fiel, inoportuno.

Puesto en un resplandor ocurre el año
ebrio de pomas; año dulce y mío
pero mío no más, contando el daño.

Daño de flor trizada y albedrío
roto a pesar de altiva primavera
aceptando, del año el desafío.

Aceptando del aire la vidriera
por donde no pasar, y corredores
siempre extendidos a lujosa espera.

Uno a uno, secretos moradores
extendían tapices, y de tanto
en tanto, reverencia fue a señores

que hicieron cortesías del acanto
para llorar batalla diferente
y sorbos raros esperar del canto.

Aceptando gran límite presente,
burladora mi voz, se multiplica
en espejos de lámina reciente.

Espejos de los más. Y sacrifica
toro blanco de flores coronado,
mi voluntad, en soledades, rica.

"El mismo viento en forma de venado"
atravesado fue por metro y fuga
de la forma, reciente a mi llamado.

Forma de mariposa, antes oruga
o simple flor. Ahora como escudo
que, repitiendo alientos se conjuga

y me salva de ser, con paso mudo,
pasto del verbo… Sí. Tal vez persista
en conseguir propio desdén. Aludo

a quien de lejos pide que resista
lastimosa porción de ingrato nido
pues, de verdad y fe, mínima arista

apenas dio, más fue desposeído.
Injuria recibida en pleno gesto
hizo del gesto, coágulo de olvido.

Dejadme recibir auxilio presto
de quien, amor, en deslucido trance
hirió con flechas. Tarde me recuesto

en ese, el humillado, como alcance
de algún manojo azul, por tibia mano
que alarga aún su desmedido avance

y trasiega derrames de verano.
Otra pulpa, otra gracia peregrina
vuelta azul, desguazada, en el aciano

urgente para el alma. Sombra fina
de parque culto, numeral, sativo
que en alto se resuelve y adoctrina

tiempo de abrir premuras; manso arribo
de follaje, a ciudad que relaciona
piedad y muerte en el suceso vivo.

"Caracas allí está". Violencia entona
para luego tenerlos en regazo
de fragmentada luz como corona

de pavorosa estirpe: recio trazo,
casi dormido en hosca gradería
o desgonzado en cenital abrazo.

“La dulce confusión hacer podía”
mi vendedor de ostras, con la muerte
de este que a mi silencio respondía.

Y se allegaba con distinta suerte
“a las que tanto mar divide playas”
selladas con su imagen y tenerte

acrecentando rosas y medallas
de iniquidad, en tu menguado pecho
de casi un niño. ¡Ay! morir ensayas

utilizando mármol como lecho
de pureza ante pálida testigo
que de tus rosas, diviniza el hecho.

¿Posible entonces, retomar el trigo
de la paciencia? Sola desafía
hondones de piedad. El buen amigo

“los consignados premios, otro día”
sabrá por boca ajena, que no vale
soberbia alguna a la riqueza mía.

Riqueza de saber si sobresale
el verbo sobre el nombre, o desacato
de vegetal temprano a quien lo tale,

o descoyunte de su actual recato,
donde cuaja de amor, redonda poma
lucida a desmorir en rubio trato

de cuanto ha sido y que la tarde doma
con carencia de luz, siguiendo filo
en el cuerpo sin peso del aroma.

Siguiendo de la trama, doble hilo
para la gran escena sojuzgada
a pulso noble, por demás tranquilo.

Trama de vida a singular alzada
se aboca. Surge del caballo blanco
luz de ojiva, escogida y no deseada.

Mi juventud discurre por un flanco
("con labio alterno mucho mar la besa")
de lejanía y continente franco,

hecho a lucir discurso de belleza.
Por costos de la piel no me desniego
de marfil, tanto, como luz impresa

confinada en un tiempo dulce y ciego.
Fortaleza de llanto hace relato
para alcanzar nostálgico sosiego

de cuanto, y desde lejos, fue arrebato,
ya donde está, ya siempre, ya conclusa
imagen sin rotura y sin maltrato

para afirmar anciana que rehúsa
un miserable yeso, o desconfía
de virage fugaz en niebla ilusa.

Circular en sí misma, ciega huía.
"No los hurtos de amor, no las cautelas"
si no más bien Ana Enriqueta envía

a manes recios desmedidas telas,
lenguaje desmedido como brote
de oro monstruoso en ávidas candelas.

Sometida a decir en rico lote,
(a desguazar belleza fue llamada)
tanto de amor a quien lo cruel anote.

En no sustento, Patria atribulada.
En no sustento flor, menos acanto,
menos crecer en amorosa alzada.

Músicas son desgastes y entretanto
arboledas se agolpan, en memoria
adjetivada, sobre oscuro manto.

Casas también nombré; casa ilusoria
de niebla ya cuajada en ancho piso
informando Nación, besando historia.

Toda inocente en desgajado rizo
de mujer que se peina, y ensalobra
a Venezuela con umbroso hechizo

para de frutas, gusto. No zozobra
de antigua miel. Particular desgana
de amargos en la casa donde cobra

metal bruñido, porte de alazana:
bestia gradual que en el ardor evoca
"hurtos de amor" en paños de sabana.

Pero está la ciudad y se desboca.
"La admiración vestida en mármol frío"
restaña y ciñe ocaso en tibia boca,

con perspectiva a sublunar baldío.
Acoso bravo por escalas sube
para de arcángel, número y desvío.

Ciudad en ondas de crueldades hube.
"Hizo a mi forma; oh dulce mi enemiga"
doblarse en arco para invocar nube,

que de la escalinata cubra, amiga
camisa, abierta en desvalido pecho,
no ya dulzor de pálida cantiga

y sí silencio súbito, rehecho
por muerte cierta, núbil, prefijada
o ya de mármol, paso en albo trecho.

O ya costumbre de fugaz mirada
apresando en lo vivo pardo río,
con ave en el azul conmemorada.

Hago saber de verdes el desvío.
Hago saber de tonos donde abdica,
de única sombra cenital navío.

Nave de un solo trazo que me indica
piel a seguir pues súbita mentira
altera la color para el que abdica,

deja sin dueño aquella que respira
extensos sotos de palabra: abismo
de mar abierto donde se retira,

para salvar distancias de heroísmo.
Veste del héroe mi palabra informa
camisa tierna y blondas de bautismo.

De pajarillos la secreta norma
me da piso, y resuelve cuanto pudo
ser del desnudo fina plataforma.

Desnudo rosa-té cálido escudo
donde el amor enfatizó lisura,
cordaje de oro, que hoy por hoy, eludo

y rememoro singular lejura
de pie pequeño, desangrado en giro
de caña dulce y súbita pavura

como golpes de ala donde miro
carta en pedazos, que la noche enhebra
con harina de luna y de zafiro

porque se raja, se une, se celebra
capa suelta de paño, y me sucedo
paso a paso en pespuntes de la hebra

para bordar la fruta, sin el miedo
de manchar linos, y ofrecer mi loba
al extraño que a veces me concedo.

Suerte de retomar jugos de alcoba
y retomar del piano banderizo
el tema satinado de una trova.

Trova para nombrar, hacer aviso
de planta a conseguir, como mesura
de propia firma, firma que rehízo

rosa abismal en cuidos de escritura.
Rosa que sobrepasa dulce mando
de aliento como escala de soltura

y trepa, libre, en el palor vitando.
Sin embargo me espera y me concierne
esa puerta del dónde, cómo y cuándo,

sin que nada me ciña ni gobierne,
pues no temo de olvido la saliva
borrando cardenillos. Confraterne

mano mía con mano decisiva
en altos de otra miel desapacible,
altos para nombrar color cautiva

de única rosa fiel, inamovible.
"Gloria del sol, lisonja fue del viento"
allá en el SUR, oh, rosa inaccesible.

Constelación austral hizo momento
y la miré de frente, cruz perfecta
como la eternidad del movimiento

y se concede en vivo, a más dilecta
de otras constelaciones pues asume,
rara extensión de CRISTO, en línea recta.

Mi bocado de pan no se consume.
Tampoco en mano susceptible espero
sollamar latitudes de perfume;

señalar rabia dulce con esmero
"de olor. ¡Oh! fragantísima ironía",
para del lirio, casto vertedero.

HACER, pues se descubre idolatría
en cosas a sentir: hechura breve
de jazmín en perpetua jerarquía.

He sabido del alma, en esta, leve
a más aroma, flor, pues sustituye
aspiración de levitada nieve

en punta de los dedos, ni rehuye
pétalos tantos el fugaz viraje
de cuánto en el olfato se construye,

y hace de la estación, pañuelo y viaje.
"Admiraciones son, y desenojos"
los que me aportan culterano encaje.

Obra de fino trazo como rojos
lanzamientos de pájaros y zurda
la mano toma súbitos manojos

para blancos grabar en tela burda:
Echar de menos he, músicas, ritos
y para el tacto la estructura absurda

que pone fin a labios infinitos.
"Caduco alfojar, pero alfojar bello"
signa mi cuerpo desglosado en mitos.

Desglosado en la rosa, como sello
de principio y final, y se rehace
en coplas de avidez y de resuello.

"Nocturno el LOBO de las sombras nace".
Nocturna la LOBEZNA se adelanta
y pide fechas donde el ave yace…

Es tanta soledad, soledad tanta,
como del ave que acrecienta altura
y traspasa la luz y la quebranta.

Final en tanto luce su estatura.

SONETO CINCUENTA

Definitivamente estoy despierta
en un claro de patria donde abrazo
mis dos casas terribles y rechazo
planchada luz de página desierta.

Digo y lo dicho me asegura el paso
que atraviese la rosa y la convierta
de creatura perenne y entreabierta
en ave fija de enlutado trazo;

digo como una planta que obedece
en sueños y enseguida restablece
bestia tupida, sorda, desligada,

inútilmente libre, enmarañada.
Sobre lo escrito, girasol o nada.
Sin embargo lo escrito permanece.

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de Ana Enriqueta Terán

1918 En medio de una tempestad que azotaba la hacienda Santa Elena nace en Valera (estado Trujillo, Venezuela), la noche del 4 de mayo, Ana Enriqueta Terán. La reciben sus padres, don Manuel María Terán Labastida y doña Rosa Cecilia Madrid Carrasquero. En don Manuel María confluirían los apellidos Terán, hacendados de abolengo en la cañada de Mendoza Fría, próxima a Momboy, que desde el siglo XVI llegaron desde Coro y establecieron allí su plantación de caña, y los Labastida que habían llegado igualmente al piedemonte andino. Su madre, doña Rosa Cecilia, proviene también de una familia de hacendados y tuvo por abuelo a un gran humanista, don Manuel María Carrasquero. En la hacienda Santa Helena nacería igualmente Luis Daniel, el hermano mayor de Ana Enriqueta. Posteriormente, en la ciudad de Valera también, llegarían Dulce María, Azucena, Diego y Bebeya. Después, en Barquisimeto, verá luz José Rafael, el menor de los Terán Madrid. "Yo soy lo que era mi casa. Soy lo que era mi gente. Mi madre nos leía *El Quijote* en voz alta y mi padre le decía: '¡Pero si no entienden!', y contestaba mi madre: 'Sí entienden y si no se les hace el gusto'. Se leía literatura romántica, a Rubén Darío que fue como el pan nuestro. Había una devoción por gente, poetas, como Alfredo Arvelo. Enriqueta, su hermana, muy amiga de mis tías. Era la admiración, culto por las cosas del espíritu, el intelecto. Nunca faltó la literatura colombiana, tampoco los modernistas. Y yo crecí en ese caldo, el de mi bisabuelo, don Manuel María Carrasquero 'el hombre de las letras trujillanas' según dijera Cecilio Acosta. Existía correspondencia de Martí, entre otros. Es increíble la cultura que tienen estos lugares. De don Juan Manuel recuerdo sus cartas de amor, su finura, su calidad extraordinaria" (Reynaldo Pérez-Só; Adhely Rivero y Pedro Velásquez Aparicio, "Encuentro [Entrevista realizada a Ana Enriqueta Terán]", *Poesía* (Valencia, Venezuela), Nº 79 (1989), pp. 4-5).

1931 Desde muy niña, empieza a escribir. Y en 1931 por circunstancias nada comunes conoce al poeta Andrés Eloy Blanco, quien lee sus primeros versos y la estimula. "Recuerdo sí que un día –Andrés Eloy Blanco vivía para entonces aislado en Valera– me castigaron en el colegio, situado frente a la casa de los Blanco. Entonces me mandan a almorzar para allá, y estando yo en el comedor el Dr. Blanco se queda con una caja de galletas donde yo guardaba todos mis borradores, mis cuadernos, y se pone a leer poesía mía, y luego llama a mi mamá y le dice 'comadre, tenemos una poeta, aquí tenemos una poeta'. Esto demuestra que yo escribía desde muchísimo antes. Eran canciones de infancia que le gustaban mucho a Mariano Picón, quien luego se sintió desencantado cuando me puse a escribir otra poesía" (*ibid*., p. 5). "SOLERÓN Y LORETÍN. Solerón en el portón / jugamos al Merolico / la noche del Santolico. / Sangre niña / y sangre fresca / enhebrando las salidas / tropezamos con la huerta. / Y Yaya durmiendo niños, / Solerón y Loretín, / jazmines durmiendo apenas / en la mata de jazmín / ¿Dónde queda Salamanca? / Solerín y Loretín / ¿y mi caballo andón? / Yaya me dijo que sí / y yo le dije que no. / ¡A la cama Solerín! / Soleró-leroletón. / Caballo blanco mosqueado: / dos paisajes diminutos / en la niña de los ojos: / El portón, el empedrado / bordado de hierba fina / posadas en la ventana / las manos de la vecina / Soleró-leroletón /el caballo en el portón…! / ¡Ay! todo lo que se fue / Soleró, Loretín /¡Ay la mata de jazmín…!" (A.E. Terán, *Antología poética*, Enrique Mujica; pról. Enrique Hernández D'Jesús; cronol., Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana (Biblioteca básica de autores venezolanos), 2005, pp. 5-6). En este mismo año de 1931, por avatares de la política, mientras el general Juan Vicente Gómez estuvo en el poder la familia Terán tuvo que irse un tiempo a Barquisimeto y en 1932 se mudan desde Valera a Puerto Cabello.

1932 Los Terán Madrid se instalan junto al mar, en la calle Mercado de Puerto Cabello, frente al castillo Libertador, donde sufren los rigores del presidio dos hermanos de doña Rosa Cecilia por haber participado en la llamada Gabaldonera. El mayor de los Madrid Carrasquero moriría peleando en Sierra Córdoba, "en un lugar que se convirtió rápidamente en sitio de devoción para los campesinos" (José Napoleón Oropeza, "Elementos de vida y obra de Ana Enriqueta Terán", *Casa de hablas: obra poética, 1946-1989*, A.E. Terán, J.N. Oropeza; comp., pról., y cronol., Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 264). Ana Enriqueta seguirá sus estudios en el colegio San José de Tarbes, y de esa época, su plena adolescencia, prefiere destacar únicamente "a aquella niña de catorce años que por primera vez ve el mar en costas de El Palito. Dejemos esa niña con su asombro, con su estadía de tres años en

Puerto Cabello, puerto amado, donde el mar aporta ritmos, brillos y densas claridades al habla familiar (…). En Puerto Cabello descubro las ventanas. Miro el entorno y mi poesía se nutre de caldos oscuros en antesalas de esplendor. No estoy en posesión del idioma, pero amo, afino el instrumento que habrá de servirme para triunfo y humillación en una misma línea" (Ana Enriqueta Terán, "De oficios y de nombres [Discurso en ocasión del Doctorado Honoris Causa en Educación que le fuera otorgado por la Universidad de Carabobo (Venezuela) en noviembre de 1989]", *ibid.*, p. 269). Puerto Cabello será para Ana Enriqueta Terán el escenario en el que recibiría un regalo de gran valía para su espíritu: "Un primo minusválido me regala una Biblia. De la Biblia aprendí un versículo extraño del Salmo 109: 'EN MI CAMINO BEBERÁ DEL TORRENTE POR ESO LEVANTARÁ LA CABEZA'" (*ibid.*). Ese versículo y el personaje de Mittia como encarnación de lo hermoso dionisíaco, que descubriese entre las páginas de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, le acompañarán en su transitar tras el dorado verbo en el que gesta todos los versos que enhebra.

1936 Muerto el general Gómez, los Terán Madrid optan por trasladarse a Caracas. Ana Enriqueta comienza a aceptar su condición de poeta y confiesa: "me dejo mecer por el idioma que puede ser fruta, o flor, o fondo de trapiche hirviente de melazas. Aimée Battistini me introduce en la pintura; Gloria Rodríguez Vicentini en la música. Todo me nutre. El tacto almacena superficies, texturas. Los ojos se me empozan de Ávila; las nubes son símbolos de libertad en el cielo. Todo es alimento vivo para mi poesía" (*ibid.*, p. 271).

1940 Ana Enriqueta Terán es invitada a participar en el Festival de la Décima, organizado por el Ateneo de Caracas, como un homenaje al poeta Alberto Arvelo Torrealba. Sería esta la primera vez que Ana Enriqueta lea sus poemas en público. En voz alta se le escuchará decir sus "Décimas andinas", décimas a las que podemos acceder gracias al poeta Enrique Mujica, quien las incorporó a la *Antología poética* de la autora: "DÉCIMAS ANDINAS (1938). IV La luna de cuatro días / sobre la vieja laguna / se descoyunta la luna / la luna de cuatro días / Fantasmas en cacería / desandan por los caminos / en el trigal los molinos / están ahuyentando perros / qué tristes se ven los cerros / parados en su destino" (A.E. Terán, *Antología poética*, E. Mujica; pról., p. 14). Ana Enriqueta Terán finaliza la lectura aplaudida y ovacionada por el público asistente, en medio del que se encontraba Andrés Eloy Blanco, a quien se le escucharía gritar: "¡Esta poeta es hechura mía!" (J.N. Oropeza, "Elementos de vida y obra…", *op. cit.*, p. 264).

1944 Recogida y en silencio Ana Enriqueta Terán, en el transcurrir de este año y el venidero, se encuentra "estrenando lenguaje. Me ayuda Enrique Planchart. Analizo frases por gusto. El adjetivo es la cresta aterciopelada del nombre; el nombre es esencia, punto central de un infinito imponderable, el verbo es Dios y los adverbios matizan la fatiga de ambos" (A.E. Terán, "De oficios y de nombres", *op. cit.*, p. 271).

1945 Aparece el primer libro de Ana Enriqueta Terán, *Al norte de la sangre*, cuyo entramado se lo ayuda a armar, como recién citásemos, Enrique Planchart, poeta y director de la Biblioteca Nacional. La obra será editada por el sello Ediciones Suma, que dirige Juan Liscano y suscitaría, entre los críticos, lectores y poetas asombro por la magistral perfección que hace Terán del mejor legado de la tradición clásica española y, sobre todo, por el arrebatado aliento espiritual con el que alcanza a entretejer lo mítico y lo místico. "Paladeo –declara– los clásicos con nueva visión. Garcilaso me acompaña en las derrotas amorosas; Santa Teresa me enseña cómo desear a Dios. Góngora se vuelve licor de libertad en mis liras, tercetos y sonetos. El verso es una rayadura perfecta en lámina de oro" (*ibid.*, p. 271). Imbuidas en ese licor y coronadas con esa rayadura las páginas de *Al norte de la sangre* llevarían a Liscano a distinguir dicho poemario, impresionado por la "vehemente capacidad de extraversión sensual y sensorial", así como por "el ardimiento secreto" de los poemas de este primer libro de Terán (Juan Liscano, *Panorama de la literatura venezolana actual*, Caracas, Alfadil, 1984, pp. 224-225). La fuerza sensorial manifiesta en ese primer libro deriva de su sensibilidad por los paisajes naturales en medio de los que creció, y se acrecentó por el descubrimiento del amor apasionado que palpitaría en el cuerpo de la poetisa que vertería en los cauces de la métrica que exige el soneto, forma de expresión poética con la que deslumbraría por la perfección formal que logra.
En este mismo año, la poetisa ingresa al servicio diplomático como agregada cultural de la Embajada de Venezuela en Montevideo, ciudad en la que establece estrecha amistad con artistas e intelectuales, en especial con Juana de Ibarbourou. "Mi poesía usa contornos de sombra en vez de las ágiles sandalias del primer tiempo. Porque el Sur es otro tiempo. (…). Me planto con mi juventud a cuestas frente a las culebras del reino. Son las poetisas del Sur. Amo el Uruguay. El Uruguay ama a sus poetisas, se me cuenta entre ellas; se respeta mi poesía. Podría ser uruguaya… Pero Venezuela es una con mi ser; late desasistida y soterrada en mis pulsos de siempre; 'sus párpados de nación muy poco amada' son mis párpados…" (A.E. Terán, "De oficios…", *op. cit.*, p. 271).

1949 En Uruguay "se respeta" tanto la poesía de Ana Enriqueta Terán que se publica su segundo libro *Presencia terrena*, con prólogo del poeta Juvenal Ortiz Saralegui, y casi simultáneamente el tercero de los títulos que escribiese, *Verdor secreto*, prologado por su entrañable amiga Juana de Ibarbourou: "Ana Enriqueta Terán (…) ha hecho que en su 'soledad vencida' la entraña se le desborde en 'hondas voces' de canto. Un eco de Santa Teresa, una raíz de la ardiente mujer de Ávila, están en su acento y sus raíces que se ahondan para nutrir con jugos temerarios, la flor de granado de su poesía (…). Su voz se alza con el coraje y la gravedad de las revelaciones. La poesía es su poderosa aventura" (Juana De Ibarbourou, "Poderosa aventura", *Verdor secreto*, Montevideo, Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949). Será designada agregada cultural de la Embajada de Venezuela en la Argentina, y en la ciudad de Buenos Aires se convierte en amiga de Juan Domingo Perón y Eva Perón, así como del poeta y diplomático chileno Antonio Undurraga y del poeta exiliado español Rafael Alberti.

1951 Y allí en la Argentina, la fuerza del Sur la impactaría tanto y tan hondamente que a lo largo de una sola noche y como raptada, sin pausas, escribiría ciento cuarenta y cuatro versos, en los que como si recreara una escena bíblica, intenta aprehender el agua y la piedras que corren en el Nahuel Huapi, Neuquén, uno de los más imponentes lagos de la Patagonia, conocidos también como Lagos del Sur de Argentina.

1953 Llega a París y observa cómo en esa ciudad los poetas que allí confluyen hacen letrismo. Ella no se sumará a esa práctica literaria pero sentirá que el verso libre la solicita "y voy con él con respeto y autenticidad. Sin embargo, no abandono las formas clásicas; no las abandonaré nunca" (A.E. Terán, "De oficios…", *op. cit.*, p. 272). En la capital francesa se residencia en casa de la pintora venezolana y vieja amiga suya Aimée Battistini, donde conocerá a Oswaldo Vigas, Víctor Valera, Pascual Navarro, artistas integrantes, entre otros venezolanos, incluyendo a Battistini, del movimiento artístico denominado Los Disidentes, creado en París en 1945, al que se le atribuye el inicio de las experimentaciones del arte neofigurativo, del arte abstracto y de otras corrientes del arte contemporáneo, así como la ruptura con el figurativismo y la renovación de la pintura venezolana. En París escribiría Ana Enriqueta Terán parte del poemario *Música con pie de salmo*, su primer libro en verso libre.

1954 Regresa a Venezuela luego de su periplo por las grandes capitales: París, Buenos Aires, Uruguay. El Ateneo de Valencia edita su extenso poema *Tes-*

timonio dentro de su colección Cuadernos Cabriales dirigido por el poeta Felipe Herrera Vial como obsequio de bienvenida. El poema se ha constituido en otro hito en la obra de Terán y es una *ave raris* de conseguir –el azar prodigioso nos permitió consultar y copiar a mano del único ejemplar disponible en la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela–; mas, importa destacar que al leer el poema se escucha la música con la que Andrés Bello exaltase a la naturaleza americana en "Silva a la agricultura de la Zona Tórrida". Y Ana Enriqueta Terán se exalta entre los álamos; y desde sus araucarias, exclama: "Soy yo, soy yo quien ama, dadme paso / y no toquéis mi sangre, mis cabellos / (…) han dudado de mí los tiernos álamos / qué dijo el eco abierto de las playas, / el desolado gris de la ceniza; / (…) Me negaron acaso los espejos? / ¡Ay! cualquier arboleda me conoce / porque vengo de pulsos primigenios. / Conozco el sitio de las araucarias, / el agua triste de sus direcciones, / sus veinte pisos de ángeles silvestres…" (A.E. Terán, *Testimonio*, Valencia, Venezuela, Universidad de Carabobo, Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, [1]), 1954).

1955 Contrae matrimonio con el ingeniero nacido en España José María Beotegui, quien trabajara durante años tanto en República Dominicana como en Venezuela y quien fue compañero y amigo de la poetisa durante medio siglo. Hombre de una exquisita sensibilidad, apasionado del mar, de la lectura y de las distintas expresiones artísticas, a más de cultivador de la amistad, cuyo nombre "tiene reservado un lugar en la historia del período inicial del crecimiento del Ateneo de Valencia, antes y después de la presidencia de Ana Enriqueta; alma de la colección Michelena, al lado de Arturo Machado, Antonio Monsanto y Luis Eduardo Chávez, jurados de excepción en aquellos salones. Hoy José María es miembro honorario del Ateneo de Valencia, por reciente decisión de su Junta Directiva" (Luis E. Arráez A., "Ana Enriqueta Terán: 'la mujer nunca debe abandonar su sitial de integridad'", *Tiempo universitario* [en línea] (Valencia, Venezuela), Nº 350 (2002), <http://www.tiempo.uc.edu.ve/Tu350/Contenido/fijas/ultima/ultima.html>, [consultada: 11 de marzo de 2013]). José María Beotegui se afanaba en hurgar en los viejos cuadernos y entre los papeles de Ana Enriqueta para "rescatar" poemas manuscritos que en muchos casos transcribía y le pedía a la poeta que los revisara. Solía referir que se había quedado enamorado por siempre de Ana –como la llamaba– desde el mismo día que la había conocido, con motivo de la presentación del primer número de Cuadernos Cabriales en junio de 1954, en el Ateneo de Valencia. Vivirán en La Entrada, pequeño pueblo cercano a Valencia, en la vía a Puerto Cabello.

1956 El matrimonio traerá al mundo a una niña a la que dieron por nombre Rosa Francisca. "Estoy en Valencia. En Valencia conozco y amo el que habrá de señalar camino único en lo profundo emocional. En Valencia nace mi hija Rosa Francisca, criatura de arrobo y poesía. En Valencia vivo por más de doce años, y tierra de Valencia guarda un primer intento casi logrado de ansiosa maternidad" (A.E. Terán, "De oficios…", *op. cit.*, p. 272).

1959 En este año es electa presidenta del Ateneo de Valencia, cargo del que se separa por un quebranto emocional.

1961 Se instala en Morrocoy, necesitada de silencio y de someter a prueba su verdadera vocación. Previamente, realiza frecuentes viajes a ese archipiélago hasta mudarse y adquirir una casa elemental frente al mar. Sus días los ocuparía en buscar, como los pescadores nativos del lugar, peces y conchas para cocinar al carbón y leña, alfabetizar a campesinos y enseñar las primeras letras a su hija Rosa Francisca. De cara al mar y a la brisa de los manglares escribiría los poemas que conformarían los libros *De bosque a bosque* (publicado en 1971 por el Congreso de la República como homenaje al Sesquicentenario de Valera, su ciudad natal) y *Libro de los oficios*. Además, concluiría *Música con pie de salmo* e iniciaría el conjunto de textos que llamaría Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas.

1968 Al partir de Morrocoy, lugar en el que permaneciera hasta 1967, vivirá en Valencia, Caracas y Margarita. En esta última, de regreso al mar, terminará Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas, y se sentirá más estremecida que nunca por el entorno insular: "me afecta de manera profunda, acaso en beneficio del poema. El texto surge en carne viva, impúdico de tanta verdad" (*ibid.*, p. 273). La práctica vital cotidiana junto a la gente sencilla de la isla y la que la acerca a una comunicación diríase primitiva con las cosas, la harán sentir que el oficio es sortilegio, sortilegio que no abandonará jamás.

1971 Será el año en el que aparece la edición de su libro, escrito en verso clásico también, *De bosque a bosque* y con el que, como antes se refiriera, la poetisa rinde homenaje al Sesquicentenario de Valera, su ciudad natal.

1975 En este año verá la luz el *Libro de los oficios*, considerado por la crítica como un texto clave y con el que la poesía de Ana Enriqueta Terán se reinventa. Según apreciación de Arráiz Lucca: "A partir de este libro es como si la poeta hubiese dado con su propio verbo, es como si los años de rigor formal,

batallando con el trabajo métrico, la hubiesen conducido a esta liberación que, paradójicamente, se nutre de sus rigores formales previos. Además, en el proceso de recreación de sus instrumentos, lo doméstico brilla en su máximo esplendor, como si una redefinición de los ángulos de visión existencial se tratara. Nueva piel y nuevo nervio" (Rafael Arráiz Lucca, *El coro de voces solitarias*, Caracas, Eclepsidra, 2004, p. 191).

1980 Año que vuelve a su lar nativo, los Andes, y fija residencia en Jajó, pequeño pueblo plantado entre las montañas y envuelto en neblina, en el que continuará, como siempre, escribiendo sonetos. Culminará *Casa de hablas* –iniciado en la isla de Margarita– y escribirá Libro de Jajó y Casa de pasos, mientras avanza en caligrafiar su *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, en la que compendia memorias y recrea su vida en estancias.

1985 El poeta Ramón Palomares, quien comulga desde la niñez con las mismas alturas y cielos del paisaje trujillano de Ana Enriqueta Terán, prologa la edición de *Música con pie de salmo*, realizada por el Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes y en esas primeras páginas resalta: "en este libro de oscuros acentos donde la experiencia asume una condición alucinada y trágica, está plasmada una vida profundamente nuestra (…). Todo sin que falte a su vez, como fulgores que el alma asume por necesidades de su propia naturaleza, ese resplandor de cielos y girasoles, y el purísimo disfrute de la belleza de seres y objetos que ella sabe exaltar con máxima nobleza; y así la vida, en cada poema como en una floración conjunta corre y asume sus cauces de manera fluida y siempre semejante a sí misma configurando en su belleza y reciedumbre una de las más altas y hermosas expresiones de nuestra poesía" (Ramón Palomares, "La música sagrada de Ana Enriqueta Terán", *Música con pie de salmo*, A.E. Terán, Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1985, pp. 7-8).

1989 El día 29 de noviembre en sesión solemne la Universidad de Carabobo, en Valencia, le confiere el Doctorado Honoris Causa en Educación. Honor al que correspondió con un discurso pleno de poesía en el que entrelazó vivencias e indagaciones en la palabra almacenadas en el transcurrir de más de cincuenta años de consagración a la creación poética, matizado con alusiones para rendir tributo a los artistas que la acompañasen en su apasionado andar como Enrique Planchart, Andrés Eloy Blanco, Aimée Battistini, y sus grandes faros: santa Teresa, Góngora y Garcilaso de la Vega, trilogía a la que

le adeuda mieles de goce, música secreta y laminados de oro resonando en el verbo. Para finalizar la lectura de su discurso titulado "De oficios y de nombres" relata que la montaña, en Jajó, le dio "fuerza, serenidad y humildad para recibir este Doctorado Honoris Causa, en nombre de mi gente, de mi poesía, de mi tierra, de los míos y agradecer profundo a quienes (especialmente a Elis Mercado Matute y José Napoleón Oropeza) se acordaron de mí, de esta Ana Enriqueta oscurecida por la edad y habitante de soledades y nieblas" (A.E. Terán, "De oficios…", *op. cit.*, p. 273). Terminaría leyendo el poema "La poetisa cuenta hasta cien y se retira", de su poemario *El libro de los oficios*. Al mes siguiente, en diciembre de 1989, le fue acordado el Premio Nacional de Literatura, galardón que recibió en febrero de 1990 en el Palacio de Miraflores. Cuadernos Cabriales se suma a los reconocimientos que recibe la poeta con la publicación de una *Antología* de Ana Enriqueta Terán en su número 50, recordando que con la publicación de su poema *Testimonio* se había iniciado la revista.

1991 Bajo el nombre de *Casa de hablas*, nombre que lleva la casa en la que reside la poetisa en la urbanización El Trigal en Valencia, el novelista y ensayista José Napoleón Oropeza se dedicará a reunir en una antología la obra de Ana Enriqueta Terán, escrita entre 1946 y 1989, que será publicada por Monte Ávila Editores, en la Colección Altazor. Esta edición incluye toda su obra poética que apareciera hasta 1989, excepto *Testimonio*. Es decir: *Al norte de la sangre*, *Verdor secreto*, *Presencia terrena*, *De bosque a bosque*, *Sonetos de todos mis tiempos*, *Música con pie de salmo*, *Libro de los oficios*, Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas, Casa de hablas, Libro de Jajó y Casa de pasos. La mencionada publicación está enriquecida con un exhaustivo ensayo prologar, escrito por José Napoleón, y un apéndice crítico que incluye los textos "Poderosa aventura" con el que la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou presentase *Verdor secreto*, "La música sagrada de Ana Enriqueta Terán" escrito por el poeta venezolano Ramón Palomares como prólogo para *Música con pie de salmo*, y "De oficios y de nombres", título del discurso de la poetisa en ocasión del Doctorado Honoris Causa en Educación que le fuera otorgado por la Universidad de Carabobo.

1992 En este año es publicado *Albatros* que al decir de Víctor Bravo, prologuista y encargado de la edición, asumida por el Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, "es una vertiginosa reescritura del poema de Baudelaire. Los hallazgos de este universo confluyen para postular una poética donde el albatros, a la vez poeta y poema, realiza sobre la página-del

cielo la posibilidad de la expresión estética. Cielo y mar se convierten en los extremos de la sintaxis poética" (Víctor Bravo, "Las figuraciones de luz de la utopía: *Albatros*, de Ana Enriqueta Terán", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela) Nos 5-6 (1997), p. 35).

La poetisa Ana Enriqueta Terán se eleva sobre su propia altura y entrega otro conjunto de textos en los que, asida a las alas del Albatros al que cantase el poeta francés Charles Baudelaire en el poema homónimo, revela una "radical ambición de espacio (…) vigor y necesidad de cielo" (Douglas Bohórquez, "Prólogo", *Antología mínima*, A.E. Terán, Trujillo, Venezuela, Coordinación Trujillana de Cultura, Fondo de Publicaciones Arturo Cardozo, 2003, p. 13).

1994 Culmina de escribir *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, de la que fue dando aviso que estaba hilvanando a lo largo de su vivir y entre los calveros de sus poemas y del tiempo. Le explicaría a Reynaldo Pérez-Só, en septiembre de 1989, en su casa de Jajó, que escribía todos los días y entre lo que escribía todos los días figuraba "una Autobiografía en tercetos que empezara como una cosa pequeña y ya va de largo. Es toda una especie de inventario de lo que he visto, amé con mis cinco sentidos, lleno de nostalgia. Que sea como vi las cosas y teniendo ya muy presente la muerte, teniendo muy presente que no voy a estar y que esa visión y esa versión es mía, lo que va a quedar de mí" (R. Pérez-Só, A. Rivero y P. Velásquez Aparicio, "Encuentro…", *loc. cit.*, p. 11).

En torno a Ana Enriqueta Terán se centró el V Encuentro de Escritores Venezolanos en Salamanca que promueve la Cátedra Internacional de Literatura Venezolana Ramos Sucre de la antigua y respetada Universidad de Salamanca, cátedra cuya creación ha reivindicado Gustavo Guerrero como "uno de los episodios más destacados en este acelerado proceso de recepción internacional" (Gustavo Guerrero, *Conversación con la intemperie. Seis poetas venezolanos*, Barcelona, Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, 2008, pp. 7-8). El evento celebrado los días 24 y 25 de noviembre, en el Aula Magna de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y también en el Ateneo de La Laguna en Tenerife, reunió a profesores, investigadores y estudiantes interesados en la literatura venezolana y a las poetas venezolanas María Clara Salas y Edda Armas. De este V capítulo de la Cátedra quedaron varias monografías y ensayos sobre la obra y la vida de Terán.

2000 El reconocido profesor y traductor William Rowe incluye el nombre de Ana Enriqueta Terán junto a otros siete latinoamericanos entre los autores que

vienen "después de Neruda y de Vallejo" en su libro *Poets of Contemporary Latin America: History and the Inner Life* editado por la prestigiosa Oxford University Press (2000). Terán quedaría gratamente sorprendida además por el número de páginas que dedica Rowe a analizar sus poemas.
En noviembre de este año Ana Enriqueta Terán recibe el Botón de Oro de la Ciudad de Valencia de manos del alcalde de la ciudad, en un emotivo acto realizado en el Teatro Municipal de Valencia.

2003 El poeta, investigador y docente Douglas Bohórquez realiza una cuidada selección de la obra de la poetisa a la que llamará *Antología mínima* y en la que incluye un iluminador estudio que arroja nuevas luces sobre la poética de Terán, editada por el Fondo de Publicaciones Arturo Cardozo de la Coordinación Trujillana de Cultura. Gran importancia reviste el hecho de que el crítico estadounidense Marcel Smith, motivado por la irresistible curiosidad que le suscitara la obra de Ana EnriquetaTerán, se decidiera a traducir al inglés una selección de poemas que consideraba como "un tesoro para todos los amantes de la poesía" que leyesen el volumen bilingüe, cuyo título le inspiró un conocido poema de Terán,"The poetess counts to 100 and bows out", y que publicara la Universidad de Princeton, como parte de la Serie Biblioteca Lockert de Poesía en Traducción.

2005 Se publica *Antología poética*: "Celebremos, pues, esta alta parcela del universo, que es el universo entero, ínfima e infinita expresión del alma humana, donde el ser se abisma y se reconoce, ese lugar sin tiempo donde recomenzamos sin cesar hacia una esperanza lúcida" (Enrique Mujica, "Ana Enriqueta Terán: sonido y hallazgo", *Antología poética*, A.E. Terán, E. Mujica; pról., p. XVII). A partir de este año vuelve a hacer de Valencia la ciudad donde habita.

2006 Esa "esperanza lúcida" que destaca Mujica en la obra de Terán se crece, se amplía y recorre *Construcciones sobre basamentos de niebla*, en las que convoca entre la niebla a sus ancestros, y en un ritual sagrado y mítico por virtud de la palabra les restituye lo perdido, borrando sus llantos, oscureciendo humillaciones y dolores, proceso que Bohórquez identifica como "ceremonia de expiación". Ramón Palomares, en el prólogo a dicho libro, con admiración dice: "Saberse en la vida y tratar de sacudirse y resistir con máxima nobleza ante lo inevitable, ya consumado o por suceder, en esto se advierte su bien logrado esfuerzo de transparencia, y el resultado es un trazado limpio y honesto, hermoso hasta lo sublime: la belleza en instantes supremos"

(R. Palomares, "*Construcciones sobre basamentos de niebla*, un nuevo libro de Ana Enriqueta Terán", *Construcciones sobre basamentos de niebla*, A.E. Terán, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006, p. IX).

2007 Por fortuna para la historiografía de la poesía venezolana contemporánea, Terán se decide a publicar en vida su *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*, cuyo prólogo me fuera confiado por la poetisa y publicada por la Fundación Editorial El perro y la rana, incluyendo en las páginas finales de la edición una bella selección de retratos de distintas épocas de la poetisa realizados por reconocidos artistas como Durban, Gabriel Bracho, Edmilles y Singroniz, que hoy ocupan los salones de Casa de Hablas, como han ocupado los de las otras casas que habitase en otros tiempos, testimoniando su refinado gusto, su siempre buen vestir, su distinción para llevar una joya u orfebrería.

Sus poemas "Piedra de habla" y "Profecía dos" del *Libro de los oficios* y "Enojo circular" de *Casa de hablas* son seleccionados y traducidos al inglés por Rowena Hill e integrados a una antología que incluyó a otras veinticuatro voces y que titulara *Mujeres poetas de Venezuela*, publicada por el sello bid & co. editor con el apoyo del PEN Venezuela como coeditor.

Entre el 20 y el 27 de mayo se celebraría en Caracas y otras ciudades de Venezuela el IV Festival Mundial de Poesía, en homenaje a Ana Enriqueta Terán. En esa oportunidad participaron 31 poetas extranjeros procedentes de Alemania, Argentina, Bolivia, Brasil, Camerún, Colombia, Congo, Cuba, Ecuador, España, Estados Unidos, Francia, Haití, Inglaterra, Italia, Líbano, México, Nicaragua, Nueva Zelanda, Palestina, República Dominicana, Rusia, Siria, Sudáfrica y Uruguay, además de 269 poetas venezolanos.

Ese fue el último de los homenajes al que la poetisa asistiera, pues si bien agradece profundamente los actos que se organizan en su honor y declara "sentirse muy halagada", argumenta "la edad no me permite ir a esas cosas. No hay que olvidar que voy a cumplir 90 años, no es una cosa fácil. Estoy muy lúcida, terminé una novela". Ella prefiere no desplazarse de su casa, pues los traslados físicos la fatigan, pero le agrada y entusiasma recibir en los corredores y debajo de los mangos a poetas y amigos para escucharles leer sus propios textos o para conversar. Y cuando recibe escoge alguno de los trajes que ella misma se ha diseñado, sobrios, y se calza con zapatos altos que otorgan más elegancia a sus aún estilizadas piernas, a más de algún llamativo collar y sus emblemáticos anillos, y para sorprender más maquilla sus ojos, acentuando la fuerza de su mirada, resalta sus pómulos y lleva el cabello corto y peinado hacia atrás.

2011 Ana Enriqueta Terán pierde a su compañero de "toda una vida", José María Beotegui, el 11 de agosto de 2011. Fallecería en la intimidad de su casa, entre los suyos, sujetándole las manos a su esposa y a su hija Rosa Francisca, tal y como lo deseaba. Durante el velatorio y la ceremonia de cremación fueron muchos los amigos que le lloraron y tuvieron palabras de sentido dolor por su partida. Dejó en Casa de Hablas un gran vacío que, entre Rosa Francisca y su hijo Ethan Thomas Commins Terán, tratan diariamente de llenar para hacer menos dolorosa la ausencia de José María para Ana Enriqueta. Lo último que compartieron fue el manuscrito de la novela que Ana Enriqueta concibiese en un poema de los que escribiera en los años 60: "Aún no sé si quedará como testimonio para mi familia o será publicada. La titulé Apuntes y congojas sobre una decadencia novelada en tres muertes y la he dejado en manos de José María para que la revise". Solo en fotos ha quedado registrado su diario rito de sorber de una bombilla la infusión de mate –en materas de diseño poco común que colecciona–, y enfatiza: "Esto es lo que me mantiene lúcida", y ha acotado que también era lo que mantenía lúcida a su madre. Mientras sorbe, pacientemente escruta en las pequeñas taparas en las que reúne las piedras que ha recolectado entre viejas piezas de bisutería o piedras preciosas que pertenecieron a zarcillos, sortijas, brazaletes –de ella o heredados– con los que hilvana imponentes collares que desea sirvan de protección y delicia a las mujeres que los usen: "Creo en la sacralización de la poesía y creo que hay una parte de sagrado en mí. Así lo siento, por eso mantengo un ritual para escribir: me levanto, me arreglo, me maquillo, me siento frente al papel, no de cualquier forma, sino con tacones altos. Me quedo un rato pensando, me persigno y empiezo a escribir, con gran respeto" (Arnaldo Rojas, "Ana Enriqueta Terán. Una vida hecha poesía", *Notitarde* (Valencia, Venezuela), (9 de agosto de 2005), p. 3).

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

DIRECTAS

Albatros. Víctor Bravo; pról. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes (Col. Actual, Serie Poesía), 1992, 139 p.

Al norte de la sangre. Caracas: Ediciones Suma, 1946, 75 p.

Antología mínima. Douglas Bohórquez; pról. Trujillo, Venezuela: Coordinación Trujillana de Cultura, Fondo Editorial Arturo Cardoso, 2003, 60 p.

Antología poética. Enrique Mujica; pról. Enrique Hernández D'Jesús; cronol. Caracas: Monte Ávila Editores (Biblioteca Básica de Autores Venezolanos), 2005, 145 p.

Antología poética. Enrique Mujica; pról. Enrique Hernández D'Jesús; cronol. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana (Biblioteca Popular para los Consejos Comunales), 2007, 199 p.

Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora. Patricia Guzmán; pról. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, 192 p.

Casa de hablas: obra poética, *1946-1989*. José Napoleón Oropeza; pról., selec. y cronol. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, 274 p.

Construcciones sobre basamentos de niebla. Ramón Palomares; pról., Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006, 53 p.

De bosque a bosque. José A. Pérez-Díaz; pórtico. Caracas: Congreso de la República, 1970, 117 p.

"De oficios y de nombres [Discurso en ocasión del Doctorado Honoris Causa en Educación que le fuera otorgado por la Universidad de Carabobo (Venezuela) en noviembre de 1989]", *Casa de hablas. Obra poética, 1946-1989*. José Napoleón Oropeza; pról., selec. y cronol. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991 (274 p.), pp. 268-274.

Libro de los oficios. Poemas 1967. Caracas: Monte Ávila Editores (Col. Altazor), 1975, 76 p.

Música con pie de salmo. Ramón Palomares; present. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1985, 85 p.

La piedra alzada en junio (antología mínima). Ana Enriqueta Terán. Valencia, Venezuela: Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, 50), 1989.

The poetess counts to 100 and bows out. Marcel Smith; trad. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 2003. 119 p. Bilingual edition.

Presencia terrena. Poemas. Juvenal Ortiz Saralegui; díptico [presentación]. Montevideo: Alfar, 1949, 51 p.

Testimonio. Felipe Herrera Vial; present. Valencia, Venezuela: Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, [1]), 1954, 7 p.

Verdor secreto. Juana de Ibarbourou; pról. Montevideo: Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949, 52 p.

INDIRECTAS

ANDRADE, Juan de Dios. *Notas sobre la poesía de Ana Enriqueta Terán*. Valera: Ediciones del Consejo Municipal (3), 1969, 57 p.

ANGULO, Luis Alberto. "Conversación con Ana Enriqueta Terán", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), pp. 35-47.

ARRÁEZ A., Luis E. "Ana Enriqueta Terán: 'la mujer nunca debe abandonar su sitial de integridad'", *Tiempo universitario* [en línea] (Valencia, Venezuela), Nº 350 (2002). <http://www.tiempo.uc.edu.ve/Tu350/Contenido/fijas/ultima/ultima.html>. [Consultada: 11 de marzo de 2013].

ARRÁIZ LUCCA, Rafael. *El coro de voces solitarias*. Caracas: Eclepsidra, 2004, 436 p.

BLANCO, Alexis. "Ana Enriqueta Terán: 'soy una poeta mestiza'. [Entrevista]", *Talento venezolano.blogspot.com* [en línea] (Caracas), (12 de enero de 2009). <http://talentovenezolano.blogspot.com/2009/01/ana-enriqueta-tern-soy-una-poeta.html>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

BENÍTEZ DE GODOY, Egleé. Sacralidad y magia verbal en la creación poética de Ana Enriqueta Terán. Trujillo, Venezuela: Núcleo Rafael Rangel de la Universidad de Los Andes, 1998, tesis de maestría.

BERNAL POTDEVIN, Elsa. La voz heráldica de las siete lagunas: introducción a la poesía de Ana Enriqueta Terán. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1995, 89 h., tesis de licenciatura.

BOHÓRQUEZ, Douglas. "Cuerpo, sacralidad y esplendor de la palabra en la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Ensayo y error* (Caracas), Nº 32 (2007), pp. 25-34.

_____. "Cruzar un puente: En torno al poemario *Construcciones sobre ba-*

samento de niebla", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nos 5-6 (1997), pp. 27-33.

_____. "Prólogo", *Antología mínima*. Ana Enriqueta Terán. Trujillo, Venezuela: Coordinación Trujillana de Cultura, Fondo de Publicaciones Arturo Cardozo (Col. Cuadernos de la Memoria), 2003, 60 p.

_____. "Una propuesta de aproximación semiológica al discurso poético. El caso de la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nº 26 (2012), pp. 57-66.

BRAVO, Víctor A. "Círculos de protección y delicia. El mundo y lo invisible en la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), pp. 60-62.

_____. "Los dones de la poesía. La poesía de Ana Enriqueta Terán", *Letras en el sueño. Ensayos sobre poesía*. Mérida: Dirección de Cultura del Estado Mérida, Fondo Editorial Solar, 1994, 95 p.

_____. "Las figuraciones de luz de la utopía: *Albatros*, de Ana Enriqueta Terán", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nos 5-6 (1997), pp. 36-40.

_____. "Solo alas entre envergaduras de viento", *Albatros*, Ana Enriqueta Terán. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1992, pp. [7-10].

_____. "Terán, Ana Enriqueta", *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina.* Nelson Osorio; coord. Caracas: Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila Editores, 1995 (3 v.), v. 3, pp. 4656-4657.

BRICEÑO, Rubén. "La indiferencia oficial detiene el sueño de Ana Enriqueta Terán", *El Diario de Los Andes* [en línea] (Valera), (12 de julio de 2009). <http://diariodelosandes.com/content/view/85974/>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

BRUGNOLI DE SANTIAGO, Roselia. "Los oficios domésticos y la palabra, mitificados en el quehacer poético", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nº 2 (1994), pp. 79-87.

CRESPO, Luis Alberto. "Una dama oculta en la pureza", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), p. 57.

CRESPO QUINTERO, Francisco. "De la palabra a la naturaleza", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nos 5-6 (1997), pp. 53-62.

CUARTÍN, Pedro. "Exordio de tres textos de Ana Enriqueta Terán", *Cifra Nueva* (Trujillo, Venezuela), Nos 5-6 (1997), pp. 63-72.

ESCALONA ESCALONA, José Antonio. "*Al norte de la sangre*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 55 (1946), pp. 162-163.

_____. "*Verdor secreto*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 73 (1949), pp. 250-252.

IBARBOUROU, Juana de. "Poderosa Aventura", *Verdor secreto*. Ana Enriqueta Terán. Montevideo: Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1949, 52 p.

FERNÁNDEZ DE CANO, José Ramón. "Ana Enriqueta Terán (1918)", *La web de las biografías* [en línea]. Madrid: Micronet. <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=teran-ana-enriqueta>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

FLORES, María Antonieta. "Eros, cuerpo y trascendencia en la obra de Ana Enriqueta Terán", *Letras* (Caracas), Nº 56 (1998), pp. 93-106.

_____. "Epifitas. Girasol nocturno", *El cautivo* [en línea] (Caracas), Nº 28. <http://www.elcautivo.org/070531/V6/Pag_V6.htm>. [Consultada: 23 de marzo de 2013].

_____. "Girasol nocturno", Verbigracia de *El Universal* (Caracas), (noviembre de 1998), pp. 2-3.

GONZÁLEZ, Luis. "Elevada voz de la lírica trujillana", *Diario de Los Andes* [en línea]. (Trujillo), (23 de febrero de 2008). <http://diariodelosandes.com/content/view/29132/>. [Consultada: 3 de marzo de 2013].

GUZMÁN, Patricia. "Ana Enriqueta Terán", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), pp. 63-64.

_____. "Ana Enriqueta Terán. Vivir llameante en lo más alto del verbo", *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora*. Ana Enriqueta Terán. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, pp. 7-13.

_____. "La escritura del confinamiento: Ana Enriqueta Terán, la suplicante", Verbigracia de *El Universal* (Caracas), (7 de octubre de 2000), p. 1.

_____. "Los espesores vitales de Ana Enriqueta Terán", Verbigracia de *El Universal* (Caracas), (noviembre de 1998), p. 1.

HERNÁNDEZ, Alberto. "Ana Enriqueta Terán: presencia de lo inasible", *Letralia* [en línea] (Cagua, Venezuela), (septiembre de 2011), p. 1. <http://www.letralia.com/ciudad/hernandez/090211.htm>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

HERRERA VIAL, Felipe. "[Presentación]", *Testimonio.* Ana Enriqueta Terán. Valencia, Venezuela: Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, [1]), 1954, 7 p.

JACINTO, Marina y Ana Teresa Torres. ["Bibliografía de y sobre la autora"], *El hilo de la voz. Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX.* Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres. Caracas: Fundación Polar, 2003 (966 p.), pp. 876-879.

LINARES SIMANCAS, Juan Joel. "Ana Enriqueta Terán: sin ataduras de palabras", *Memoria de la I Bienal Nacional de Literatura Ramón Palomares:*

Trujillo julio 2003. Trujillo: Gobernación Bolivariana de Trujillo, 2005 (83 p.), pp. 37 y ss.

MEDINA, José Ramón. *Noventa años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1993, 634 p.

MESTRE GARCÍA, Mónica. "Ana Enriqueta Terán más lúcida que nunca: 'Mi nombre y mi poesía son yo misma'", *Todos Adentro* (Caracas), Nº 213 (2008), p. 7.

MIRANDA, Julio. "Ana Enriqueta Terán", *Antología histórica de la poesía venezolana del siglo XX, 1907-1996*. San Juan, P.R.: Universidad de Puerto Rico, 2001, pp. 347-351.

_____. *Poesía en el espejo: estudio y antología de la nueva lírica femenina venezolana, 1970-1994*. Caracas: Fundarte (Col. Delta, 36), 1995, 335 p.

MONTEJO, Eugenio. "La terredad de un pájaro", *Geometría de las horas*. Adolfo Castañón; pról., selec. y notas. México: Universidad Veracruzana, 2006, 398 p.

MUJICA, Enrique. "Ana Enriqueta Terrán: sonido y hallazgo", *Antología poética*. Ana Enriqueta Terán. Enrique Mujica; pról. Enrique Hernández D'Jesús; cronol. Caracas: Monte Ávila Editores (Biblioteca Básica de Autores Venezolanos), 2005, pp. IX-XVII.

MUÑOZ, José Rafael. "Ana Enriqueta Terán (Un país de preguntas y respuestas / Aniversario 69)", *El Nacional* (Caracas), (3 de agosto de 2012), cuerpo PL, 40, p. 4.

MUÑOZ ARTEAGA, Valmore. "Notas sobre literatura venezolana", *Espéculo. Revista de estudios literarios* [en línea](Madrid), Nº 26 (2004). <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero26/livenez.html>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

OLIVARES FIGUEROA, Rafael. "Sentido íntimo y refrenado de la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 46 (1944), pp. 86-96.

ORTIZ CASTAÑEDA, Franz. "De la imagen primaria a la imagen de la saludable. Visión de este lado oscuro en la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Actual* (Mérida), Nº 31 (1995), pp. 65-77.

_____. *La poesía de Ana Enriqueta Terán: universo de imágenes recurrentes*. Barinas: Fundación Cultural Barinas, 1995, 83 p.

ORTIZ SARALEGUI, Juvenal. "Díptico de Ana Enriqueta Terán", *Presencia terrena. Poemas.* Ana Enriqueta Terán. Montevideo: Alfar, 1949, pp. [7-8].

OROPEZA, José Napoleón. "Ana Enriqueta Terán: el enigma, sustancias del poema", *Poesía* (Valencia, Venezuela), Nº 79 (1989), pp. 39-52.

_____. "Ana Enriqueta Terán: 'Nadie puede dar amor como yo [entrevista]'", *Imagen* (Caracas), Nº 100-45 (1988), pp. 3-8.

_____. "Elementos de vida y obra de Ana Enriqueta Terán", *Casa de hablas: obra poética*, 1946-1989. Ana Enriqueta Terán. J.N. Oropeza; comp., pról., y cronol. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991 (274 p.), pp. 263-267.

_____."Prólogo", *Casa de hablas: obra poética*, 1946-1989. Ana Enriqueta Terán. J.N. Oropeza; comp., pról., y cronol. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991 (274 p.), pp. 7-26.

OSSOTT, Hanni. *Imágenes, voces y visiones. Ensayos sobre el habla poética*. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Col. El libro menor, 120), 1987, 113 p.

PALOMARES, Ramón. "*Construcciones sobre basamentos de niebla*, un nuevo libro de Ana Enriqueta Terán", *Construcciones sobre basamentos de niebla*. Ana Enriqueta Terán. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006, pp. VII-IX.

_____. "La música sagrada de Ana Enriqueta Terán", *Música con pie de salmo.* Ana Enriqueta Terán. Mérida: Universidad de Los Andes, Ediciones Actual (Serie Poesía), 1985, pp. 7, 9.

PAZ CASTILLO, Fernando. "Ana Enriqueta Terán entre poetas y recuerdos", *Los nuevos*. Caracas: La Casa de Bello (Obras completas, 7), 1994, p. 171-174.

LOS PERDOMO. "La lección poética de Ana Enriqueta Terán", *A Perdomo C.A. blogspot* [en línea] (Caracas), (31 de mayo de 2007). <http://aperdomo-ca.blogspot.com/2007/05/la-leccin-potica-de-ana-enriqueta-tern.html>. [Consultada: 28 de febrero de 2013].

PÉREZ CARMONA, Antonio. "Ana Enriqueta Terán", *Los cuicas y sus herederos poéticos*. Caracas: Armitano, 1979, 331 p.

PÉREZ-LÓPEZ, María Ángeles. "La poesía de Ana Enriqueta Terán: género y tradición", *Arrabal* (Barcelona, España), Nos 5-6 (2007), pp. 163-171.

PÉREZ-SÓ, Reynaldo. "Ana Enriqueta Terán: *Casa de hablas*", *Poesía* (Valencia, Venezuela), Nº 91 (1992), pp. 51-54.

_____. "Campana de piel", *La piedra alzada en junio (antología mínima)*. Ana Enriqueta Terán. Valencia, Venezuela: Ateneo de Valencia (Cuadernos Cabriales, 50), 1989, pp. 5-6.

PÉREZ-SÓ, Reynaldo; Adhely Rivero y Pedro Velásquez Aparicio. "Encuentro. [Entrevista realizada a Ana Enriqueta Terán]", *Poesía* (Valencia, Venezuela), Nº 79 (1989), pp. 1-12.

PINEDA, Rafael. "El hombre y su huella. Ana Enriqueta Terán [Entrevista]", *El Nacional* (Caracas), (23 de octubre de 1952).

PRIETO, Hugo. "Ana Enriqueta Terán: 'Gozo mi poesía como si la hubiese escrito otra persona'", *El Diario de Los Andes* [en línea] (Valera), (8 de mayo de 2008). <http://diariodelosandes.com/content/view/37713/>. [Consultada: 1 de marzo de 2013].

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge. "Con Juana o sor Juana", *El barco de la luna. Clave femenina de la poesía hispanoamericana*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2005, 376 p.

ROJAS, Arnaldo. "Ana Enriqueta Terán. Una vida hecha poesía", *Notitarde.com* [en línea] (Valencia), (9 de agosto de 2005). <http://historico.notitarde.com/portadas/ediciones/aniver/aniver2005/internacional3.html>. [Consultada: 6 de marzo de 2013].

ROWE, Wiliam. "Ana Enriqueta Terán: In the Midst of Things", *Poets of Contemporary Latin America: History and the Inner Life*. Oxford: Oxford University Press, Oxford Hispanic Studies, 2000, 370 p.

_____. *Siete ensayos sobre poesía latinoamericana*. México: El Poeta y su Trabajo, 2003.

RUIZ BARRIONUEVO, Carmen. "Perfección y desvelo en la poesía de Ana Enriqueta Terán", *Cuadernos de Marcha* (Montevideo), Nº 167 (2000), p. 62-70; *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 328 (2003), pp. 109-119.

RUSSOTTO, Márgara. "La amada que no era inmóvil. Identidad femenina en la poesía venezolana moderna", *Nueva Sociedad* (Caracas), Nº 135 (1997), pp. 150-163.

_____. "Ana Enriqueta Terán y los retratos de la bestia dorada", *Bárbaras e ilustradas: las máscaras del género en la periferia moderna*. Caracas: Editorial Tropykos, 1997.

SALAS, Ana Coromoto. "La poesía de Ana Enriqueta Terán: señoríos y oficios de una diosa", *Memorias del XXIII Simposio de docentes e investigadores de la literatura venezolana*. Trujillo, Venezuela: Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario Rafael Rangel, Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas Mario Briceño Iragorry, 1998, pp. 95-99.

SAMBRANO URDANETA, Oscar. "El pasado es como un gran mural", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), pp. 58-59.

_____. "*Testimonio*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 106-107 (1954), pp. 216-217.

SILVA SÁNCHEZ, Julio Rafael. "Secuencias, efectos y espejos en el oficio poético de Ana Enriqueta Terán. [Discurso pronunciado en el conferimiento del Doctorado Honoris Causa a Ana Enriqueta Terán Madrid, por parte de la Universidad Latinoamericana y del Caribe, en la ciudad de Valencia, el 29 de enero de 2012]", *Tiempo universitario* [en línea]. Valencia, Venezuela:

Universidad de Carabobo. <http://www.tiempo.uc.edu.ve/tu768/paginas/6.htm>. [Consultada: 4 de marzo de 2013].

URBÁEZ, José R. "La luna y los peniques de Ana Enriqueta", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 313 (2000), pp. 65-66.

ÍNDICE

PIEDRA DE HABLA

PRÓLOGO. ANA ENRIQUETA TERÁN, VOZ RELAMPAGUEANTE DE MISTERIO Y BELLEZA, por Patricia Guzmán IX

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN XCVII

AL NORTE DE LA SANGRE (1946) (Selección)

Sonetos del amor perenne y del amor fugitivo 3
- I 3
- II 4
- III 5
- IV 6
- VIII 7
- X 8
- XI 9
- XII 10
- XV 11
- XVI 12
- XXV 13
- XXVI 14

Liras 15
- Canto a la madre en la paz 15
- Al tiempo que rezuma… 19
- Tercetos de él y de la tierra 22

Odas 24
- Presencia terrena 24

VERDOR SECRETO (1949) (Selección)

Canto I 31
A un árbol 31
Canto III 37
Canto IV 41
Canto V 45
II. Hombre 45
IV. Adolescente 46
VI. Joven inválido 47
VII. Joven del espejo 48

PRESENCIA TERRENA (1949) (Selección)

Infancia 51
Adolescencia 52
Junio 53
Oda VI 55
A un caballo blanco 57
Oda 58
Al río Momboy 61
I 61
II 62
Canto 63

TESTIMONIO (1954)

Testimonio 67

DE BOSQUE A BOSQUE (1970) (Selección)

Soneto del deseo más alto 75
Endimión y dos tiempos 76
I 76
II 76
III 77

Soneto intuitivo 78
La playa azul de la persona mía 79
A un vendedor de ostras 80
Ella es letra inicial en cada mano 81
Elegía a un samán 82
Décimas 84
Soneto cincuenta 86

LIBRO DE LOS OFICIOS (1975) (Selección)

Piedra de habla 91
Compromiso con la alegría 92
La visita 93
Cena 94
El nombre 95
Se alaba esta casa 96
Las culebras del reino 97
Sacrificio 98
La poetisa cuenta hasta cien y se retira 99
Zazárida 100
Comedor de efigies 101
Tercer intento de casa materna 102

MÚSICA CON PIE DE SALMO (1985) (Selección)

Música con pie de salmo 105
Saludable visión de este lado oscuro 107
Los sueños 108
    II 108
    IX 109
    XI 110
    XIII 111
Somos primos 112
Poema anterior 113
Recados al hermano mayor 114
    I 114

Las águilas 115
Queja y nostalgia del propio canto 116
Comprobación inaudita 118
Poema didáctico 120
Ana hermana mía 121
Friso y anatema de la suplicante 122
Una isla 124
Preguntas y legado final 125

CASA DE HABLAS (1991) (Selección)

Libro en cifra nueva para alabanza y confesión de islas [1967-1975] 129
- Plumajes de agobio 129
- Circunstancias del nombre 130
- Labiados de fuego 131
- Pedimentos de niebla 132
- Personas y ropas claras 133
- Mediciones 134
- Frente ratificada en lo oscuro 135
- Despejes interiores 136
- Sucesivos encantamientos 137
- Huida retórica 138
- Inclinación o saludo leve 139
- Avance en lo oscuro 140
- Personaje orillado de tinta negra 141
- Altura conforme al aire 142
- Delicadezas del nombre 143
- Contaje final 144

Sonetos de todos mis tiempos [1970-1989] [I] 145
- XI 145
- XVI 146
- XVII 147
- XIX 148
- XXI 149
- XXIV. Objetos y rodajes de oración 150
- XXV 151

XXVII. Primera lluvia 152
XXIX 153
XXXIV. Los únicos revisan las aldabas 154
XXXVI 155
Otros sonetos a la rosa 156
Casa de hablas [1975-1980] 158
Balanceos de dama oscura 158
Ensamblajes de oro menudo 159
Enojo circular 160
Maltratos de niebla grande 161
Círculo anillando el verbo 162
Sobresaltos de sabor 163
Mansedumbre anterior 164
Madre mía, madre mía 165
La cercana al árbol mayor 166
Poniente y oscuridad de su cara 167
Libro de Jajó [1980-1987] 168
Ir y venir 168
Padre y madre 169
Así era. Así es 170
Modos de irse 171
Desempeños de niña 172
Trama de mediodía 173
Después del silencio 174
Salir de nuevo 175
Riesgos 176
A la gente de El Amparo 177
Anuncios y ruegos 178
Casa de pasos [1981-1989] 179
Sentencia mayor 179
Vacío de rostro 180
Derecho y revés del día 181
Regazo mar, regazo llama 182
Retazos 183
Venias de aceptación 184
Santidad del bermejo 185

Pequeños tramos 186
Aposentos dulcemente centrados 187
La bordadora 188
Vestiduras de oscuro peso 189
Sed 190
Señalamiento único 191

ALBATROS (1992) (Selección)

Albatros 195
Imágenes, carencias 196
Punto doble, curvada vigilia 197
De vuelos y vecindad de palabra 198
Valentías de tono y vuelo 199
Ascensos y aún distancias 200
Aligerarse, mandar 201
Sumisiones y barro pálido 202
Disposición a pozo limpio 203
Aves nunca vistas 204
Todavía no reposo 205
Ramo de ofensas 206
Voluntad de grito rasgado 207
Exultación y dibujo de ala 208
Diligencia de tactos 209
Secreto mínimo 210
Reciedumbre de lo blanco 211
Ámbito de collar rojo 212
Afilada contienda 213
Esplendidez fija 214

CONSTRUCCIONES SOBRE BASAMENTOS DE NIEBLA (2006) (Selección)

Atada a incertidumbres 217
Desencaje de paso y habla 218
Espiral de gracia 219
Bocanada de vacío 220

Arcadura de viejo puente 221
Suplicio sin ofensa 222
Nudos de fuego 223
Saberse en deuda 224
Jugada limpia 225
Qué representa Junio 226
Navegación inexistente 227
Rosa abismal 228
Así dije. Así hice 229
Respiración a tono con lejanía de pasos 230
Puerta final 231
Lucir despacio 232
Bocas formadas a punta de piel 233
Graciosas ceremonias 234
Sombras menores 235
Zapatos de ir y venir 236
Apacible distancia 237
Algún extravío de flor 238
Otra cueva y querer salvarse 239
A poco llueve 240
Reclamos de tiempo 241
Encuentros amasados con nuevos rumbos 242
Asombro y gloria de seducir labios oscuros 243
Sahumerios y plaza mayor 244
Acceso a secular preferencia 245
Secreto mínimo 246
Empalme de varios signos 247
Sometimiento a otros espacios 248
Ensimismada lucidez 249

AUTOBIOGRAFÍA EN TERCETOS TRABADOS CON APOYOS Y DESCANSOS EN DON LUIS DE GÓNGORA (2007)

Invocación a la madre 253
Ríos de infancia 256
Río Momboy. Río de la infancia 256

El Motatán 258
Otros ríos 260
Ríos del llano 262
El gran río 264
Otros ríos del alma 268
Venezuela 272
Estancia de las frutas 275
Primera casa 281
Estancia de los míos 286
Mi gente 286
Estancia de las flores 293
Estancia de los árboles 300
Estancia de las casas vividas 305
Estancia de protecciones y ánimos 310
Estancia de cortesías y reparos ante puerta final 314
Puerta final 314
Soneto cincuenta 326

CRONOLOGÍA 329

BIBLIOGRAFÍA 345

OTROS TÍTULOS DE POESÍA VENEZOLANA

73
JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra completa
Prólogo: José Ramón Medina
Bibliografía: Sonia García

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Eli Galindo

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y aflicciones
Selección y prólogo: Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía: Antonio López Ortega

192
LUIS BELTRÁN GUERRERO
Ensayos y poesías
Selección, prólogo y cronología:
Juandemaro Querales
Bibliografía: Juandemaro Querales y Horacio Jorge Becco

219
FRANCISCO LAZO MARTÍ
Poesía
Selección: José Ramón Medina y Carlos César Rodríguez
Prólogo y cronología:
Carlos César Rodríguez
Bibliografía: María Beatriz Medina y Carlos César Rodríguez

214
ANDRÉS ELOY BLANCO
Poesía
Compilación y prólogo: Domingo Miliani
Cronología, bibliografía y apéndice: Rafael Ángel Rivas Dugarte

233
RAMÓN PALOMARES
Vuelta a casa
Prólogo, cronología y bibliografía:
Patricia Guzmán
Notas: Víctor Bravo

246
JUAN CALZADILLA
Formas en fuga. Antología poética
Selección, prólogo, notas, cronología y
bibliografía: Arturo Gutiérrez Plaza

248
GUSTAVO PEREIRA
Poesía y prosa
Prólogo y selección:
José Balza y Gustavo Pereira
Cronología y bibliografía: José Pérez

Este volumen, el CCLII de la Fundación Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de junio de 2014,
en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond,
tamaños 9, 10, 11 y 12.
La edición consta de 3.000 ejemplares.

PATRICIA GUZMÁN
(Venezuela, 1960).
Poetisa y periodista. Licenciada en Comunicación Social (UCAB, 1982). Obtuvo el Doctorado en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Sorbona (París III) y en su trayectoria profesional destaca la dirección de secciones especializadas en arte del diario *El Nacional* y de suplementos literarios de otros importantes periódicos venezolanos. Con rango de Profesor Agregado investiga y dicta clases en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB, de la que fue directora. Es autora de siete libros de poesía: *De mí, lo oscuro* (1987), *Canto de oficio* (1997), *El poema del esposo* (1999, 2000), *La boda* (2001), *Con el ala alta. Obra poética reunida 1987-2003* (2004), *Soledad intacta* (2009) y *Trilogía* (2010).

En la portada: Detalle de *Retrato* (1949)
de Gabriel Bracho (Venezuela, 1915-1995).
Caseína sobre cartón, 65 x 95 cm.
Colección particular.

Ana Enriqueta Terán

(1918)

PIEDRA DE HABLA reúne una selección de la producción lírica de Ana Enriqueta Terán. Aquí los lectores encontrarán poemas que forman parte de *Al norte de la sangre* (1946), pasando por *Verdor secreto* (1949), *Presencia terrena* (1949), *Testimonio* (1954), *De bosque a bosque* (1970), *Libro de los oficios* (1975), *Música con pie de salmo* (1985), *Casa de hablas* (1991) *Albatros* (1992), *Construcciones sobre basamentos de niebla* (2006), hasta su *Autobiografía en tercetos trabados con apoyo y descansos en don Luis de Góngora* (2007). Estos poemas han sido precedidos, en el presente volumen, por un prólogo escrito por Patricia Guzmán, quien también tuvo la responsabilidad de pasearnos por la vida (Cronología) y la obra (Bibliografía) de esta escritora venezolana y de quien nos comenta que su "vocación y su entrega están signadas por una gran fuerza, cuasi primitiva, que hacen percibir sus poemas y su figura como una sacerdotisa o una maga que crea una sintaxis propia y muchas veces ajena a las perspectivas ordinarias; configura en medio del sueño y de la niebla, a espaldas del tiempo, ambientes, entornos en el que acontecen experiencias de indescifrable procedencia; hace emerger y refulgir lo más oculto que yace en las cuevas, en los silencios de las palabras, en los calveros de los poemas"; todos, elementos que caracterizan el acto escritural de la poetisa Terán.

República Bolivariana de Venezuela
Fundación
Biblioteca Ayacucho

ISBN: 978-980-276-516-4
9 789802 765164

Colección Clásica